

EL CÓDIGO MESIÁNICO

MICHAEL
CORDY

¿Y SI EXISTIERA EL GEN
DE LA INMORTALIDAD?

Lectulandia

A principios del siglo XXI, el genetista Tom Carter ha inventado una mezcla de ordenador y microscopio, llamado genescopio, el cual puede analizar el genoma de una persona y establecer su aspecto físico así como predecir sus futuras enfermedades. Tras el intento fallido de una secta religiosa por matarle, que terminó con la muerte de su esposa, Tom examina el genoma de su hija Holly, pues en la autopsia realizada a su mujer se detectó un tumor en su cerebro. El genescopio confirma sus sospechas: a su hija le queda un año de vida. Intentando encontrar una cura contrarreloj, Tom descubrirá el gen de la curación, presente en personajes como Jesucristo y algunos sanadores, pero ignora que con su descubrimiento ha aumentado la ira que la Hermandad del Segundo Advenimiento ya sentía hacia él.

Lectulandia

Michael Cordy

El código mesiánico

ePub r1.0

XcUiDi 05.02.16

Título original: *The messiah code*
Michael Cordy, 2006
Traducción: Elvira Saiz Salamanca

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ah, pero el hombre debe ir más allá de lo que está a su alcance;
si no, ¿para qué está el cielo?

ROBERT BROWNING

AGRADECIMIENTOS

DEJAR un buen trabajo para escribir una primera novela sencillamente porque tienes una idea que no logras quitarte de la cabeza no es nada fácil, sobre todo cuando desconoces por completo lo que implica dicho proceso. Yo he sido afortunado al tener una mujer de un coraje y una fe inusuales, que ha sido una verdadera compañera a lo largo de esta aventura. Aparte de ofrecerme su apoyo económico y emocional, Jenny me animó a tomar la decisión de presentar mi dimisión y llevó a cabo gran parte de los primeros trabajos de investigación, buscando artículos de revistas y libros clave relacionados con el tema, como *Perilous Knowledge* de Tom Wilkie y *The Transformed Cell* del doctor en medicina Steven A. Rosenberg. Jenny fue también la primera que leyó y corrigió el manuscrito, y me asesoró en todo momento a la hora de elaborar la historia. Juntos vimos lo que funcionaba y lo que no. Mi más severa crítica y más acérrima seguidora, Jenny no cesaba de darme ideas sobre cómo mejorar a personajes como el Predicador y cómo condensar el argumento. No es una exageración si digo que este libro no se habría escrito sin ella.

Mi otro gran agradecimiento es para mis padres, Betty y John Cordy, que me animaron desde el principio, y en especial para mi madre, quien me fue dando su valiosa opinión acerca de la novela durante todo el proceso.

Por comprobar y corregir mis conocimientos de genética, le estoy muy agradecido a Susan Robinson, la cual tuvo la generosidad de prestarme parte de su tiempo mientras preparaba su doctorado en Ingeniería Bioquímica en University College Londres. Ni que decir tiene que cualquier error que haya podido cometer es únicamente mío.

Le doy las gracias a mis otros primeros lectores, Kathryn Leach, Andrew Sutcliffe, Anna Bharrier y mi hermano Robert Cordy, por su crítica constructiva; a mis buenos amigos Charlie Trier y Andrew Walker por su apoyo; a mi excelente agente Patrick Walsh por llevar el manuscrito a la atención de los editores y a Bill Scott Kerr por sus incisivas y perceptivas correcciones.

PRÓLOGO

1968

SUR DE JORDANIA

¿Sería realmente cierto? Después de dos mil años de espera, ¿se habría cumplido al fin la profecía, en su propia época, durante su liderazgo?

El helicóptero Sikorski sobrevoló Petra. Su sombra revoloteaba como un insecto sobre la antigua ciudad esculpida en la roca. Las suntuosas estatuas y columnas despedían un brillo rojizo a la luz del atardecer, pero Ezequiel de la Croix ni siquiera bajó la vista. Por una vez, permaneció indiferente a la belleza sobrecogedora de la ciudad desierta. Con la mirada fija en el horizonte, escudriñó la interminable extensión de arena en busca del lugar donde pronto aterrizarían. Uno de los dos pasajeros que lo acompañaban, vestidos con trajes oscuros tan arrugados como el suyo, se movió en el asiento contiguo. Ambos dormían, extenuados por el viaje. No habían descansado ni un solo momento desde que partieran hacia Ginebra, donde se habían presentado en plena reunión del comité del Banco de la Hermandad para dar la noticia a Ezequiel.

La noticia que, de ser cierta, lo cambiaría todo. Ezequiel comprobó la hora en su Rolex de pulsera y se pasó la mano por el pelo ralo y canoso. Nada más enterarse de lo sucedido, había tomado un vuelo chárter a Ammán, donde lo esperaba el helicóptero de la Hermandad. Además de tardar un día entero en llegar hasta allí, se había gastado miles de francos suizos más que si hubiese tomado un vuelo regular. Sin embargo, el dinero nunca había sido un problema para la Hermandad; sólo el tiempo, dos mil años de tiempo.

Debían de faltar unos minutos. Nervioso, se toqueteó el anillo de líder que llevaba en el dedo (un rubí color sangre engastado en una cruz de oro blanco), e intentó tranquilizarse pensando que llegar antes habría sido prácticamente imposible.

El rítmico sonido de las hélices no hacía sino acrecentar su nerviosismo mientras sobrevolaban el desierto a gran velocidad, dejando atrás los riscos de Petra. Transcurrieron otros diez minutos antes de que por fin divisara lo que estaba buscando: cinco peñascos solitarios que formaban un puño desafiante en medio del desierto. Se inclinó para contemplar el más alto de ellos, que superaba los doce metros de altura. Su forma curva parecía hacerle señas. Ezequiel sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aunque siempre le había impresionado mucho el poder de aquel lugar, ese día la sensación le resultaba casi insoportable.

Los cinco peñascos figuraban en pocos mapas, y únicamente como una serie de curvas de nivel, sin nombre alguno. Fuera de la Hermandad, pocos sabían de su existencia aparte de los antiguos zahoríes, los nabateos, que recorrieron aquel desierto arenoso miles de años atrás, y, ya en siglos más recientes, los nómadas beduinos.

Pero incluso estos príncipes del desierto evitaban aquellos riscos, rehuían el magro contorno de su sombra y preferían seguir avanzando en dirección a Petra, hacia el norte. Por razones que solamente ellos conocían, sentían cierta desazón cuando se acercaban demasiado a aquel lugar que denominaban *Asbaa El-Lab*, los dedos de Dios.

—¡Listos para aterrizar! —anunció el piloto por encima del ruido de los rotores.

Ezequiel permaneció en silencio, hechizado por las rocas que se alzaban a sus pies. Estacionados bajo uno de los salientes, divisó tres Land Rovers polvorientos, de cuyos parachoques traseros colgaba una estera destinada a borrar sus huellas dejadas en la arena. No había duda de que habían llegado más miembros de la organización.

Ezequiel echó un vistazo a los dos hombres que dormitaban a su lado. Fuera de la Hermandad, uno era un eminente industrial estadounidense y el otro un destacado político italiano. Ambos figuraban entre los seis miembros del poderoso Círculo Interno, y Ezequiel supuso que el resto ya debía de estar congregado junto a la Caverna Sagrada. Se preguntó cuántos miembros más de la Hermandad se habrían visto atraídos hasta allí por los rumores. Ni siquiera la obsesión de la organización por mantener la noticia en secreto había logrado ocultarla.

A medida que se aproximaban a la base del peñasco más alto, el ruido de los rotores pareció aumentar de volumen. Cuando por fin aterrizaron, Ezequiel de la Croix abrió la portezuela y, con un brío impropio de sus sesenta años, se apeó de un salto sobre la tierra endurecida por el sol. Entrecerró los párpados para impedir que le entrara arena en los ojos y se alejó rápidamente del aparato. Había una abertura en la enorme roca, y bajo el arco de la cueva se hallaba un hombre vestido con un traje ligero. Ezequiel de la Croix lo reconoció de inmediato. Era el hermano Michael Urquart, otro miembro del Círculo Interno. Urquart había sido un afamado abogado, pero al observar su cuerpo abotagado y envejecido Ezequiel de la Croix se preguntó si, como tantos otros miembros del Círculo Interno, no sería ya demasiado mayor y estaría fatigado para afrontar los nuevos retos.

Ezequiel le estrechó la mano derecha y dijo: —Dios lo salve. El hermano Michael tendió la mano izquierda, de modo tal que sus brazos formaron una cruz.

—Para que pueda salvar a los justos —repuso, completando el antiguo saludo.

Tras desenlazar las manos, Ezequiel preguntó, con una mirada desafiante:

—¿Ha vuelto a cambiar? —Temía que su penoso viaje hubiese sido en vano.

En el rostro cansado del hermano Michael se dibujó una sonrisa.

—No, padre Ezequiel, sigue exactamente tal como le han informado.

La tensión que Ezequiel sentía en cada músculo de su cuerpo sólo le permitió esbozar una leve sonrisa. Dejando atrás a los otros dos hermanos, que ahora abandonaban aturdidos el helicóptero, le dio una palmadita en el hombro y se adentró en la cueva.

Se trataba de una caverna natural abierta en la roca erosionada, como había muchas en aquellos parajes. Tenía unos tres metros de alto, aproximadamente seis de

ancho y otros tantos de profundidad, y no había rastros evidentes de una presencia humana salvo las antorchas apoyadas contra las paredes. Pero justo enfrente, en la penumbra, Ezequiel comprobó aliviado que la gran puerta oculta de la pared del fondo ya la habían abierto; habrían tardado una eternidad en mover la pesada piedra. Al franquear la abertura, Ezequiel de la Croix fue recibido por dos enormes lámparas de gas que iluminaban un suelo de mosaico y unas paredes esculpidas con los nombres de los miles de hermanos que habían estado allí antes, aguardando en vano a que llegase ese momento. En el centro de la cámara se hallaba la Gran Escalera, una escalera de caracol tallada en la roca que se adentraba unos sesenta metros en los arenales de Jordania.

Sin esperar a los demás, Ezequiel comenzó a descender por los desgastados escalones. En lugar de servirse del pasamanos de cuerda, utilizó la fría superficie de las paredes de piedra para mantener el equilibrio. Al pie de la escalera, unas antorchas cuyas llamas oscilaban con la brisa subterránea procedente del laberinto de túneles, contrarrestaban la densa oscuridad. Debido a la luz parpadeante, las esculturas y frescos del techo bajo parecían danzar ante sus ojos. Desde ahí tomó el pasadizo tortuoso que conducía a la Caverna Sagrada. Aceleró el paso por el corredor, conteniéndose para no echar a correr. Los tacones de sus zapatos repiqueteaban sobre el pavimento de piedra, pulido por los incontables pies que lo habían pisado antes que él.

Al doblar la última esquina oyó voces, y le sorprendió ver a unos diez hombres reunidos ante las enormes puertas de ébano de tres metros de alto, talladas con cheurones y cruces heráldicas, que protegían la caverna. Era obvio que la noticia se había extendido más allá del Círculo Interno y que otros miembros de la Hermandad habían ido a comprobar si los rumores eran ciertos. Ezequiel reconoció a los dos miembros más recientes del Círculo Interno que se hallaban junto a las puertas en forma de arco: el fornido hermano Bernard Trier, que se acariciaba nervioso la barba de chivo, y el alto y delgado hermano Danus. Éste fue el primero en ver a Ezequiel, y alzó la mano para acallar al grupo, que se volvió de inmediato hacia su líder y guardó silencio.

Ezequiel pasó junto a los hermanos congregados e intercambió el ritual saludo con el hermano Darius.

—Dios lo salve. —Para que pueda salvar a los justos. A continuación, y antes de que Ezequiel pudiese interrogarlo, Darius se dirigió a su colega más joven.

—Hermano Bernard —dijo—, espere aquí mientras acompaño dentro al Padre. Una vez el Padre haya expresado su decisión y declarado que la señal es auténtica, puede abrir la puerta a los demás.

Bernard entreabrió la puerta izquierda, cuyas antiguas bisagras chirriaron. Ezequiel y Darius desaparecieron tras ella, que se cerró con un estruendo.

Como le sucedía siempre que entraba en la Caverna Sagrada, Ezequiel de la Croix se detuvo por unos breves instantes, impresionado por su sencilla grandiosidad:

rugosos pilares cuadrados que sustentaban toneladas de roca, tapices que adornaban las paredes cinceladas, infinidad de velas y antorchas cuya cálida luz hacía que el techo de piedra esculpida tuviese el aspecto del oro batido. Ese día, sin embargo, su mirada se fijó en un solo lugar: el altar que había al fondo de la caverna.

Caminó a grandes zancadas hasta el centro del suelo de mosaico. El altar, cubierto con la tela blanca de lino blasonada con la cruz roja, se hizo visible. No obstante, dirigió su atención hacia una fisura redonda que había en el suelo de piedra, delante del altar. El orificio, no más grande que una cabeza humana, estaba cubierto por unas líneas de plomo que formaban una estrella. Una llama de medio metro brotaba de su interior.

Con paso vacilante, Ezequiel de la Croix se acercó a la Llama Sagrada que llevaba más de dos mil años ardiendo. Dio cuatro vueltas alrededor del círculo antes de reconocer la veracidad de lo que veían sus ojos. Ya no cabía la menor duda.

La llama anaranjada que había permanecido encendida durante casi veinte siglos se había vuelto de un deslumbrante blanco azulado jamás visto desde que el primer Mesías pisara la tierra.

Entonces, sin poder impedirlo, brotaron las lágrimas. Su sentido del destino y el honor era demasiado grande. Siempre había sospechado que con el fin del segundo milenio, en la Llama Sagrada tal vez se produjese el cambio que anunciaba la Parusía, el Segundo Advenimiento. Pero jamás había osado esperar que la profecía se hiciese realidad en su propia época. Y sin embargo ahora, durante su liderazgo, se había cumplido finalmente. Sólo habría deseado que su padre, así como todos los antepasados y difuntos miembros de la Hermandad cuyos nombres figuraban en las paredes, hubiesen podido compartir con él ese momento, el momento al que habían dedicado sus vidas.

—Padre Ezequiel, ¿dejo entrar a los demás? —preguntó a sus espaldas, con voz ronca, el hermano Darius.

Ezequiel se volvió y observó que los ojos del hermano también estaban arrasados en lágrimas.

—Sí, amigo mío —respondió con una sonrisa—. Dejemos que vean lo que hemos visto nosotros.

Aguardó junto al altar y contempló a los miembros del Círculo Interno entrar en la Caverna Sagrada, seguidos de aquellos hermanos que habían acudido movidos por los rumores. Permaneció callado unos instantes, mientras sus ávidos ojos se deleitaban en la visión de la llama. Cuando todos hubieron comprobado el cambio, alzó los brazos para pedir silencio.

—Hermanos, la señal es auténtica. La profecía se ha cumplido. —Hizo una pausa para escrutar a los presentes, procurando mirar a cada uno a los ojos—. El Mesías vuelve a caminar entre nosotros. Nuestra larga espera ha tocado a su fin y ahora podemos comenzar la búsqueda.

Mientras observaba a sus jubilosos seguidores, Ezequiel rogaba vivir lo suficiente

para ver cumplido el Primer Imperativo de la Hermandad del Segundo Advenimiento. Con una sonrisa, levantó los brazos bien alto, como si quisiera tocar el cielo.

—Dios lo salve —dijo. Su voz resonó en toda la caverna. Con los rostros resplandecientes de emoción, todos alzaron los brazos al aire y respondieron al unísono: —Para que pueda salvar a los justos.

Primera Parte

LOS PROFETAS DEL INTERIOR

MEDIANOCHE
10 DE DICIEMBRE DE 2002
ESTOCOLMO, SUECIA

SIGUE nevando, como durante la ceremonia de la entrega de premios y el banquete de celebración. Unos enormes copos blancos caen del cielo oscuro, revelándose repentinamente ante los potentes focos que iluminan las paredes de ladrillo rojo del Stadshuset, el palacio municipal de Estocolmo. Pese a la nieve y el frío, una pequeña y audaz multitud se ha congregado junto a los escalones para ver salir a la pareja real y a los premiados. Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, una figura de espaldas anchas se coloca delante de todo, tal vez con la intención de ver mejor.

Pero cuando Olivia abandona el palacio detrás del doctor Tom Carter en la oscuridad de la noche sueca, no repara en la extraña mirada con que el desconocido observa a su marido.

Está demasiado ocupada haciendo que su hija de ocho años se abroche el abrigo rojo.

—Ponte el gorro también, Holly. Hace un frío que pela. Holly hace una mueca mientras se abotona el cuello. —Así me siento muy cursi. —¿Cursi? Eso es nuevo. — Olivia se echa a reír y le encasqueta el gorro de piel al estilo ruso sobre el erizado cabello rubio—. Bueno, de todos modos es mejor sentirse cursi que pasar frío.

—No pareces nada cursi, Holly —interviene Tom volviéndose hacia su hija. Se agacha y la examina como si fuese una pieza de su laboratorio. Luego se encoge de hombros y sonrío—. Bueno, tal vez un poco.

Holly suelta una risita y su padre la coge de la mano para descender por los escalones.

Qué bien se les ve juntos, piensa Olivia, caminando tras ellos. Tienen una hija preciosa, aunque Olivia jamás osaría decírselo a la niña. Conseguir que Holly renunciara a los vaqueros y las zapatillas de deporte y se pusiera un vestido para la ceremonia ha sido toda una proeza.

Tom se vuelve, riendo por algo que ha dicho Holly, y Olivia observa que la expresión de sus ojos azules se suaviza. Contempla el cuerpo larguirucho de su marido y los copos de nieve que cubren su alborotada y negra cabellera, y piensa en lo guapo que está, sobre todo con el frac y la corbata blanca que lleva debajo del abrigo de cachemira. Tanto él como Jasmine merecían el premio Nobel, y Olivia se siente tan orgullosa de ellos que apenas nota el frío penetrante. En ese momento la doctora Jasmine Washington aparece a su lado. El peinado afro de la joven informática permanece oculto bajo la capucha de una capa de un azul intenso, casi eléctrico bajo los focos. La tez oscura de su bonito rostro contrasta con la nieve y el

blanco de sus ojos.

A su lado se encuentra Jack Nichols, el socio de Tom en Diagnósticos Biotecnológicos Genius. Se acerca al marido de Olivia y vuelve a felicitarlo dándole una palmadita en la espalda. Jack es un hombre corpulento de más de un metro ochenta de estatura, pero aun así mide unos centímetros menos que Tom. Su rostro, de facciones bien marcadas, es más propio de un boxeador que del director de la compañía de biotecnología más grande del mundo, tal vez por la cicatriz en forma de media luna que va desde la nariz hasta la comisura izquierda de la boca.

El grupo, ya casi al completo, se encamina hacia las limusinas. El interior de los vehículos está iluminado como los carruajes de antaño. Olivia se sorprende de ver a tanta gente agolpada al pie de la escalera. Sospecha que la mayoría de esas personas, al igual que la policía, están pendientes del rey Carlos Gustavo XVI y de la reina Silvia, cuya limusina se dispone a partir. No obstante, hay más focos de los necesarios iluminando al pequeño grupo.

—Jazz, ¿dónde están los demás? —pregunta Olivia. El padre de Tom y el prometido de Jasmine también van con ellos.

Jasmine señala hacia atrás. —Están ahí, hablando con el tipo que ha ganado el Nobel de Literatura.

—¿Y bien? ¿Qué se siente al ser un Nobel *laureate*? —Pregunta Olivia con una sonrisa a su antigua compañera de habitación de la Universidad de Stanford—. Y pensar que hace unos doce años te preocupaba no encontrar un trabajo que valiese realmente la pena. ¿Te acuerdas?

—Sí —responde Jasmine entre risas. Sus dientes, blanquísimos, contrastan con su piel.

Se encoge de hombros, como restándole importancia. Pero Olivia es consciente de lo emocionada que está. Conseguir una beca para la Universidad de Stanford seguida de un doctorado en el Instituto Tecnológico de Massachusetts eran logros impresionantes para cualquier persona, y no digamos para una chiquilla salida del gueto. Pero esto, esto eran palabras mayores.

—Y ahora, tú y Tom habéis cambiado el mundo. Eso mismo opinaba el director del Instituto Karoliuska, el organismo que otorga el premio Nobel de medicina y fisiología. Ese hombre bajito de cabello plateado aclamó en su día el invento de Tom, nacido de los conocimientos de genética de éste y del talento de Jasmine con los ordenadores basados en proteínas, como el avance científico más importante desde que Watson y Crick descubrieron la doble espiral del ADN. Un descubrimiento que salvaría innumerables vidas. Olivia recuerda aquel lejano mes de enero de 1999 en que Tom y Jasmine demostraron por vez primera la capacidad del genescopio de descifrar cada uno de los genes humanos a partir de una única célula. De un plumazo, su invento había convertido el internacional Proyecto de Genoma Humano en algo superfluo.

Jasmine le da una palmadita a Holly en la espalda y le dice:

—Bueno, mi ahijada no parecía muy impresionada. La he visto bostezar dos veces.

—¿Estabas bostezando durante la ceremonia, Holly? —pregunta Tom, y se echa a reír.

Holly se encoge de hombros con expresión tímida y se quita un copo de nieve de la nariz.

—No. Bueno, un poco. Ha sido bastante largo, ¿no? Tom vuelve la cabeza y mira a Olivia a los ojos. Sonríen y él la rodea con su brazo libre. Ahora se encuentran a unos tres metros de la limusina. Sus manos se entrelazan y Tom se inclina hacia ella, como cuando se dispone a darle un beso.

En ese momento el tipo de espaldas anchas se aparta de la multitud y avanza hacia ellos. Al principio Olivia no se fija en él, pero luego ve, con el rabillo del ojo, que la cicatriz en forma de media luna del rostro de Jack Nichols se tuerce en un rictus. ¿Qué lo habrá hecho enfadarse? ¿O acaso es que está asustado?

De pronto, el tiempo parece lentificarse. Se oye un fuerte estampido, y Jack aparta a Tom de Olivia de un empujón. Tom suelta violentamente la mano de su esposa y cae encima de Holly.

En esa milésima de segundo, Olivia ve claramente al hombre de espaldas anchas. Está de pie frente a ella, apuntando hacia donde se encontraba Tom.

Hacia donde ahora se encuentra ella. Un fogonazo emerge de la mano del hombre y otro estampido estalla en la noche glacial. Olivia nota que una fuerza enorme le martilla el pecho, extrayéndole el aire de los pulmones y arrojándola al suelo. Acto seguido la alcanza otro impacto, y otro y otro, y cae rodando por los escalones como una muñeca de trapo. Cuando intenta levantarse, se siente más aturdida que dolorida.

Debe ayudar a Tom y a Holly. En los escalones, a su espalda, ve a Jasmine, petrificada, con la capa azul eléctrico manchada de sangre. Olivia oye un grito y ve los grandes ojos color avellana de Holly (tan parecidos a los suyos) clavados en ella, horrorizados. Ya no lleva el gorro, y lo primero que piensa Olivia es que la niña va a coger frío. Intenta sonreír. Quiere tranquilizar a su hija, pero no puede moverse y siente la parte posterior del cráneo húmeda y pegajosa. De pronto advierte que ha perdido sensibilidad en todo el cuerpo.

Con la cabeza caída hacia un lado, observa sorprendida a su asesino escabullirse entre la muchedumbre estupefacta.

¿Dónde está Tom?, piensa. Él lo arreglará todo. Lo oye gritar su nombre. Parece estar lejos, muy lejos. Entonces, como un pensamiento olvidado, la voz de Tom se desvanece y Olivia ya no ve ni oye nada más.

—¡Olivia! ¡Olivia! ¡Olivia!

Cuanto más gritaba el doctor Tom Carter el nombre de su esposa, más difícil le resultaba creer lo que veían sus ojos. Se arrastró por los peldaños helados a pesar de la herida de bala que tenía en la pierna. En todos sus años como cirujano jamás había visto tanta sangre brotar de una sola persona. La nieve en torno al cuerpo de Olivia

estaba teñida de rojo. Era imposible que aquello hubiese sucedido. Y mucho menos una noche como ésta.

Todo había ocurrido demasiado rápido, estaba ocurriendo demasiado rápido. Unos segundos antes lo tenía todo, y ahora...

Apenas podía continuar pensando. El mundo se había vuelto loco. La multitud gritaba y chillaba mientras la policía trataba de mantenerla a distancia, formando un círculo alrededor del infierno por el que Tom estaba pasando. Las sirenas resonaban y los flashes de las cámaras destellaban. Jack se acercó a él, más blanco que la nieve.

Tom se inclinó sobre Olivia y le apartó suavemente unos mechones rubios de la cara, con la esperanza de que parpadeara, de que sonriese al reconocerlo. Pero sólo lo miraba fijamente. Había algo extraño en su cabeza, y Tom comprobó, horrorizado, que le faltaba la parte posterior del cráneo. Se agachó y la *abruzó*.

—¿Por qué? —gritó, sin ser consciente de que estaba pensando en voz alta.

Entonces cayó en la cuenta de algo, más frío aún que la noche, que le congeló el corazón. Jack lo había empujado fuera de la línea de fuego. No era a Olivia a quien pretendía matar el asesino, sino a él.

Era él quien debería estar muerto, no ella.

La culpa, como una daga, le perforó las entrañas, provocándole arcadas. Entonces, en medio del caos, oyó unos sollozos a su espalda.

¿Holly? El pánico se apoderó de él, justo en el momento en que Jack le ponía la mano en el hombro.

—¿Holly? —dijo, apartando a su amigo de un empujón.

Se volvió y vio a su hija manchada de sangre. Jasmine, pálida a pesar de su tez oscura, intentaba consolar a su ahijada. Mientras Tom comprobaba si estaba herida, Holly lo observaba con ojos implorantes, pidiéndole una explicación que ningún hombre en su sano juicio sería capaz de dar. Tom dejó escapar un grito sofocado de alivio al comprobar que su hija estaba ilesa y la estrechó entre sus brazos.

—Todo irá bien —susurró al tiempo que le acariciaba el rostro. Se interpuso entre ella y Olivia, y repitió—: Todo irá bien. Te lo prometo.

Hablaba tanto por el bien de la niña como por el suyo propio y, cuando vio a los del servicio de urgencias atravesar el círculo policial, su único consuelo era que al menos Holly no había resultado herida.

Por lo menos ella estaba a salvo.

SÁBADO, 21 DE DICIEMBRE DE 2002.
BOSTON, MASSACHUSETTS

LO que la doctora Jasmine Washington no lograba comprender era por qué Tom Carter había hecho algo semejante, sobre todo a tan pocos días del asesinato. Tal vez guardase relación con el tumor que el cirujano sueco había encontrado en el cerebro de Olivia mientras le curaba la herida de la cabeza. Cualquiera que fuese el motivo, la ponía furiosa. La hierba cubierta de escarcha del cementerio de Mount Ashburn era de un blanco grisáceo, semejante al del cielo invernal. El pálido sol de la tarde apenas calentaba al centenar de personas que se habían congregado en aquel paisaje monocromo para celebrar la vida de Olivia, y señalar su muerte.

Jasmine Washington se hallaba entre su ahijada y su prometido, un hombre alto llamado Larry Strummer. Era un alivio que por una vez los medios de comunicación, así como la discreta presencia policial, se mantuvieran a la respetable distancia de cuarenta metros.

Aparte de los familiares de Olivia, algunos compañeros de trabajo de Genius y colegas de Tom de la comunidad médica y científica, Jasmine reconoció a varios de los presentes. El gobernador del Estado se encontraba al lado del embajador sueco, que había acudido para expresar el horror y el pesar de sus compatriotas. Junto a ellos se hallaban profesores de la escuela primaria de South Boston, donde Olivia había impartido clases de inglés y de música. También había alumnos suyos, niños que iban a la misma clase que Holly. Aunque algunos lloraban, todos permanecían quietos y en silencio. Olivia se habría sentido orgullosa de ellos.

Jasmine estaba demasiado indignada por la muerte de su mejor amiga para echarse a llorar. Ya había derramado más lágrimas en los últimos once días que en sus treinta y tres años de vida. Cuando conoció a Olivia en la Universidad de Stanford, era aún una insolente muchacha del gueto de Los Ángeles. Por aquel entonces, obtener una prestigiosa beca en Ciencias Informáticas para estudiar en uno de los mejores centros universitarios del país no le pareció nada del otro mundo. De pequeña, sus padres, estrictos baptistas, le tenían prohibido salir a las calles del barrio South Central de Los Ángeles, de modo que creó su primer ordenador a los once años y se pasó la mayor parte de sus años de formación rondando por las calles del ciberespacio. Con todo, resultaba irónico que, a causa de un error informático, en la Universidad de Stanford le asignaran como compañera de habitación a una rubia de Maine, con inclinaciones artísticas y estudiante de literatura inglesa. No podía evitar sonreír al pensar que, aun siendo tan distintas, ella y Olivia habían simpatizado desde el primer momento. Jasmine se arrebujó en el abrigo de cachemira amarillo canario.

Era el color más chillón que había encontrado para asistir al funeral. A su amiga le habría encantado. Observó a Tom y Jack transportar junto con otros el féretro de Olivia hasta la tumba, y se estremeció al ver la expresión de angustia del primero, que caminaba apoyándose en la pierna herida, sin duda para regodearse en el dolor. Si a ella le habían resultado odiosos los últimos once días, para él debían de haber sido un verdadero infierno. Aun así, no podía dejar de sentir rabia por lo que Tom había hecho desde el día del asesinato. O por lo menos lo que ella pensaba que había hecho. La prueba que aquella misma mañana había visto en el laboratorio no era decisiva.

Miró a su ahijada, que permanecía en silencio junto a su abuelo, Alex Carter, un hombre esbelto de pelo canoso. Se preguntó qué explicación daría el profesor de teología semirretirado de la Universidad de Harvard acerca del asesinato de su hija. En el caso de Jasmine, el incidente había supuesto un duro golpe para su fe. La policía sueca y ahora el FBI tenían la teoría de que había sido obra de algún activista contrario a los experimentos genéticos que intentaba matar a Tom. Pero a pesar de tenerlo todo filmado, aún no sabían quién era el agresor, ni cuáles sus motivaciones.

Al menos los psiquiatras estaban asombrados de lo bien que Holly había reaccionado. Lejos de borrar de su mente la horrible imagen de su madre en el momento del tiroteo, la pequeña lo recordaba todo casi a la perfección. En muchos aspectos estaba más preparada que nadie para hacer frente a lo sucedido. Jasmine la había oído preguntar a su padre en más de una ocasión qué tal lo llevaba. Era precisamente el valor de la niña, lo bien que lo estaba afrontando todo, lo que hacía que Jasmine estuviese indignada con su padre.

Contempló el rostro alargado de Tom mientras posaban el ataúd de Olivia junto a la tumba. Cuanto más observaba aquellos ojos azules, más le parecía ver otra emoción que se sumaba al dolor; quizá fuese miedo, o algo parecido. Cada vez que Tom miraba a su hija, Jasmine se convencía aún más de que lo que había encontrado en el laboratorio por la mañana había sido obra de él.

Tenía que estar relacionado con el tumor que el cirujano sueco había hallado en el cerebro de Olivia cuando intentaba salvarla. Un tumor que con toda seguridad la habría matado, si antes no lo hubiesen hecho las balas del asesino. La madre de Tom había muerto de un cáncer similar unos treinta años antes. Jasmine lo sabía. No hacía falta consultar a un psiquiatra para saber que ése era uno de los principales motivos por los que Tom había decidido dedicar su increíble intelecto a curar esa enfermedad. No sólo había obtenido el título de cirujano en la Universidad John Hopkins dos años antes que sus compañeros, sino que a continuación se había doctorado en genética en la Universidad de Harvard con menos dificultades que la mayoría de los estudiantes. Con todo, el hecho de que su esposa y su madre hubiesen padecido cánceres similares no era razón suficiente para realizar un escáner completo de los genes de Holly.

Al ver a Tom apartarse del féretro, Jasmine recordó su tercer año en Stanford, hacía ya más de once años. Se consideraba muy inteligente, hasta que asistió a aquella conferencia del doctor en medicina Tom Carter. Tom, que por entonces sólo

rondaba la treintena, era ya toda una eminencia en genética. En su opinión, la terapia génica era el único tratamiento posible para curar el cáncer y las enfermedades hereditarias. En aquella época, su compañía, Genius, estaba especializada en pruebas de terapias génicas y en el desarrollo de proteínas creadas genéticamente, como el recombinatorio Interleukin 2 y la hormona del crecimiento. Pese a ser relativamente pequeña, la empresa ya estaba creciendo y ganando reputación.

La ponencia de Tom en la Universidad de Stanford se titulaba: «El uso de la informática para descifrar el genoma humano». Jasmine recordó el modo en que había contenido la risa cuando aquel tipo larguirucho de pelo rebelde se levantó y tomó la palabra. Sin embargo, se puso a escuchar con atención en cuanto Tom empezó a hablar de su visión de un híbrido de ordenador/microscopio capaz de leer el genoma completo de un individuo a partir de la copia almacenada en el ADN de una célula. El aparato en cuestión sería capaz de descifrar cada uno de los cien mil genes de una persona a partir de un solo folículo capilar. Tom Carter pretendía nada menos que descifrar el *software* de la raza humana. En ese momento Jasmine comprendió que tenía que trabajar con él y participar de su sueño.

Hacía más de tres años que habían hecho realidad aquel sueño con la creación del genescopio. No obstante, la idea de que Tom estuviese utilizándolo con su hija de ocho años, una niña perfectamente sana, la ponía furiosa. Cualesquiera que fuesen sus motivos, y por muy brillante que fuera como científico, en ocasiones Tom Carter se comportaba como un perfecto idiota.

Tom se acercó renqueando y se colocó entre Alex y Holly. Cuando el cura comenzó a hablar, cogió a ésta de la mano.

Jasmine trató de atraer su atención, pero él mantenía la mirada fija en la tumba. «Aún hay tiempo», se dijo. Aunque Tom hubiese realizado el escáner, todavía podía impedirle leer los resultados.

Tom permanecía indiferente a la mirada de Jasmine y a las palabras que el cura pronunciaba al borde de la sepultura. Sólo podía pensar en Olivia y en su propio sentimiento de culpa. Conocer a Olivia y casarse con ella había sido su mayor, y más inmerecido, golpe de suerte. Siempre había sido bastante inepto con las mujeres, a las que consideraba una distracción encantadora, aunque desconcertante, de su trabajo. Aún no acertaba a comprender cómo había atraído a las pocas novias que tuvo. Todas eran chicas inteligentes y muy guapas, y eso que nunca había perseguido a ninguna. Como si de un niño problemático se tratara, ellas lo adoptaban convencidas de que con el amor y el cariño suficientes lograrían convertirlo en el hombre perfecto. Todas, sin embargo, acababan perdiendo la esperanza.

En cambio, con la rubia Olivia Jane Mallory todo había sido diferente. Cuando la precoz Jasmine Washington le presentó a su compañera de cuarto, Tom comprendió de pronto a qué se referían los poetas cuando hablaban de amor a primera vista. El modo en que reaccionó fue de manual: manos sudorosas, palpitaciones, pérdida del

apetito, distracción. Aunque no le costó nada identificar los síntomas, la enfermedad y sus causas eran, más que científicas, de orden metafísico. En un instante arrebatador, Olivia se convirtió en algo tan importante para él como una parte de su cuerpo. A partir de ese momento, la persiguió con una pasión que hasta entonces sólo había conocido en relación con su trabajo. Ocho meses más tarde, en París, Olivia lo dejaba de piedra al aceptar su oferta de matrimonio. Aquella noche en Montmartre bailaron hasta el amanecer, a pesar de que Tom no sabía bailar.

Ahora su mujer estaba muerta, y él no acababa de creérselo. El día anterior había entrado en el invernadero de su casa de Beacon Hill, el lugar preferido de Olivia, con la vana esperanza de encontrarla leyendo o cuidando sus plantas. Una parte de él aún pensaba que su mujer siempre estaría en casa, que se encontraría en todo momento en la habitación de al lado.

Notó cómo Holly le apretaba la mano, y bajó la vista. La niña lo miraba fijamente, procurando contener las lágrimas con tal desesperación que Tom habría llorado por ella si no hubiese estado tan aturdido. Se agachó y la estrechó entre sus brazos para que exteriorizara todo su dolor.

—Papá, echo de menos a mamá —musitó ella entre sollozos—. Ojalá el hombre malo no la hubiese matado.

—Yo también la echo de menos, Holly. Pero ahora está a salvo y todo saldrá bien —le susurró al oído, aunque en realidad no veía cómo podrían volver a marchar bien las cosas. Deseaba apropiarse del dolor de Holly y sentirlo en su piel. Su propio sufrimiento era insondable. Estaba tan anonadado que ni siquiera era capaz de sentir rabia hacia la persona que había cometido un acto semejante.

El sentimiento de culpa era lo único que mermaba sus defensas. Después de darle las gracias a Jack por haberle salvado la vida, ambos evitaron mirarse a los ojos. Los dos sabían que los reflejos de Jack no sólo habían salvado a Tom, sino que también habían matado a Olivia. Tom descargó el peso de su cuerpo sobre la pierna herida, regodeándose en el dolor. Una bala le había atravesado la cadera, mientras que las otras habían destrozado el cuerpo de su esposa.

La culpa, no obstante, no acababa ahí. Le traía a la memoria la muerte de su madre, a la que había sido incapaz de salvar. Al enterarse del tumor de Olivia, el sentimiento de culpabilidad lo había asaltado de nuevo. Volvió a abrazar a Holly instintivamente. ¿Se habrían disparado ya otras balas más lentas, y silenciosas, unas balas de las que volvería a librarse y que esta vez alcanzarían un objetivo aún más vulnerable?

Necesitaba saberlo. El cura seguía entonando las exequias mientras bajaban el féretro a la tumba. Sólo entonces, al ver cómo los asideros de latón destellaban con los últimos rayos de sol, Tom comprendió que su mujer lo abandonaba para siempre, que para ella el sol ya no volvería a brillar. Junto con los demás, él y Holly arrojaron tierra sobre la tumba y aguardaron pacientemente a que el cura concluyera el sermón.

Cuando todos se encaminaban hacia los coches, Tom advirtió que alguien le tiraba de la manga. Era Jasmine, y lo miraba con expresión feroz. Estaba sola, sin su novio Larry, que se había adelantado hacia el coche.

—Tenemos que hablar, Tom. Ahora. —¿No puedes esperar a que lleguemos al velatorio? —¡No! Al lado de Tom, se encontraba su padre, Alex Carter. Mantenía una expresión severa bajo su mata de pelo blanco y sus penetrantes ojos azules echaban fuego detrás de unas gafas elegantes. Como de costumbre, parecía estar dirigiéndose a uno de sus estudiantes de teología.

—¿Qué ocurre?

—Necesito hablar con Tom —respondió Jasmine, y lo miró con expresión significativa—. A solas.

De pronto, Tom comprendió. Aquella mañana, con las prisas, había dejado el laboratorio patas arriba, pero se dijo que ya lo ordenaría después del entierro, cuando volviera en busca de los resultados. Jasmine seguramente había estado en Genius y adivinado en qué estaba trabajando.

—Papá, ¿puedes llevarte a Holly al velatorio? Ahora mismo vamos para allá.

—Deberías quedarte con tu familia —indicó Alex con aire de suspicacia—. Tienes que estar con tu hija.

Tom alzó la mano y replicó:

—Papá, por favor, ahora no puedo explicártelo. —Se arrodilló al lado de la niña y detectó una expresión de decepción en sus ojos enrojecidos—. Hol, sólo quiero hablar con Jazz un momento. Tú ve a casa con el abuelo y pasaré a recogerte para ir al velatorio. ¿De acuerdo? —Odiaba tener que hacer aquello, pero no podía hablar con Jasmine en presencia de su hija. La abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Nos vemos enseguida.

Ella asintió con una leve inclinación de la cabeza, intentando comprender.

—Pero... —protestó Alex. —Papá, ya te lo explicaré más tarde. —Tom cogió a Jasmine del brazo y se la llevó hasta la limusina, huyendo apresuradamente de los que esperaban para expresar sus condolencias.

—¿Cuándo piensas comprobar los resultados del escáner de Holly? —preguntó Jasmine después de cerrar la portezuela del coche.

Tom permaneció en silencio. Se sentía extrañamente aliviado de que lo hubiera descubierto. Odiaba guardar secretos.

—Después del velatorio —repuso por fin. —¿Por qué lo has hecho, Tom? —No tenía elección. Necesito saberlo. —¡Eso es una estupidez! —replicó Jasmine—. Una estupidez total y absoluta. El genescopio te dirá cosas que preferirías ignorar y que no necesitas saber. Sobre todo ahora, Tom.

A tres kilómetros al noreste, más allá del enorme campus de la Universidad de Harvard, en el predio de Diagnósticos Biotecnológicos Genius reinaba una calma

absoluta. La mayoría de los empleados de la sede central no trabajaba los sábados, y mucho menos por la tarde.

De hecho, aparte de las luces halógenas de seguridad que permitían a las cámaras de circuito cerrado inspeccionar los depósitos de proteínas en el perímetro este, la mayor parte del lugar estaba sumido en la oscuridad.

Se veían algunas luces en la vasta pirámide de vidrio fotosensible que dominaba el terreno y servía de sede de la más importante empresa de genética del mundo; pero no en los dos pisos superiores, que albergaban los departamentos comerciales, la sala de juntas y casi todos los despachos de los directores, incluido el de Jack Nichols. En las dos plantas intermedias, una de las ventanas de los laboratorios estaba iluminada, y las únicas luces de la planta baja provenían del atrio de recepción y del departamento de Informática de Jasmine Washington, donde se procesaban los datos que las sucursales de Genius enviaban constantemente de diversas partes del mundo. Como solía suceder antes de las navidades, la pequeña sala del hospital de la planta baja estaba vacía y a oscuras.

Mientras Tom Carter y Jasmine Washington asistían al velatorio de Olivia, no había presencia humana en el predio de Genius salvo los dos guardias de seguridad de la caseta de la entrada y otros dos que controlaban los monitores de televisión en el atrio de la pirámide.

No obstante, en el segundo piso del poliedro de vidrio, en una sección de la Sala Mendel, una mente trabajaba. Pertenecía a una entidad denominada DAN, bautizada así por uno de sus creadores a *partir* de un simple anagrama de las iniciales de tres palabras: el ácido desoxirribonucleico, o ADN.

En 1990, y a partir de una serie de conferencias celebradas en los años ochenta, se inició la empresa científica más importante desde el programa espacial Apolo: el Proyecto de Genoma Humano. Su objetivo era bien sencillo: identificar cada uno de los cien mil genes que forman el programa completo de un ser humano, descifrando los tres mil millones de letras de programa genético que hay en el ADN de la humanidad. Conducido inicialmente por James Watson, codescubridor de la estructura del ADN, el Proyecto de Genoma Humano abarcaba la totalidad del planeta, ya que científicos de todas las nacionalidades mostraron un nivel de cooperación sin precedentes. Pero a mediados de los noventa, a pesar de haber realizado enormes progresos, los grupos rivales comenzaron a patentar los genes que encontraban, rompiendo así el espíritu vital de colaboración.

A principios de 1989, independientemente del Proyecto de Genoma Humano, el doctor Tom Carter desarrolló el concepto de una máquina mitad ordenador mitad microscopio capaz de leer el ADN directamente de los cromosomas de una célula, del mismo modo en que el escáner de una caja registradora lee un código de barras. Aunque a principios de 1990 llegó a perfeccionar el proceso teórico, para hacer realidad su proyecto necesitaba más potencia informática de la existente. Aquel mismo año, mientras daba una conferencia en la Universidad de Stanford, conoció a

una joven estudiante de informática obsesionada con los procesadores basados en proteínas. Aquella estudiante era Jasmine Washington. En un plazo de nueve años crearon el genescopio, triunfando allí donde habían fracasado los científicos del mundo, al identificar la ubicación y la función de cada uno de los 99.166 genes propios de un ser humano.

Uno de esos genescopios emitía ahora un ruido atronador mientras su «ojo» registraba los tres mil millones de letras de la secuencia de ADN que estaba descifrando: «ATG-AAC-GAT-ACG-CTA-TCA...», leía el «ojo». DAN, como todos los genescopios de la central de Genius y de los más avanzados laboratorios de la empresa en todo el mundo, era una versión de cuarta generación, más que suficiente para analizar hasta cincuenta muestras a un tiempo. Sin embargo, aquella noche estaba concentrado en una única célula.

Pequeñas luces de colores del tamaño del ojo de un gato parpadeaban sobre el cuello negro y ondulado que albergaba el microscopio de electrones guiado por láser, llamado «ojo inteligente». Indicaban cómo la lente de alta resolución pasaba a examinar un tramo magnetizado de ADN tras otro, leyendo así los genes codificados como si se tratara de un código de barras multicolor.

El ruido procedía de la caja negra ovoide que componía el cuerpo del instrumento en forma de cisne. Éste contenía el «cerebro» del genescopio: un bioordenador de séptima generación que, por su potencia y su capacidad para imitar las redes neuronales del cerebro humano, era una auténtica «mente virtual». Estaba literalmente vivo, puesto que utilizaba una proteína básica fotosensible, la bacteriorodopsina, que hacía que las puertas lógicas fuesen infinitamente más rápidas y robustas que los microchips. La unidad de procesamiento funcionaba mil veces más deprisa que su más avanzado rival electrónico. Mientras DAN seguía rugiendo, su «mente virtual» descifraba los datos que iba enviándole el «ojo inteligente», traduciendo el programa genético de uno de los organismos que lo había creado: un ser humano.

DAN era uno de los seis genescopios situados al fondo del laboratorio de la Sala Mendel. A lo largo de una de las paredes de la sala, había ocho mesas de trabajo, cuya superficie era de un blanco reluciente e inmaculado.

Excepto la de una. En ella había un cartucho usado de plástico al lado de un microscopio portátil y una pipeta desechada en una solución de agarosa y colorante fluorescente magnetizado. Una serie de pequeños tubos Eppendorf yacían junto a una cubeta de cristal llena de agua y una platina de vidrio con un poco de saliva. Todo indicaba que la muestra había sido preparada apresuradamente.

El proceso preliminar siempre era el mismo. Primero se recogía una muestra de material genético, como un folículo capilar o un poco de saliva. A continuación se aislaba una célula bajo el microscopio y se la introducía en un tubo Eppendorf para someterla a la acción de un gel magnetizado fluorescente. Éste destacaba los veintitrés pares de cromosomas de la célula y teñía de un color diferente cada una de

las cuatro bases nucleótidas del ADN. Por último, la célula teñida era introducida en un cartucho bioestéril y colocada en el pecho del cisne negro pensante de un metro ochenta de altura: el genescopio, que incluso en ese momento estaba despierto, alerta, concentrado.

«CAT-ACG-TAG-GAC...». El «ojo inteligente» de DAN seguía leyendo la escalera de caracol del ADN enrollado en los veintitrés pares de cromosomas de la célula, identificando los diferentes colores de las bases nucleótidas que formaban los distintos peldaños y enviando la información al cerebro a través del largo cuello. La «mente» de DAN seguía comprobando el orden de las letras, cada una de las cuales representaba una base nitrogenada (citosina, adenina, guanina, timina), y leía los genes formados por ellas. DAN se refería constantemente a su base de datos en desarrollo y a su red neuronal para determinar la cadena de aminoácidos que estaban siendo codificados por cada uno de los genes y averiguar de qué tipo eran aquéllos, así como su número y el orden en que aparecían. La «mente virtual», siempre en proceso de aprendizaje, podía entonces determinar qué proteína sería creada.

Las proteínas son el componente esencial de la vida. A través de ellas, los genes ordenan todos los cambios fisiológicos que se producen en un organismo, al determinar qué células forman qué órganos y decidir cómo deben dividirse y morir. A través de ellas, nuestros genes hacen que el pelo crezca y el estómago digiera la comida, producen las lágrimas y la saliva, e incluso decretan el día en que habremos de morir con la misma seguridad que el día de nuestro cumpleaños.

DAN, que ahora tronaba amenazador al fondo de la sala, estaba leyendo en su cámara esterilizada la herencia genética de la muestra de célula humana, identificando todas las características físicas, desde el color de los ojos hasta la forma de la nariz, destacando cada uno de los puntos fuertes del individuo, desde la inteligencia hasta la capacidad atlética, prediciendo cualquier enfermedad, desde la fibrosis quística hasta el cáncer. El genescopio estaba buscando cualquier posible defecto fuera de los niveles normales de tolerancia, comprobando que no hubiese faltas de ortografía que pudieran dañar la «sentencia de vida» de aquel ser humano.

De pronto, el tono del ruido cambió y las luces se apagaron una a una, hasta que sólo quedó encendido un piloto rojo. El genescopio había concluido su labor. Había traducido los tres mil millones de letras del genoma de aquel ser humano en concreto y comprobado cada uno de sus 99 976 genes.

En cuestión de horas había descifrado la «sentencia de vida» genética que definía el organismo humano conocido como Holly Carter, y con ello había leído su sentencia de muerte.

Dos horas y treinta y seis minutos más tarde terminó el velatorio. Tras haber acostado a Holly, Tom Carter se dirigía hacia el predio de Genius con Jasmine Washington. Los guardias de la caseta de la entrada lo dejaron pasar en cuanto los faros de su

antiguo Mercedes SEL iluminaron las letras cromadas del rótulo negro de la compañía: Diagnósticos Biotecnológicos Genius. *Sus genes. Su futuro. Su elección.* Tom enfiló el camino cubierto de escarcha y pasó por delante del depósito principal de proteínas a la derecha y de la pequeña fuente que había en medio del césped. Frente a él se erigía la gran pirámide. En lugar de utilizar el aparcamiento subterráneo, se detuvo frente a la entrada principal.

—No piensas echarte atrás, ¿verdad? —Le preguntó Jasmine—. Por Dios, Tom, para ser tan inteligente, a veces te comportas como un estúpido. —Tom apagó el motor.

—¿Todavía no lo entiendes? No es que quiera pasar por esto. De hecho es lo último que quiero hacer, pero tengo que hacerlo. No tienes por qué venir conmigo, Jazz.

—Ya. —Jasmine dejó escapar un profundo suspiro, se apeó y cerró la pesada portezuela con violencia—. Pero sigo sin comprender...

—Ya te lo he explicado, Jazz. El glioblastoma multiforme que encontraron en el cerebro de Olivia no era muy diferente del astrocitoma de mi madre.

—De acuerdo. Olivia tenía un tumor en el cerebro, pero ahora está muerta, y por mucho que hagas nada la devolverá a la vida.

Tom sacudió la cabeza. Se sentía demasiado fatigado y aturdido para discutir. Jasmine era una persona brillante, pero no soportaba la ambigüedad. Para ella todo era blanco o negro, todo estaba bien o mal, como el código binario que constituía la base de la mayor parte de su lenguaje informático. Incluso la existencia de Dios, basada en una fe desprovista de toda lógica, era para ella un hecho irrefutable.

Cuando llegó a las puertas de vidrio de la entrada, Tom puso la mano sobre el escáner de ADN y esperó a oír el silbido que indicaba que el aparato lo había identificado.

—Por lo menos gracias a lo ocurrido Olivia no llegó a sufrir demasiado —dijo Jasmine, ya más calmada, a su espalda.

Tom saludó con la cabeza a los dos guardias de seguridad y echó a andar por el suelo de mármol hacia los ascensores de puertas de cristal, situados más allá del Departamento de Informática.

—Justamente de eso se trata, Jazz —repuso Tom—. No quiero ver a Holly sufrir como mi madre o como habría sufrido Olivia. ¿No lo comprendes? Ahora sabemos que esos cánceres de cerebro tienen un componente genético complejo. Yo esquivé las balas que mataron a Olivia y he esquivado los genes que contribuyeron a formar el cáncer de mi madre, y todo gracias a los genes sanos que heredé de mi padre. Pero es posible que Holly haya heredado de Olivia un grupo de genes defectuosos y, encima, otro de mi madre a través de mí. En ese caso tengo que saberlo.

Jasmine permaneció callada mientras Tom entraba en el ascensor y pulsaba el botón de la segunda planta. Las puertas se cerraron y, mientras la cabina se elevaba silenciosamente del entresuelo al piso superior, Tom se quedó observando el atrio y a

los guardias, que se veían cada vez más pequeños a sus pies. El silencio era tal que oía a Jasmine respirar.

Ella fue a decir algo, pero pareció pensárselo mejor. —Vamos —dijo Tom—. ¡Pregúntamelo! —Está bien. Y si Holly ha heredado los genes defectuosos, ¿qué puedes hacer tú?

Salieron al pasillo que conducía a una puerta de seguridad de cromo y cristal en la que una inscripción grabada al aguafuerte rezaba: SALA MENDEL. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Tom puso la mano sobre el sensor de ADN y esperó a que la puerta lo reconociera.

—Calculo que estamos a unos cinco años de encontrar una cura basada en terapia génica —dijo—. Ya me aseguraré de que no tardemos más tiempo. De modo que si Holly es susceptible de contraer la enfermedad y ello no le sucede hasta los treinta años, como a su madre y a su abuela, entonces no habrá ningún problema.

La puerta se abrió con un siseo y unas luces parpadearon automáticamente cuando los sensores detectaron su presencia. Las bombillas de tungsteno proyectaban una luz que parecía natural cuando se pasaba por el gran depósito de criopreservación donde se almacenaban muestras de tumores vivos a ciento ochenta grados bajo cero de temperatura. El laboratorio vacío ofrecía un aspecto fantasmagórico; sin nadie que estuviese trabajando en él, era un mar de blancura absoluta, cromo y vidrio. Los únicos sonidos perceptibles procedían de algunos de los instrumentos de la sala y del leve zumbido del aire acondicionado.

Tom aguzó el oído para comprobar si DAN aún estaba funcionando, aunque sabía perfectamente que para entonces, una vez concluido el trabajo, ya habría cesado el ruido atronador. Al ver la puerta del laboratorio, situada al fondo a la derecha, sintió un nudo en el estómago. Había realizado aquella misma prueba infinidad de veces, pero nunca a alguien tan cercano a él con un posible defecto letal.

Tom se preguntó qué ocurriría si la predicción era para antes de los cinco años. No tenía respuesta. Cuando abrió la puerta de la sala de genescopios, los seis imponentes cisnes negros parecieron lanzarle una mirada malévola y compasiva.

—¡Vamos! —exclamó—. A ver qué nos dice DAN. A Jasmine le encantaban los genescopios. Eran como sus hijos. Gracias a ellos, Genius había pasado de ser una empresa de biotecnología mediana, aunque floreciente, a un verdadero líder mundial.

Cuando el genescopio salió al mercado, hacía poco más de tres años, ya estaba tan avanzado que las compañías rivales prefirieron pagar para utilizarlo antes que quedarse a la zaga intentando crear uno propio. Jack Nichols hizo uso de todos sus conocimientos de mercadotecnia y operaciones de riesgo para asegurarse de que las máquinas fuesen patentadas rápidamente en todo el mundo a través de los laboratorios acreditados por Genius. Como él mismo solía decir, enviar una muestra de tejido humano para proceder al examen de los genes era ahora tan sencillo como mandar a revelar un carrete a Kodak. Los genescopios se habían convertido en el patrón oro para leer el *software* humano, y el año anterior la revista *Time* había

llamado a Tom Carter el «Bill Gates de la genética».

El poder de los genescopios era tan impresionante que incluso Jack se mostraba precavido con ellos. En más de una ocasión, Jasmine le había oído soltar una risotada nerviosa y exclamar: «Ningún maldito robot me va a decir a mí mi fecha de caducidad». Siempre que no lo oyeran los clientes, naturalmente.

Jasmine había sido una de las primeras personas en someterse a la prueba. Aunque no se sentía especialmente asustada, fue todo un alivio descubrir que el futuro inmediato no le deparaba ninguna enfermedad mortal hereditaria. Pero ahora, mientras se dirigían hacia el genescopio, comprendió el temor de Jack. Había algo profundamente perturbador en el hecho de que una máquina supiese más cosas acerca de uno que uno mismo. Y esa noche, temía lo que uno de sus hijos pudiera decirle sobre Holly.

Tomó asiento al lado de DAN, al fondo de la sala. Se oía un leve zumbido procedente del cuerpo redondo de la máquina. El monitor que había sobre la mesa se encontraba apagado. Miró a Tom y le preguntó: —¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Él esbozó una tensa sonrisa y asintió con la cabeza.

—DAN —dijo Jasmine por el micrófono del cuello negro. Aunque el nombre que le había puesto no era del agrado de todos, acabó siendo el definitivo, y ahora todo el mundo llamaba así a los genescopios.

Como si se tratara de unos ojos que se abrían, las luces del cuello y las tres luces blancas del cuerpo ovoide se encendieron. El zumbido se convirtió en un ruido atronador.

—Dame visión —ordenó Jasmine. —DAN, yo también estoy aquí —anunció Tom. De repente apareció en el monitor el logotipo de Genius, que consistía en una bombilla envuelta en la espiral del ADN. Debajo estaba escrito el lema de la compañía: *Sus genes. Su futuro. Su elección.*

—*Por favor, seleccionad menú* —dijo DAN con tono monocorde, después de que su memoria hubiese reconocido las voces de sus creadores.

Jasmine habría querido dotarlo de una voz bonita y modulada, y de hecho existía la tecnología adecuada para darle cualquier tipo de voz. Pero tanto Tom como Jack prefirieron que la desconcertante máquina hablase con su monótona cadencia de robot. Tal vez les tranquilizaba el que a pesar de la composición orgánica del bioordenador, el potente genescopio sólo seguía siendo una computadora.

—Dame el menú de los resultados —pidió Tom. Jasmine observó que sus palabras aparecían en la parte superior del monitor, lo cual significaba que habían sido recibidas correctamente.

—*¿Cuál es el nombre del sujeto?* —Holly Carter —contestó Tom, vocalizando el nombre de su hija.

—*Sujeto encontrado. Por favor, seleccionad una de las opciones que aparecen en pantalla: Descubrimientos de primer orden, análisis por cromosomas, o búsqueda detallada de genes.*

—Descubrimientos de primer orden, por favor. —*Por supuesto, Tom.* —El menú P. A. C. T. apareció en pantalla mientras DAN les hablaba a través de él—. *Ahora estáis en el menú P. A. C. T. La opción Perfil os ofrece una descripción general del sujeto basada en su ADN: color de pelo, de piel, ojos, estatura, etcétera. La opción Cualidades destaca los principales puntos fuertes del cuartil frente al genoma estándar. Por ejemplo, inmunidad contra enfermedades, inteligencia. La opción Preocupaciones muestra el riesgo o susceptibilidad del cuartil inferior frente a enfermedades no letales. La opción Amenazas destaca los defectos con amenaza de muerte y está protegida contra el acceso no autorizado. Por favor, seleccionad vuestra opción.*

Tom hizo caso omiso de las tres primeras categorías.

—Dame Amenazas, DAN. —*¿Contraseña personal, por favor?* — Descubrimiento. —*Gracias, Tom. Para emitir los resultados de las Amenazas, necesito una segunda contraseña de autorización, por favor.*

Jasmine Washington expresó su reticencia con un suspiro, antes de decir:

—Árbol de la vida. —*Gracias, Jasmine. ¿Estáis seguros de que queréis introducirlos en Amenazas? ¿Sí o no?*

Se produjo una pausa. Jasmine miró fijamente a su amigo. Advirtió una expresión de indecisión en sus ojos y percibió sus deseos de salir corriendo de allí y llevarse a Holly lo más lejos posible del genescopio y los secretos que encerraba.

—¡No! —se oyó responder al fin. —¿Qué? —exclamó Tom. Las luces del genescopio parpadearon y el ruido que emitía cambió de tono por un momento.

Tom parecía enfadado y aliviado a la vez.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Vamos, Tom —le suplicó Jasmine—. Páralo ahora. Todavía estás a tiempo.

—*Por favor, confirmad respuesta* —pidió DAN con el mismo tono inexpresivo e imperturbable.

Otra pausa. Los resultados sólo estaban a una sílaba. Tom miró a Jasmine, indeciso, y luego se volvió hacia el ordenador.

—Sí —susurró—. Muéstrame las Amenazas. Jasmine sacudió la cabeza y examinó la imagen de la pantalla. El sonido de DAN se aceleró y a continuación aparecieron tres números en el monitor: el 9, el 10 y el 17.

Algo andaba mal. La presencia de números en la pantalla indicaba que en el genoma de Holly había defectos genéticos peligrosos. Cada número representaba un cromosoma en el que había algún error.

—*Existen graves errores de codificación en los cromosomas 9, 10 y 17* —anunció DAN.

Tom empalideció al instante. —Muéstrame primero el 17 —le dijo. —*Por supuesto, Tom.* La pantalla volvió a cambiar y apareció una especie de escalera de caracol multicolor. Se trataba de una representación gráfica de la doble espiral coloreada del ADN. El título «Cromosoma 17» encabezaba la pantalla. Al lado de la

escalera de caracol había dos bloques de letras formando tripletes. Uno de ellos representaba un tramo de código de la secuencia genética de Holly y el otro un tramo comparable del genoma hipotético estándar de un ser humano sano. A continuación apareció un cursor parecido a un foco que se desplazó por la pantalla antes de detenerse en una sección de los peldaños de la escalera de caracol.

—*Defecto evidente en el gen supresor de tumores p53 en el cromosoma 17. Copia materna dañada y copia paterna propensa a mutación* —informó DAN.

El cursor de la pantalla siguió sus palabras señalando las bases incorrectamente emparejadas de los peldaños de la escalera. Luego destacó las letras incorrectas del código de la copia materna del genoma de Holly.

CAT-ACG-TAG-GAC, leyó, mostrando claramente los defectos destacados.

—¿Qué es lo que hace el gen p53? —preguntó Jasmine con inquietud. Estaba más familiarizada con el funcionamiento de DAN que con los resultados.

—Ayuda a reparar el ADN cuando ha sido dañado —respondió Tom—. Cuando el gen p53 ha sufrido una mutación, se convierte en el mayor precursor de la evolución clónica, el proceso que conduce al cáncer. Pero este gen solo no significa necesariamente que Holly vaya a contraer la enfermedad. Hay un montón de genes implicados en este cáncer, y por eso es tan difícil de curar.

»Para contraerlo de verdad tiene que haber heredado una combinación específica de genes defectuosos tanto de sus cromosomas paternos como maternos.

—De modo que aún es posible que no le pase nada, ¿no?

Antes de que Tom Carter pudiese responder, la pantalla pasó a otra sección de la espiral. Esta vez el título era: «Cromosoma 9».

—*Grupo de genes vulnerables en el cromosoma 9. Grupo paterno contaminado. Grupo materno ausente. Cer6 y cer14 en peligro. Inf19 e inf27 contienen defecto de código.*

Jasmine no tuvo necesidad de mirar el pálido rostro de Tom para deducir que no se trataba de nada bueno. Sin embargo, no le dio tiempo a considerar las posibles implicaciones, ya que DAN volvió a cambiar la imagen de la pantalla. «Cromosoma 10» era el nuevo título. El genescopio era implacable a la hora de emitir el diagnóstico. No había el menor tacto en sus inexpresivas revelaciones.

—*Se detectan huecos en la secuencia de cuatro genes ras del cromosoma 10. Mutación inevitable* —añadió DAN con su tono monocorde, como si anunciara la predicción del tiempo.

—Dios mío —susurró Jasmine para sí.

Tom permaneció callado por un momento, con la mirada perdida.

—Es peor de lo que pensaba —musitó al fin—. Un defecto global suele ser inofensivo. Si el individuo ha heredado un grupo sano del padre o de la madre, se puede incluso superar anomalías en los tres cromosomas, pero Holly tiene la peor combinación posible. Todos los accidentes genéticos que podrían haberla afectado están ahí.

Tom se volvió hacia Jasmine; en sus ojos azules había más indignación que tristeza. Ella se limitó a sacudir la cabeza y le puso la mano en el hombro. No tenía nada que decir.

—¿Y bien, maldito gilipollas, cuál es tu pronóstico? —Preguntó al fin Tom al impassible cisne negro—. ¿Qué le va a suceder?

Jasmine observó que Tom atizaba su propia ira, sin duda porque la desesperación, otra posible alternativa, resultaría inútil.

—*Existe un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que la combinación de los defectos genéticos en el genoma del sujeto Holly Carter conduzca a la larga a un glioblastoma multiforme.*

Aquellos dos términos sonaban mucho menos aterradores que las palabras «cáncer» o «tumor»; semejaban más bien el nombre en latín de una rosa exótica. Pero Jasmine sabía perfectamente a qué se referían. Como Tom le había dicho, el glioblastoma multiforme era la peor clase de astrocitoma, el cáncer de cerebro más virulento.

Jasmine recordó la imagen de Holly alejándose con coraje de la tumba de su madre, toda acicalada con su abrigo escarlata y el gorro de piel negro, y sintió de pronto un odio irracional hacia DAN, como si en cierto modo fuese responsable de la terrible noticia.

Tom permanecía inmóvil. Sus ojos azules despedían un fuego helado.

—Dios, lo siento, Tom.

—Aún no hemos terminado —dijo él con su terquedad habitual—. Todavía queda una pregunta.

«Por supuesto —pensó Jasmine—. El horizonte temporal».

A pesar de la furia que sentía, Tom estaba casi paralizado de miedo. De hecho, tardó unos segundos en recobrar la serenidad. Por fin, preguntó con voz firme:

—DAN, insensible hijo de puta, suponiendo que se den los factores ambientales más optimistas y utilicemos los mejores tratamientos médicos disponibles, ¿cuándo comenzará la evolución clónica? Y ¿cuándo entrará el cáncer de Holly en su cuarta y última fase?

Se produjo una pausa momentánea y el rugido del genescopio se acentuó por unos segundos.

Cuando DAN formuló el veredicto con sus palabras metálicas, Jasmine sacudió la cabeza. Si bien se enorgullecía de su trabajo, en aquel momento, al oír al adivino predecir la muerte de su ahijada, se sintió avergonzada de lo que había contribuido a crear.

EL MISMO DÍA
LONDRES

— **S**OY NÉMESIS. Que esté afilada mi espada de la justicia... La hoja pasó a ras del cuero cabelludo. —Que esté impoluta la armadura de mi rectitud... A ras. —Y sea fuerte el escudo de mi fe. La navaja de afeitar se deslizaba por la cabeza rapada, apartando la espuma blanca y dejando a su paso una suave calva. Con cada movimiento, Maria Benariac entonaba un verso de los tres que componían su mantra: —Soy Némesis. Que esté afilada mi espada de la justicia — repitió mientras continuaba el ritual.

Cuando la piel volvió a estar tersa, limpió el vaho del espejo del cuarto de baño para contemplar su obra. Sus penetrantes ojos (uno azul y el otro pardo) se fijaron en ella. Eran el único rasgo de su cara que el cirujano no había conseguido alterar. Se volvió hacia un lado para observar las minúsculas cicatrices que desde hacía diez años tenía detrás de las orejas. Eran los últimos indicios del sinfín de operaciones que habían hecho que su rostro, demasiado perfecto, pasara más inadvertido.

Maria depositó la navaja junto al lavabo, al lado de las cajitas de maquillaje profesional. Sus dedos se demoraron un segundo, tentados. Pero al ver las recientes cicatrices en cruz que surcaban su muslo derecho, decidió esperar a aliviar su ansiedad.

Salió desnuda del pequeño cuarto de baño y entró en la única habitación del enorme estudio en que se hallaban todas sus pertenencias. Disfrutando del frío tacto de la madera pulida bajo sus pies descalzos, se puso a mirar por la ventana panorámica de casi dos metros de ancho. El Támesis, gélido y gris, se arremolinaba unos treinta metros más abajo. Caminó hasta el rincón del fondo de la estancia y se detuvo bajo las anillas de gimnasia que colgaban de las vigas del alto techo.

De un salto, agarró las anillas con sus dedos nervudos. Los antebrazos musculosos se tensaron al subir con todo el peso de su cuerpo, levantándolo del suelo hasta que la cintura quedó a la altura de las manos, los brazos rígidos. Entonces estiró las piernas hacia delante, formando un perfecto ángulo recto con su abdomen desnudo y tenso.

—Uno..., dos..., tres... —contó en voz baja, mirando fijamente la pared. No hizo ni una sola pausa mientras se ejercitaba—. Quince..., dieciséis..., diecisiete...

Conforme repetía los movimientos, los únicos signos visibles de que estuviese realizando algún esfuerzo eran los pequeños regueros de sudor que caían por su espalda esculpida, así como un temblor apenas perceptible en las manos.

—Cuarenta y ocho..., cuarenta y nueve..., cincuenta... Por fin esbozó una sonrisa triunfal y soltó las anillas. Con las piernas preparadas para la caída, aterrizó

como un gato sobre el pavimento pulido. Sin apenas darse un respiro, caminó hasta el espejo de cuerpo entero y contempló su cuerpo desnudo.

Examinó detenidamente su figura esbelta, la cabeza rapada, los hombros extraordinariamente anchos, los brazos robustos, la cintura estrecha, las caderas masculinas, y las largas y estilizadas piernas. No había vanidad en su mirada, sólo una evaluación objetiva, como si comprobase el estado de un arma o de un instrumento valioso. Esta inspección al amanecer era una más de las que realizaba todas las mañanas, y en esta ocasión, como la mayor parte de las veces, se sentía satisfecha. A sus treinta y cinco años, no tenía ni una pizca de grasa en el cuerpo y sus músculos eran tan flexibles como fuertes. Los únicos defectos eran las cicatrices: las diminutas de detrás de las orejas, la abultada marca en forma de cruz en el reverso del antebrazo izquierdo, unos cortes entrecruzados y autoinfligidos en el muslo derecho y las dos cicatrices en forma de ancla debajo de los pezones. Éstas indicaban el lugar por donde le habían extirpado los pechos, dejando unos bultitos andróginos que ya no le impedían moverse a sus anchas ni atraían miradas importunas. Después de evaluar su cuerpo, Maria Benariac pasó a inspeccionar su guarida. El estudio, una habitación de techos altos en el último piso de un viejo almacén, era una reliquia de finales de los años ochenta, de cuando los jóvenes profesionales de la City compraban edificios reformados en el sórdido barrio del East End porque eran baratos y se hallaban cerca del trabajo. Sin embargo, la estancia distaba mucho de ser el piso de una *yuppie*. Un diseñador de interiores habría llamado a aquel gran espacio «minimalista», aunque «de escaso mobiliario» sería una descripción más acertada. Maria se acercó al panel con cuatro interruptores situado junto a la ventana. Clic-clic. La primera bombilla de cien vatios que colgaba desnuda del techo se apagó y volvió a encenderse. Clic-clic. Lo mismo con la segunda bombilla. Luego la tercera, y la cuarta. Tras comprobar que todas funcionaban, procedió al siguiente paso de su ritual cotidiano. Recorrió el perímetro de la habitación, encendiendo uno a uno los seis focos colocados estratégicamente. A continuación caminó hasta el centro del estudio y examinó el ángulo de los haces de luz, asegurándose de que ningún rincón quedase a oscuras. Ajustó dos de las lámparas y, cuando hubo eliminado cualquier rastro de oscuridad, inspeccionó el resto del apartamento y comprobó con satisfacción que todo estaba en su sitio. Acto seguido se dirigió hacia la cama individual que había en el rincón frente al material de gimnasia, enderezó el crucifijo de la pared e hizo una genuflexión ante él. La cruz de madera, un regalo que el Padre le había hecho al sacarla del orfanato corso, era el único elemento decorativo en las prístinas paredes blancas. Luego echó un vistazo a la estantería. En el estante superior sólo había un libro: la Biblia. En el siguiente, seis módulos de casetes y un walkman Sony. Cinco de ellos estaban etiquetados con el nombre de un idioma, mientras que en el sexto se leía «Ejercicios de voz». El estante inferior contenía una amplia gama de CD-ROM de consulta. Todos se hallaban en su lugar correspondiente. Volvió la mirada hacia la derecha, donde se encontraban la ventana, una sencilla mesa de madera y una silla.

Sobre el escritorio había un ordenador portátil y un teléfono, ambos conectados a una misma toma de la pared blanca. También había un reloj de pulsera y una delgada carpeta de papel manila. En el suelo, apiladas con esmero, al menos otras sesenta carpetas similares, aunque más descoloridas. Todas tenían las esquinas cortadas, como si se tratase de pasaportes caducados. Todas excepto la primera, que estaba intacta, al igual que la de encima de la mesa. Pero se fijó en especial en esta última, y dejó escapar un suspiro.

A continuación se volvió bruscamente y echó una rápida ojeada al hueco que albergaba la modesta cocina, contigua a la entrada principal del piso, pasando por alto el cuarto de baño. Comprobó visualmente las cuatro cerraduras de la puerta de acero y luego se acercó al enorme armario de roble junto a ésta, y lo abrió.

El armario cumplía *dos* funciones bien diferenciadas. El lado izquierdo hacía de ropero. De la barra colgaban, en perfecto orden, trajes de hombre junto con vestidos de mujer. En el estante superior había una colección impresionante de sofisticadas pelucas de cabello humano, unas cortas y otras largas. Sobre el suelo, seis pares de zapatos, unos masculinos y otros femeninos, todos de la misma talla, estaban perfectamente ordenados en filas.

Pero fue el lado derecho del armario el que se vio sometido a su escrutinio. Se trataba esencialmente de un anaquel de herramientas, similar a los que se encuentran en las paredes de muchos garajes de las zonas residenciales. Sin embargo, en este caso no se utilizaban para hacer trabajos de bricolaje ni cultivar jardines.

En el nivel superior, tres cuchillos colgaban de unos ganchos especiales. Como si fuesen piezas de museo, estaban alineados de izquierda a derecha en orden creciente de tamaño. Pese a estar limpios y en buenas condiciones, los mangos desgastados daban fe de su frecuente uso. A la derecha de los tres cuchillos había un *kukri*, el puñal curvo tradicionalmente utilizado por los soldados gurkha del Nepal. Maria acarició una a una las distintas hojas y se estremeció de lo afiladas que estaban.

Debajo del *kukri* había un letal *Nuntcbaka*: dos empuñaduras de madera de treinta centímetros de largo unidas por una cadena. Las puntas de los dos mangos de color claro estaban manchadas de un rojo intenso. Del mismo gancho, y como si fuese una corbata en desuso, colgaba un garrote. En el nivel inferior había tres pistolas: un revólver semiautomático Glock de 9 mm, que por ser de cerámica convertía en inútiles los detectores de metales, una pistola SIG Sauer y una metralleta Heckler Koch. Debajo de todo, colocados horizontalmente sobre unos soportes especiales, había un rifle de francotirador de gran alcance y precisión y un fusil lanzagranadas. Entre todos estos artículos se hallaban unos cajones cuidadosamente etiquetados y unos estantes cargados de accesorios y municiones.

Maria acarició sensualmente sus posesiones, quitó una mancha del cañón de la grasienta Heckler Koch y puso derecho un cargador debajo de la SIG.

Tras comprobar con satisfacción que todo estaba en orden, caminó sigilosamente hasta el cuarto de baño, se metió en la ducha y permaneció de pie bajo el cálido

chorro de agua. Con una pastilla de jabón antiséptico, se restregó la piel hasta dejarla casi en carne viva y se enjabonó la cabeza afeitada, apretando los párpados a fin de evitar que la espuma le entrase en los ojos. Conforme relajaba los músculos, se abandonó a sus sentimientos de rabia y vergüenza, y volvió a pensar en el científico, cuyo recuerdo había estado atormentándola desde el incidente de Estocolmo.

Resultaba irónico que hubiese cometido el primer error de su vida con el objetivo que consideraba más peligroso. Todos los demás eran demonios inequívocos: traficantes de armas, blasfemos productores de películas, deshonestos evangelistas televisivos, corruptos abogados de bandas criminales y magnates de la droga. En todos ellos, el rostro del diablo era claramente visible y fácil de erradicar. Pero desde el momento en que el Padre le dio la carpeta de papel manila que contenía los datos del doctor Tom Carter, supo que se trataba de alguien diferente. Su maldad era mucho más poderosa e insidiosa que la de los demás personajes que había ejecutado. En realidad, la sociedad veía su blasfema genética como algo positivo. Incluso estimaba conveniente rendirle honores como a un salvador. Y María sabía que no había peor perversidad que la que se ocultaba sin esfuerzo bajo la máscara de la virtud.

Sintió la rabia crecer en su interior. Ella era Némesis, y por lo tanto no cometía errores. Su intención era hacer público el asesinato del doctor Carter la noche de su mayor triunfo, a fin de mostrar al mundo la invalidez de sus logros. Pretendía ser un golpe quirúrgico, y María había planeado emprender la huida mucho antes de que el cuerpo del ateo golpeará el suelo. En cambio, su compañero lo apartó de un empujón y fue su esposa quien recibió los balazos.

Se restregó el jabón por la piel con mayor ahínco. Debería de haber eliminado a su colega, Jack Nichols. Cuando trabajaba para el FBI, ese hombre se había convertido en un auténtico héroe al detener a Happy Sam, el asesino en serie que cortaba la boca a sus víctimas «sonrientes» con el fin de «captar su felicidad». María lo sabía. Aquella noche vio claramente la cicatriz en forma de media luna en el rostro de Jack Nichols, producto de la herida que le hizo el asesino justo antes de que él le rompiera el cuello. Decididamente, tendría que haber contado con la posibilidad de que el exagente ayudase a su amigo. Había sido un error de aficionados. Algo imperdonable.

María cerró el grifo de la ducha y se secó con una toalla áspera. A continuación se dirigió desnuda hacia el escritorio y cogió la carpeta de papel manila. La abrió y echó una ojeada a la fotografía del siguiente Ajusticiamiento.

A continuación se acercó a las carpetas apiladas en el suelo —todas excepto una con las esquinas cortadas, todas excepto una completadas con éxito—, y cogió la única que permanecía intacta, encima de las demás. La abrió y contempló el rostro de Tom Carter, su único fracaso. Los penetrantes ojos azules parecieron devolverle la mirada bajo la desordenada cabellera negra. La recia mandíbula otorgaba al rostro alargado un aire de obstinación que la incitaba aún más a acabar con él. Deseaba desesperadamente terminar lo que había empezado, pero sabía que no estaba

autorizada a hacerlo. Aun así, al menos podía visitar al doctor Carter y hacerle comprender que su castigo no había sido cancelado, sino aplazado. Comprobó la hora en el reloj que había junto al teléfono. Debía darse prisa si quería tomar el Concorde.

De mala gana, dejó la carpeta del doctor Carter encima del montón. El hecho de abrirla revolvió en su interior todas sus viejas ansiedades, y comenzó a rascarse las recientes y lívidas cicatrices que tenía en la pierna. Se fue restregando cada vez con mayor saña al recordar la humillación que había sentido al informar al Padre y al hermano Bernard de su fracaso, del primer fracaso de Némesis. Y el modo en que éste la había reprendido.

Caminó hasta el crucifijo y se arrodilló ante él. Su oración fue rápida y sencilla: rogó que después de llevar a cabo el Ajusticiamiento del mes siguiente, en Manhattan, el Padre le diese otra oportunidad para acabar con el científico.

**BEACON HILL
BOSTON**

A la mañana siguiente el doctor Carter despertó temprano. Tendió el brazo hacia Olivia, y sólo al notar el frío tacto de la sábana en la enorme cama recordó que su mujer había muerto. Era el primer pensamiento que lo asaltaba cada mañana desde la noche del asesinato, y se preguntó si sería así por mucho tiempo. Abrió *los* ojos legañosos y miró la hora en el reloj de la mesita de noche. Las cinco y dieciséis minutos de la madrugada. Entonces la segunda de sus pesadillas le desgarró la conciencia. Al fin y al cabo ¿cuánto era un año? ¿Cincuenta y dos semanas? ¿Trescientos sesenta y cinco días? ¿Ocho mil setecientas sesenta horas? Lo expresara como lo expresase, resultaba imposible hacer que pareciera más largo de lo que era, y en cualquier caso no bastaba. Pero según DAN, ése era el tiempo que le quedaba a Holly, como mucho. Sin el tratamiento adecuado, sería un milagro que celebrase otro cumpleaños.

Cuando DAN le comunicó el *plazo*, Tom experimentó una sensación extraña, próxima al alivio. Se trataba de una fecha tan próxima que no había realmente nada que pudiese hacer. Tenía una buena excusa para darse por vencido, para concentrar sus esfuerzos en ayudar a identificar al asesino de Olivia y asegurarse de que los últimos *meses* de Holly fuesen lo más agradables y lo menos dolorosos posible. Pero, por supuesto, ésa no era su forma de actuar. Nunca había sido de los que se cruzan de brazos ante las adversidades.

Se incorporó en la cama y sacudió la cabeza, intentando apartar de su mente todos sus temores y pensamientos confusos. Si pretendía siquiera empezar a planear qué debería o podría hacer para ayudar a su hija, necesitaría un punto de vista totalmente nuevo, y sólo había una forma de conseguirlo. Antes de dar la noticia a Jack y a su padre, hablaría con la única persona que siempre lo había escuchado en tiempos de duda y de crisis.

Se levantó de la cama y entró con paso cansino en el cuarto de baño contiguo al dormitorio. Los frascos de champú y suavizante de Olivia seguían sobre la mesita, junto a la bañera. Como tantas otras cosas de la casa que habían sido creación de Olivia, aquellos recipientes le traían a la memoria su presencia. Aun así, no podía soportar la idea de desprenderse de nada, por ínfimo que fuera, que le recordase a ella.

Abrió al máximo el grifo de la ducha y se colocó bajo el potente chorro de agua hasta que sintió comezón en la piel. Bajó la vista y examinó la horrible cicatriz amoratada que tenía encima de la rodilla derecha. Según el médico sueco, había tenido mucha suerte de que la bala le atravesara la pierna, ya que sólo le había

causado una lesión menor en el músculo. Sin embargo, Tom habría deseado que cada una de las balas que habían desgarrado el cuerpo de Olivia lo hubiesen alcanzado a él en su lugar.

Después de ducharse, se secó con una toalla y abrió el enorme armario que compartía con su mujer. La ropa de Olivia seguía en las perchas, aún impregnada con su olor. Tom se puso lo primero que encontró en su lado del ropero y cogió la larga cazadora de cuero acolchada que la noche anterior había dejado tirada en el suelo.

En el rellano de la escalera, se detuvo delante del cuarto de Holly y asomó la cabeza por la puerta abierta. La niña dormía, acurrucada en su cama. Él se acercó sigilosamente y la besó en la frente. Mientras contemplaba el plácido rostro de su hija, la profecía escalofriante de DAN le pareció una pesadilla distante, incluso ridícula. Si no regresaba a casa antes de que Holly despertara, seguro que Marcy Kelly, el ama de llaves que vivía en el ático, ya se habría levantado.

Dejó a Holly durmiendo, bajó a hurtadillas por la escalera aún en penumbra y salió de la casa por la puerta trasera, pues sabía que el coche de policía seguía aparcado a unos metros de la entrada principal. Había nevado durante la noche. Tom subió al Mercedes y se escabulló por una puerta lateral sin que sus guardianes lo vieran. Necesitaba estar solo y, a diferencia de Jack, no creía que la persona que había intentado matarlo en Suecia lo hubiese seguido hasta Estados Unidos. Lo más probable era que en aquellos momentos el asesino de Olivia estuviese huyendo de la justicia, y Tom habría preferido que la policía concentrara sus esfuerzos en atraparlo en lugar de perder el tiempo vigilándolo a él.

El trayecto desde Beacon Hill a través de las calles por lo general congestionadas de Boston fue inusualmente tranquilo. Aún no eran las seis de la mañana del domingo y en quince minutos sólo se cruzó con un puñado de coches, entre ellos un sedán marrón que lo adelantó después de cruzar el puente nevado.

Apenas despuntaba el alba cuando llegó al cementerio. La verja de hierro forjado estaba abierta y Tom se dirigió hacia el montículo donde se hallaba la reciente tumba de Olivia, oculta bajo la nieve caída durante la noche. Estacionó el Mercedes y, soplándose las manos heladas, caminó hasta el lugar donde yacía su esposa. Se sentó en la nieve junto a Olivia, las rodillas apretadas contra el pecho, y le contó lo que había sucedido.

Comenzó por el principio, sin olvidar el menor detalle. Era como si Olivia estuviese allí realmente, escuchándolo, como tantas otras veces.

—¿Qué crees que debo hacer? —preguntó él en voz alta—. ¿Aceptar lo inevitable y procurar que Holly le saque el mayor partido posible al poco tiempo que le queda, o arriesgarme a desperdiciar este valioso año intentando descubrir una cura acelerada?

Mientras contemplaba cómo el amanecer alejaba la oscuridad con sus dedos gélidos y transparentes, recordó el poema favorito de Olivia y esbozó una sonrisa: No te adentres impasible en la noche, la vejez debe arder y encolerizarse al final del día; descarga tu rabia contra la agonía de la luz. Si bien no recordaba todos los versos que

Dylan Thomas había escrito a su padre antes de morir, aquellos le bastaron para conocer la respuesta de Olivia. No permitiría que Holly se adentrara impasible en la noche. Se rebelaría junto a ella, utilizando todos sus conocimientos y recursos para mantener a distancia las tinieblas que la amenazaban.

Jasmine no habría desvelado a nadie el veredicto de DAN, que Tom prefería mantener en secreto. Naturalmente, él no quería que Holly supiera nada de su inminente enfermedad. Informaría a Alex y a Jack al día siguiente, así como a cualquier otra persona de confianza que pudiese aconsejarlo y prestarle su ayuda. Juntos decidirían cuál era el plan de ataque más conveniente. Después de todo, no había nadie mejor que ellos para salvar a Holly. Fue entonces, justo en el momento en que el sol naciente derramaba su luz sesgada sobre el cementerio, cuando Tom observó pisadas recientes junto a la sepultura. Las siguió con la mirada y comprobó que, tras atravesar la amplia extensión nevada, llegaban a un sedán marrón aparcado al otro lado del cementerio. De pie junto a él había un hombre de espaldas anchas. Aunque no era más que una silueta recortada contra el sol, había algo en su postura que indicaba que estaba observándolo.

Tom se puso de pie y examinó las profundas huellas que partían de la tumba. Por primera vez reparó en la pequeña ofrenda de rosas rojas en forma de cruz que yacía sobre la nieve, detrás de la lápida. Como Olivia habría deseado, Tom había pedido a los amigos y familiares que en lugar de presentarse con flores hiciesen donaciones a una organización benéfica de su elección. Por lo tanto, se preguntó quién habría dejado aquella ofrenda. Intrigado, la levantó del suelo y vio caer un sobre en la nieve.

Con dedos entumecidos lo abrió y sacó una tarjetita de su interior. En la parte superior figuraba la siguiente cita: «El salario del pecado es la muerte». Romanos, 6:23. Y a continuación unas palabras que lo dejaron más helado que el mismísimo frío glacial: «Esta vez tu mujer ha pagado por tu pecado, pero pronto llegará tu castigo». La nota no estaba firmada.

Por fin logró sentir alguna clase de emoción. Toda la ira y la congoja que había reprimido en su interior desde la muerte de Olivia surgieron a la superficie. Con la sangre hirviendo en las venas, entrecerró los ojos bajo el sol naciente y, pese al dolor que le agarrotaba la pierna, echó a correr con todas sus fuerzas sobre la espesa capa de nieve en dirección a la silueta solitaria, el vaho de cuyo aliento era visible en el aire helado. Sin embargo, apenas hubo recorrido una veintena de metros, cegado por el sol, supo que la figura ya había desaparecido.

Tres días más tarde, Jasmine Washington se encontraba con Tom Carter y Jack Nichols en la sala de juntas de Genius en la última planta de la pirámide, que albergaba todas las oficinas comerciales, incluida la de Jack. Jasmine sacudió la cabeza con incredulidad. Apenas había asimilado la predicción de DAN sobre Holly, y ahora aquello...

—Lo que no logro comprender, Tom, es por qué los policías que te custodiaban

no intentaron cogerlo —dijo.

—Porque no estaban allí —repuso Jack, aferrándose a la mesa negra—. El señor Einstein, aquí presente, decidió escabullirse de ellos.

—Jack, ahórrate ese sermón de hermano mayor, ¿de acuerdo? —Gruñó Tom—. Ya he tenido bastante con el que me echaron tus amigos del FBI.

Jack se mantuvo impertérrito. A pesar de su cicatriz y de las canas que moteaban su cabello rojizo, ofrecía buen aspecto a sus cincuenta años. Jasmine lo había conocido poco después de conocer a Tom. Además de ser el cerebro comercial de la empresa, aquel hombre del FBI con un título de licenciado en administración de empresas era una especie de mediador, un pragmático aprensivo que tendía una especie de puente entre las fantasías de Tom y el mundo real. En cierta ocasión le había comentado a Jasmine que se veía en la obligación de proteger las frágiles ideas de Tom de los «hombres trajeados», como llamaba a los inversores. Desde el momento en que conoció a Tom en Manhattan con ocasión de una conferencia sobre inversiones en el campo de la biotecnología, unos doce años atrás, sus mentes habían congeniado a la perfección.

A pesar de que Genius ya era de por sí una empresa próspera, Tom había intentado recaudar fondos adicionales para sacar adelante su proyecto del genescopio sin perder el control de la compañía. Jack, recién salido de la Wharton Business School y con un exitoso año en Drax, una compañía dedicada a la inversión de riesgo, buscaba desesperadamente una empresa que capitalizar, preferentemente alguna que fuese a cambiar el mundo. Estuvieron conversando durante treinta y nueve horas, haciendo caso omiso de los demás participantes. Para cuando terminó la conferencia, Jack había presentado su dimisión en Drax y entró a trabajar de inmediato con Tom. A las tres semanas, no sólo había logrado que seis importantes inversores de Wall Street se interesaran por la arriesgada empresa de Tom, sino que al enfrentarlos unos con otros, permitió amablemente a tres de ellos que pusieran los ciento cincuenta millones que necesitaban, a condición de que no se entrometieran en la dirección del negocio durante al menos diez años.

—¿Y qué opina el FBI, Tom? —preguntó Jasmine. Tom se puso de pie, caminó hasta la pared de vidrio y se apoyó en ella. A su espalda se erigían, en la distancia, los rascacielos del centro de Boston.

—Creen que podría ser el Predicador. —Dios mío —musitó Jasmine con expresión de asombro—. ¿En serio?

Jack Nichols se acarició la cicatriz de la mejilla como solía hacer cuando estaba desconcertado o perplejo.

—¿Estás seguro? —Es lo que me dijeron anoche los del FBI. Estuve hablando con una agente llamada Karen Tanner en el Federal Plaza, y me comentó que la letra de la nota y la cita bíblica encajan perfectamente con el Predicador.

Jack soltó un breve silbido. —Si Karen lo dice, lo más probable es que sea cierto. Jasmine sabía perfectamente a qué se debía aquel comentario. Karen Tanner había

sido la compañera de Jack cuando empezó su carrera, unos quince años atrás. Lo había ayudado a enviar a la cárcel a Happy Sam, el asesino que trataba de «captar la felicidad» de sus víctimas cortándoles la boca. La esposa de Jack, Susan, estuvo en un tris de convertirse en una de las víctimas del psicópata, pero Karen ayudó a Jack a rescatarla. Jack salió muy malherido, y fue entonces cuando decidió abandonar el FBI a fin de dedicar más tiempo a su mujer y a sus dos hijos, y buscar una nueva forma de mejorar el mundo.

Y ahora Karen Tanner opinaba que un asesino que hacía que Happy Sam pareciese un simple aficionado andaba detrás de Tom Carter. Jasmine jamás lo habría creído si no hubiese visto el modo en que Olivia era asesinada.

Como todo el mundo, había leído las numerosas historias relacionadas con el Predicador. Al parecer se trataba de algún fanático religioso que había iniciado una perversa cruzada para depurar el mundo. Era de todos sabido que sus víctimas se contaban entre la peor escoria, como abogados de bandas criminales, traficantes de drogas, capos de las principales familias mafiosas y, en general, cualquier malhechor que se encontrase fuera del alcance de la justicia.

Jasmine aún recordaba el caso de la primera víctima del Predicador, unos trece años atrás. El corrupto evangelista Bobby Dooley fue hallado balanceándose sobre el río Hudson con la garganta rajada de oreja a oreja y el mensaje «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de cordero, pero por dentro son lobos rapaces». Mateo, 7:15, metido en el esófago en una bolsa de plástico.

Conforme fueron apareciendo los demás cadáveres, todos ellos con mensajes similares en alguna parte del cuerpo, la prensa enloqueció con las historias sobre aquel tipo al que llamaron «el Predicador de la Muerte». Sin embargo, el interés que había despertado en un principio fue desvaneciéndose con el tiempo. La policía seguía sin identificarlo y ninguna de las víctimas era candidata a convertirse en el Humanitario del Año. Después de unos sesenta asesinatos cometidos por todo el mundo, lo único que interesaba a la prensa era saber si la policía deseaba realmente capturarlo o si lo dejaban en paz porque «sólo mataba escoria» y por consiguiente les facilitaba la existencia.

—Pero Tom, ¿por qué va a por ti? —preguntó Jasmine—. Nadie puede considerarte un malhechor, a menos que el comité Nobel haya perdido los papeles.

Tom soltó una amarga carcajada. —Eso mismo le pregunté anoche a Karen Tanner. En su opinión, el Predicador no aprueba lo que estoy haciendo. Los expertos en ciencias del comportamiento de Quantico estiman que a ojos de un fanático religioso como él, la genética me convierte en la peor clase de maleante que pueda existir, sólo unos peldaños más arriba en la escalera de la escoria humana que el mismísimo Satanás. Y no debemos olvidar que no todas sus víctimas han sido delincuentes convencionales. ¿Te acuerdas de Max Heywood, el juez del Tribunal Supremo?

Jasmine hizo una mueca. Lo recordaba perfectamente. El único «pecado» de Max

Heywood había sido decir que la Constitución americana era tan sagrada como cualquier escrito de la Biblia. Lo encontraron en su despacho con el sello inconfundible de la cita bíblica clavada en el pecho y escrita con su propia sangre: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal». Eclesiastés, 12:13. Lo habían estrangulado y le habían arrancado la lengua con unos alicates.

—Pero ¿por qué quiere acabar contigo justo ahora? —inquirió Jasmine—. Hace años que estás metido en genética.

—¿Quién sabe? Tal vez la publicidad del premio Nobel le haya hecho perder los estribos. De todos modos, me tiene sin cuidado quién sea ese tipo. Si mató a Olivia, quiero que acabe entre rejas. Lo cual me hace pensar en el propósito de esta reunión. Quería comentaros un cambio en mis dos prioridades. La primera está relacionada con Holly y la segunda consiste en ayudar al FBI a atrapar al Predicador.

Jack hizo ademán de descolgar el teléfono. —Voy a llamar a Paul y a Jane. —No —lo detuvo Tom—. Por el momento prefiero que lo de Holly quede entre nosotros.

Paul Mandelson y Jane Naylor eran los dos miembros más recientes de la junta directiva. Jack se encargaba de las finanzas y la mercadotecnia, Tom del Departamento de Investigación y Desarrollo y Jasmine de la informática. Paul, en tanto que director de Operaciones, estaba a cargo de todo el aprovisionamiento y la producción, mientras que Jane Naylor era la directora de Recursos Humanos.

Jack apartó la mano del teléfono y se reclinó en la silla.

—Está bien. Empecemos por Holly. Supongo que tiene que ver con la predicción de DAN.

Tom asintió. —Dado que hasta ahora siempre nos hemos concentrado en los trastornos genéticos más corrientes —dijo—, hemos dejado de lado las enfermedades más inusuales y complicadas, como el cáncer de cerebro. Por lo tanto, para tener la mínima esperanza de ayudar a Holly, voy a pasar a tres de los mejores equipos de laboratorio a los protocolos de terapia génica en desarrollo para franquear la barrera encefalohematopoyética y atacar en especial el glioblastoma multiforme. Esto significa que algunos de los principales proyectos en curso, pese a ser más lucrativos, quedarán aplazados, y también supondrá un incremento en los fondos a recaudar. Pero por lo demás todo seguirá igual. ¿De acuerdo?

Jack se encogió de hombros.

—Claro, Tom. Haré cuanto necesites. Sólo tienes que darme un informe detallado para que los contables puedan hacer los presupuestos y abrir los códigos de cuentas pertinentes.

Tom se volvió hacia Jasmine.

—Jazz, he hablado al FBI del *software* Gene Genie y están dispuestos a probarlo. Ni siquiera saben qué aspecto tiene ese misterioso Predicador. Incluso el vídeo del asesinato de Olivia no muestra más que a un tipo bien protegido contra el frío con un abrigo enorme. Pero están convencidos de que tarde o temprano dejará algún rastro genético en el lugar del crimen y, cuando esto suceda, les gustaría utilizar a Gene

Genie para reproducir su aspecto físico. Quiero ayudarlos. ¿Cómo va el último prototipo?

El Gene Genie era un *software* de segunda generación que se había añadido al *software* del genescopio. Los genescopios eran capaces de proporcionar una buena descripción física de una persona a partir de su ADN: color de piel, cabello y ojos, así como grupo étnico y posible estatura y compleción. El Gene Genie llegaba aún más lejos. Basado en la idea surgida a principios de los años noventa de hacer retratos robot por ordenador utilizando las declaraciones de los testigos, Gene Genie tenía como finalidad la creación de un holograma tridimensional de un individuo enteramente a partir de sus genes.

Jasmine abrió su ordenador portátil y accedió al archivo del proyecto.

—Ya casi está terminado —dijo—. Según los últimos datos, estará listo para la prueba Beta dentro de diez semanas.

Tom frunció el entrecejo. —Si lo convirtieses en una prioridad absoluta y pusiéramos más dinero, ¿para cuándo podrías tenerlo terminado?

—Un mes, tal vez cinco semanas. Eso suponiendo que no haya ningún fallo técnico. Pero costará bastante.

—No importa. Gástate cuanto necesites. Pero que sean cuatro semanas.

Jack lo miró, sin duda preocupado por los millones que costaría adelantar el proyecto unas semanas.

—¿Qué prisa hay, Tom? Tenemos el monopolio del *software*, y en realidad no crees que esto vaya a ayudarnos a encontrar al asesino de Olivia, ¿verdad?

—Por lo menos estamos haciendo algo. Aunque Jack parecía dispuesto a iniciar una discusión, se limitó a reclinarsse en la silla y encogerse de hombros.

—Está bien, como quieras. Pero sea quien sea ese Predicador, necesitaremos algo más que una máquina creadora de fantasmas para atraparlo. Ya lleva más de trece años en esto y hasta ahora nadie se le ha acercado —Jack se inclinó hacia delante y añadió, mirándolo a los ojos—: Mierda, Tom, ese tipo ya es un fantasma.

UN MES MÁS TARDE
2 DE FEBRERO DE 2003
BEACON HILL. BOSTON

TOM CARTER se sirvió la tercera taza de café y echó un vistazo al reloj de la cocina. Eran las 5.58 y reinaba un profundo silencio. Ni siquiera Marcy Kelly, el ama de llaves, se había levantado todavía. Siete semanas, cuatro días y seis horas habían transcurrido desde la muerte de Olivia (Tom se preguntaba a menudo cuándo dejaría de medir el tiempo con semejante precisión), pero las autoridades no habían avanzado un ápice en la búsqueda del asesino. Aparte del *software* Gene Genie, que ya estaba casi terminado, la única brizna de esperanza era que el FBI creía que Tom seguía siendo un objetivo. De ser así, los agentes y policías que lo custodiaban a todas horas tendrían la oportunidad de atrapar a ese cabrón. Aunque a Tom le resultaba aterrador saberse amenazado por un criminal de tal calibre, el temor por su vida quedaba eclipsado por la inminente enfermedad de Holly. Ni por un instante dejaba de ser consciente de que un asesino aún más implacable acechaba a su hija. Ese día, después de semanas de trabajo, por fin conocería el resultado de los experimentos clave de uno de sus equipos, y sabría, por lo tanto, si existía la menor esperanza de hallar una cura a tiempo.

Se levantó, cogió su chaqueta arrugada del respaldo de la silla y abandonó la cocina. Cruzó el vestíbulo, cuyo suelo estaba cubierto en gran parte por una enorme alfombra china, y se dirigió hacia la escalera de roble. Una vez arriba, extendió la pierna herida y se frotó justo encima de la rodilla. Necesitaba someterse a una operación a fin de curar del todo su cojera, pero no figuraba entre sus prioridades. Abrió lentamente la puerta de la habitación de Holly y, cuando se disponía a entrar de puntillas para no despertarla, le sorprendió la potente luz de la lámpara del escritorio apuntando directamente hacia la puerta.

—Hola, papá —dijo la niña, cuyo rebelde cabello rubio aparecía aplastado por la almohada. Estaba sentada frente al ordenador con una holgada camiseta verde en la que se leía: «¿Qué estás mirando?».

Tom parpadeó, deslumbrado por la luz, y le revolvió el pelo con la mano.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —No podía dormir, así que he pensado echar otra partida de *La ira de Zarg*.

Tom sonrió y se sentó en la cama, al lado del escritorio. No era habitual encontrarla levantada tan temprano. Marcy Kelly solía despertarla poco antes de las ocho con su jovial y resonante voz irlandesa, justo a tiempo para que desayunase y tomara el autobús del colegio con sus amigas.

Tom contempló en la pantalla a la reina guerrera que Holly controlaba. El personaje, ridículamente musculoso, se encontraba de pie bajo un techo del que

parecían llover ladrillos ardientes. Un dragón se acercaba a ella por la izquierda y un enorme monstruo semejante a un *troll* por la derecha.

—Parece que te encuentras en apuros. —Está tirado —dijo Holly entre risas. — ¿Ah, sí? ¿Cómo vas a impedir que te quemen los ladrillos sin que te devore el dragón o te aplaste el *troll*?

—Así. Holly pulsó un par de teclas. La reina guerrera se agachó y levantó una roca del suelo, bajo la cual apareció una botellita azul. Tras unas cuantas pulsaciones más, el personaje se puso a beber de la botella. De pronto se volvió radiante, inmune a los ladrillos ardientes. Y en una décima de segundo, descuartizó al dragón con la espada, espetó al *troll* y pasó al nivel superior.

—Poción mágica —explicó Holly con una sonrisa satisfecha—. Te vuelve invulnerable. Nunca falla. Sólo hay que saber adónde mirar. —Tom observó a su hija, procurando no pensar en su inminente enfermedad.

—Conque una poción mágica, ¿eh? Estoy muy impresionado. —Deseaba que todo fuese así de sencillo para él.

La pantalla cambió y apareció un nuevo nivel. —Nivel seis —exclamó Holly con tono triunfal—. Éste sí que impone.

Tom se alegraba de que a Holly le gustase el nuevo ordenador. Él y Olivia se lo habían regalado por Navidad. Jasmine les había ayudado a escoger el modelo, y para la niña había sido prácticamente la única diversión de unas navidades por lo demás malditas. A pesar de haber disfrutado de la compañía de Alex y de otros familiares, y de lo atentos que se habían mostrado Jazz y todos sus amigos, nada había logrado distraerlos del vacío provocado por la ausencia de Olivia. En su conjunto, aquellas fiestas habían sido como pasar una semana de vacaciones en el infierno.

Tom echó un vistazo a la habitación de Holly. En una de las paredes, un póster de *Parque Jurásico 3* rivalizaba con una imagen de tamaño natural de los Internet Troopers. En el estante intermedio de encima del escritorio había una pelota de fútbol junto a una fotografía enorme de Olivia riendo en el jardín. Luego se fijó en la colección de juegos en CD-ROM y en los muñequitos de GI Joe. Sonrió para sus adentros al advertir que no había una sola muñeca, ni un bonito póster de los Peanuts o algún simpático personaje de Walt Disney. Desde muy pequeña Holly había dado muestras de no ser la clase de niña que se dedica a jugar con Barbies. «Ahí se queda la genética», pensó Tom.

De repente imaginó la habitación vacía. El temor lo invadió tan rápida y súbitamente que necesitó unos segundos para tranquilizarse. Respiró hondo y recordó que en los escáners de cerebro aún no aparecía el menor rastro del tumor de Holly. Una vez más, se dijo que disponían de tiempo suficiente para descubrir una cura adecuada. Y si no, lo sacaría de donde fuera.

—¿Papá? —¿Sí? —dijo Tom. Holly estaba mirándole los pies. —¿Ya estás listo para ir a trabajar? —Claro. ¿Por qué? —Llevas calcetines de distinto color. Tom bajó la mirada y comprobó que su hija estaba en lo cierto. Llevaba uno de color azul y el

otro marrón.

—No tienen por qué hacer juego. Son especiales. Holly enarcó una ceja y susurró: —Ah, ya. Tom se levantó y la besó en la mejilla. —De verdad, Hol. Puedo demostrártelo. —¿Cómo? —preguntó ella, entornando los ojos. Tom no pudo evitar una sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta.

—Porque tengo otro par exactamente igual. —Papáaaa —la oyó protestar, pero logró salir de la habitación antes de que la almohada lo alcanzase.

A eso de las seis y media, Tom franqueaba la verja del predio de Genius, seguido de cerca por su discreta escolta policial. Normalmente le gustaba sentarse a su mesa de trabajo antes de las seis y cuarto, pero el ver a Holly despierta había supuesto una grata alteración de la rutina.

Entró con el Mercedes en el aparcamiento subterráneo, que estaba prácticamente desierto, y sonrió al ver el BMW descapotable de color verde chillón aparcado en el primer espacio disponible. Siempre bromeaba con Jazz a ver quién llegaba primero, y el ganador ocupaba invariablemente ese lugar para poner de manifiesto su victoria. De vez en cuando Jack Nichols aparecía a una hora intempestiva y se hacía con el espacio, sólo para demostrarles que era capaz de estar a la altura de los mejores. Pero por lo general era algo entre ellos dos. Tom solía ganar, aunque esta vez no fuese el caso.

Se apeó y se encaminó hacia la escalera que conducía al patio interior. Antes del tiroteo habría subido corriendo, pero ahora se limitaba a hacerlo a pie y sin prisas. Por principio, se negaba a tomar el ascensor.

Reinaba un profundo silencio salvo por el sonido de sus pasos sobre el suelo de mármol. A su izquierda, a través de las paredes de cristal ahumado, vio a Jasmine pasearse por la sala de ordenadores.

Desde el atrio, se accedía a ésta por una puerta negra de vidrio opaco en la que un rótulo rezaba: «Sección de informática. Sólo personal autorizado». Dicho departamento, junto con el patio central y la sala de hospital, ocupaban la planta baja de la pirámide de Genius.

Tom le devolvió el saludo a Jasmine y se dirigió hacia el centro del atrio. Allí, erigiéndose hasta el ápice de la pirámide, había un enorme holograma multicolor de la espiral del ADN de unos diez metros de alto que giraba sobre una holoplatforma circular. Como hacía a menudo, Tom desobedeció la señal que había junto a ella y se adentró en la imagen tridimensional. Alzó la mirada a través de la escalera de caracol que giraba en torno a él y quedó maravillado por los peldaños multicolores de bases nitrogenadas. Colocarse en el interior de la doble hélice que contenía el código de la vida siempre era una experiencia gratificante. Para él se trataba de una auténtica autopista de la información a través de la cual era posible desvelar la mayor parte de los secretos verdaderamente importantes. Tom sacudió la cabeza ante semejante

prodigio, se bajó de la plataforma y se encaminó hacia la sala de hospital, situada en la parte oeste del atrio.

Abrió la puerta de la pequeña y alegre sala de espera provista de sus correspondientes aseos. Al otro lado de la habitación había unas puertas batientes que conducían a la sala de terapia génica experimental y a un quirófano perfectamente equipado. Aprobada por el Instituto Nacional del Cáncer de la Federación de Institutos Nacionales de la Salud, de Bethesda, Maryland, la sala contaba con diez camas. Era financiada por Genius en su totalidad y en ella trabajaban diez enfermeras, una para cada paciente, y cuatro médicos, dos de ellos en excedencia procedentes del Instituto Nacional de la Salud. Ambos debían asegurarse de que el intercambio de ideas fuese fructífero y la ética profesional óptima, además de comprobar que Genius obtuviese de la Administración Federal para Medicamentos y del Instituto Nacional de la Salud los permisos necesarios para llevar a cabo todos sus tratamientos experimentales en cobayas humanas. Tom apreciaba su presencia y jamás les ocultaba nada. O casi nada. Aún no les había mostrado la base de datos de ADN, IGOR, pues estaba convencido de que, a pesar de sus motivaciones, la Federación de Institutos Nacionales de la Salud *no la* aprobarían.

Tom abrió la puerta y sonrió ante la visión de la alegre habitación: paredes amarillas, cortinas de color azul cielo, plantas de interior, camas de madera de pino en cubículos semiprivados. Todo ello contribuía a dar la sensación de que uno se encontraba en un enorme dormitorio, no en una sala de hospital. Sin embargo, no era eso lo que lo convertía en un Jugar tan especial o hacía que Tom se sintiese tan orgulloso.

Se trataba de una sala inusual, porque sólo tenían derecho a ocupar una cama en ella los pacientes que cumpliesen un severo requisito: debía quedarles menos de tres meses de vida. Los enfermos eran ingresados allí cuando la quimioterapia, la radioterapia o cualquier otro tratamiento habían fracasado. Se trataba de su último recurso. Acudían a que les reprogramaran los genes.

Tom la había creado para asegurarse de que los científicos de los laboratorios del piso superior vieran una aplicación directa de su trabajo y recordaran en todo momento que la investigación médica carecía de sentido a menos que contribuyese a salvar vidas humanas. Si bien muchos de los pacientes terminales morían de todos modos, una minoría significativa se saltaba la parada y lograba seguir viviendo. A comienzos de 1999 la primera cura acreditada de un caso de fibrosis cística por medio de terapia génica se había aplicado en aquella habitación. Asimismo, la primera prueba de terapia génica para tratar la corea de Huntington se llevó a cabo con éxito un año más tarde. En aquella modesta sala se habían salvado más de cincuenta vidas en los últimos nueve años, a las que se sumaban innumerables *casos* más, repartidos por todo el mundo, y todo gracias a los descubrimientos realizados en ese lugar.

En esos momentos sólo había seis camas ocupadas. Cinco de los pacientes

estaban dormidos, pero Tom no se sorprendió al ver a Hank Polanski incorporado en el lecho conversando con la jefa de enfermeras, Beth Lawrence. Aquél era un gran día para el joven granjero de Carolina, de veintitrés años. La Administración Federal para Medicamentos había aprobado finalmente el nuevo tratamiento, y esa mañana le inyectarían el retrovirus VIH que provoca el sida.

Aunque Tom no solía tratar personalmente a los pacientes debido al tiempo que dedicaba al laboratorio, no podía evitar considerarse responsable de cada uno de ellos.

La enfermera Lawrence, una mujer alta de aspecto remilgado y sonrisa increíblemente franca, estaba poniéndole a Hank un gota a gota en el brazo. Cuando levantó la mirada, saludó a Tom efusivamente.

—Buenos días, doctor Carter. —Buenos días, Beth. Hola, Hank. ¿Cómo te encuentras hoy? Hank lo miró con su rostro pálido y le dedicó una sonrisa desafiante.

—Todavía sigo aquí, doctor —respondió casi sin aliento. —¿Crees que estás listo para el tratamiento? Hank asintió con nerviosismo. Había decidido someterse voluntariamente a la terapia génica experimental, aunque Tom sabía que no tenía elección. Hank padecía cáncer de pulmón y moriría si no se le aplicaba un tratamiento radical. Éste consistía en introducir genes en las células del tumor, las cuales ordenarían a su sistema inmunológico que las destruyese. Las células cancerígenas son células que se han rebelado contra sus estrictas órdenes genéticas y se encuentran fuera de control. Para aplastar esta revuelta, Tom debía asegurarse de aniquilar todas las células del tumor o la mayor cantidad posible de ellas. Para eso necesitaba un vehículo por el que introducir los genes asesinos en las células rebeldes sin dañar las buenas. Y ahí es donde entraba en juego el retrovirus VIH.

Los retrovirus eran capaces de penetrar en una célula y sustituir el ADN sano con sus propias instrucciones genéticas. Al igual que los misiles de crucero, los retrovirus podían ser reprogramados en el laboratorio, destruyendo su código dañino e introduciendo genes no contaminados. Mediante la neutralización de los genes del retrovirus VIH que atacaban el sistema inmunológico humano y la inserción de genes especiales que hicieran el bien, era posible someter al asesino que provocaba el sida y lograr que curara el cáncer de pulmón. Tom y su equipo habían demostrado que habían vuelto inofensivo al retrovirus, cargándolo de genes para acabar con las células cancerígenas del pulmón. Lo único que quedaba por hacer era probar el retrovirus manipulado genéticamente en un ser humano.

—¿Cuáles son los riesgos? —preguntó Hank, que procuraba no parecer asustado.

Tom le puso una mano en el hombro y, como de costumbre, se mostró absolutamente sincero.

—Uno de los riesgos es que el retrovirus se ausente sin permiso e invada una célula sana, y luego inserte los genes en la parte equivocada de tu secuencia genética.

—¿Y qué sucedería? —Podría producir cáncer en las células sanas. Pero las probabilidades de que esto ocurra son muy, muy escasas.

—¿Podría coger el sida? —No. Llevamos tres años probando el vehículo retroviral (o vector, como solemos llamarlo), y está demostrado que es inofensivo. Por eso lo aprobó la Administración Federal para Medicamentos. Sinceramente, Hank, el único riesgo de verdad es que podría no funcionar. —Notó cómo el hombro descarnado de Hank se encogía bajo su mano.

—De modo que no tengo nada que perder, ¿verdad? Tom permaneció callado un instante y lo miró fijamente. Recordó el día en que lo habían ingresado, hacía tres semanas. El que fuera un campesino joven y sano estaba ahora tan débil que apenas podía caminar.

—No se me da muy bien estar enfermo —añadió Hank—. De modo que cúreme o máteme, pero sáqueme de aquí cuanto antes. —Estaba dispuesto a probar cualquier cosa con tal de levantarse de la cama y abandonar el hospital.

—Seré sincero contigo, Hank. Las probabilidades de que este tratamiento falle son muy elevadas; tal vez en el orden del ochenta y cinco por ciento. Pero las posibilidades de que empeores son mínimas. Y las de que sobrevivas sin él, nulas. Así que tienes dónde elegir. Uno, no haces nada y dejas que la enfermedad siga su curso. O dos, haces esto y tienes un quince por ciento de posibilidades de curarte.

Hank frunció el entrecejo con expresión pensativa, y preguntó resollando:

—¿Un quince por ciento? —Como mucho —respondió Tom con tono impasible. Hank esbozó una sonrisa que iluminó su rostro demacrado y le otorgó un aspecto casi sano.

—Las he tenido peores. —Yo también —dijo Tom, y sonrió también—. He visto a personas con muchísimas menos posibilidades salir de aquí. De manera que no te des por vencido todavía.

Podían pasar semanas, meses, incluso años antes de que los resultados fuesen decisivos. Pero a Tom no le importaba cuánto tardase mientras siguiera manteniendo a aquel joven lejos de las garras voraces de la muerte.

Se dirigió a la enfermera que estaba colgando el gota a gota del soporte que había junto a la cama. La bolsita contenía el primer lote de suero retroviral rojo clonado en el laboratorio de arriba.

—Beth, vamos a esperar a que llegue la madre de Hank. Dijo que vendría a las siete. ¿Podrías ir a buscar a uno de los médicos del Instituto Nacional de la Salud para que supervise lo que estamos haciendo? Karl Lambert, por ejemplo. Cuando vuelvas empezaremos a inyectar el primer gota a gota. ¿De acuerdo?

Beth asintió con la cabeza y Tom advirtió un brillo de emoción en sus ojos.

En el fondo Tom confiaba en curar a Hank. Sólo deseaba sentir la misma seguridad respecto al cáncer infinitamente más complejo que amenazaba a su hija. Bob y Nora le habían dicho que a las nueve estarían listos para probar el retrovirus que habían creado a fin de combatir el glioblastoma multiforme. Tom miró su reloj. Faltaban apenas dos horas.

Al otro lado de la planta baja de la pirámide, Jasmine Washington había pasado la primera media hora del día inspeccionando sus dominios. Pronto empezarían a llegar sus empleados más diligentes, y gustaba de pasar un tiempo a solas con sus máquinas.

Recorrió la sala de genescopios experimentales. Era similar a la del piso superior, donde habían leído el genoma de Holly, sólo que en ésta había solamente cuatro aparatos, todos ellos modelos experimentales más avanzados. Los dos de la derecha eran holomodelos equipados con el *software* prototipo Gene Genie. Jasmine confiaba en que en pocos días estuviesen listos para ser utilizados.

Una vez más se sintió presa de emociones contradictorias. Cuatro días antes, ella y Larry habían llevado a Holly a ver el clásico de Walt Disney *El rey León* y, como de costumbre, estuvieron bromeando y riendo, pero Jasmine no podía dejar de pensar en el veredicto de DAN. Por un lado se sentía orgullosa de la capacidad del genescopio para predecir la enfermedad, sobre todo si ésta podía ser prevenida o curada. Sin embargo, si lo único que el invento estaba capacitado para hacer era vaticinar el sufrimiento sin ofrecer consuelo, entonces no parecía tan inteligente.

Jasmine dejó escapar un suspiro y cruzó la sala de genescopios, pasando por la principal sección de informática, a su derecha, con sus silenciosas terminales y mesas de trabajo. A continuación abrió una puerta de cromo y cristal que daba a una cámara muy amplia y deslumbrante. Era el corazón de su departamento de informática, y el corazón informático de Genius en el mundo entero.

A Jasmine le gustaba pasearse y reflexionar en aquel espacio blanco y frío llamado, sencillamente, la Habitación Blanca. Mantenido a una temperatura constante de diez grados, en el centro contenía cuatro cajas enormes que emitían un leve zumbido. Dos de ellas albergaban a la Gran Madre, el gran ultraordenador basado en proteínas que estaba conectado a todos los genescopios existentes. Este cerebro madre sabía en todo momento qué escáners estaba realizando su «progenie» en cualquier parte del mundo. Y era la Gran Madre la que hacía posible la existencia de la base de datos que residía en las otras dos cajas: el Recipiente de Genomas Individuales Ordenados, más conocido por su anagrama, IGOR. Los principios éticos que se aplicaban a los escáners génicos eran muy rigurosos. Los genomas sólo podían someterse a examen si los pacientes eran acompañados por su médico o habían recibido asesoramiento profesional. Se realizaban controles estrictos para asegurarse de que no se analizara el genoma de un individuo sin su consentimiento. Otra norma fundamental era que todos los escáners debían permanecer en la más estricta confidencialidad. A menudo las compañías de seguros de vida y enfermedad habían tratado de oponerse a este principio, alegando que si un individuo descubría que tenía una inminente enfermedad incurable, podría contratar un seguro extremadamente elevado pagando unas primas normales. La ley, sin embargo, se mostraba inflexible a la hora de defender la intimidad del individuo. Y ésta era la razón por la que Jazz y Carter insistían en mantener la base de datos en secreto. IGOR era estrictamente

ilegal.

El Recipiente de Genomas Individuales Ordenados había sido idea de Tom. Le había pedido a Jasmine que la Gran Madre seleccionase uno de cada cinco escáners génicos realizados por los laboratorios de procesamiento Genius de todo el mundo y los almacenara en una base de datos junto con los nombres, direcciones, antecedentes médicos y familiares de los individuos en cuestión. Ahora figuraban allí más de cien millones de personas, de quienes Genius sabía más cosas que ellas mismas.

Las razones que movían a Tom no eran en absoluto reprobables. Deseaba utilizar la base de datos en un nivel macro para convalidar gran parte de su trabajo genético, comprobando los casos de enfermedades reales en las familias y comparándolos con la predisposición genética de sus miembros. IGOR le había ayudado a ratificar gran parte del trabajo que permitió descubrir una cura para la esquizofrenia y le había proporcionado unas pistas de vital importancia para tratar otras enfermedades de origen genético. No obstante, y pese a la honestidad de sus motivaciones, Jasmine estaba convencida de que si alguno de los individuos o autoridades pertinentes se enteraba de la existencia de aquella base de datos, la encontraría monstruosa y la credibilidad de Genius se vería seriamente comprometida. Aun así, Tom estimaba que los beneficios pesaban más que cualquier amenaza potencial a su empresa o a individuos concretos. De manera que había decidido correr el riesgo. Después de recorrer sus dominios, Jasmine regresó a su ordenador y comenzó su «ciberpatrulla» diaria pulsando los botones del ratón. Con una velocidad de procesamiento de cien terahercios, seiscientos gigas de espacio de disco y doscientos gigas de RAM, era sin duda lo bastante potente para circular a gran velocidad por el carril de adelantamiento de la congestionada superautopista de la información.

Cuando el monitor se encendió, apareció la imagen en realidad virtual de una cabeza que era la viva imagen de Jazz. El cabello peinado a lo afro y el bonito rostro de color coincidían prácticamente con su propio reflejo en la pantalla. La cara la saludó del siguiente modo:

—Saludos, Razor Buzz. ¿Adónde vas hoy? Incluso la voz sintetizada sonaba como la suya. Aunque ya rara vez utilizaba su apodo, lo de Razor Buzz se remontaba a su juventud en Los Ángeles, cuando Jasmine era una adicta a Internet de actitud rebelde y, en consecuencia, llevaba el pelo cortado al rape. Si sus severos padres baptistas creían que estaban evitando que se metiera en apuros prohibiéndole deambular por las calles y permitiéndole que se lo pasara en grande en la superautopista de la información, estaban muy equivocados. Jasmine había escogido Razor Buzz como nombre de usuario porque gran parte de lo que hacía en aquella época no era exactamente lícito. Con todo, fuese lícito o no, por aquel entonces Jasmine ya era toda una leyenda.

—Hola. Hoy me toca patrullar —dijo por el micrófono. —*Necesito el código antes de que puedas salir a la carretera* —replicó la cabeza parlante.

Jazz sonrió. La contraseña que había escogido esa semana también tenía un sabor

adolescente. Era el nombre de una profesión que le recordaba aquella época rebelde antes de que se volviera una chica seria y comenzase a ganar becas y premios Nobel, aquel periodo de su vida en que podía piratearlo todo. No se trataba del trabajo de contable ni de médico, ni siquiera de director de informática de Genius. No, era una profesión genial, absolutamente genial.

«Ciberpoli», tecléo, gozando con su papel de cazadora furtiva.

De repente la cabeza de la pantalla se puso un casco, hizo una doble pirueta y la saludó.

—*Agente especial Razor, eres libre de vagar por la infopista. Ve con cuidado en el ciberespacio.*

Jasmine cogió una lata de Coca-Cola *light* de su ordenada mesa de trabajo y consideró su destino. La mayor parte de las veces trataba de introducirse en alguno de los sistemas técnicos o financieros de Genius. En realidad tenía contratadas a otras dos personas para que intentasen penetrar en estas bases de datos protegidas con el fin de detectar posibles deficiencias y sugerir medidas de seguridad más adecuadas. Sin embargo, aunque ambas eran muy competentes, le gustaba comprobar por sí misma cuán buenas eran realmente sus defensas. Ese día se había propuesto piratear su base de datos más sensible y mejor protegida: IGOR.

Jasmine pasó por alto la red internacional, ya que en ella ninguno de los sistemas de Genius era visible, y tecléo el número de la Gran Madre, con la intención de introducirse en la conexión directa utilizada por todos los genescopios para suministrar datos al cerebro madre, y luego a IGOR. Casi al instante, la pantalla le exigió una contraseña. Jasmine tecléo intencionadamente la del día anterior.

Acceso denegado apareció en el monitor. Bien. Habían cambiado la contraseña. Los datos estaban a salvo, o al menos deberían estarlo.

Tenía que encontrar otra forma de entrar. Pulsó unas teclas, procurando eludir el título, que no proporcionaba ninguna clase de información sobre el contenido de IGOR.

Una vez hecho esto, aún no se habría introducido en el sistema, ya que IGOR había sido diseñado de forma tal que contaba con dos niveles de seguridad: uno para impedir que los piratas fisgonearan en el menú principal, y otro para que no pudiesen acceder a los datos. Pero al menos sería un comienzo. De entrada probó los trucos más fáciles, aquellos que conocen todos los ciberpunks de instituto. Primero intentó encontrarlo interrogando el programa que había detrás.

Nada. Las brechas más sencillas estaban cerradas. Todo bien. Por el momento. Entonces pasó a la siguiente forma de acceso: utilizar el lenguaje informático de base para reprogramar las órdenes de la contraseña. Aquello ya era más difícil, y requería años de experiencia. Si se introducía el código erróneo, podía resultar dañado el resto del *software*.

Jasmine lo hizo sin pensar. Le llevó poco más de cuatro segundos intentar esa técnica. Razor Buzz era toda una experta.

Nada. Ninguna brecha. Su equipo había cubierto bien ese ángulo.

Excelente. Por fin el último recurso, que consistía en escribir su propio programa para decirle a la aplicación que dirigía el sistema de la contraseña lo que tenía que hacer. Era como crear unas órdenes superiores que el sistema debía obedecer. Aquello le llevó un poco más de tiempo. Se trataba de un procedimiento muy inteligente.

Entonces vio el mensaje parpadeando en el ángulo inferior derecho de la pantalla.

Programa ya residente... Programa ya residente... Programa ya residente...

Jamás le había sucedido nada así. —Mierda —exclamó, nerviosa y sorprendida a la vez. El monitor cambió y Jasmine advirtió que estaba penetrando en la primera fase de IGOR. Sólo le quedaba una última contraseña para acceder a los datos.

Lo extraño era que aún no había terminado de elaborar su propio programa. Debía de haber entrado gracias a otra persona.

Lo más seguro era que alguien le hubiese abierto la puerta utilizando el mismo programa que ella estaba escribiendo y la hubiese dejado entrar accidentalmente. Con la frente sudorosa, se dejó llevar por la estela del intruso para comprobar hasta dónde habían penetrado. Quienquiera que fuese, se había infiltrado en las defensas de la primera fase y estaba curioseando en los menús principales, como si mirase escaparates, para ver qué contenía IGOR.

Su mano se detuvo sobre la tecla decisiva que los catapultaría, tanto a ella como al intruso, fuera de la base de datos. Sin embargo, no la pulsó. Sólo lo haría si el intruso daba muestras de estar haciendo lo imposible: atravesar la segunda fase inexpugnable de defensas y acceder a cualquiera de los datos estrictamente confidenciales allí almacenados. Antes de que algo semejante ocurriera, deseaba averiguar quién era el intruso. El localizador automático Predador se activaría en cuanto el intruso lograra traspasar la segunda fase, suponiendo que lo consiguiera. Pero Jasmine prefería comenzar la búsqueda de inmediato.

—Necesito que inicies un rastreo —ordenó a su ordenador—. Activa el sistema Predador.

Un pequeño botón de ayuda apareció en el ángulo superior derecho de la pantalla. Contenía su cabeza generada por computadora, tocada con un casco de policía.

—¿*Modo clandestino o modo alarma?* —preguntó el rostro del monitor.

—Clandestino. Todavía no quiero ahuyentar a nuestro visitante.

Otro pequeño icono surgió en el lado superior izquierdo de la pantalla. Sobre él había un reloj que comenzó la cuenta regresiva a partir de sesenta segundos, el tiempo requerido para efectuar un rastreo completo. Debajo figuraba una línea de nueve números que parpadeaban e iban cambiando a una velocidad frenética, en busca de la combinación adecuada. De pronto, el número de la izquierda quedó bloqueado mientras los otros ocho seguían parpadeando. A continuación se detuvo el segundo. Una vez que los nueve quedasen fijados, Jasmine estaría en condiciones de localizar el origen del intruso.

25... 24... 23... marcaba el reloj del ángulo izquierdo del monitor.

El sexto número se bloqueó. Sólo quedaban tres. Súbitamente el extraño salió del sistema y su estela cibernética se volatilizó.

Había desaparecido. —Mierda —murmuró Jasmine, justo en el momento en que una de sus empleadas entraba en su despacho.

Jasmine comprobó los seis números de la pantalla para ver si le proporcionaban alguna pista sobre el origen del intruso. Lo único que se deducía de los códigos era que procedía de fuera de Estados Unidos, de alguna zona comprendida entre el sureste de Europa e India, posiblemente Oriente Medio o el norte de África. Pero ¿quién en aquella parte del mundo se molestaría en piratear al superficial y aburrido IGOR?

La mujer alta y rubia que acababa de llegar sostenía una bombilla del nuevo holoprojector.

—Buenos días, Jazz. ¿Te encuentras bien? Jasmine alzó la vista y sonrió a su directora técnica. —Sí, Debbie, gracias. —¿Puedo enseñarte algo? —Claro. ¿Llevará mucho tiempo? —Una media hora. Quería comentarte los últimos modelos de Gene Genie. Creemos que hemos desvelado la holoimagen.

—¿Incluida la definición del rostro? —Ven a verlo —repuso Debbie con una amplia sonrisa. —¡Estupendo! Dame cinco minutos. A pesar de sus inquietudes, Jasmine estaba emocionada con el nuevo *software* Gene-Imaging. En cuanto a IGOR, se tranquilizó pensando que al menos no habían llegado a penetrar en la base de datos. Sólo habían descubierto su propósito general. Aunque estaba convencida de que las últimas defensas seguían a salvo, decidió contárselo a Tom. Sin duda le interesaría saber que por primera vez desde su creación, alguien estaba mostrando una curiosidad morbosa por el anónimo IGOR.

MÁS TARDE, AQUELLA MISMA MAÑANA
 BOSTON. GENIUS
 LABORATORIO DE ANIMALES

—¿**Y** bien, Nora? ¿Cómo va todo? —preguntó Tom al abrir las puertas batientes del pasillo que conectaba los principales laboratorios de la Sala Mendel con el laboratorio de animales, o la Casa del Ratón, como solía llamársele.

En cuanto Hank Polanski hubo recibido la primera dosis de genes sin mostrar efectos secundarios inmediatos, Tom había acudido corriendo, desesperado por conocer los resultados del experimento que podría determinar el futuro de Holly. Nora Lutz levantó la mirada del ordenador portátil en que estaba introduciendo datos, y su ceño natural se suavizó al saludar a Tom. Era una mujer pequeña y rechoncha, cerca ya de los cincuenta años, con una melena muy corta de color castaño. Unas enormes gafas de concha le daban el aspecto de un búho. Era una eficiente técnica de laboratorio, y Tom sabía que a pesar de su talante gruñón, le encantaba su trabajo, aunque sólo fuese por el hecho de salir de casa. Era una solterona que vivía en Charlestown con su absorbente madre inválida y cinco gatos. Nora se reclinó en la silla, se arremangó la bata y señaló las ocho jaulas vacías a su espalda.

—Acabo de terminar —dijo—. Ya hemos disecado los cuarenta y ocho ratones y comprobado el recuento de metástasis.

Tom asintió con la cabeza. No le gustaba utilizar animales para sus experimentos, y había prescindido de ellos en muchos de los protocolos experimentales *in vitro* que había desarrollado. En ocasiones, sin embargo, especialmente en el campo de la terapia génica, resultaba inevitable.

En el presente experimento todos los ratones habían sido infectados con células cancerígenas de astrocitoma. A continuación, a la mitad se les había inyectado un retrovirus manipulado genéticamente para matar células cancerígenas cerebrales, mientras que la otra mitad había sido tratada con una simple solución salina. Luego les habían disecado el cerebro para contar el número y el tamaño de los tumores o metástasis. Si los ratones tratados con el retrovirus tenían menos tumores que el grupo de control inyectado con agua salada, significaría que el experimento había funcionado. Era vital que saliera bien. De lo contrario, las probabilidades ya de por sí escasísimas de encontrar a tiempo una cura para Holly se verían reducidas a la nada.

—¿Tienes idea de cuál va a ser el resultado? —preguntó Tom. Nora lo miró como diciendo «eres tú el que debería saberlo», y sacudió la cabeza.

—No puedo decírtelo hasta que Bob vuelva con el sobre —respondió haciendo referencia a Bob Cooke, su jefe.

Ninguno de los tres equipos que trabajaban en el nuevo proyecto sobre cáncer de

cerebro había sido informado de lo que le ocurría a Holly.

Tom lo había mantenido en secreto por distintas razones. Cuantas más personas lo supieran, mayor sería el riesgo de que Holly se enterara, y no podía permitir que esto sucediese. Si fuera conveniente contárselo a sus compañeros, ya lo haría a su debido tiempo, pero hasta entonces lo único que éstos necesitaban saber era que el proyecto tenía una prioridad absoluta.

Por el momento sólo el equipo formado por Nora Lutz y Bob Cooke se hallaba a punto de desarrollar el complejo vector retroviral que se requería para traspasar la barrera encefalohematopoyética que protegía el cerebro. Sus progresos en poco más de cinco semanas habían sido espectaculares, pero cuando Tom vio la hoja de cálculo en el monitor del portátil de Nora, se sintió más nervioso que emocionado por los resultados. La hoja mostraba los números de identificación de cada ratón en la columna de la izquierda, el número de tumores en la del centro (unas cifras alarmantes, según Tom creyó comprender) y el tamaño de estos tumores a la derecha. Una columna permanecía en blanco: la que indicaba qué tratamiento había recibido cada ratón. Bob Cooke era el único que disponía de esta información.

Años atrás Tom había aprendido lo importante que era no permitir que los prejuicios personales influyeran en los resultados, e hizo que fuese obligatorio que todos los experimentos de Genius se realizaran a «ciegas». Sabía cuán tentador era, incluso para el científico más escrupuloso, «encontrar» los resultados que buscaba. De modo que Bob Cooke había aplicado las inyecciones originales a los ratones y luego había grabado en un disquete cuáles de esos ratones codificados habían recibido el tratamiento con virus manipulados genéticamente y a cuáles se les había suministrado la solución salina. A continuación había guardado dicha información en un sobre marrón y había quedado excluido del recuento de metástasis.

—¿Dónde está Bob ahora? —Preguntó Tom. —En la Mendel. ¿Quieres que vaya a buscarlo? —No, ya voy yo. Tú termina con las cifras. Tom abandonó la Casa del Ratón, cruzó el pequeño pasillo y franqueó las puertas deslizantes de cristal del laboratorio principal. Miró en torno la amplia extensión blanca de vidrio y cromo, y localizó a Bob Cooke de inmediato. Su apariencia y su actitud corporal lo distinguían de casi todos los demás. Mientras los otros científicos estaban inclinados sobre sus mesas de trabajo, aquel ágil californiano de pelo rubio y tez bronceada se encontraba reclinado en su silla, sosteniendo en alto una platina de microscopio para examinarla a la luz. Más que un científico parecía un surfista estudiando la próxima ola. Su amplia sonrisa y su naturalidad hacían que algunos lo subestimaran. En muchos aspectos, Tom se sentía identificado con la irreverencia de aquel joven.

Cuando detectó el sobre marrón sobre la mesa de Bob, tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el repentino impulso de echar a correr y abrirlo.

Al advertir su presencia, Bob sonrió. Con un único movimiento, pareció dejar la platina, coger el sobre marrón y ponerse de pie simultáneamente.

—¿Es esto lo que buscas? De regreso en el laboratorio de animales, Tom

escudriñó el rostro de Nora en busca de alguna otra pista, puesto que ella ya había tenido más tiempo de examinar los datos. Si los resultados saltaban a la vista, el disquete no sería necesario. Si todos los ratones tenían el mismo número de tumores grandes, evidentemente el experimento habría fracasado, y si en la mitad los tumores habían desaparecido por completo, significaría que casi con toda seguridad había funcionado.

No obstante, la cara de búho de Nora no revelaba absolutamente nada.

Bob puso una expresión socarrona y declaró, antes de abrir el sobre y entregarle el disquete:

—Y los candidatos a la mejor película son... Nora dedicó una sonrisa hastiada a su jefe californiano, introdujo el disquete en el ordenador y se adentró en el programa. La hoja de cálculo comenzó a reflejar la información de inmediato. Tom observó que los espacios en blanco de la columna de la derecha se iban llenando con un «sí» o un «no», que indicaban qué ratón había recibido el tratamiento con retrovirus.

«Vamos —pensó— que haya una diferencia entre los dos grupos». Pero antes de que pudiese terminar su silenciosa súplica, la pantalla mostró sus conclusiones y Nora, con tono de decepción no exento de aspereza, le comunicó lo peor.

—No hay nada que los distinga —dijo—. Por lo menos nada estadísticamente significativo.

—¡Mierda! —Tom no podía creerlo. Los resultados eran aún peores de lo que temía. La terapia génica no había surtido el menor efecto.

—¿Qué es lo que ha fallado? —preguntó Nora. Tom frunció el entrecejo y se cruzó de brazos, tamborileando con los dedos de su mano derecha sobre el brazo izquierdo.

—Tal vez el virus no llegase a las células tumorosas. Es posible que la barrera encefalohematopoyética lo detuviera.

—Pero los genes marcadores genéticos fueron modificados para traspasarla —apuntó Bob, con voz inusualmente apagada.

—Sí, ya lo sé, pero quizá no hayan funcionado. Es posible que aunque el virus alcanzara su objetivo los genes no se expresaron correctamente en las células o bien no produjeron suficientes proteínas para que se notara la diferencia. En cualquier caso, para estar completamente seguros tendremos que analizar las células de los tumores. Lo esencial, no obstante, es que esta vez ese cabrón nos ha fallado.

La puerta se abrió a su derecha y apareció Jasmine. Su rostro, normalmente risueño, estaba pensativo.

—Tom, ¿puedo hablar contigo un momento? Es importante. Lo que quería decirle no era, evidentemente, para ser divulgado, de modo que Tom se excusó ante Bob y Nora, y salió al estrecho pasillo con Jasmine.

—Lo lamento —dijo ella—, pero tengo malas noticias. Tom no pudo reprimir una carcajada. —¡Estupendo! Bueno, has venido al lugar adecuado. A ver si tus malas

noticias superan las nuestras.

—He pescado a alguien intentando introducirse en IGOR. Tom resopló. Aquello era lo último que le faltaba. —¿Lo han conseguido? —No, pero creo que saben lo que contiene... en principio. —¿Quién ha sido? ¿Sabes de dónde es? —No —respondió Jasmine sacudiendo la cabeza—. Eso es lo raro. No era ninguna de las regiones clave de la Tríada. La señal no procedía ni de Europa, ni del Lejano Oriente, ni de Estados Unidos.

—¿Estás segura? —Absolutamente. —¿Podrías averiguar algo más? —No, la verdad es que no. Se lo he contado a Jack, pero él tampoco lo entiende. Todas las grandes compañías de seguros y empresas rivales de biotecnología que podrían querer husmear en nuestras bases de datos se encuentran en la Tríada. No tiene sentido.

Tom se frotó las sienes. No quería ni pensar en lo que sucedería si esos datos llegaran a caer en manos de las compañías de seguros, o la prensa, o...

—¿Y qué me dices de las autoridades? Jasmine negó con la cabeza. —No. Hace tres horas que ha ocurrido. Si fueran ellos, ya los tendríamos aquí.

—Entonces, ¿quién crees que podría ser? —Lo ignoro. Puede que sólo sea un pirata solitario haciendo el tonto. Pero no me lo parece. Me ha dado la sensación de que quienquiera que fuese sabía exactamente qué estaba buscando. En fin, he atrancado las escotillas y permaneceré alerta.

—¿Qué pasará si vuelven a intentarlo? —No conseguirán entrar. Pero ésa no es la cuestión. Lo malo es lo que puedan hacer ahora que saben con lo que contamos. Bueno, por lo menos hay una buena noticia. El Gene Genie tiene muy buena pinta.

—Excelente —Tom sonrió—. Te felicito. En cuanto consideres que está listo, avisa a Karen Tanner.

—¿Y cuáles son tus malas noticias? ¿No ha salido bien el experimento?

Tom la hizo entrar en el laboratorio de animales y señaló hacia el ordenador de Nora.

—Compruébalo tú misma. Nora se hizo a un lado para que Jasmine examinara la pantalla.

—Ha sido un fracaso —dijo Bob Cooke. Tom observó en silencio a Jasmine analizar los datos. —¿Qué es esto? —preguntó ella de pronto, indicando un cero en la columna de recuento de tumores.

Tom se inclinó sobre la pantalla. Nora miró hacia donde Jasmine señalaba y, con tono de perplejidad, afirmó:

—El ratón C370 no tenía metástasis. Estaba completamente limpio.

—¿Y eso es significativo? —preguntó Jasmine. Bob Cooke se encogió de hombros. —Es posible que las células cancerígenas originales no lo afectaran.

—No —le dijo Nora con expresión aún más ceñuda—. Me acuerdo del C370 porque seguro que tenía metástasis, pero eran necróticas. —Miró a Jasmine—. Estaban muertas.

—¿Pura chiripa? —inquirió Bob volviéndose hacia Tom. —Yo diría que sí —repuso Jasmine señalando el «no» de la columna de la derecha—. Este ratón pertenecía al grupo de control. Sólo le aplicaron solución salina. Y aun así, logró curarse.

Nora dirigió a Tom una mirada inquisitiva. —¿Remisión espontánea? Un atisbo de emoción quebró el desaliento de Tom. Nunca había presenciado una remisión espontánea completa, ni en el laboratorio, ni en el hospital. Era un hecho extremadamente raro, bien documentado pero escaso. Nadie comprendía ni había logrado explicar de manera satisfactoria cómo era posible que, sin motivo aparente, el sistema inmunológico de ciertas personas decidiera de improviso deshacerse de un cáncer. Si bien abundaban los testimonios médicos de estas curas sin tratamiento, carecían de explicación médica.

—¿No analizarías por casualidad su ADN antes del experimento? —preguntó Tom a Bob Cooke.

—Me temo que no. No forma parte del protocolo. ¿Por qué lo preguntas?

Si bien Tom no estaba del todo seguro, una idea comenzó a formarse en su mente.

—Tal vez encontremos alguna pista del motivo por el que este ratón en concreto consiguió curarse. Si pudiésemos comparar sus células precancerígenas con sus células cancerígenas y sus células postcancerígenas «curadas», quizá lográramos identificar la secuencia de código genético responsable de la remisión natural. Hasta ahora nos hemos pasado todo el tiempo tratando de imponer una solución teórica. ¿Por qué, en cambio, no nos fijamos en la rara solución que ya existe en la naturaleza e intentamos reproducirla? —Esperó una reacción por parte del equipo, y vio que Bob y Nora asentían, pensativos.

Jasmine lo miró fijamente, con el entrecejo fruncido. —Pero ¿cómo puedes estar seguro de que la respuesta es científica?

—¿Qué otra cosa podría explicarlo? ¿La fe? ¿El poder de la mente sobre la materia? Vamos, Jazz.

—¿Por qué no? —replicó ella—. Muchas curas sin explicación se atribuyen a la fe. Cuando era pequeña, la única vez que mis padres se fueron de vacaciones a Europa fue para llevar a Lourdes a mi tía Ángela, que estaba enferma.

Nora hizo un gesto de afirmación con la cabeza. —Yo llevé a mi madre a Lourdes hace dos años y por un tiempo se encontró mucho mejor.

—Mi tía también —dijo Jasmine—. Algunas de las curas más famosas y mejor documentadas ocurrieron allí. —Se puso a contar los casos con los dedos—. En abril de 1947 hubo una tal Rose Martin que experimentó una remisión completa de un cáncer de útero. Luego, en 1962, Vittorio Michelli, cuyo tumor en la pierna desapareció en cuestión de días después de bañarse en el agua sagrada. Y Klaus Kunst, que bebió de esa agua en 1966 y se curó de un cáncer de riñón.

Tom sonrió. Sólo Jazz era capaz de poseer una mente semejante a un ordenador y aun así admitir la existencia de Dios.

—Pensaba que los baptistas no creían en todo eso de Lourdes. Tenía entendido que era sólo para católicos.

—Ni hablar. Cuando necesitas un milagro, te vas allí donde está la acción.

—Bueno, una cosa es segura —intervino Bob señalando el cero de la pantalla—. Si era cuestión de fe, el ratón C370 debía de ser un gran creyente.

Todos se echaron a reír, pero a Tom la idea comenzó a darle vueltas en la cabeza.

—Lo único que estoy diciendo es que algo debió de cambiar en la composición genética de ese ratón. Y lo llaméis ciencia, naturaleza o lo que sea, creo que vale la pena intentar comprender cómo podríamos reproducirlo. —Hizo una pausa y miró a los ojos a cada uno de quienes lo rodeaban—. Sólo os pido que tengáis un poco de paciencia conmigo, ¿de acuerdo? Todos creemos saber con bastante seguridad cómo funciona esta remisión espontánea. Lo que no sabemos es por qué. Básicamente, las células cancerígenas son las propias células del cuerpo que se vuelven traicioneras, de manera que el sistema inmunológico las deja en paz. Pero lo que sucede en la remisión espontánea es que por alguna razón el sistema inmunológico reconoce de pronto que esas células cancerígenas no pertenecen al cuerpo, que son malas y extrañas. Entonces ataca los tumores y éstos desaparecen. ¿Estáis de acuerdo?

Aguardó una respuesta mientras los otros, incluida Jasmine, asentían y se encogían de hombros.

—Ahora bien —prosiguió—, para que esto ocurra algo tiene que sucederle al código genético de esas células malas, a fin de avisar a los anticuerpos del sistema inmunológico de que son extrañas. Eso es básicamente lo que intentábamos hacer en este experimento. Probamos a utilizar un retrovirus manipulado por nosotros para cambiar el ADN de las células del tumor de forma tal que llamaran la atención del sistema inmunológico del cuerpo.

—¿Y? —¿Y si existiera un retrovirus natural que matase tumores? —¿Qué? —exclamó Bob. Tom alzó las manos para tranquilizarlo. —Mira, un retrovirus actúa al invadir una célula y cambiar el ADN de ésta por el suyo. Así es como se reproduce, y por eso es tan peligroso. Altera nuestro código genético natural y se extiende por todo el cuerpo. Pensad en lo efectivo que es el VIH. Y ahora imaginad que existiera un retrovirus extremadamente raro que no alterase el ADN, sino que lo ensamblara de nuevo, que lo reparara.

—¿Uno que existiese en la naturaleza? —preguntó Nora, con los ojos como platos bajo las gafas de búho.

—Sí. Uno que pudiese introducir un gen capaz de matar células cancerígenas o reparar las dañadas. Si lo piensas, muchos genes reparan el ADN; eso es algo que ya sabemos. Y muchos genes ordenan a las células que mueran; eso también lo sabemos. De modo que si introdujésemos los genes adecuados en las células adecuadas, podría restablecerse el orden.

—¿Es eso posible? —preguntó Jasmine en voz baja—. ¿Podría hacer eso un retrovirus que se encontrase en la naturaleza?

Bob se encogió de hombros. —Supongo que sí. Lo que ocurre es que hasta ahora nadie se ha preguntado si en la naturaleza podrían existir retrovirus positivos. Pero eso no significa nada. Pensad en los microorganismos. Hubo un tiempo en que considerábamos los hongos y las bacterias como cosas dañinas que había que combatir y de las que debíamos protegernos porque podríamos infectarnos. Entonces Fleming descubrió la penicilina, que procede de un hongo natural, que contrarrestaba la infección, exterminaba la gangrena y la sífilis, y salvó innumerables vidas.

—Efectivamente —corroboró Tom—. Y lo único que digo es que lo comprobemos.

—Estoy de acuerdo, Tom. Pero ¿cómo? —preguntó Nora. Tom permaneció en silencio mientras intentaba hallar la respuesta adecuada. De pronto, para su sorpresa, Jasmine respondió a la pregunta por él.

—Tendríamos que utilizar a DAN para analizar el ADN de alguien que haya experimentado una remisión espontánea —dijo—. Podríamos examinar su material genético anterior a que contrajera el cáncer, durante la enfermedad y después de la remisión, y ver qué le sucedió a su ADN con el paso del tiempo. —Con un brillo de emoción en los ojos, como si súbitamente hubiera recordado algo, se dirigió hacia el ordenador personal que había en un rincón, al fondo de la habitación. A diferencia del portátil de Nora, que era de sistema autónomo, éste estaba conectado a Internet—. Pero dices que se trata de casos muy raros —agregó como si hablara para sí.

—Sí, y además necesitaríamos un paciente vivo —apuntó Tom mientras observaba a Jasmine encender el ordenador e introducirse en el tablero de noticias del *Global Medical News* de la red.

—Estoy segura de haber visto algo en el servicio *Medical Watch* de hace un par de días. —Jasmine se volvió hacia Tom y añadió—: ¿Jean Luc Petit?

Tom asintió con la cabeza. Jean Luc Petit, el oncólogo de nacionalidad francesa, había visitado Genius en más de una ocasión para ver el hospital y comprobar cómo funcionaban los primeros genescopios.

—Sí, lo conozco bien. Es un buen hombre. Dirige un departamento de oncología en París. ¿Por qué lo mencionas?

Jasmine se sirvió del ratón para seleccionar un icono de la pantalla.

—Bueno, publicó algo en la sección «Hechos interesantes» del tablero de noticias del *Medical Watch*.

Tom sintió curiosidad. —¿Tiene a alguien en su hospital que haya experimentado una remisión espontánea? ¿Algún paciente vivo?

Jasmine seleccionó un nuevo icono del monitor y pulsó un par de teclas más. La pantalla cambió, dando paso a un texto en francés.

—Aquí está. Sabía que lo había visto. Tom se inclinó y dio gracias por los meses que había pasado en el Instituto Pasteur de París gracias a una beca de intercambio. Con todo, lo que leyó le pareció tan sorprendente que decidió comprobar la traducción inglesa que aparecía en la parte inferior de la pantalla.

—¿Y bien? —Preguntó Bob a su espalda—. ¿Tiene un paciente en su hospital ese doctor francés?

—No. El doctor Jean Luc Petit no tiene un paciente —respondió Jasmine con una amplia sonrisa—. Tiene dos.

Bob y Nora la miraron incrédulos. —Encontrar a uno es de por sí extraordinario —dijo Bob al tiempo que se alisaba el cabello con las manos—, pero las probabilidades de que haya dos, sobre todo en un mismo hospital... —Dejó la frase en suspenso, incapaz de hallar las palabras adecuadas.

—No puede ser que tomaran la cura de alguien y se la pasaran el uno al otro, ¿verdad? —inquirió Nora.

Tom se encogió de hombros, demasiado aturdido para responder, absorto en las posibles consecuencias de la noticia.

—Jazz —logró articular por fin—, ¿podrías averiguar una cosa más antes de desconectar?

Jasmine esbozó una sonrisa aún más amplia en tanto sus dedos se desplazaban por el teclado.

—Deja que lo adivine, Tom —dijo mientras aparecía en la pantalla el servicio de reservas de Air France—. ¿Quieres saber cuál es el próximo vuelo a París?

CAVERNA SAGRADA
SUR DE JORDANIA

¿M ATARLO o trabajar con él? Ésa era la cuestión. En el otro extremo del mundo, bajo los cinco peñascos conocidos como *Asbaa El-Lab*, Ezequiel de la Croix se restregó los ojos cansados y notó que la sortija de rubí de su liderazgo, que en otro tiempo le quedaba ajustada, se deslizaba por sus dedos viejos y nudosos. Aquel dilema tenía unos cuernos más afilados que el mismísimo diablo. Si tomaba el camino equivocado, pondría en peligro el principal designio de la Hermandad del Segundo Advenimiento.

A su espalda, en la Caverna Sagrada, la Llama Sagrada seguía ardiendo con su tonalidad blanco-azulada, como llevaba haciéndolo desde hacía tres décadas y media. Pero ¿por cuánto tiempo más? Ezequiel temía el día en que la llama revirtiese, o bien él muriera... antes de encontrar al Nuevo Mesías. Sus frágiles hombros se estremecieron al recordar que ya se hallaba en su décima década. El tiempo no estaba de su parte.

Desde su asiento a la cabeza de la enorme mesa de roble, contempló a los cinco hombres que discutían en torno a ella. Todos vestían traje oscuro, camisa blanca y corbata de color rojo sangre, y lucían sobre los hombros una faja de gala de raso blanco con una cruz carmesí. Los líderes de las tres regiones se encontraban en la otra punta de la mesa: el hermano Haddad, con sus ojos de gruesos párpados, dirigía Tierra Santa, el territorio más antiguo y prestigioso de la Hermandad, que comprendía Oriente Medio y el Levante. Frente a él se encontraba el hermano Luciano, alto y de cabello entrecano, quien gobernaba Christendom, la segunda región más importante, que abarcaba Europa. A su lado estaba sentado el más joven de los líderes regionales, el hermano Olazábal, un hombre de piel cetrina que controlaba el Nuevo Mundo. Los tres superaban los setenta años y, como la mayoría de los miembros más antiguos de la Hermandad, eran descendientes lejanos de los primeros discípulos de su fundador, Lázaro. Todos ellos ostentaban cargos importantes en el mundo exterior y, en tanto que miembros del Círculo Interno, eran hombres poderosos en el seno de la Hermandad. No obstante, se sometían a la voluntad de los dos hombres sentados a los lados de Ezequiel, quienes a su vez acataban las decisiones de éste.

Ezequiel se dirigió al hermano sentado a su izquierda. De unos setenta y tantos años, el hermano Bernard Trier era el otro miembro del Círculo Interno que seguía con vida desde aquel día decisivo en que la Llama Sagrada había cambiado de color. Aquel hombre corpulento con barba de chivo y el cabello ralo y canoso, había sido en otro tiempo oficial superior del ejército alemán. Pero desde que ascendió a adalid del Segundo Imperativo de la Hermandad, se había convertido en el único miembro del

Círculo Interno que había renunciado a todos sus compromisos fuera de aquélla. El Segundo Imperativo, con sus rigurosas exigencias a la hora de proteger la seguridad de la organización, recabar información sobre las víctimas de los Ajusticiamientos y dirigir a los dos individuos que los perpetraban, suponía un trabajo a tiempo completo. Incluso el hermano Helix Kirkham, de edad más proveya, que como adalid del Primer Imperativo estaba encargado de cumplir con el objetivo principal de la Hermandad, encontrar al nuevo Mesías, seguía manteniendo su cátedra de física en Oxford. Y el mismo Ezequiel encontraba tiempo al margen de gobernar la Hermandad para controlar sus cuantiosos intereses en la banca internacional.

Como era habitual en aquellas asambleas mensuales en la Caverna Sagrada, el hermano Bernard y el hermano Helix estaban discutiendo. Era comprensible que se enfrentasen, ya que cinco años antes Helix había sucedido al hermano Darius como adalid del Primer Imperativo y Ezequiel sabía que Bernard estaba resentido por ello. A sus cincuenta años, Helix Kirkham no sólo era veinte años menor que el hermano Bernard, sino que era, también, el adalid del Primer Imperativo más joven de la historia.

Aquel hombre alto y calvo, con sus gafitas redondas de montura metálica, representaba la sangre nueva que la Hermandad necesitaba con desesperación. Helix, formado en las mejores universidades, era versado en la ciencia y la tecnología de la época y estaba muy bien preparado para guiar a la antigua Hermandad por el moderno laberinto del mundo actual. Ezequiel lo había escogido para infundir nuevas ideas y opiniones en la búsqueda del Mesías.

Sin embargo, no cabía duda de que la idea que estaba causando tanta disconformidad era algo excesiva, demasiado radical incluso. Y lo más preocupante era que sólo podían plantearse debido a que seis semanas atrás, en Estocolmo, Némesis había fallado por primera vez.

Bernard lanzó a Ezequiel una mirada de exasperación antes de dirigirse nuevamente a Helix, quien con su ordenador portátil y su módem parecía estar fuera de lugar en aquel entorno tan antiguo.

—Hermano Helix —dijo Bernard—, no pretenderá en serio que suspendamos los Ajusticiamientos por esta... esta fantasía suya —agregó señalando el ordenador.

—No es una fantasía —replicó Helix con tono sosegado—. Podría ayudarnos a encontrar al Nuevo Mesías.

—Pero ¿cómo sabe que funcionará? —preguntó el hermano Luciano pasándose la mano por el cabello gris.

—No lo sé —repuso Helix encogiéndose de hombros—. Pero tiene que ser mejor que las viejas costumbres. Yo tenía quince años cuando la llama cambió, y desde entonces la red de hermanos ha estado buscando al Nuevo Mesías por todo el mundo. Y ¿cuál ha sido el resultado?

El hermano Haddad pestañeó con sus pesados párpados. —Todavía seguimos buscándolo. —Sí, pero ¿qué hemos encontrado? Se hizo el silencio. —

¡Efectivamente! Durante las tres últimas décadas, nuestros mejores profesionales han estado investigando a todos aquellos que dicen tener visiones o hacer milagros. Sin embargo, aunque disponemos de una lista de posibles candidatos que se ajustan a los indicios antiguos, ninguno de ellos encaja a la perfección. Nosotros, así como los hermanos que nos precedieron, aguardamos dos mil años a que cambiase la llama, señal que anunciaba el regreso del Mesías. Todos esperábamos que el privilegio de buscarlo recayese en nosotros, en nuestra propia época. Pues bien, ahora nos corresponde ese honor. El Nuevo Mesías lleva caminando entre nosotros más de tres décadas y todavía no lo hemos encontrado.

Bernard Trier se mesó la barba de chivo en señal de frustración.

—Pero, hermano Helix, el hombre que espera que nos ayude en nuestra búsqueda figura en la lista de Ajusticiamientos. El doctor Carter no es un aliado, sino un enemigo. —El tono del corpulento hermano se volvió más sereno, aunque no por ello menos amenazador—. Hermano Helix, todos admiramos sus conocimientos técnicos y estoy seguro de que algún día resultarán sumamente valiosos para nuestra organización. Pero ese día aún no ha llegado. Tal vez debiera recordarle las palabras y el propósito del Segundo Imperativo.

Antes de que Ezequiel pudiese detenerlo, el hermano Bernard se aclaró la garganta de manera ostensible y recitó con tono pomposo el antiguo juramento.

—«Dedicarse a la práctica del Ajusticiamiento con el fin de purgar el mundo de aquellos que socavan los valores, objetivos y creencias de la Hermandad del Segundo Advenimiento, y amenazan la recta salvación de la humanidad». Ese científico tan peligroso ocupa uno de los primeros puestos en nuestra lista de Ajusticiamientos. A raíz de sus descubrimientos genéticos, cree que el hombre pronto sabrá lo suficiente como para prescindir de nuestro Señor. Está jugando a ser Dios. Ésa es la razón por la que todos nosotros, incluido usted, hermano Helix, sancionamos el Ajusticiamiento de Estocolmo. Para mí la cuestión es cuándo vamos a efectuar éste y si volveré a utilizar a Némesis o a asignarle el trabajo a Gomorra.

Helix asintió con un lento movimiento de la cabeza y sus ojos sonrieron tras los gruesos cristales de sus gafas redondas. Como de costumbre, a Ezequiel le impresionó el modo en que el hermano más joven se resistía a mostrarse intimidado por el agresivo Bernard.

—Gracias por recordarnos lo importante que es su papel en la organización, hermano Bernard —dijo Helix sin el menor atisbo de ironía—. Sin embargo, estoy seguro de que no necesito recordarle que el Primer Imperativo, encontrar al Mesías, tiene prioridad sobre cualquier otro, sobre todo si éste pone en peligro nuestra búsqueda.

Ezequiel no veía con buenos ojos el cambio tan radical que suponía trabajar con el doctor Carter después de haber querido eliminarlo. Así y todo, era igualmente reacio a matar al científico antes de comprender plenamente de qué modo podría resultarles de utilidad.

—Hermano Helix —intervino antes de que Bernard tuviese tiempo de responder —, dice usted que necesita la tecnología de ese científico para hallar a algún individuo a partir de sus genes. Pero ¿por qué lo necesita precisamente a él?

—Por dos razones —respondió Helix—. En primer lugar, no podemos proceder al análisis de los genes por los canales normales. Las directrices éticas de los laboratorios de procesamiento Genius de todo el mundo son tan estrictas que seguro que nos harían preguntas. La única forma de evitar esos rigurosos controles es lograr que el mismo doctor Carter sancione el escáner. En segundo lugar, cuando llegue el momento de buscar al individuo con dichos genes, necesitaremos su ayuda para introducirnos en la base de datos IGOR.

—¿No podemos, sencillamente, pagar para utilizar la base de datos? —inquirió el hermano Luciano.

—No. Como ya les he explicado, IGOR no es un servicio público. De hecho, el contenido de la base de datos es secreto. Yo lo descubrí por casualidad mientras indagaba acerca del científico y su compañía por requerimiento del hermano Bernard. E incluso entonces, no conseguí llegar al archivo principal para ver qué contenía.

—Hermano Helix —atajó Ezequiel—, ¿por qué no piratea la base de datos y busca a la persona directamente?

—Porque está demasiado bien protegida. Sólo descubrir lo que contenía me costó muchísimo. La artífice de ello, una tal doctora Washington, es una de las mejores en su campo. Ha hecho que IGOR sea prácticamente inexpugnable.

—De manera que necesita que el doctor Carter lo ayude a realizar el escáner e introducirse en ese... ¿IGOR? —concluyó Ezequiel, incapaz de asimilar toda aquella jerga llena de acrónimos.

Helix asintió. —Pero ¿por qué habría de ayudarnos ese científico? —Insistió Bernard—. ¿Cómo podríamos controlarlo?

Helix se encogió de hombros. —Todavía no lo sé. Pero si está vivo por lo menos nos queda la posibilidad de averiguarlo. —Helix se quitó las gafas y limpió los cristales—. Padre Ezequiel, sin duda comprende lo importante que podría ser el doctor Carter para el Primer Imperativo. Sería imperdonable que en tiempos de la llama blanca no encontrásemos al Mesías, y una locura confiar sólo en nuestros observadores. Creo que debemos intentarlo todo hasta dar con el elegido, a pesar de lo que ello implique.

—Pero asimismo, Padre —se apresuró a intervenir el hermano Bernard Trier—, debemos considerar las consecuencias no sólo de dejar arrinconado el Segundo Imperativo, sino de cooperar con uno de los individuos que tenemos intención de ajusticiar.

Ezequiel, impasible, se negaba a tomar una decisión de inmediato. Era evidente que Helix tenía razón. La mera posibilidad de no localizar jamás al elegido le resultaba insoportable. Pero a la vez compartía el punto de vista de Bernard. La idea de trabajar con el peligroso blasfemo al que habían decidido eliminar lo incomodaba.

En el centro de la amplia mesa había fuentes de comida y jarras de vino aromático. Ezequiel llenó con éste seis copas de peltre y las distribuyó entre los comensales, que interpretaron el gesto como una indicación de que empezasen a comer y a beber en tanto él rumiaba su decisión. Los más ancianos se sirvieron de las bandejas repletas de higos, carne y hojas de parra rellenas, mientras Helix tecleaba en su ordenador y contemplaba con indignación e impaciencia el altar que había detrás de Ezequiel, en cuyas gruesas gafas se reflejaban las velas y antorchas que iluminaban la caverna. Si bien Ezequiel admiraba la pasión del joven, también era consciente de que, después de más de dos mil años de existencia de la Hermandad, no podía arriesgarlo todo con un plan tan impetuoso.

Miró por encima del hombro la puerta de piedra de la Cripta de la Remembranza, que se hallaba más allá de la Llama Sagrada y del altar, y pensó en lo que permanecía oculto detrás de ella. De pronto se sintió abrumado por el peso de la responsabilidad que recaía sobre su persona al imaginar a Lázaro, el fundador de la Hermandad, dirigiéndose a sus primeros seguidores en aquel mismo lugar dos milenios atrás. La noche de la crucifixión, Lázaro soñó con una llama que ardía en las entrañas de la tierra, bajo una mano de piedra en medio del desierto. Sin mapa alguno, condujo a sus fieles hasta aquel paraje y se abrieron camino hasta la llama tallando la roca de las cuevas y fisuras naturales. Y en aquel lugar secreto los congregó para urdir y preparar el regreso de Cristo, y asegurarse de que el episodio del Gólgota no se repitiera jamás. Entonces les contó la profecía con que había soñado.

El próximo Mesías no sería consciente de su vocación y, a fin de lograr su propia salvación, los fieles deberían encontrarlo y ungirlo. No habría estrella de Belén que los guiase; únicamente la Llama Sagrada que ardía en las profundidades de la tierra. Cuando la llama se tornase blanca, el Nuevo Mesías se hallaría en algún país del mundo. Pero había que encontrarlo y ungirlo en el fuego blanco antes de que éste recobrase su color anaranjado, esto es, antes de que la humanidad se viese sometida al Juicio Final. Dado que ellos eran los únicos que tenían acceso a la Llama Sagrada, aquella responsabilidad recaía sobre la Hermandad del Segundo Advenimiento. La salvación de la humanidad dependía de ellos.

Ezequiel envidiaba la fe absoluta de Lázaro; claro que después de haber sido devuelto a la vida por Jesucristo, era comprensible que no dudase ni por un instante de que Jesús era un hombre divino, digno de una devoción absoluta.

Ezequiel sacudió la *cabeza*, con temor reverencial. Durante el primer milenio los hermanos habían propagado su influencia por Tierra Santa de forma encubierta, reclutando tanto a cristianos como a judíos, todos ellos unidos por el Primer Imperativo de encontrar el Nuevo Mesías.

Mientras contemplaba a los hermanos saciar su apetito, Ezequiel reflexionó acerca del Segundo Imperativo. Durante las Cruzadas del siglo XII, los caballeros templarios partieron de Europa rumbo a Tierra Santa resueltos a arrebatarse Jerusalén a los sarracenos, y entraron en contacto con la Hermandad. Cuando regresaron a las

grandes cortes de Europa, estos guerreros extendieron la influencia de la secta por todo Christendom. Sin embargo, también influyeron en el Círculo Interno para que adoptase una política más agresiva que complementase el Primer Imperativo. Estimaban que en lugar de esperar con los brazos cruzados a que llegase el Salvador, la Hermandad debía dedicarse a purgar al mundo de pecadores.

Así nació el Segundo Imperativo, aunque sólo los miembros del Círculo Interno y los dos Rectos Purgadores (conocidos desde siempre como Némesis y Gomorra) habían sido informados de su existencia. El número creciente de hermanos que ostentaban en secreto distintos cargos influyentes por todo el mundo sólo conocían el Primer Imperativo.

Inevitablemente, el Segundo Imperativo había causado problemas en el pasado, aunque no de la forma en que podría hacerlo el asesinato del doctor Carter. Ezequiel sabía que algo así nunca antes había sucedido. Era la primera vez que la víctima de un Ajusticiamiento poseía la posible clave para lograr el Primer Imperativo. Aun así, también era cierto que hasta entonces la llama jamás había sido de color blanco.

Ezequiel notó que el hermano Helix le daba una palmadita respetuosa en el brazo.

—Padre Ezequiel, ¿cuál es su decisión? Ezequiel frunció el entrecejo. El doctor Carter constituía una amenaza y su poder aumentaba día a día. Era preciso acabar con él.

—Mientras no sepa con seguridad que el doctor Carter estaría dispuesto a ayudarnos, sólo me queda una alternativa: matarlo.

—Pero ¿y si hubiese una forma de persuadirlo? —Aventuró Helix—. ¿Aplazaría entonces su muerte?

—Posiblemente —respondió Ezequiel. Se volvió hacia el hermano Bernard y preguntó—: ¿Cuándo sería lo antes que podría eliminar al científico sin correr ningún peligro?

—Bueno, aunque ahora cuenta con mayor protección policial, esto no constituye un impedimento. Gomorra estará demasiado ocupado, pero en cuanto termine con su Ajusticiamiento en Manhattan, Némesis estará disponible para acabar con él en menos de dos semanas.

Ezequiel reflexionó por un instante y dirigiéndose al adalid del Segundo Imperativo, dijo:

—Hermano Helix, vamos a aplazarlo dos semanas más. Por consiguiente dispone de un mes para convencerme de que podemos trabajar con el doctor Carter de forma segura y efectiva. Pero pasado ese tiempo, llamaré a Némesis personalmente y sancionaré el Ajusticiamiento. ¿Está claro?

Helix sonrió a Bernard, que mantenía una expresión ceñuda, y cerró su ordenador portátil con gesto triunfal.

—Está clarísimo, Padre Ezequiel, clarísimo.

MANHATTAN

Un hombre llamativo de cabello largo y ojos azul, cielo iba silbando *Frère Jacques* mientras caminaba por la Quinta Avenida. La pálida luz del sol de media tarde se reflejaba en el rubio blanquecino de su pelo, creando una aureola alrededor de la cabeza y de los anchos hombros. Su aspecto angelical quedaba reforzado por su atuendo negro, casi propio de un cura. Sólo las rosas rojas que asomaban del bolso de viaje que llevaba en la mano derecha, así como sus ceñidos pantalones de cuero negro, sugerían pasiones más terrenales. En su rostro de rasgos delicados se perfilaba una serena sonrisa de satisfacción.

Los transeúntes se fijaban en él, aunque no tenían forma de saber que el objeto de su admiración no era un hombre, sino una mujer. Y sin duda ignoraban por completo que aquella joven se disponía a cometer un Ajusticiamiento.

Maria Benariac parpadeó, ocultando por un segundo las lentillas coloreadas, e intentó reprimir la exasperante necesidad de rascarse la cabeza.

Si bien solía llevar pelucas especiales, en esta ocasión se había visto obligada a «tomarla prestada». Sabía perfectamente que otros que compartían su vocación preferían adoptar un aspecto anodino y gris a fin de pasar inadvertidos. Según el trabajo, esto funcionaba, y por lo general Maria detestaba llamar la atención. A veces, sin embargo, le gustaba utilizar su rostro y su cuerpo retocados con cirugía plástica como un lienzo sobre el cual pintar una imagen potente y engañosa que quedase grabada en la mente de los testigos. Ésta era una de esas ocasiones. Además, en el caso de hoy, su apariencia le permitiría acercarse a su presa.

Maria divisó el bloque de apartamentos de Sly Fontana, con vistas al parque. Era verdaderamente impresionante. Según la carpeta de papel manila del hermano Bernard, Fontana utilizaba aquel piso como residencia en la Costa Este siempre que necesitaba pasar una temporada fuera de Los Ángeles, o bien algún tiempo con Babe, el modelo-prostituto de clase alta del que se había encariñado. A Maria no le parecía irónico que Sly Fontana, notorio productor de películas de pornografía dura heterosexual, fuese gay. Sabía, a raíz de sus indagaciones personales, que practicaba toda clase de perversiones sexuales. Ganador en Cannes de ocho premios Hot D'Or, controlaba gran parte de la industria internacional de cine pornográfico. No obstante, su verdadera pasión eran las *snuff movies*, vídeos que mostraban a víctimas, por lo general mujeres, practicando el sexo antes de ser asesinadas sádicamente en el momento de alcanzar el orgasmo. Para demostrar que las muertes eran «reales», les cortaban el cuello delante de la cámara, siempre en primer plano y a menudo con tal violencia que quedaban prácticamente decapitadas. Maria había visto uno de esos filmes. A pesar de estar granulado y rayado por tratarse de la enésima copia a partir

de copias previas del original, su contenido era claramente visible y seguía valiendo miles de dólares.

El vídeo pertenecía a Babe, y Maria lo había visto la noche anterior cuando fue a visitar su impecable apartamento en el Greenwich Village. La dirección figuraba en la carpeta de papel manila del hermano Bernard, y le había resultado muy sencillo entrar en el piso y «entrevistarlo». Un puñal y seis minutos fue todo cuanto necesitó para convencer al culturista de que le proporcionara el máximo de información posible acerca de Fontana y le concertase una cita con él para el día siguiente. Después de romperle el cuello al despreciable Babe, le había desvalijado el armario, seleccionando el conjunto negro que tanto gustaba a Fontana que luciese su compañero predilecto.

Cortarle la cabellera le había resultado más difícil de lo que esperaba; fue como intentar pelar una naranja de una vez, sin romper la piel. Pero al cabo, tras muchos esfuerzos, lo había logrado. La había dejado secar durante la noche y, aquella misma mañana, había utilizado talco y unas tiras adhesivas para adherírsela a la cabeza rapada. El efecto conseguido era bueno, pero picaba horrores.

Sacó las Ray Ban de la bolsa de cuero negro y se las puso. Ahora sólo se hallaba a unos metros del edificio. La emoción y la recta expectación que solía experimentar en tales momentos bullían en su estómago como un almíbar tibio y delicioso.

El portero, de uniforme, se hallaba de pie bajo la marquesina de la entrada. Pese a su corpulencia, no suponía amenaza alguna. De hecho, apartó la mirada de inmediato apenas la vio acercarse con su disfraz de rubio ataviado de negro, tal como Babe había dicho que aparecería, e hizo la vista gorda. Babe le había explicado a Maria que los porteros conocían a todas las prostitutas (y también a los prostitutos) que prestaban sus servicios a los ricachones residentes en la torre. Sin excepción, los conserjes sabían cuándo no reparar en las personas que entraban en el edificio. Maria se permitió esbozar una leve sonrisa. Le hacía gracia, por lo irónico, que Sly Fontana hubiese pagado una propina al portero, encargado de protegerlo, para permitir a una asesina acceder a su casa.

Sin apenas dirigir la mirada hacia el conserje, Maria entró con paso decidido en el vestíbulo de mármol en penumbra y se fue directa hacia los ascensores. Una vez dentro, comprobó la hora. Eran las 14.52. Fontana esperaba a Babe a las tres en punto. Tenía tiempo de sobra.

Se bajó en el séptimo piso y caminó hasta la escalera, donde se detuvo a esperar. El lugar estaba completamente a oscuras, lo cual, como siempre, le produjo cierta desazón. Respiró hondo y se recordó a sí misma que aquella oscuridad sólo era temporal. A su derecha vio un interruptor con temporizador que brillaba como un fanal. Nada más pulsarlo, la luz repentina ahuyentó todos sus demonios. Hurgó en el bolso de cuero y sacó unos guantes quirúrgicos tan finos como condones. Se los puso con gran destreza y volvió a mirar el resto del contenido. Primero comprobó la cámara de vídeo. No contenía ninguna cinta incriminatoria, por supuesto, pero sería

suficiente. En el fondo del bolso, junto a la cámara, estaba su infalible *kukri*. Tanteó bajo las rosas rojas en busca de los tres objetos pequeños restantes: un rollo de cinta altamente adhesiva y resistente, un garrote y una estilográfica negra. Se metió los dos primeros en los bolsillos laterales de la chaqueta. La pluma parecía normal hasta que se abría el capuchón y aparecía una plumilla inusualmente larga, poco menos que una aguja hipodérmica. Sopló a través de la plumilla para comprobar que no estuviese atascada, volvió a colocar el capuchón y guardó la pluma en el bolso. Todo estaba listo.

Notó el pecho henchido de recta exaltación. Era el ángel vengador, el azote de Dios. En pocos minutos más, la vil marea de la Maldad quedaría restañada momentáneamente, y una de las numerosas cabezas de la hidra sería cercenada.

Abrió la puerta que daba al séptimo piso y contempló el pasillo. Al fondo se veía claramente la puerta oscura de madera con el número setenta de latón. Detrás de aquella puerta, Sly Fontana estaría esperando tres toques y un ramo de rosas rojas sobre el felpudo: el saludo inconfundible de Babe. «Qué conmovedor», pensó Maria sin el menor atisbo de una sonrisa en los labios.

Su reloj latía en silencio contra su muñeca. Bajó la vista. Las 14.59. Había llegado el momento.

Cruzó el pasillo lujosamente enmoquetado, colocó las rosas en el suelo, ante la puerta del apartamento número setenta, y apoyó el cuerpo contra la pared a la izquierda de la entrada. Su mano derecha jugueteaba con el garrote que ocultaba en el bolsillo, como si fuese una sarta de cuentas. Una vez que hubo controlado la respiración, llamó con los nudillos a la puerta.

Toc, toc, toc. Movimiento. Ruido de pasos que se acercaban. Oyó que descorrían el pestillo y levantaban una cadena. Luego, una llave giró en un cerrojo, y otra más. «Sí que le preocupa la seguridad», pensó Maria con un humor macabro. Oyó que se abría la puerta y advirtió un cambio sutil en la temperatura ambiente. Hacía calor en el apartamento. Percibió una inhalación y una risita de emoción al tiempo que un hombre se asomaba y se inclinaba para recoger las flores.

Tras ajustarse las gafas de sol y bajar la cabeza de manera que la larga melena rubia de Babe le ocultase el rostro, Maria se colocó delante de Sly Fontana, con la entrepierna de sus ceñidos pantalones de cuero a apenas unos centímetros de su cabeza. A pesar de que estaba agachado, Maria observó que el productor de películas porno era un hombre bajito, de menos de uno setenta de estatura. Tenía el pelo negro, fino y enmarañado, y un cuerpo fofo apenas disimulado bajo una camisa de seda muy holgada.

Fontana se levantó lentamente, con las rosas en la mano, y la miró con sus pequeños ojos hambrientos, intentando verle la cara bajo los mechones de cabello. A Maria le recordó sus años en el orfanato, una época de su vida que preferiría olvidar.

—Hola, Babe —le dijo él excitado, frotándose inconscientemente la entrepierna con la mano—. Dios, me alegro de que estés aquí. He estado a punto de explotar

desde que hablamos por teléfono. —Entró en el apartamento caminando hacia atrás e indicándole que lo siguiera. Maria, que mantenía las manos a la espalda, preparando el garrote, empujó el bolso con el pie y entró en el piso, dejando que la puerta se cerrara detrás de ella. Fontana echó un vistazo al bolso, se pasó la lengua por los labios y preguntó: —¿Has traído unos juguetes? —Ce podría decir que cí — respondió Maria haciendo una imitación aceptable del ceceo de Babe.

Sin embargo, tal vez la imitación no fuese lo bastante buena, o bien el cabello ya no le cubría el rostro, pues de repente Fontana la observó con más detenimiento y le preguntó:

—¿Has crecido o qué? Maria dio un paso hacia delante y sonrió, tendiendo los brazos como para abrazarlo.

—La verdad es que no. Hace años que mido lo mismo. Fontana frunció el entrecejo y su mirada lasciva dio paso a una expresión de recelo y temor. Se había percatado de que algo andaba mal. Pero a Maria no le importaba, puesto que ya era demasiado tarde; había logrado entrar en el apartamento. Al observar que los labios de Fontana comenzaban a formular con indignación la pregunta «¿Y tú quién coño eres?», le colocó el garrote en el cuello, ahogando sus palabras con la habilidad de un cirujano experimentado. Fontana dejó caer las rosas al instante, resollando y sacudiéndose como un pez fuera del agua mientras tiraba del alambre que se le hincaba en el cuello.

«¿Por qué todos hacen lo mismo?», se dijo Maria contemplando los ojos desorbitados y aterrorizados del hombre. A nadie se le ocurría lo más razonable, que era concentrarse en los dedos de Maria y rompérselos uno a uno hasta que se viese obligada a soltarlo. En cambio, siempre se aferraban al alambre que ya les estaba desgarrando el cuello. Era completamente absurdo e inútil.

Maria escudriñó rápidamente el piso y reparó en unas sillas de cuero y un enorme televisor que había en la zona que hacía las veces de sala de estar. Tirando de Fontana como si éste fuese un perro gimoteante, lo condujo más allá de una ostentosa chimenea de mármol rosa y lo sentó de un empujón en una de las butacas justo delante de la impresionante pantalla. La televisión, de grandes dimensiones y negra como el azabache pulido, era el altar idóneo para sus propósitos.

Maria soltó el garrote y, antes de que Fontana tuviese tiempo de recobrar el aliento, cogió un pequeño huevo de mármol rosa de la colección de *objets d'art* que decoraban la mesita que había junto a ella y se lo introdujo en la boca. A continuación sacó del bolsillo el rollo de cinta adhesiva, arrancó una tira y le selló los labios. Sin hacer siquiera una pausa, lo inmovilizó en la butaca. Por último, le pegó un trocito de esparadrapo en los párpados de forma que los mantuviese abiertos y sólo pudiese mover los ojos, que miraban de un lado a otro, aterrorizados. Luego extrajo la cámara de vídeo del bolso. Ahora ya podía tomarse su tiempo para preparar la actuación.

Le llevó un momento dominar todos los mandos del televisor, aparentemente desprovisto de ellos, hasta que localizó los paneles a ras de la lisa superficie. Después

de conectar los cables necesarios, colocó la cámara encima del televisor y dirigió el objetivo hacia el hombre amordazado. A continuación cogió el mando a distancia y activó los dos aparatos. Tras parpadear por un instante, la enorme pantalla se llenó con la parte superior de la frente de Sly Fontana; la definición era tan buena que se veían las gotas de sudor que se formaban bajo las amplias entradas desprovistas de pelo.

—Pareces nervioso, Sly —susurró Maria—. Pensaba que a estas alturas ya estarías acostumbrado a las audiciones. —Reguló la cámara y el zoom hasta que Fontana apareció en la pantalla de cintura para arriba perfectamente enfocado. Unos oscuros círculos de transpiración comenzaron a formarse bajo las mangas de su camisa de seda mientras observaba a su agresora con ojos frenéticos e implorantes.

Cada uno de sus músculos parecía estar luchando por desprenderse del esparadrapo. Maria esbozó una sonrisa y se quitó la peluca. Sly Fontana abrió desorbitadamente los ojos al ver su *cabeza*, rapada, y casi se le salieron de las cuencas cuando extrajo del bolso el *kukri* desenvainado.

—Muy bien —dijo ella al tiempo que se colocaba a su espalda, con el mando a distancia de la cámara en la mano izquierda y la daga curvada en la derecha—. Empieza la función. —Se inclinó de forma que su rostro estuviese a la altura del de Fontana, ambos claramente visibles en la pantalla. Arrimó la boca al oído de éste, repleto de pelos y de cera, y le susurró con la suavidad de una amante—: He visto algunos de tus trabajos más especializados y, aunque no tengo la menor esperanza de superarlos, me gustaría que considerases esto como una especie de homenaje. Recuerda la Biblia. Todos los que empuñen espada, a espada perecerán Sirviéndose del mando a distancia, le enfocó el cuello con el teleobjetivo hasta que toda la pantalla quedó prácticamente cubierta por su garganta, en la que destacaban la nuez sudorosa agitándose arriba y abajo. Después le rodeó el cuello con el brazo derecho y le apretó la daga contra la piel. En la pantalla, la plata inmaculada de la hoja curva y afilada contrastaba con su tez bronceada. Maria notó que Sly intentaba volver la cabeza, pero la cinta y su brazo le impedían cualquier movimiento.

Mientras hundía lentamente la afiladísima hoja del *kukri* en la carne de su víctima, Maria le enfocó los ojos con la cámara hasta que éstos ocuparon toda la pantalla. Sly trató de cerrar los párpados desesperadamente y apartar la vista del televisor, pero las tiras de esparadrapo los mantenían abiertos. Y en tanto Maria deslizaba lentamente la daga por su garganta, cortando músculos y tejidos, Sly Fontana se vio obligado a contemplar las ventanas de su propia alma, a un tiempo estrella y espectador horrorizado de su propia *snuff movie*. Aquellos ojos temblorosos hubieron de presenciar su propia agonía y su propia muerte, asistir a ese momento perfecto que Maria siempre anhelaba: el vacilar de las pupilas al dilatarse, que marcaba la partida de un alma abominable a otro lugar, donde el juicio sería severo y el castigo eterno.

Justo antes de llegar a la yugular, Maria se apartó del copioso flujo de sangre y

susurró al oído de Fontana:

—Ahora vas a morir, y serás condenado para siempre. Satisfecha de que el hombre supiera que estaba pagando por sus pecados, deslizó la hoja del puñal por el resto de la garganta y contempló, junto con su víctima, cómo la sangre de la yugular salpicaba la pantalla. Al cabo de un par de segundos, las pupilas dilatadas estaban fijas en el vacío, apagadas.

Maria Benariac exhaló un breve suspiro involuntario. La ejecución había sido consumada. Ahora debía esfumarse. Era Némesis, la vengadora profesional que acababa de perpetrar una muerte perfecta. Sin embargo no podía marcharse. Todavía no.

Tenía que firmar su obra, dejar constancia de que había sido ella la autora del acto. Sacó la pluma del bolso y desenroscó el capuchón, dejando al descubierto la larga plumilla de diseño especial. A continuación se acercó al cadáver y, tras localizar la yugular en la herida de Sly, clavó el largo plumín en la arteria y llenó de sangre el depósito de la estilográfica.

Una vez extraída la cantidad suficiente, retiró la plumilla y escribió en la zona que había permanecido seca, en la parte posterior del cuello de la camisa de color crema: «Todos los que empuñen espada, a espada perecerán». Mateo, 26:52.

Cerró la pluma y la guardó en el bolso con el resto del material. A continuación volvió a cubrirse la cabeza con los mechones rubios de Babe, recogió las rosas del suelo y las arrojó al cubo de basura de la cocina. Permaneció indiferente al leve dolor que le produjo una espina al rasgarle el guante de goma y clavársele en el pulgar derecho. Y mientras succionaba la herida, apenas percibió el sabor metálico y salado de la sangre. Por último, abrió la puerta del apartamento y comprobó que no hubiese nadie en el pasillo, y salió cerrando la puerta tras de sí.

Nada de errores esta vez. El crimen perfecto.

DAMASCO

Ezequiel cruzó la zona de naranjos de su jardín y se dirigió hacia el olivar que se extendía cuesta abajo hasta el límite de sus tierras. Allí se detuvo a contemplar el perfil de Damasco, situado a tres kilómetros hacia el sur. A pesar de que el aire era frío, la luz del atardecer arrojaba un cálido resplandor dorado sobre los olivos de ramas retorcidas y la ciudad en la distancia. Aunque se había pasado la vida viajando por todo el mundo, la enorme y antigua casa que se levantaba a sus espaldas siempre había sido su hogar, como lo fuera para las seis generaciones anteriores de su familia, y le entristecía no tener ningún hijo que la heredase. Le encantaba aquel lugar, sobre todo a esa hora del día. Le recordaba los paseos que solía dar con su mujer cuando ella vivía, durante los cuales conversaban y dejaban a un lado sus problemas.

Un repentino dolor punzante en el estómago le hizo sacar del bolsillo una cajita metálica que contenía un comprimido blanco. Se lo tragó y aguardó a que el antiácido

actuara sobre la úlcera. En tanto remitía el dolor, se puso a pensar en el plan del hermano Helix. La noche anterior, después de la reunión del Círculo Interno, había padecido de nuevo la misma pesadilla de siempre. Y como de costumbre, no sólo no lograba salvar al Nuevo Mesías, sino que contribuía a su crucifixión. El sueño le recordaba el terror que le producía la idea de fracasar en la misión de su vida, y lo obligaba a considerar más seriamente la propuesta de Helix. Era consciente de que conforme transcurrían los días sin encontrar al Mesías, la balanza se decantaba a favor del arriesgado plan del joven hermano. Suponiendo, por supuesto, que Helix llegase a convencer al blasfemo científico de que trabajara con ellos.

Se volvió y echó a andar colina arriba hacia la enorme mansión. ¿Y si Helix conseguía que Carter colaborase con ellos? ¿Sellaría él, en tanto que líder de la Hermandad del Segundo Advenimiento, una alianza impía con el ateo?

Mientras se debatía ante las consecuencias de todo ello, advirtió que su criado le hacía señas desde el patio abovedado de la casa. Le contestó con un ademán, y la alta silueta de David avanzó hacia él por el césped impecable. El criado sostenía algo en la mano. Ezequiel aguzó la vista y comprobó que se trataba de un teléfono.

—¿Quién es, David? —Sólo quiere dar su nombre de Némesis. Ezequiel cogió el teléfono y suspiró. El mensaje estaría codificado digitalmente. Aun así, prefería que Maria no lo llamase directamente, sobre todo a su casa.

—¿Qué sucede, Némesis? —Tenía que llamarlo, Padre —dijo ella con voz contrita—. Desde lo de Estocolmo no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo. Necesitaba explicarle mi error, asegurarle que no volverá a ocurrir y que me gustaría enmendarlo.

—No deberías hablar conmigo, sino con el hermano Bernard. Si quieres dar explicaciones o disculparte con alguien, él es la persona a la que debes dirigirte.

—Pero, Padre, necesito saber si me perdona por lo de Estocolmo.

Ezequiel sacudió la cabeza, exasperado. Desde que la encontrara veinte años atrás, Maria no había cambiado. Podía ser a un tiempo la chiquilla vulnerable anhelando el amor de un padre y la asesina más despiadada que había salido jamás del campo de adiestramiento de la Hermandad. Ezequiel no le echaba la culpa por lo de Estocolmo. Había sido su primer y único error.

—Némesis, Estocolmo ya es agua pasada. Ahora todos debemos seguir adelante.

—¿Eso significa que me perdona? Ezequiel percibió la ansiedad en su voz. Esbozó una sonrisa al recordar a Maria en el orfanato corso, tan herida y desesperada por hallar un verdadero hogar. Por aquel entonces se vio tentado de considerarla la hija que su esposa nunca pudo darle, e incluso ahora debía admitir que sentía cierto afecto hacia ella.

—Sí, Maria, hija mía, te perdono. Y ahora, ¿qué...? —Entonces ¿puedo acabar con el científico? Ezequiel vaciló. —Espera, tienes otras prioridades. El tipo de Manhattan... —Eso ya está hecho. He realizado con éxito el Ajusticiamiento de Manhattan. Me merezco una segunda oportunidad con el doctor Carter.

Ezequiel escogió cuidadosamente sus palabras. Sabía con cuánta pasión Maria se tomaba sus responsabilidades.

—Némesis, no está en tu mano decidir quién debe ser eliminado. Eres una operaria excelente, pero, como ya te he dicho antes, tu trabajo consiste en ejecutar los asesinatos que te ordena el hermano Bernard.

—Pero... —¡Némesis! —La interrumpió Ezequiel con firmeza. Aún no había decidido qué hacer con el doctor Carter—. Cuando llegue el momento de eliminar al científico, si es que llega, ya te avisaremos. Suponiendo, claro está, que Bernard te escoja a ti.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué ha cambiado? Si el doctor Carter era un objetivo hace dos meses, no veo por qué ahora no iba a serlo. Y si yo no llevo a cabo el Ajusticiamiento, ¿quién lo hará? ¿Gomorra?

—¡Némesis! ¡Escúchame! —Ezequiel perdió los estribos y la úlcera volvió a dolerle. Por lo general, estimaba conveniente dar rienda suelta a Maria. Ello contribuía a mantenerla motivada, y ni siquiera su obsesiva necesidad de dejar mensajes sobre sus excesivamente elaborados asesinatos había perjudicado nunca a la Hermandad. Pero tal vez Bernard tuviese razón; quizá sí que le daba demasiada libertad.

—Némesis, deberías hablar con el adalid del Segundo Imperativo, no conmigo. Y recuerda: tú recibes órdenes de él. No las das. ¿Está claro?

—Sí, pero... —¿Está claro? —Sí, Padre —repuso con voz sumisa, pero fría. — Muy bien. Ezequiel colgó el auricular. Al día siguiente tenía previsto ver al hermano Bernard Trier; le hablaría de esa conversación. Era importante que el adalid del Segundo Imperativo impidiera que Maria siguiese insistiendo sobre su fracaso en Estocolmo antes de que ello afectara al resto de su trabajo.

Regresó a casa contemplando la puesta de sol a su derecha y, mientras pensaba en Maria y en el doctor Carter, se tomó otro comprimido blanco. A sus noventa y seis años, ¿no era acaso demasiado mayor para eso? ¿Era justo que la salvación de la humanidad recayera sobre sus decrepitas espaldas?

Cualquier otro que se hallase en el ocaso de su vida estaría relajándose.

O muerto. Se encogió de hombros con gesto de fatiga y por un breve instante anheló el reposo que le deparaba la muerte. Pero en cuanto pisó las baldosas de terracota del patio, la pesadilla volvió a irrumpir en su conciencia, encendiendo nuevamente el fuego de su corazón. Sabía que jamás moriría en paz. No hasta que se cumpliera la profecía. No hasta que encontraran al Nuevo Mesías y lo ungieran en la Llama Sagrada.

L'HÔPITAL DE MÉDECIN
TROISIÈME ARRONDISSEMENT
PARÍS

JEAN LUC Petit seguía tan rebosante de energía como Tom Carter lo recordaba. A pesar de que éste lo superaba en estatura, a causa de su cojera debía alargar el paso para no quedarse rezagado mientras avanzaban por los pasillos de L'Hôpital de Médecin. Tom aún estaba aturdido, pero ello no tenía nada que ver con el vuelo de ocho horas desde el aeropuerto de Logan hasta el Charles de Gaulle. Después de que el experimento con los ratones fracasase de manera tan estrepitosa, se había resignado a la idea de volver a empezar de cero, aunque sabía que era imposible encontrar a tiempo una solución a través de la manipulación genética. Y entonces, casi de inmediato, se le ocurrió la idea de buscar la raíz viral de las remisiones espontáneas. Y como si esto fuera poco, unos minutos más tarde Jasmine había encontrado no sólo uno, sino dos casos excepcionales de este fenómeno, y nada menos que en el mismo hospital. De haber sido un hombre de fe, tal vez Tom se habría visto tentado de llamarlo una intervención divina.

—Jean Luc. *Plus lentement. Plus lentement.* Vas demasiado rápido —dijo Tom resollando ligeramente.

El médico francés, de nariz prominente, volvió la cabeza y lo miró con expresión de remordimiento en sus ojos oscuros, cómicamente tristes. Se encogió de hombros, esquivó a dos enfermeras sin aminorar el paso y se disculpó.

—Lo lamento, pero no sé ir más despacio sin pararme. Si bien era de complejión menuda, Jean Luc tenía un andar desgarrado, como si fuese mucho más alto. Sus cortas piernas avanzaban como pistones por los corredores iluminados con tubos fluorescentes, soltando de vez en cuando un «*Bonjour*» o un «*Ça va?*» a aquellos con quienes se cruzaba. Llevaba dos carpetas bajo el brazo izquierdo y conducía a Tom a la sala de oncología Francois Mitterrand, donde habían ocurrido los supuestos «milagros».

—Jean Luc, ¿estás seguro de que no tienes ni idea de por qué se recuperaron?

El francés se encogió de hombros, se volvió y, con una sonrisa, respondió:

—Tal vez se trate de un milagro. Como dice todo el mundo. —Pero tiene que haber una razón —insistió Tom sorteando a un paciente en una camilla de ruedas—. Algo que explique lo que ha sucedido, algo que pueda enseñarnos algo. ¿No crees? ¿Qué muestran las pruebas?

—Ya lo verás más tarde, pero la verdad es que nada, nada que explique por qué se han curado sus cuerpos. Sólo que se han curado. —Jean Luc esbozó una amplia sonrisa, arrugando su impresionante nariz—. Amigo mío, ¿por qué siempre tiene que haber explicaciones científicas para todo? Es tan raro que suceda algo bueno, que no

atinamos a comprenderlo. Quizá sólo deberíamos estar agradecidos. *Non?*

El doctor Petit apenas aminoró el paso cuando abrió las puertas batientes de la sala de oncología. Sorprendentemente, se trataba de una estancia muy alegre, con una combinación de tonos azules y amarillos similar a la del hospital de Genius. Aunque Carter no estaba seguro de que la hubiesen copiado, no cabía duda de que la habían redecorado desde la última visita de Jean Luc a Boston. Había dos hileras de diez camas, con el suficiente espacio entre ellas para disponer de un mínimo de intimidad. Algunas estaban rodeadas de una cortina.

Desplazándose a gran velocidad, el doctor Petit examinó las camas. Cuando localizó su objetivo, dijo: —*Ab, bon.* Primero visitaremos a la señorita Dubois. Mientras seguía al doctor por la sala, a Tom le llamó la atención el ambiente del lugar. Se oía un murmullo procedente de los pacientes y de las enfermeras. Jamás había experimentado nada parecido en un hospital importante. Las salas de oncología solían ser lugares de reflexión donde reinaba un profundo silencio, pobladas de personas que trataban de enfrentarse con sus vidas y con el posible fin de éstas. En aquella sala, en cambio, había más expectación que reflexión. Y la cama hacia la que se dirigían estaba rodeada de flores, no de formales coronas mortuorias, sino de ramos exuberantes que exclamaban con optimismo: «Que te recuperes pronto». Tom comprendió que se trataba de la cama de alguien que abandonaría el hospital. Por la puerta principal. Por su propio pie.

Cuando el doctor Petit le presentó a Valérie Dubois, lo primero que Tom advirtió en ella fue la paz que reflejaban sus ojos color violeta. Irradiaban una serenidad que denotaba una profunda seguridad en sí misma, rayana en la arrogancia. Aquellos ojos habían presenciado lo que pocos mortales tenían ocasión de ver. Habían mirado a la muerte a los ojos y la habían visto pestañear. Tom sabía, sólo con mirarla, que estaba bien. A pesar de su delgadez casi extrema y de la gorra que le cubría la calva, no transmitía la sensación de fragilidad. La tez de sus altos pómulos no presentaba la palidez gredosa asociada a la enfermedad, sino que poseía el leve rubor de una convaleciente, la tonalidad rosácea que presagiaba una recuperación total.

El doctor Petit sonrió y le dio una palmadita en el hombro, con gesto de orgullo.

—Valérie tiene veinticinco años y estudia derecho en la Sorbona. Así que me alegro de que se esté recuperando, porque si no tal vez me hubiese demandado. —Se echó a reír, sacudiendo los hombros con cada carcajada.

Valérie parecía contenta de tenerlo allí, como si el asombro que él mostraba ante su estado confirmase el hecho de que se estaba curando. Tom pensó que debía de ser un gran cambio para ella, ya que seguramente los médicos que la habían tratado antes sólo le habían dado malas noticias.

El doctor Petit abrió una de las dos carpetas y dijo:

—Tenía tumores primarios en el estómago y los riñones, y metástasis secundarias por todo el cuerpo, incluidas dos de las meninges del cerebro.

Entregó dos radiografías a Tom, que las observó a la luz. En la que sostenía en la

mano izquierda, los tumores del estómago y del riñón resultaban claramente visibles, y en la otra, las pequeñas sombras que aparecían en el cerebro eran inconfundibles. Sin lugar a dudas, aquella mujer había padecido un cáncer terminal galopante que se hallaba en la etapa final de evolución clónica.

Pero ahora, no. —Estábamos a punto de someterla a una inmunoterapia con células modificadas genéticamente —prosiguió el doctor Petit— cuando nos dijo que habían desaparecido sus dolores de cabeza y que las metástasis que notaba en el costado se estaban encogiendo. —Volvió la mirada, que reflejaba una aguda inteligencia, hacia Valérie, quien le devolvió la sonrisa.

—Valérie, ¿fue muy repentino? —Preguntó Tom—. Me refiero a la disminución de los tumores.

—Lo noté en un día. Primero pensé que eran imaginaciones mías, por lo mucho que lo deseaba. Pero a última hora de la tarde decidí comentárselo al doctor Petit. —Valérie se encogió de hombros; sus ojos irradiaban seguridad—. También empecé a encontrarme mejor. Sabía que estaba recuperándome.

Tom asintió con la mirada fija en los ojos serenos de la muchacha. ¿Cómo era esa cita tan trillada de Nietzsche? «Aquello que no nos destruye nos hace más fuertes». Entonces comprendió el significado de las palabras del filósofo, y sintió un arrebato de envidia. Aquella mujer ya no volvería a temer a la muerte.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió? El doctor Petit echó un vistazo al historial clínico. —Hoy es martes. Valérie nos avisó el jueves por la tarde. Y a última hora del domingo ya habíamos comprobado la mejoría. —Le entregó dos radiografías más.

Tom volvió a sostenerlas a la luz. La diferencia era impresionante. Casi habría podido tratarse de otro paciente. Los enormes tumores del estómago y de los riñones se habían reducido a una simple mancha, y el cerebro estaba completamente limpio. Ni un solo tumor.

—También practicamos cirugía exploratoria para comprobarlo —explicó el médico francés—. El patólogo confirmó, a partir de las muestras de tumor, que eran necróticos. El tejido tumoral estaba muerto, los anticuerpos lo habían matado.

Tom examinó de nuevo las cuatro radiografías, una al lado de la otra.

—¿Y no hay ni una sola pista de cómo ha sido, ni por qué? —Nada. Excepto el análisis de ADN que nos hicieron en la sucursal de Genius, aquí en París.

—¿Ya habéis hecho un análisis de ADN? —preguntó Tom con una mezcla de emoción y decepción—. ¿Y no habéis encontrado nada?

—*Au contraire*. —El doctor Petit señaló hacia otra cama igualmente engalanada con flores—. Utilizamos el laboratorio de procesamiento Genius de París para analizar la sangre de los dos pacientes, Valérie y *monsieur* Corbasson.

»El escáner génico mostró que antes de la remisión su sangre poseía los defectos genéticos que provocaron la enfermedad. Pero después de la remisión sus genomas habían cambiado, estaban alterados...

—¿La secuencia genética de sus genomas se había corregido? ¿No sólo las

células afectadas, sino sus genomas enteros?

—*Mais bien sur* —respondió el francés—. Pero ignoramos cómo. El único punto en común entre ellos es que ambos pertenecen al mismo grupo sanguíneo y podrían haber recibido transfusiones de sangre del mismo lote. Pero no nos queda ninguna muestra del lote utilizado.

—¿De modo que sólo recibieron la misma sangre? ¿No hay ningún otro vínculo entre ellos?

—*Rien* —respondió Petit sacudiendo la cabeza. —¿Algún otro paciente fue tratado con la misma sangre? —Enfermos de cáncer, no. Era un grupo sanguíneo poco habitual: AB. —Los ojos tristes de Jean Luc volvieron a brillar—. ¡Ven! Vamos a visitar al segundo paciente milagroso. *A bientôt*, Valérie.

Tom le dio las gracias a la muchacha y se despidió. Cuando se volvió para seguir al doctor Petit, éste ya se encontraba junto a la otra cama, en el lado opuesto de la sala, haciéndole señas con aire de expectación.

El segundo paciente milagroso era Guillaume Corbasson, un agricultor de cuarenta y cinco años de cerca de Toulouse. Tom le estrechó la mano y lo saludó en francés.

El doctor Petit sacó una radiografía de la segunda carpeta y procedió a explicar:

—*Monsieur* Corbasson tenía un sarcoma en la pierna y varias metástasis por todo el cuerpo. —Tendió la radiografía a Tom, que examinó el enorme bulto en el muslo derecho del paciente. Un tumor del tamaño de un pomelo, que amenazaba con desgarrar la piel.

—¿Cuándo le hicieron esta placa? —preguntó Tom. —Hace exactamente una semana. Su tamaño se había duplicado en casi ocho semanas, así que estábamos desesperados intentando controlarlo. —El doctor Petit levantó la vista del historial—. Una vez más, estábamos a punto de someterlo a una terapia génica cuando empezó a remitir.

—¿Al mismo tiempo que empezó a mejorar el estado de Valérie Dubois?

—Un día después, más o menos. —El médico francés preguntó a su paciente si podían examinarle la pierna.

—*Mais bien sur* —declaró Guillaume con entusiasmo, retirando las sábanas para mostrar la prueba de su victoria.

Tom pasó la mano por la pierna del paciente, que estaba prácticamente lisa. Si apretaba con fuerza se notaba una pequeña bola de tejido endurecido, pero era minúscula, un guisante comparado con la que aparecía en la placa.

—¡Increíble! —*Oui. Incroyable!* —convino el paciente con una alegre sonrisa de oreja a oreja, mostrando el hueco de los dos dientes que le faltaban. Tom le devolvió la sonrisa y preguntó al doctor: —¿Y qué hay de las metástasis? —Todas son necróticas; están completamente muertas. Y ahora sugiero que regresemos a mi despacho para seguir hablando del tema.

Tom le dio las gracias a Corbasson y salió tras el doctor Petit, sin dejar de

bombardearlo a preguntas.

—Jean Luc, esto no puede ser una coincidencia. Tienes a dos pacientes terminales a los que les quedaban pocos meses de vida, y de repente ambos se curan. Y el único vínculo entre ellos, aparte de estar en el mismo hospital atendidos por el mismo médico, es que pertenecen al mismo grupo sanguíneo, lo que significa que podrían haber recibido sangre de un mismo donante. Tal vez hubiese algo en las transfusiones de sangre.

—¿Cómo qué? Tom sacudió la cabeza y dijo: —Un nuevo virus, quizá. Un virus positivo con una secuencia genética correctora. Podría suceder, Jean Luc.

El doctor Petit dejó escapar un suspiro y puso los ojos en blanco.

—Sí, podría suceder. Pero las posibilidades son ínfimas, ¿no crees? Los dos pacientes han sido sometidos a una exploración completa para comprobar si padecían infecciones virales, y no hemos encontrado nada. Y no olvides que todas las muestras de sangre reciben numerosos tratamientos de calor para matar todos los agentes virales conocidos.

—Sí, pero sólo los conocidos. —No había el menor rastro de ningún virus ni en la sangre de Valérie Dubois ni en la de Guillaume Corbasson. Ni tampoco ningún agente modificador. —El doctor Petit se detuvo ante la puerta de su despacho, y luego entró. Indicó a Tom que tomara asiento, se dirigió hacia la máquina de café y sirvió dos tazas.

Tom cogió la taza que le ofreció su anfitrión. —Pero ha habido un cambio —insistió—. Eso demuestra que algo ha ocurrido. Algo ha cambiado. Puede que hubiese algo en la composición genética de la sangre que recibieron que modificó sus propios ADN. Una orden que borró sus programas plagados de faltas de ortografía y los sustituyó por el código correcto de la sangre del donante.

—Es posible —admitió el doctor Petit. Tomó asiento y bebió un sorbo de café, mirando a Tom por encima del borde de la taza humeante—. Mira, deseo encontrar la razón tanto como tú, porque así tal vez podríamos reproducir el efecto. Pero nos es imposible averiguar cuál es. Como sabes, la sangre de la transfusión procedía de un lote a partir de numerosos individuos anónimos. Y como no nos queda ninguna muestra de ese lote, no podemos analizar la sangre. Por supuesto, si quieres puedes analizar la sangre de los pacientes curados y examinar todos los escáners génicos. Pero de ahí no sacarás ninguna información. Sería como utilizar una cerilla usada para volver a encender un fuego. No disponemos del catalizador. Y de todos modos, Tom, si esa combinación milagrosa existe, ¿cómo es que no hemos cogido el virus todos nosotros?

Tom frunció el entrecejo. Aquélla era la única pregunta que había estado evitando, ya que no lograba hallar una respuesta convincente. En su mayor parte, los virus contagiosos no se propagaban por toda la población humana porque se quemaban matando a sus anfitriones antes de que pudieran transmitirse. Pero una combinación milagrosa como aquella en la que estaba cifrando todas sus esperanzas

en realidad alargaría la vida de su huésped. Así pues, suponiendo que ese virus positivo hubiese existido durante unas décadas, lo lógico sería que a esas alturas ya lo hubiese contraído la mayoría de la población mundial.

—No lo sé, Jean Luc —admitió tras una breve pausa—. Pero todo tiene una causa y un efecto.

—Está bien. Entonces ¿podría ser que tu combinación milagrosa fuese química en lugar de viral?

—¿Química? ¿Qué quieres decir? ¿Como feromonas? Jean Luc volvió a encogerse de hombros. —*Oui*. ¿Por qué no? Si los insectos pueden segregar sustancias químicas, ¿por qué no íbamos a hacerlo nosotros?

Tom asintió con cautela, consciente de estar agarrándose a un clavo ardiendo. Así y todo, era cierto que algunos insectos segregaban feromonas para estimular el apareamiento, y se creía desde hacía tiempo que los humanos segregaban sustancias químicas similares a través del sudor y de la sangre. Sabía, por ejemplo, que cuando dos o más mujeres vivían en la misma casa, sus ciclos menstruales acababan coincidiendo al cabo de un tiempo. Nadie sabía exactamente cómo sucedía, pero se sospechaba que se debía a algún estímulo químico que se transmitían unas a otras. En el caso del don de la curación, un agente químico y no viral también explicaría su excepcionalidad. Tal vez los curanderos poseyeran genes poco frecuentes en su ADN que les permitían segregar sustancias químicas curativas a través del tacto o de los fluidos corporales sin transmitir o «propagar» su habilidad.

—Aun así no parece muy convincente, ¿no crees? —le dijo Tom Carter.

—A lo mejor su curación no fue en absoluto científica, sino la voluntad de Dios —repuso Jean Luc con una sonrisa—. Tom, si fueras cristiano quizá lo comprenderías. Hace poco que fue Navidad y no falta mucho para la Semana Santa. Tal vez Dios sencillamente se apiadó de dos desafortunados y decidió entrometerse en la naturaleza para conmemorar el nacimiento, la muerte y la resurrección de su hijo.

Tom torció el gesto y pensó de inmediato en Jasmine. Envidiaba su fe y la de Jean Luc. Cada vez que no comprendían algo, no tenían más que decir: «Ah, debe de ser Dios una vez más con todos sus misterios». No más preguntas, no más dudas, no más quebraderos de cabeza. ¿Demasiado difícil de descifrar? Pues debe de ser cosa de Dios. Así de fácil.

—Entonces, Jean Luc —preguntó con un suspiro de hastío—, ayúdame a comprenderlo. ¿Qué es lo que puede haber hecho tu Dios para salvarlos?

Jean Luc sonrió y escudriñó el rostro de Tom con ojos compasivos. Resultaba evidente que el médico francés sabía hasta qué punto hablaba en serio.

—Bueno, Dios puede hacer cualquier cosa. Es omnipotente, ¿sabes? —Abrió los brazos como abarcándolo todo y le lanzó una sonrisa maliciosa—. Tal vez decretó que los dos se recuperaran. O tal vez hizo lo que tú dices: alterar la sangre... —De repente soltó una risita por lo que se le acababa de ocurrir—. Sí, Tom, a lo mejor

cambió la sangre de la transfusión por la sangre de Jesús. Pronto será Semana Santa, de modo que no estaría nada mal que la sangre de su hijo volviese a salvar a la humanidad. *Non?*

Jean Luc Petit se echó a reír de nuevo. Era una risa fácil e inocente que claramente se vanagloriaba de la afortunada salvación de sus dos pacientes.

Pero Tom permaneció serio. Jean Luc dejó de reír de pronto y se mostró disgustado, como si lo hubiese ofendido.

—Sólo estaba bromeando, amigo. Soy médico, no filósofo, y aun así no lo sé.

Tom no respondió porque su mente se hallaba en otra parte, estableciendo una relación entre dos pensamientos aparentemente inconexos: el concepto de un virus curativo o feromona, y algo más que Jean Luc había dicho. Al unirlos formaban el germen de una idea absurda. Trató de recordar un artículo que había leído en una revista hacía algunas semanas. ¿Dónde era? ¿En algún lugar de Cerdeña? Llamaría a su padre. Alex lo sabría, y de paso le pediría que le informara sobre el tema.

Se volvió hacia el doctor, que parecía preocupado. —¿Jean Luc? —*Oui, mon ami.* Tom se levantó de la silla y le dio una palmadita en el hombro a su amigo.

—Gracias por todo. Pero ¿podría pedirte un par de favores más? —preguntó.

—Pídeme lo que quieras. —En primer lugar, ¿puedo utilizar un teléfono privado? —*Mais bien sur.* —Y ¿podrías pedirle a tu secretaria que me reserve un billete de avión para Cerdeña?

—¿Cerdeña? —Jean Luc sonrió con expresión de desconcierto y se puso de pie para acompañarlo a la oficina de al lado—. Claro, Tom. ¿Sucede algo?

—No, Jean Luc —respondió Tom intentando asimilar su descabellada idea—. No pasa nada. Nada en absoluto.

BOSTON
SECCIÓN DE INFORMÁTICA DE GENIUS

Jasmine Washington contempló el rostro de la agente especial del FBI Karen Tanner y esperó a que reaccionase. No se sintió decepcionada cuando lo hizo. La mujer de cabello rojizo abrió como platos sus ojos verdes y exclamó, casi involuntariamente:

—¡Dios mío! ¿Cómo lo ha hecho? Jasmine intercambió una sonrisa de complicidad con Debbie, su alta y rubia ayudante. El *software* Gene Imaging era prácticamente perfecto, y la definición del holograma, excelente. Incluso el tecnofóbico Jack Nichols parecía impresionado.

Los cuatro se hallaban en la sala de genescopios, al lado del despacho de Jasmine en la sección de Informática. Desde que Tom había partido apresuradamente hacia París tres días antes, Jasmine había estado trabajando contra reloj con Debbie y su equipo a fin de perfeccionar el *software*. Y menos mal que había sido así, pues aquella misma mañana Jack Nichols, todavía furioso por el hecho de que Tom se hubiese marchado solo a Europa, había recibido una llamada de Karen Tanner, que se mostraba muy emocionada. Se había cometido un nuevo asesinato en Manhattan con el sello inconfundible del Predicador, pero al parecer esta vez el asesino había olvidado algo que podría ayudar a identificarlo.

—¿Y cómo funciona? —volvió a preguntar Karen Tanner observando flotar el holograma tamaño natural de su cabeza por encima de la holoplataforma, al lado del genescopio más apartado.

Jasmine examinó la imagen tridimensional unos segundos más antes de responder. Era una lástima que Tom no hubiese regresado de París, o de Cerdeña, o de donde estuviese en esos momentos. Aún no había visto una demostración sin fallas de la tecnología, y ésta era absolutamente perfecta. El holograma era tan real que resultaba escalofriante; incluso el cabello rojizo y los ojos verdes eran idénticos. Si cabe, parecía ligeramente más joven que el original en carne y hueso, pero ese detalle podía modificarse introduciendo unos datos más precisos sobre el entorno.

—Lo que hace es leer tus genes y determinar tu aspecto —le dijo Jasmine por fin—. Cuando has llegado esta mañana, te he cogido un cabello del hombro de la chaqueta. Sólo he tenido que comprobar que aún tuviese la raíz; el resto ha sido muy sencillo.

Karen atravesó con la mano la imagen fantasmal. —Es increíblemente idéntica a mí. ¿Y sólo podéis hacer la cabeza?

—No, podemos hacer el cuerpo entero. Pero hemos decidido proteger tu intimidad delante de Jack.

Karen la miró con expresión de perplejidad. —La ropa no tiene genes —explicó Debbie con una amplia sonrisa.

Jack se acarició la cicatriz del rostro con aire pensativo. —Qué lástima, Karen. Tú y yo hemos pasado apuros juntos, pero nunca te he visto *au naturel*, aunque a menudo he pensado en ello.

—Pues ya puedes seguir pensándolo, Jack —dijo Karen entre risas—. A no ser, claro está, que antes quieras enseñarme el tuyo. —Se volvió hacia Jasmine, indicó el holograma con un gesto de la cabeza y preguntó—: ¿Así que has conseguido eso a partir del ADN de la raíz de un pelo?

—Sí. El genescopio ya era capaz de determinar las características físicas de una persona a partir de su genotipo, pero este nuevo *software* llega un poco más lejos. Crea una imagen tridimensional generada por ordenador de un individuo a partir de sus genes y luego la convierte en un holograma. —Señaló la cabeza suspendida en el aire—. Sólo hemos utilizado tu cabello para mostrarte lo preciso que es.

—Me habéis convencido. Pero ¿qué hay del ADN del sospechoso? Estoy impaciente por echarle un vistazo a ese cabrón.

Jasmine regresó al genescopio y pulsó cuatro teclas. El prototipo todavía no estaba capacitado para recibir órdenes orales, pero sólo era cuestión de tiempo. Algún día incluso conseguiría que los hologramas contestasen. Apretó una última tecla y la cabeza tamaño natural de Karen Tanner se desvaneció.

Jasmine observó el monitor. Los forenses que trabajaban en el caso habían encontrado sangre fresca en la espina de una rosa en el cubo de basura de la cocina de la víctima; se trataba de las mismas rosas que los testigos habían visto en la bolsa del sospechoso rubio.

—Pues bien. Hemos analizado la muestra de sangre encontrada en el apartamento de Fontana.

La agente del FBI asintió. —¿Y? —preguntó con tono de expectación. Jasmine observó a Debbie, que tras comprobar las hololámparas levantó el pulgar hacia ella.

—¿Y bien? ¿Qué quieres? ¿Sólo la cabeza del Predicador o el cuerpo entero?

Karen sonrió. —Todo. —Muy bien. Ha llegado la hora de llamar al Genio. Jasmine pulsó la tecla Intro. El rumor del genescopio dio paso a un chisporroteo semejante al de las interferencias radiofónicas, las hololámparas que rodeaban la holoplataforma circular se encendieron y una figura fantasmal apareció frente a ellos. El espectro evocado a partir de los genes del Predicador fue tornándose paulatinamente más sólido conforme las cuatro hololámparas de colores (una magenta, una turquesa, una amarilla y una blanca) se fusionaron para crear la necesaria variedad de tonalidades, coloreando los niveles más altos de definición que les suministraba el bioordenador del genescopio.

La «pintura» fue formándose a partir de los pies, línea tras línea, y en cuestión de segundos se convirtió en una figura completa. Parecía absolutamente real, aunque algo fallaba en ella: era una mujer. Jasmine se volvió hacia la agente del FBI, quien

contemplaba el holograma boquiabierto, y dijo:

—Pensaba que el Predicador era un hombre. Karen asintió con aire ausente. —Yo también. —Es muy guapa —observó Jack. Y lo era. Su cabello era de un intenso color cobrizo, y su alta y atlética figura, de pechos redondos y piernas largas y torneadas, era de una belleza impresionante. Sin embargo, nada llamaba más la atención que sus grandes ojos. Poseían una cualidad felina extraordinaria, pero era su inusual color —el izquierdo azul y el derecho pardo— lo que más destacaba en ellos.

—Debería ser un hombre —repitió Karen Tanner—. Sabemos que el Predicador mató a un prostituto llamado Babe y se hizo pasar por él para acercarse a Fontana. Pero cuando interrogamos al portero, nos describió a un hombre rubio. Dios mío, lo único que coincide con la descripción es la estatura.

—¿Estás segura de que la sangre era del Predicador? —inquirió Jack—. Quizá se trate de alguien que pretende hacerse pasar por él.

—Imposible. La sangre era fresca y no pertenecía a Fontana, así que tiene que ser del asesino. Pero el criminal no sólo dejó el mensaje bíblico del Predicador, del que todo el mundo ha oído hablar, sino que también utilizó su pluma...

—¿Pluma? —preguntó Jasmine. —Sí, el Predicador casi siempre escribe un mensaje con la sangre de la víctima, utilizando una plumilla especial para aspirar sangre de una de las arterias, normalmente la femoral. Pero en este caso él, o ella, utilizó la yugular, después de cortársela. La escritura también coincide con la de otros homicidios. No; sin duda es obra del Predicador.

—Así que ahora ya sabes que el Predicador es una mujer a la que se le dan bien los disfraces —concluyó Jack.

—Yo diría que muy bien —murmuró la agente del FBI sacando de su bolsillo un retrato generado por ordenador—. Un montón de gente vio a este tipo rubio acercarse al apartamento. A pesar del disfraz, hemos conseguido una reproducción que nos parece bastante buena de su estructura facial. Pero fallan la nariz, la barbilla y los pómulos. Incluso los ojos eran de otro color. —Señaló el holograma—. Y mirad esos senos. Es imposible ocultar un pecho así aun aplastándolo con vendas y esparadrapo. Ésta es una mujer muy atractiva y, la verdad, muchos de los testigos a quienes interrogué eran el tipo de hombre que se fija en una mujer guapa. Y sin embargo todos juran que vieron a un hombre.

Jasmine se encogió de hombros. —La gente suele cambiar de aspecto —dijo—. Lo único que puede hacer el Gene Genie es reproducir el físico de una persona a partir de los genes con los que nació basándose en una «norma» de estilo de vida que tiene en cuenta una dieta y una actividad física normales. Pero es incapaz de reconocer los cambios que en años posteriores hayan podido introducir la cosmética o la cirugía estética.

Karen Tanner hizo una mueca de frustración. Era evidente que esperaba dar un salto significativo en sus investigaciones, y no parecía que fuese a hacerlo.

—Por lo menos ahora sabes que es una mujer —dijo Jack—. Eso le da una

perspectiva totalmente nueva al caso. Seguro que a raíz de esto encontrarás nuevas pistas al repasar los anteriores homicidios del Predicador. Y, además, conoces su aspecto aproximado.

Karen se volvió y lo miró fijamente a los ojos. —¿Ah, sí? Por el amor de Dios, Jack, que yo sepa podría parecerse tanto a Marilyn Monroe como a Arnold Schwarzenegger.

CITTAVECCHIA, CERDEÑA

De hecho, Maria Benariac no se asemejaba a ninguno de los dos. En esos momentos estaba contemplando al hombre que salía de la pequeña iglesia blanca de Cittavecchia, en Cerdeña. El doctor Carter parecía sonreír y, a pesar de su ligera cojera, avanzaba con paso resuelto, y a toda prisa, por la calle inundada de sol. Sostenía una caja en la mano derecha, y en la izquierda algo pequeño que Maria no lograba distinguir. Semejaba un tubo de cristal.

Maria reguló su Olympus compacta de zoom automático y se recostó contra el Fiat alquilado, mientras lo observaba acercarse a un coche blanco similar, estacionado a tres espacios de distancia.

Clic. Clic. Sacó dos fotografías, y oyó el casi imperceptible zumbido del dispositivo automático.

El doctor Carter había estado hablando con los curas de la iglesia de Cittavecchia durante más de dos horas. Maria no lograba entenderlo. Carter era ateo. ¿Qué asunto lo habría llevado hasta allí?

Después de su insatisfactoria conversación telefónica con el Padre, en la que éste se había mostrado extrañamente evasivo acerca de los planes de la Hermandad con respecto al doctor Carter, Maria había decidido seguirle la pista al científico. Le daba la sensación de que, por algún motivo, el Círculo Interno carecía del coraje o la voluntad para terminar lo que había empezado, y detestaba la idea de que la perversidad de Carter quedase impune.

No le había resultado nada difícil localizarlo. Con una simple llamada a Genius había averiguado dónde se encontraba en París, y luego había obtenido los detalles del siguiente viaje del científico mediante una conversación telefónica en la que expresaba su preocupación por él. Al principio había intentado convencerse de que no era necesario seguirlo hasta Cerdeña, pero sabía que su reticencia se debía al hecho de que Córcega, con todos sus recuerdos, se hallaba muy cerca de allí.

Clic. Clic. Dos fotografías más. «Si la cámara fuese una pistola —pensó—, el científico estaría muerto. Ojalá».

Observó que Tom abría la portezuela de su coche alquilado, inclinaba su cuerpo larguirucho y se sentaba en el asiento del conductor. Una vez que se hubo acomodado, colocó la caja encima del tablero de mandos, la abrió y, tras echarle una última ojeada al tubo de cristal, lo guardó en ella.

Maria observó cómo ponía en marcha el motor, salía del aparcamiento y partía rumbo al aeropuerto. Por un instante consideró la posibilidad de seguirlo, pero se lo pensó mejor. Tenía el horario de vuelos y disponía de muchísimo tiempo antes de que saliera el próximo avión hacia Roma, y desde allí a Boston.

Tras echarle un último vistazo al coche del doctor Carter, abandonó su propio vehículo, con cuidado de no engancharse el vestido en la puerta, y se encaminó hacia la iglesia. Una vez dentro, se dirigió en italiano al primer cura que vio, y le explicó que estaba buscando a su cuñado, un americano alto y con una ligera cojera. Él y otro sacerdote escucharon a aquella elegante mujer de sofisticado acento romano y la informaron respetuosamente de que su cuñado acababa de marcharse al aeropuerto, pero que no se preocupara porque había encontrado lo que había ido a buscar.

Antes de que María pudiese averiguar qué era, la condujeron hasta la estatua de la Virgen, al fondo de la iglesia. Como seguía sin comprender, decidió preguntárselo abiertamente a los curas. La respuesta de éstos la hizo abandonar el templo a la vez perpleja e indignada.

Mientras conducía de camino al aeropuerto, se le ocurrió una idea. Siempre estudiaba las motivaciones y costumbres de aquellos a quienes eliminaba. Saber qué hacían sus víctimas y por qué incrementaba la rectitud del Ajusticiamiento. Antes de matarlas, quería estar convencida de que su muerte era absolutamente necesaria. El doctor Carter no había sido una excepción. Nada más recibir la carpeta, Maria se había puesto a leer sobre genética. Aunque sólo había adquirido un conocimiento superficial de lo que la ciencia podía o no hacer, había sido suficiente para convencerse de que el doctor estaba jugando a ser Dios.

Ahora, mientras intentaba comprender por qué un ateo había decidido visitar una pequeña iglesia de Cerdeña, no lograba desprenderse de la horrible idea que se había formado en su cabeza. Si estaba en lo cierto, el científico era aún más peligroso de lo que había temido.

Pero por el momento prefería no pasar a la acción. Esperaría a reunir más pruebas que confirmasen los hechos. Sólo entonces se lo contaría al Padre y al hermano Bernard.

A pesar de su indignación, sonrió. Por lo menos, si sus sospechas eran acertadas, el Padre y Bernard no tendrían elección. Se verían obligados a permitir que terminase lo que había comenzado en Estocolmo.

**BACK BAY
BOSTON**

Jasmine Washington no había visto tantas armas en toda su vida, y se sintió intimidada.

—Larry, ¿se puede saber qué haces con todo esto en el piso? —Relájate, ¿de acuerdo? Son de mentira. —Larry sonrió y dejó la caja marrón en el suelo del amplio

salón.

—¿De mentira? —Sí, de mentira. Son accesorios para la película que vamos a rodar en Los Ángeles. Me los ha enviado el técnico porque voy a reunirme con la directora a primera hora del lunes y quiere ver qué clase de arma podrían utilizar el protagonista y el tipo malo.

Jasmine odiaba las armas, y no sólo por lo que le había sucedido a Olivia. Durante su infancia en el barrio South Central de Los Angeles, las pistolas formaban parte de la vida cotidiana, así como los tiroteos y los asesinatos en el patio del colegio.

—Apártalas de mi vista —dijo. Larry alzó los brazos para tranquilizarla. —Vamos, Jazz, no volverás a verlas más. Pero quizá debieses al menos echarle un vistazo a una de ellas, sólo para ver cómo funcionan.

Jasmine hizo un gesto de negación con la cabeza. Recordó a su hermano mayor diciéndole lo mismo allá en el barrio, cuando ella tenía casi diez años, justo antes de que él muriese víctima del fuego cruzado en un enfrentamiento entre bandas y sus padres le prohibiesen salir a la calle sola.

—Guárdalas, Larry. ¿De acuerdo? Larry se agachó y empujó la caja detrás del sofá. —Ya está —dijo con tono de disculpa—. Lo lamento. Se acercó a ella y la abrazó. Era un hombre alto y atlético de rostro sensible. Sin embargo, lo que a Jasmine más le gustaba de él eran sus fuertes brazos. Si bien se enorgullecía de su intrépida independencia que tanto le había costado conseguir, en ocasiones optaba por renunciar a ella y refugiarse en aquellos brazos. La muerte de Olivia y la inminente enfermedad de Holly le habían hecho tomar conciencia de lo frágil que era todo. Y enterarse de las hazañas del Predicador no era exactamente una manera de recobrar la fe en la humanidad. Así pues, en esos momentos el abrazo protector de Larry le resultaba especialmente reconfortante. Aunque sabía que era irracional, creía que nada malo podría sucederle estando en sus brazos. Sin oponer resistencia alguna, le permitió que la condujese lentamente hasta el sofá mientras le besaba los labios.

Por una vez había regresado temprano del trabajo y, a pesar de aquella caja llena de armas, le había encantado encontrar a Larry en casa. Últimamente se habían visto muy poco. Él había pasado la mitad de la semana en Los Ángeles preparando su nueva película y ella había estado trabajando a todas horas en el *software* Gene Genie. Era maravilloso estar en casa antes de las seis y media un viernes por la tarde, con toda la noche y todo el fin de semana por delante.

Jasmine se acurrucó entre los brazos de Larry, que ahora la ceñían con más fuerza, y notó su cálido y dulce aliento en la nuca. Pero como era de esperar, fue en el preciso instante en que la mano de Larry se deslizaba bajo su blusa de seda y comenzaba a acariciarle el seno izquierdo, cuando sonó el teléfono.

Y sonó. Y sonó. —Mierda —exclamó Jasmine a media voz. —¡Relájate! Deja que suene —murmuró él al tiempo que le desabrochaba el sujetador y acercaba la mano al otro pecho—. Ya se grabará el mensaje en el contestador.

Jasmine suspiró y se abandonó a las cálidas sensaciones que se apoderaban de su cuerpo.

—Deberías marcharte de casa más a menudo —musitó. El teléfono seguía sonando. —Mierda —repitió Jasmine. Larry siguió acariciándole los senos y luego fue descendiendo hacia el vientre, haciendo que sintiese aquel ardiente hormigueo en el estómago, y más abajo. Larry le susurró rápidamente al oído: —El contestador se disparará enseguida. No te preocupes. Pero a ella sí que le preocupaba, y el contestador seguía sin funcionar. Desde el día en que había estado a punto de no contestar a una llamada de la Universidad de Stanford ofreciéndole una beca, era incapaz de dejar que sonase un teléfono, convencida de que podría volver a tratarse de algo importante, que se arriesgaba a dejar pasar.

Se apartó de Larry y se dirigió al teléfono. —He debido de apagar el contestador. —Bueno, pues vuelve a encenderlo. Pero le resultaba imposible. Ahora que estaba al lado del teléfono, tenía que contestar.

—Jasmine Washington —dijo al fin. Reconoció la voz al instante. Parecía más excitado que de costumbre.

—Jazz, soy Tom. —Hola. ¿Dónde estás? —En casa. —¿Qué tal en París? —Muy interesante. —¿Y Cerdeña? —Jasmine se volvió hacia Larry, quien la miró con el entrecejo fruncido y le indicó con un ademán que pusiese fin a la conversación cuanto antes. Ella deseaba volver con él, pero sentía curiosidad por el viaje de Tom —. Jean Luc me llamó hace tres días y me preguntó si sabía por qué te habías marchado para allá. ¿Por qué fuiste, Tom? ¿Tenía algo que ver con las remisiones espontáneas?

Se produjo una pausa. —Más o menos. —Tom pronunció al fin las palabras que ella había oído tantas veces, las palabras que solían hacerle cuestionar por completo su noción de lo que era o no posible—. Tengo una idea.

Jasmine se preparó. —¿Ah, sí? —Es bastante arriesgado, pero creo que he encontrado la forma de ayudar a Holly.

—¿De verdad? ¿Cómo? —Eso es precisamente de lo que quería hablarte —respondió Tom casi con tono de súplica—. ¿Estás haciendo algo? ¿Podrías venirte a mi casa? Es importante, Jazz. Alex y Jack también estarán aquí.

—¿Que vaya ahora? —Lanzó una mirada interrogativa a Larry, quien sacudió la cabeza, enfadado.

—Sólo si te va bien, claro... —oyó decir a Tom rápidamente. Larry parecía furioso, como si la desafiase a que se marchara. Así que Jasmine le dedicó su sonrisa más dulce, se arrimó el teléfono a la boca y dijo:

—Claro, Tom, ahora mismo voy para allá.

BEACON HILL
BOSTON

ERAN casi las ocho cuando Jasmine estacionó su BMW descapotable frente a la casa de Tom en Beacon Hill. Había tardado unos minutos en tranquilizar a Larry y le había prometido que lo compensaría en cuanto regresara. El Saab de Alex y el Jaguar E Type de Jack ya se encontraban allí cuando llegó. Volvió a preguntarse cuál sería la idea de Tom. Le había dicho que sólo estaba «más o menos» relacionada con las remisiones espontáneas que había ido a investigar a París. Pero Jasmine sabía por experiencia que cada vez que Tom Carter decía «más o menos» por lo general significaba «en absoluto».

Cuando el ama de llaves, Marcy Kelly, abrió la puerta, le indicó que se dirigiera hacia la cocina. Jasmine cruzó el amplio recibidor y, al ver que no había ni rastro de Holly, supuso que estaría durmiendo. Cuando llegó ante la puerta cerrada de la cocina, se detuvo al oír la voz enfurecida de Jack a través del panel de roble.

—Tom, hay alguien ahí fuera intentando matarte. Por el amor de Dios, justo antes de que te marcharas el Predicador le cortó el cuello a un tío en Manhattan.

—Ya lo sé. Me lo has repetido varias veces —replicó Tom. Jasmine percibió un tono de paciencia forzada en su voz.

—Bueno, no puedes largarte así como así sin decirle a nadie adónde vas. Para algo tienes una escolta policial. Además, ¿qué coño estabas haciendo en Europa?

—Cuando te hayas calmado un poco, te lo diré, mamá. Jasmine abrió la puerta y permaneció en el umbral para no entrometerse en la discusión. Tom, Jack y Alex se hallaban reunidos en torno a la vieja mesa de pino al fondo de la espaciosa cocina. Tom, que estaba en la cabecera, tenía el pelo más enmarañado que de costumbre. En la mano derecha sostenía algo que semejaba una pequeña ampolla de cristal. A su izquierda se encontraba su padre, Alex. El semirretirado profesor de teología de la Universidad de Harvard estaba sirviendo, con la serenidad que lo caracterizaba, cuatro tazas de café humeante. Sobre la mesa había una carpeta de papel manila y una pila de libros. Jack Nichols, vestido con una especie de chándal, estaba de pie frente a él.

Era evidente que Tom también había interrumpido las horas de descanso de su compañero. Jack mantenía una expresión ceñuda, y Jasmine imaginó lo mal que les habría sentado a su esposa y a sus dos hijos que los abandonase un viernes por la noche, casi tanto como a Larry el que ella lo hiciese. El ambiente que reinaba en el lugar estaba tan cargado de tensión como del aroma a café. Raras veces le había parecido tan volátil la amistad entre unos compañeros por lo general muy unidos.

Al ver a Jasmine, Tom esbozó una sonrisa de alivio. —Gracias por venir, Jazz.

Siéntate —dijo señalando una silla. Cuando Jasmine se hubo sentado, Alex le dedicó una sonrisa y le pasó una taza de café.

—Hola, Jasmine. Creo que te has perdido lo mejor. —Típico —replicó ella con un mohín al tiempo que echaba un vistazo a la pila de libros que Alex tenía delante. Los títulos la sorprendieron. Si estaban relacionados con la idea de Tom, sin duda ésta iba más allá de la terapia génica normal.

Jack le dirigió una sonrisa de complicidad y tomó asiento. —Hola, Jazz. Supongo que es mejor que estemos sentados cuando oigamos lo que Tom tiene que decirnos. Debe de ser algo gordo. El muy gilipollas se ha jugado el cuello para conseguirlo.

—Sí que es algo gordo, Jack —dijo Tom alzando la ampolla—. Si no me equivoco, este pequeño tubo de cristal podría contener la cura para todas las enfermedades genéticas... y quizá otras también.

—¿Cómo puedes decir eso, Tom? —preguntó Jack con tono de mofa. Estaba claro que seguía enfadado con su compañero—. Te marchas a Cerdeña sin dar ninguna clase de explicación a ninguno de nosotros... —Miró a Alex y añadió—: Bueno, a casi nadie, y luego vuelves aquí y nos dices que has encontrado una cura milagrosa. Pero ¿de qué vas?

—Lo digo en serio. —¿Qué tiene de tan especial lo que hay en esa ampolla, Tom? —preguntó Jasmine.

—Es sangre, y es auténtica, así que podría contener genes curativos.

—¿Cómo? —inquirió Jasmine Washington, evidentemente interesada—. ¿De quién son esos genes? ¿De alguien con tu virus positivo?

—Más o menos. Si es que es auténtica. —¿Fue lo que causó las dos remisiones espontáneas en París? Tom sacudió la cabeza. —Lo dudo. —Entonces ¿de quién es esa sangre? —inquirió Jack. Jasmine vio que entornaba los ojos intentando averiguar adónde pretendía llegar Tom. Desde luego, ella no tenía ni idea.

Tom no respondió. Se limitó a mirarlos, con un extraño brillo en los ojos azules.

—Debe de ser alguien interesante —dijo con tono pausado. —¡Y tan interesante! —convino Jack. Jasmine advirtió que estaba intrigado, muy a pesar suyo—. ¿Quién es? —repitió.

Tom sonrió y agitó la ampolla. —¿Y si os dijera que esto contiene el ADN de un hombre que murió hace unos dos mil años? Un hombre que era un artesano, un carpintero para ser exactos. Un carpintero de Nazaret.

Jasmine quedó boquiabierta, estupefacta, y observó que Jack tampoco permanecía indiferente.

—Jesucristo —lo oyó murmurar. —Exactamente —dijo Tom mientras colocaba la ampolla sobre la mesa delante de un Alex silencioso—. Da qué pensar, ¿no creéis...?

El silencio pareció durar minutos.

—Pero no es auténtica, ¿verdad? —preguntó Jack al fin mientras cogía la ampolla y observaba el líquido marrón rojizo deslizarse dentro de ella—. Esta sangre no puede tener más de dos mil años.

Alex se inclinó hacia delante y dijo:

—Tienes razón. No lo es. Procede de la estatua de la Virgen que llora en Cittavecchia, Cerdeña. Los habitantes del pueblo aseguran que la estatua llora lágrimas de sangre, la sangre de Cristo. En 1995, intentaron que el Vaticano lo declarase oficialmente un milagro, aunque no lo consiguieron. La sangre es humana y pertenece a un hombre, pero los análisis de entonces demostraron que coincidía con la de un habitante del pueblo. Aun así, la estatua sigue llorando sangre y atrayendo turistas. Es posible que leyeráis algún artículo en los periódicos hace unas semanas.

—De modo que no es más que un truco —apuntó Jasmine, sorprendida de lo aliviada que se sentía.

—Sí —contestó Tom— pero, resulta asombroso, ¿verdad? ¿Y si fuera realmente la sangre de Cristo? ¿Qué podría contener? —Tom se volvió hacia Jack—. Y antes de que los dos descartéis esta idea, dejad que Alex os hable un poco de sus investigaciones.

—Un momento, Tom —intervino Jasmine—. Espérate un segundo a ver si lo comprendo.

Observó a Alex y a Tom Carter más detenidamente. El profesor de teología de Harvard y el especialista en genética no parecían en absoluto escandalizados ante una idea tan descabellada. Echó una ojeada a los libros que había delante de Alex. *Los manuscritos del mar Muerto y el mito cristiano* era el título estampado en pan de oro sobre el lomo del primer tomo, encuadernado en cuero. Debajo, con una cubierta rasgada y polvorienta, había un volumen más grueso: *Los textos Nag Hammadi en inglés*. Y los otros tres libros tenían títulos similares: *Edgar J. Goodspeed: Una vida de Jesús*; *El Nuevo Testamento apócrifo*; *Los logia Agrapha de Jesús*.

Jasmine miró a Alex, al tiempo que comenzaba a sentir cierto malestar en el estómago.

—Estáis hablando en serio, ¿verdad? Alex se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa. —Claro, Jazz. ¿Por qué no íbamos a hacerlo? —respondió, como si el bombazo de Tom no tuviese importancia. Aquello era típico de Tom y de su padre, pensó Jasmine. Cualquier idea nueva los entusiasmaba, y cuanto más disparatada e inquietante mejor.

Ella era algo distinta. Si bien se consideraba, y no sin orgullo, una persona abierta, necesitaba tiempo para aceptar ideas extrañas, sobre todo si ponían en tela de juicio sus creencias. Cuando vio a Jack con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados, a la defensiva, comprendió que su pragmatismo también estaba siendo puesto a prueba. En una escala que iba de normal a insólita, estimó que aquella idea iba mucho más allá de lo que Orville Wright le propusiera a su hermano: «Eh, Wilbur, vamos a intentar que esto vuele».

Se aclaró la garganta y dijo:

—A ver si lo he entendido bien. —Hizo una pausa, pues no sabía muy bien cómo expresarlo sin parecer tonta—. Queréis encontrar una muestra de los restos de Jesucristo, alguna clase de material genético que contenga su ADN. Luego utilizaréis el genescopio para analizar sus genes y desvelar los poderes curativos que pudiese haber tenido. Y queréis usar estos poderes para curar a Holly. ¿Es aproximadamente esto?

Tom hizo un lento gesto de afirmación con la cabeza y contestó:

—Sí, aproximadamente. De manera indirecta, fue Jean Luc Petit quien me dio la idea. —Explicó en breves palabras lo que había sucedido en París y concluyó—: De modo que en lugar de un virus, Jean Luc sugirió que las sustancias químicas podrían ser el agente genético modificador entre los humanos, como las feromonas en los insectos. O sea, que una persona con los genes adecuados podría curar a otras mediante la secreción de ciertas sustancias químicas.

Jack dejó su taza sobre la mesa y preguntó, con ceño: —Pero ¿por qué Cristo? — Porque no tenemos tiempo para buscar a alguien que tenga esos genes curativos, si es que existen. Un comentario casual de Jean Luc me hizo pensar en la única persona con el historial mejor documentado de curaciones. Se trata, por supuesto, de Jesús de Nazaret. —Jack sacudió la cabeza.

—Pero, Tom, si tú eres un maldito ateo. Ni siquiera crees en Jesucristo.

—Ésa es la cuestión, Jack. Estoy dispuesto a aceptar que existió. —Dio unas palmaditas sobre el montón de libros y añadió—: He visto suficientes pruebas e incluso estoy dispuesto a creer que poseía ciertas facultades. Lo que no me trago es que fuese el presunto Hijo de Dios. Si fue capaz de hacer lo que dicen las Sagradas Escrituras, entonces creo que sus aptitudes radican en su composición genética. Jack, imagínate lo que podríamos encontrar ahí: genes inteligentes capaces de reparar el ADN; códigos para proteínas con propiedades curativas desconocidas... Es posible que obtuviera esas cualidades a través de Dios o de la lotería de la naturaleza, y que sus genes encierren la clave para corregir todos nuestros defectos genéticos.

Fue entonces cuando la inquietud inicial de Jasmine comenzó a tomar forma. Tom Carter, uno de los hombres que más admiraba en el mundo, parecía estar sugiriendo algo que rayaba en lo blasfemo de manera alarmante. Pensó en sus padres baptistas, allá en Los Ángeles, en los estrictos valores que le habían inculcado y la fe que le habían transmitido. Se sintió abrumada por el sentimiento de culpa que tan familiar le resultaba, como si la pesada mano de un cura se hubiese posado sobre su hombro. Si bien había dejado de ser una persona estrictamente religiosa y no se consideraba en absoluto una devota, seguía teniendo fe. En ocasiones Dios obraba de una forma tan misteriosa que le resultaba incomprensible, pero en su mente existía de verdad. Y aquel proyecto la incomodaba. Era demasiado ambicioso, aun para los criterios de Tom.

Jack, por el contrario, parecía cada vez más interesado en la idea.

—¿Crees realmente que vas a encontrar genes especiales en su ADN, Tom? —preguntó.

Tom se encogió de hombros. —No lo sé, pero sólo puede haber tres opciones. Una, que ese tipo fuese un impostor; dos, que tuviese poderes divinos; y tres, que fuese una rareza genética, con la buena fortuna, o la maldición, según se mire, de poseer facultades sobrenaturales. Por descontado, no creo en la opción número dos.

—¿Y si se tratara de la opción número uno? —En ese caso no habrá nada que hacer, claro. Pero como no veo otra forma de ayudar a Holly a tiempo, estoy dispuesto a correr el riesgo. Los pacientes de París que experimentaron remisiones espontáneas sólo tenían los genomas cambiados por unas cuantas letras del código, las suficientes para matar el cáncer. No sabemos cómo ni por qué sucedió, pero creo que el agente modificador para sus ADN procedía de fuera de sus cuerpos, probablemente a través de la transfusión de sangre que ambos recibieron. No sé qué forma tomó ese catalizador. Pudo haber sido un virus, una secreción química o cualquier otra cosa. Pero el hecho es que su ADN cambió, así que debe de existir un catalizador. Y no se me ocurre un lugar mejor donde buscarlo que en el ADN de Jesucristo.

Jack frunció el entrecejo y se acarició la cicatriz con gesto pensativo.

—Está bien —concedió—, tú eres el genio, y si crees que puedes obtener un corrector de genes o unas proteínas inteligentes a partir del ADN de Cristo, ¿quién soy yo para discutirte? Pero por muy factible que sea tu idea, es totalmente especulativa si eres incapaz de responder a una simple pregunta. —Cogió la ampolla de sangre falsa y la colocó sobre la palma de su mano derecha—. ¿Cómo diablos vas a encontrar una muestra auténtica de su ADN? Lleva más de dos mil años muerto. ¿Dónde darás con lo que queda de él, si es que queda algo?

Jack se reclinó en la silla con los brazos cruzados y miró detenidamente a Tom y a Alex. Con aquella postura parecía decir: «Muy bien. Y ahora me gustaría oír algunos hechos, algunas pruebas». Jasmine y Jack miraron instintivamente a Tom, pero fue el padre de éste quien tomó la palabra.

Alex se puso las gafas y abrió en silencio la carpeta que tenía delante. Levantó la vista y dedicó a Jack una leve sonrisa.

—¿Eso es todo lo que quieres saber? —preguntó con tono de decepción mientras hojeaba el montón de papeles que contenía la carpeta—. ¿No te interesan las pruebas documentadas de los poderes curativos de Cristo, ni la polémica acerca de si fue crucificado o si sus supuestas «señales» no eran más que símbolos políticos? ¿No quieres saber nada del testimonio histórico de los manuscritos del mar Muerto y los textos Nag Hammadi? ¿O ver una lista de sus milagros, o considerar el hecho de que figura en el Corán tanto como en la Biblia porque incluso los musulmanes pensaban que tenía poderes? —Hizo una pausa y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Sólo quieres saber dónde debemos buscar sus reliquias?

—Para empezar, con eso bastaría —replicó Jack con aspereza. Alex se encogió de

hombros y de la carpeta sacó tres hojas con una letra impecable. Los fríos procesadores de texto no eran lo suyo. Le pasó las hojas a Jack, quien se inclinó para cogerlas. Jasmine hubo de admitir que a pesar de su reticencia, estaba intrigada. Sin pronunciar palabra, se enderezó en la silla y echó un vistazo a los documentos.

Se trataba de tres listas. Una escrita con tinta verde, una en negro y una en rojo. En cada una de ellas había cuatro columnas con los siguientes encabezamientos: «Origen; Ubicación; Antecedentes; Autenticidad». En esta última, cada entrada mostraba una, dos o tres estrellas. Jasmine las leyó por encima. Algunas palabras le llamaron la atención: «Sudario de Turín... Estatua que llora... Estigmas... Prepucio de Cristo... Santiago de Compostela... Eucaristía de Lanciano... Reliquia de Cristo».

—¿Por qué hay tres listas? —preguntó Jack. —He sido bastante abierto en mi interpretación de las posibles fuentes del material genético de Cristo. La lista roja es un simple inventario de los lugares del mundo que dicen poseer sus reliquias; iglesias, catedrales y demás que afirman tener su sangre, su prepucio, o alguna otra parte de su cuerpo.

—¿Su prepucio? —Sí. Era una reliquia muy común en la Edad Media. En un momento dado, unas cinco iglesias en la Europa medieval aseguraban tenerlo. En fin, la lista verde contiene todos los fenómenos conocidos en los que se ha visto lo que parece ser la «sangre de Cristo». Por ejemplo, la estatua que llora de la Virgen de Cittavecchia, en Cerdeña, donde Tom consiguió esa muestra falsa. Hay otros ejemplos que valdría la pena estudiar, como la oleografía sangrante de Mirebeau, en Francia, el crucifijo de Maria Horta, en Portugal...

Alex se detuvo, consciente de que estaba dejándose llevar por el entusiasmo.

—En fin, todos están en la lista. —Señaló la tercera hoja—. La que aparece en negro es una lista de los estigmas reconocidos. Gente que al parecer presenta las heridas de la crucifixión de Cristo; me refiero a heridas inexplicables en las manos, los pies y los costados. He pensado que tal vez valiese la pena analizar la sangre de sus «heridas» con el genescopio.

Jasmine observó que Jack asentía conforme iba leyendo la lista. Las notas de Alex eran minuciosas, exhaustivas, eruditas. Incluso creíbles. Jack estaba claramente enganchado, y hubo de reconocer que ella también sentía interés. Alex conocía muy bien el tema, pero lo más contagioso era la emoción que transmitía. Estaba dejando que el propio Jack aceptase poco a poco la idea.

—¿Y qué significan las estrellas de la columna de la derecha? —preguntó Jack—. ¿Tres para lo más prometedor y una para lo más improbable?

—Exactamente. —No hay muchos con tres estrellas —apuntó Jack pasando las páginas—. De hecho, casi todos sólo tienen una.

Alex se encogió de hombros. —No he dicho que fuera a ser fácil. Y dado el poco tiempo de que disponemos, yo sólo me preocuparía de los casos que tienen tres estrellas. Los demás son, sin duda, mentira. Si los he incluido en la lista ha sido para mostrar cuántos lugares afirman tener esta clase de reliquias.

—Y entre los de tres estrellas, ¿cuáles crees que son los más prometedores? Le has dado buenas probabilidades a la Eucaristía de Lanciano por contener una muestra auténtica de la sangre de Cristo, y también a la oleografía sangrante de Mirebeau.

Alex entornó los ojos detrás de las gafas y señaló a Jack un par de entradas más.

—El relicario de la Sangre Santa, en Jerusalén, tiene relativamente buena pinta. Y valdría la pena comprobar la muestra de cabello de Santiago de Compostela, en España. El prepucio circuncidado que conservaban en Calcuta era muy prometedor, pero lo robaron hace unos años. En cuanto a la mayor parte de los demás fenómenos o reliquias, yo no me molestaría en investigarlos.

Jack siguió leyendo.

—¿Y el Sudario de Turín? Creía que se trataba de algo seguro.

—Tom necesita restos biológicos, no tejidos.

Jack asintió con la cabeza.

—Ya. ¿Y los estigmas?

Alex se encogió de hombros.

—Vete tú a saber. Michelle Pickard, de París, y Roberto Zuccato, de Turín, parecían los más auténticos. Los demás son bastante dudosos. En mi opinión, de todo lo que hay en las tres listas sólo valdría la pena examinar cinco o seis fenómenos.

Jack parecía cada vez más absorto en la lista mientras interrogaba a Alex acerca de los diferentes fenómenos. Jasmine, por el contrario, se sentía cada vez más confusa. Por una parte recordaba haber leído artículos sobre algunos de aquellos temas en la revista *Time*, lo cual hizo que la idea se le antojase de pronto menos extravagante, incluso realizable. Pero por otra parte, no podía por menos de pensar que todo aquello era blasfemo. Siempre había acomodado sus creencias cristianas a su trabajo en el campo de la genética diciéndose que estaba salvando vidas, y por consiguiente el pecado de dejar que la gente muriese debía de ser mayor que cualquier responsabilidad por estar entrometiéndose en la obra de Dios. Dios, después de todo, había estimado conveniente otorgarle a la humanidad la suficiente inteligencia para que desvelase los secretos de su propia existencia. Pero aquello era distinto.

Jack, sin reparar en el desasosiego de Jasmine, se mostraba claramente más interesado en las consideraciones de orden práctico.

—Está bien, Tom. Es posible que tengas suerte y encuentres una muestra auténtica. Pero seguro que después de dos mil años no estará en condiciones para hacer nada con ella.

Tom sacudió la cabeza. —Eso no tiene por qué constituir un problema. A mediados de los noventa, los científicos analizaron el ADN de faraones egipcios de más de tres mil años, o sea, más de mil años antes. E incluso se han realizado con éxito análisis del ADN de los restos de indígenas de Suramérica de cinco mil años de antigüedad. Mientras la muestra se haya mantenido seca, no habrá ningún problema. Básicamente, si encontramos el ADN deberíamos poder utilizarlo.

Tom parecía tan seguro de sí mismo, tan convencido de que aquello era lo más apropiado para salvar a Holly, que Jasmine evitó mirarlo a los ojos, algo que no le había sucedido jamás, que ella recordase. Aun así, como científica se sintió obligada a analizar las consecuencias de la propuesta de su amigo. ¿Y si pudiesen analizar los genes del responsable de la mayor religión que el mundo ha conocido nunca, de un hacedor de milagros que muchos consideran el hijo de Dios, la encarnación de Dios? ¿Qué encontrarían en el ADN de su carne?

Notó que se le erizaba el vello de la nuca. Sí, eso era decididamente distinto de la genética normal. No se trataba sencillamente de jugar con los genes del hombre; era algo mucho más ambicioso... y peligroso. Suponía jugar con los genes de Dios.

Tom se volvió hacia ella y le dijo, con tono de preocupación:

—Has estado muy callada, Jazz. ¿Qué opinas de todo esto? Jasmine aún no estaba segura de cómo se sentía, salvo profundamente incómoda.

—No me gusta. No me parece bien —se apresuró a contestar. Sus palabras sonaron mal y poco razonables. Pero Tom se limitó a asentir con la cabeza, indicando que estaba dispuesto a escucharla—. No entiendes lo que estás diciendo —prosiguió—. En los genes de Cristo no vas a encontrar lo que buscas. No puedes diseccionar lo que hizo que fuese un ser divino y examinarlo con un microscopio. El poder de Cristo procedía de Dios. No era físico..., sino espiritual. Por el mero hecho de intentar encontrar su ADN, estás diciendo que Jesucristo no resucitó y no ascendió al cielo, sino que sólo fue un hombre normal cuyos huesos yacen en alguna parte. Eso va en contra de todo lo que me han enseñado a creer.

Tom negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo. —Piensas que estoy intentando atacar el cristianismo, pero no es así —dijo—. Necesito demasiado tu ayuda como para burlarme de algo tan importante para ti. —Se volvió hacia Jack, quien asintió con gesto pensativo—. Necesito la ayuda de todos vosotros. Sin ella no tengo la menor posibilidad.

Tom miró nuevamente a Jasmine con una sonrisa en los labios, pero sus ojos sinceros parecieron clavársele en lo más hondo. Jasmine se alegraba de que Tom no hubiese recurrido al chantaje mencionando la enfermedad de Holly. Haría cualquier cosa por ayudar a su ahijada. O casi.

Alex se aclaró la garganta y se echó hacia atrás la todavía abundante y canosa cabellera. El anciano estaba ensimismado, como si tratase de resolver un problema.

—No tiene por qué estar reñido con tus creencias, Jasmine —dijo suavemente.

Jasmine Washington toqueteaba el asa de la taza de café con aire distraído.

—¿Por qué no? Alex se levantó y comenzó a pasearse por la cocina con las manos a la espalda, tal como hacía cuando daba una de sus clases de teología.

—En primer lugar, la resurrección y la ascensión son fundamentales en tu religión. Sin ellas no hay cristianismo, ¿verdad?

Jasmine asintió. Alex señaló los papeles que había sobre la mesa y añadió:

—Pero si miras las listas, no verás ni una sola alusión a una parte física de Jesús

que ponga en duda la resurrección o la ascensión. Todas las muestras citadas pudieron proceder de su cuerpo antes de que muriese: cabellos, sangre, e incluso el famoso prepucio circunciso. De hecho, no encontré ningún documento ni reclamación de reliquias que negasen este dogma primordial del Cristianismo. Incluso los osarios hallados en Jerusalén en 1996, que presuntamente contenían los huesos de Cristo, estaban vacíos. De modo que aunque quisiéramos poner en peligro tu fe, no encontraríamos nada para hacerlo.

Jasmine se encogió de hombros con gesto evasivo y esperó a que Alex continuase.

—También crees que Cristo es la encarnación de Dios, ¿verdad? El hijo de Dios en carne y hueso...

—Sí. —Pero en tu religión no hay nada que explique de qué modo Dios le pasó sus poderes a su hijo, ¿no es cierto?

—No, la verdad es que no —respondió Jasmine con cautela. —Así que Dios pudo haberle transmitido su fuerza espiritualmente, o bien, y esto es lo que no sabemos, tal vez Cristo fuese literalmente la encarnación de Dios. De tal forma que, además de comunicarse con su padre a través de sus oraciones, es posible que sus genes recibieran algo que le otorgase sus poderes..., un toque de divinidad por así decirlo. —El anciano hizo una pausa y la miró mientras toqueteaba con la mano derecha la cadena del reloj de bolsillo que llevaba en el chaleco—. ¿Te parece posible, Jazz?

—Es posible, pero... —Pero ¿no te gustaría averiguarlo? Como siempre, Alex la hizo reflexionar. Jasmine, la científica, desafiaba a la cristiana planteando la gran pregunta: ¿y si fuese posible encontrar genes divinos en el ADN de Jesús?

Alex volvió a sentarse y se retrepó en la silla, relajado. —Puede que tengas razón y Jesús recibiera su poder a través de medios puramente espirituales. Pero si resulta que su divinidad, como tú la llamas, se encuentra en sus genes, aun así no habrás comprometido tus creencias. En cualquier caso, tu fe se encuentra a salvo. —Se inclinó hacia delante y agregó, con un brillo de entusiasmo juvenil en los ojos—: Pero imagínate por un instante que lográsemos aislar aquello que lo hizo especial y utilizarlo para ayudar a la humanidad. No sólo a Holly sino a todo el mundo. ¿Cómo podría tu Dios estar en contra de algo semejante? ¿No es precisamente la razón por la que colocó a su hijo en el mundo? ¿Quién sabe? Tal vez fuese incluso lo que pretendía.

Jasmine miró de nuevo a Tom, un hombre que no compartía su fe pero que creía en sus valores; un hombre más «cristiano» incluso que la mayoría de los que había conocido en su vida. Y entonces pensó en su ahijada, una niña lista y valiente por la que merecía la pena correr cualquier riesgo.

Cuando Tom fijó en ella sus ojos azules, Jasmine supo que sólo le quedaba una opción.

—Pienso que estás equivocado —dijo—, y no creo que encuentres lo que buscas. —Contempló a todos los que se habían reunido alrededor de la mesa: Jack, Alex y

Carter. Eran sus amigos, casi su familia. Se encogió de hombros y añadió—: Antes de tomar una decisión definitiva debo consultarlo con la almohada, pero si todos os comprometéis, por el momento también podéis contar conmigo.

Procuró devolver las sonrisas de los demás, pero en el fondo de su ser era incapaz de acallar una pequeña voz discrepante que se negaba a guardar silencio.

Tom Carter se sintió agradecido y aliviado. El mero hecho de compartir aquella idea tan descabellada con las personas en quienes más confiaba suponía una verdadera liberación. No había cesado de darle vueltas en los últimos días, y su estado de ánimo había estado fluctuando entre una gran seguridad de que la idea funcionaría y el horror de concebirla siquiera. Como de costumbre, su padre le había prestado su apoyo no sólo investigando sobre el tema, sino desempeñando el papel de Olivia, esto es, haciéndole preguntas y ayudándolo a ordenar sus confusos pensamientos. Al final lo habían reducido todo a tres «sí» y un «entonces»: si lograban encontrar una muestra del ADN de Cristo, y si conseguían hallar en él unos genes excepcionales con propiedades curativas, y si acababan por explotar esos genes o sus proteínas codificadas, entonces tal vez pudiesen curar a Holly y quién sabe a quién más.

Parecía de lo más sencillo. No obstante, había sido de vital importancia poner a los demás de su parte. Jack, como siempre, se había mostrado más preocupado por las cuestiones prácticas, pero Tom había errado por completo respecto a Jasmine. Había cometido el disparate de pensar que, al ser cristiana, aplaudiría su deseo de recurrir a Jesús en busca de salvación. Sin embargo, nada más ver la expresión de su rostro, se había dado cuenta de lo equivocado que estaba. Por fortuna, Alex había sido capaz de demostrarle que el plan no tenía por qué socavar sus creencias.

—Muy bien —dijo Tom—, como ya ha señalado Jack, la primera tarea será encontrar el ADN, porque de lo contrario la idea se quedará en eso: en una simple idea. Intentaré recoger muestras de sangre de los que padecen estigmas. —Se volvió hacia Jasmine—. Jazz, ¿podrías aislar uno de los genescopios de última generación e introducirle el *software* más reciente? También deberá ser calibrado para manipular ADN antiguo y posiblemente dañado. Además, tendrás que comprobar si en los archivos de IGOR hay algún caso actual de curación por fe. Si lo hay, mira si los pacientes poseen genes inusuales. Es bastante improbable, pero vale la pena intentarlo.

—Está bien. Pero ¿por qué quieres aislar uno de los genescopios?

—Quiero que esto se mantenga en secreto incluso dentro de la compañía y utilizar únicamente personal de confianza siempre y cuando lo necesitemos. Así que deberemos acordonar parte de la Sala Mendel. El genescopio que prepares deberá permanecer en la zona acordonada.

—¿Cuánto espacio necesitarás? —preguntó Jack, con el entrecejo fruncido.

—No mucho. Una quinta parte del segundo piso. Podríamos utilizar la sección

posterior, el laboratorio Crick y la sala de reuniones. Con eso debería de ser suficiente.

—¿Y eso no desbaratará los demás proyectos? —En principio deberíamos poder con todo. Y creo sinceramente que deberíamos mantener cierta discreción. Sobre todo, no quiero que se entere de esto ninguno de nuestros colegas del Instituto Nacional de la Salud. No tenemos tiempo de obtener el visto bueno ético. —Jack volvió a fruncir el entrecejo.

—Supongo que tienes razón. Dios mío, si Jazz se siente incómoda con este proyecto, imagínate cómo se sentirían ellos. Además, tampoco creo que nuestros accionistas lo entendiesen. Necesitaremos una tapadera.

Tom ya había pensado en ello. —Podríamos encubrirlo como algo relacionado con ese proyecto de genes de la maldad. ¿Sabéis a cuál me refiero? Esa idea absurda con la que el presidente ha estado intentando que lo ayudemos.

—¿Te refieres al Proyecto de Genes Criminales? —preguntó Jasmine—. ¿Ése que hemos estado evitando a toda costa?

—Sí, a ése. Si la gente empieza a curiosear, podríamos decir que hemos cambiado de idea y ahora creemos que podría haber genes que expliquen el buen comportamiento y el comportamiento criminal. Y que estamos metidos en un estudio de viabilidad para tratar de responder a esa cuestión. —Tom hizo una pausa y luego subrayó—: Pero esto es una tapadera que sólo utilizaremos si es necesario, lo cual no tiene por qué suceder.

—De acuerdo —dijo Jack—. Me encargaré de que acordonen la zona. Y necesitarás códigos de cuentas para la financiación del proyecto. ¿Qué más quieres que haga?

Tom vaciló. Aquello iba a ser lo más difícil. —Necesito tu consejo acerca de las cuatro o cinco muestras que necesitamos de la lista de Alex. —Cogió los papeles del otro lado de la mesa y los examinó rápidamente en busca de los casos más apropiados—. La Eucaristía de Lanciano, los restos de Santiago de Compostela, la oleografía sangrante de Mirebeau y el relicario de la Sangre Santa en Jerusalén.

—¿Qué clase de consejo? —Cómo conseguir las muestras, por ejemplo. Jack pareció comprender de inmediato. —¿De modo que no tienes pensado pedir permiso? —No contamos con tiempo, y si lo pidiésemos tampoco es seguro que nos lo dieran. Sólo necesitamos una cantidad ínfima. Nadie echará en falta lo que nos llevemos.

—Imagino que quieres que te recomiende a alguien que nos ayude a liberar esas reliquias...

—Así es. Una sonrisa maliciosa se dibujó de repente en el rostro de Jack. Tal como Tom esperaba, al exagente del FBI le encantaba la idea de utilizar a sus viejos contactos.

—¿Para cuándo lo quieres todo? —Lo antes posible. Ahora estamos a mediados de febrero, así que a finales de marzo como mucho. —Tom los miró—. ¿De acuerdo? —Cuando asintieron uno tras otro imaginó cómo se habría sentido el rey Arturo ante

los caballeros de la Mesa Redonda listos para emprender la búsqueda del Santo Grial.

Jack tendió el brazo y cogió la carpeta de papel manila que había delante de Alex, el Merlín de Tom.

—¿El Proyecto Caná? —dijo leyendo el título—. ¿Así es cómo debemos llamarlo entre nosotros?

Tom miró a su padre. —Ha sido idea de Alex. No veo por qué no. Jack asintió con la cabeza y devolvió la carpeta a su sitio. —Está bien. Pero ¿por qué Caná, Alex? —Creo que puedo adivinarlo —intervino Jasmine antes de que el anciano pudiese responder—. En la boda de Caná fue donde el agua se convirtió en vino.

Jack se encogió de hombros. —Eso ya lo sé. ¿Y qué? —Fue el primer milagro de Cristo —explicó Jasmine—. El primero de una larga lista.

Segunda Parte

EL PROYECTO CANÁ

PARÍS
TRES SEMANAS MÁS TARDE

MARIA BENARIAC bebió un sorbo de café en el bar parisiense lleno de humo de cigarrillo de la Rue Castiglione. Miró la hora en el reloj de pared situado sobre la barra, donde el obeso *patrón* probaba suerte con una rubia entrada en años. Eran casi las dos de la tarde. Maria llevaba casi tres horas observando a través de la lluvia la clínica al otro lado de la calle, pero aún no había llegado nadie que pudiese explicarle por qué el doctor Carter había alquilado el pequeño consultorio. Desde su viaje a Cerdeña tres semanas antes, Maria había estado vigilándolo de cerca, a pesar de la advertencia que le había hecho el hermano Bernard. Era para volverse loca. La última vez que se puso en contacto con el adalid del Segundo Imperativo para averiguar qué planes tenía respecto al científico, aquél le dijo claramente que se mantuviese apartada de él. Y cuando le preguntó por qué habían arrinconado el caso del doctor Carter, replicó que no se obsesionara con aquel hombre.

¿Obsesionarse? No estaba obsesionada, sólo preocupada. Y menos mal que lo estaba, ya que al hermano Bernard no parecía importarle en absoluto. El papel de Maria en la organización era el de llevar a cabo los Ajusticiamientos; la habían adiestrado para eso. Por lo tanto, si el científico había sido considerado un candidato de primer orden a eliminar en Estocolmo, ¿por qué ya no lo era? ¿Qué había cambiado?

¿Quién era el hermano Bernard para decirle de quién debía mantenerse apartada? El mero recuerdo del tono autoritario con que le dijo que sólo era «una trabajadora» suponía una provocación más que suficiente. Era como si no fuese un miembro de la Hermandad, sino una empleada a sueldo a las órdenes de sus superiores. Respiró hondo y se recordó que en cuanto se confirmasen sus sospechas sobre el doctor Carter, el Padre y el hermano Bernard se verían obligados a escucharla.

Le había resultado fácil seguirle la pista a Carter. Su discreta protección policial se limitaba a un coche patrulla que vigilaba su casa de vez en cuando y lo escoltaba de camino al trabajo y de regreso a casa. Pero fuera de Estados Unidos, Carter viajaba solo, con la excepción de Jack Nichols, quien había permanecido a su lado parte del tiempo. Maria ya había seguido al doctor Carter a Turín, Fráncfort y, ahora, París.

—*Encoré du café?* —El obeso *patrón* apareció de pronto junto a ella con una jarra de café. Maria levantó la vista y lo pescó mirándola de forma lasciva. La lujuria que destilaban sus ojos diminutos le recordaron a Sly Fontana y le trajeron a la memoria recuerdos más antiguos acompañados de un terror húmedo y frío. Lamentó de inmediato no haber ido disfrazada de hombre y le dirigió una mirada glacial al

contestar: —*Non, merci*. El *patrón* debió de sentirse impresionado, pues apartó la vista de ella, sacudió la cabeza con gesto tímido, casi nervioso, y se marchó.

Un gran coche negro se detuvo al otro lado de la calle. El conductor se apeó y abrió una de las portezuelas traseras. Al principio Maria, todavía alterada por los recuerdos que el camarero había removido en su interior, no reparó en él. Pero entonces advirtió que se abría la puerta de la clínica y la alta figura del doctor Carter aparecía bajo la lluvia. Sostenía un paraguas y un sobre. Maria recordó que el científico también llevaba un sobre en la mano cuando se encontró con el hombre de la clínica de Turín, y que éste había abandonado el lugar sujetando el mismo sobre. ¿Sería una forma de pago? Y en ese caso, ¿para qué?

Maria se arrimó a la ventana. Vio al doctor Carter acercarse al coche e inclinarse hacia delante con el paraguas como si se ofreciera a resguardar de la lluvia al pasajero. Cuando Carter volvió a erguirse y se apartó del automóvil, Maria vio a una anciana de baja estatura apoyarse en su brazo. A continuación, Carter se volvió y echó a andar hacia la puerta de la clínica, con la mujer cojeando a su lado, como si sintiese un profundo dolor en los pies. Maria sintió una opresión en el pecho al ver confirmadas sus sospechas. Alzó su minúscula cámara Olympus y examinó las manos de la mujer a través del zoom.

Clic. Clic. Clic. Sacó tres fotografías, sin hacer apenas ruido gracias al dispositivo automático.

«Sí», pensó. Al igual que el hombre de Turín, las manos de la anciana estaban cubiertas de gruesos vendajes.

Tom ofreció un café a la mujer encorvada antes de hacerla pasar al pequeño consultorio privado que le había alquilado a un médico amigo de Jean Luc. Era increíblemente parecido, aunque algo más elegante, a las habitaciones blancas que había alquilado en todas las demás ciudades europeas que había visitado en las últimas tres semanas. Un lavabo, un diván de cuero, una silla, un botiquín y una mesa blanca de acero constituían el único mobiliario. Ésa en particular contaba también con un minilaboratorio al fondo.

En lo más profundo de su corazón, Tom era consciente de que lo que estaba haciendo rebasaba los límites de la ciencia. Detrás de Caná sólo había una ínfima base científica, una hipótesis de lo más disparatada. Pero necesitaba un milagro y, como Jasmine había comentado acerca de Lourdes, había que ir donde estaba la acción.

Hizo sentar a Michelle Pickard en el canapé de cuero marrón y, mientras le quitaba las vendas de las manos, le preguntó en un francés vacilante:

—¿Cuánto tiempo hace que tiene estas heridas? —Siete años. Aparecieron cuando tenía sesenta y cinco años, al morir mi marido.

—¿Las tiene todo el tiempo? —No, sólo de viernes a domingo. Se curan el lunes.

Y de martes al viernes por la tarde desaparecen.

Tom hizo un gesto de afirmación con la cabeza. Era el caso típico de algunos de los otros estigmas que había visto, aunque ello no le resultaba especialmente alentador ni desmoralizador. Era plenamente consciente de estar navegando por mares desconocidos, y estaba resuelto a combatir su escepticismo natural y limitarse a examinar los hechos. Retiró con cuidado la última capa de vendaje. Las marcas eran visibles en la palma y en el dorso de las manos. Como de costumbre, la sangre estaba fresca y no había indicio de infección o inflamación. Pero las heridas eran más grandes y profundas que las que había visto hasta el momento.

A continuación le desvendó los pies, cuyas heridas se hallaban en un estado similar: abiertas y relucientes de sangre fresca. Y lo mismo sucedía con la herida del costado. Tom no pudo evitar estremecerse al examinar las lesiones.

—¿Le duelen mucho? Los ojos pequeños y sonrientes de la anciana lo observaban detenidamente.

—Está bien así. El dolor es mi consuelo. No había forma de responder a aquello. Tom empapó una torunda en cada una de las cinco heridas y las introdujo en distintos tubos de cristal herméticos y etiquetados. Luego tomó una muestra de sangre de la vena del brazo y la metió en un sexto tubo. Después de hacer unas últimas preguntas a la anciana, volvió a vendarle las heridas. Una vez que hubo terminado, le dio las gracias, se aseguró de que se llevara el sobre que contenía el pago y la acompañó hasta el coche.

Michelle Pickard parecía decepcionada de que todo hubiese sido tan rápido, como si quisiera contarle más cosas acerca de su estigma. Pero Tom estaba cansado y ya había escuchado suficientes historias. Por el momento sólo quería las muestras, que ya eran elocuentes de por sí.

Hasta ahora ninguno de los estigmas que había examinado le había revelado nada de interés. Dos eran claramente imposturas, motivadas por un deseo morboso de mutilarse a fin de llamar la atención y obtener alguna ganancia. En cuanto a los demás, su sangre, incluida la de Roberto Zuccato, en Turín, sencillamente no presentaba el menor interés genético. El caso de Michelle Pickard parecía el más auténtico de todos, pero lo importante eran las muestras. No mentían.

Tras despedir a la anciana, regresó al pequeño laboratorio que había detrás del consultorio y guardó las muestras en una bolsa, impaciente por marcharse. Hacía más de una semana que no veía a Holly y no lo haría hasta después de encontrarse con Jack en Italia al día siguiente. Aunque la niña había quedado al cuidado de su abuelo y estaba acostumbrada a las ausencias de su padre, Tom la echaba de menos. «¿Qué diablos estoy haciendo aquí?», se preguntó una vez más. Y como siempre, sólo había una respuesta posible: darle a Holly una oportunidad.

Miró dentro de la bolsa y examinó las muestras de estigmas que había recogido en las últimas semanas. Casi todos los compartimientos estaban llenos, de manera que decidió hacer un análisis preliminar de las seis muestras de sangre de Michelle

Pickard. Después se llevaría a Italia, y luego a Boston, únicamente las que le resultasen mínimamente interesantes.

Sirviéndose del microscopio del pequeño laboratorio, examinó primero la sangre de la mano izquierda y, a continuación, la de la vena del brazo, la única que no provenía de las heridas. Lo primero que pensó al mirar la segunda platina fue que había cometido un error. Comprobó nuevamente los tubos para asegurarse de que no se había equivocado de sangre. No lo había hecho.

Arrugó la frente y sintió un estremecimiento de emoción. —Qué extraño —se oyó decir—. Muy, muy extraño.

COSTA ADRIÁTICA DE ITALIA

Al día siguiente, por la noche, Tom Carter se hallaba de pie en la cubierta de un barco pesquero de doce metros de eslora cerca de la costa adriática de Italia, sin haber resuelto aún el misterio de las heridas de Michelle Pickard. Había estado comentándolo con Jack dos horas antes, cuando embarcaron en Pescara. «Tiene que ser un fraude», había sido la primera reacción del exagente del FBI antes de llamar a algunos «amigos» para que investigaran el historial de la anciana.

El barco dio un bandazo, y Tom sintió que se le revolvía el estómago. De pronto el enigma de Michelle Pickard le pareció carente de importancia. Dobló las piernas al tiempo que soltaba un gemido, intentando seguir el movimiento del oleaje mientras la tripulación trataba de fondear el enorme pesquero lo más cerca posible de la orilla. A pesar de que el viaje desde Pescara había sido relativamente corto, Tom no era un buen viajero, sobre todo por mar.

Se encontraba al lado de Jack Nichols, quien, para fastidio de Tom, parecía totalmente indiferente a los movimientos del barco. La noche era despejada y la temperatura sorprendentemente suave para principios de marzo. Tom divisó la playa, una pálida franja plateada que resplandecía a la luz de la luna. Mientras escudriñaba la orilla en busca de los dos hombres, el sonido y el movimiento de las olas hicieron que se le contrajera el estómago vacío.

Notó una mano sobre el hombro y oyó a Jack preguntarle con tono de burla:

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálido. —Estoy fatal —gruñó Tom. Sin embargo, por lo menos su estado le impedía pensar en lo nervioso que se sentía.

Los dos hombres con los que Jack se había citado aún no habían llegado. Se trataba de viejos contactos, conocidos sencillamente como el Holandés y el Irlandés, a quienes Jack había encargado que visitasen los lugares seleccionados de la lista de Alex y se hicieran con los objetos necesarios. A pesar de que Tom había proporcionado a esos ladrones profesionales el material adecuado y les había dado instrucciones acerca de cómo conservar las muestras, todo se había mantenido en secreto, para evitar que pudiera relacionárseles con Genius. Pero como aquella era la última noche (para entonces los dos hombres ya habrían visitado la iglesia de

Lanciano), había decidido reunirse con Jack a fin de recoger todas las muestras obtenidas por los ladrones en las últimas semanas. Aunque sabía que ello suponía un riesgo, lo había estimado necesario para asegurarse de que las muestras llegasen a su destino en buen estado. Si bien era cierto que en un principio la idea le había parecido muy emocionante, ahora, a pesar de que Jack disfrutaba claramente de haber vuelto a las andadas, Tom habría preferido regresar a casa directamente para estar con Holly.

—Otra vez no —murmuró al notar una nueva sensación de náuseas. Se inclinó hacia un costado reprimiendo las ganas de vomitar y aspiró profundamente el fresco aire salado.

Jack le pasó unos prismáticos infrarrojos. —Echa un vistazo con esto. Así te distraerás un poco. Tom dejó escapar otro gemido y escudriñó la playa con los anteojos. A través de las lentes, el paisaje parecía iluminado por una luz verde. Todo se veía más claro y distinguió una pequeña lancha en la arena, pero no había ni rastro del Irlandés ni del Holandés.

¡Un momento! ¿Qué era aquello? Hubiese jurado que había visto el reflejo de la luz de la luna sobre un objeto metálico o de cristal en el extremo derecho de la playa, junto al acantilado. Sintió un escalofrío. ¿Habría alguien espíándolos?

Entonces vio dos siluetas correr desde el lado izquierdo de la playa hacia la barca. Le dio una palmadita a Jack en el brazo y anunció:

—Ya están aquí. El más alto, el Holandés, arrojó una bolsa al interior de la lancha y ayudó al Irlandés a arrastrar ésta hasta el mar. A continuación subieron a ella de un salto y comenzaron a remar en dirección al barco pesquero. Tom volvió a escrutar el lado derecho de la playa, junto a las rocas. Nada. Habría sido fruto de su imaginación lo que creía haber visto a través de la misteriosa luz verde.

Los dos hombres llegaron en cuestión de segundos, y Jack y Tom los ayudaron a subir a bordo.

—¿Algún problema? —preguntó Jack. El Holandés sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos.

—No, todo estaba tan tranquilo como en una iglesia. El Irlandés hurgó en la enorme bolsa que había en el suelo, junto a su compañero, y sacó una caja de aluminio y una lista muy manoseada.

—Como verán, todo está aquí. Etiquetado y ordenado como querían.

Tom echó un vistazo a la lista. Cada una de las cinco entradas había sido tachada. Luego abrió ligeramente la caja refrigerada y comprobó que los cinco compartimientos contenían una ampolla etiquetada. Cerró la caja, se la apretó contra el pecho y dijo: —Muy bien. Las habéis conseguido todas. El Holandés asintió con la cabeza. —Sí. Tuvimos algunas dificultades con la muestra de Santiago, en España. Algún listillo había metido la sangre en un recipiente ideado para que el contenido se destruyese si se abría por la fuerza.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jack. —No se preocupe. El Irlandés encontró la forma de solucionarlo.

—¿Y la muestra de Lanciano de esta noche? —inquirió Tom. Era la que más le interesaba. Hacía más de diez años unos científicos de Oxford habían sometido la sangre de la Eucaristía de Lanciano a la prueba del carbono 14, con resultados sumamente prometedores.

—Como le he dicho, ha sido muy fácil. No había ningún sistema de seguridad. Y no se preocupe, en ninguno de los casos echarán nada en falta.

Jack sacó un sobre del bolsillo de su abrigo y se lo entregó al Holandés.

—Yenes sin marcar. —Gracias, señor Nichols. Como en los viejos tiempos. Ha sido un placer trabajar para usted.

Carter observó al Holandés coger el dinero y meterlo en la bolsa sin contarlo.

—Os dejaremos en Pescara, tal como acordamos —les dijo Jack—. Allí nos separaremos.

Cuando los dos hombres hubieron bajado a la bodega, Tom volvió a abrir la caja de aluminio y examinó las cinco ampollas dispuestas cuidadosamente una al lado de la otra. Cada una de ellas tenía una etiqueta con una fecha y una dirección. En la última, una inscripción rezaba: «Eucaristía de Lanciano, Italia, 6 de marzo de 2003». Tom la sacó y la sostuvo en alto, para observarla a la luz de la luna. El polvo rojizo que había en su interior resplandecía como rubíes molidos.

—¿Es ésta? —preguntó Jack mientras la tripulación levaba anclas.

Tom sintió un estremecimiento que nada tenía que ver con la fría brisa nocturna que soplaba en el Adriático y, cuando el barco puso proa rumbo a Pescara, advirtió que se le había pasado el mareo.

Se volvió hacia Jack y susurró:

—Según las pruebas realizadas en Oxford, esta sangre tiene dos mil años y es de un ser humano de sexo masculino. —Hizo una pausa y, con una sonrisa, añadió—: Sin duda reduce las probabilidades, ¿no crees?

Clic... Clic...

Maria Benariac se hallaba de pie junto a las rocas en la playa en penumbra, sosteniendo en la mano una cámara de visión nocturna mientras contemplaba el barco alejarse de la orilla. Estaba aterida de frío, pero su interior ardía con una mezcla de ira y de deseo de recta venganza.

De modo que era cierto. Ya no cabía la menor duda. No sólo había visto al doctor Carter estudiar los estigmas, sino que había presenciado cómo los dos ladrones se llevaban la muestra de la iglesia de Lanciano. Y por si fuera poco, había visto a Jack Nichols pagar por la propiedad robada y a Carter examinarla abiertamente a la luz de la luna.

Era increíble. El doctor Carter no sólo estaba haciendo caso omiso de su amenaza de muerte, sino que estaba provocándola al llevar su blasfemia a un territorio aún más oscuro. Aquel demonio incluso estaba dispuesto a sacrificar las reliquias sagradas de Cristo en su altar negro de la genética. Si antes pensaba que el doctor Carter era una

amenaza, ahora sabía que era mucho más que eso. ¿Por qué iba un mortal a buscar los genes de Dios sino para convertirse él mismo en Dios?

ESCUELA PRIMARIA DE SOUTH BOSTON LA MAÑANA SIGUIENTE

La primera neuroglia se negó a obedecer sus instrucciones genéticas a las 11.09 del viernes 7 de marzo de 2003.

En ese momento, Holly estaba sentada entre sus mejores amigas, Jennifer y Megan, en la segunda fila de la clase de francés en la escuela primaria de South Boston.

Cuando levantó la mano con entusiasmo para responder a la pregunta de la señora Brennan, «*Comment allez-vous?*», era una niña sana, a pocas semanas de su cumpleaños. Pero unos segundos más tarde, cuando hubo contestado «*Je vais bien, madame Brennan*» y bajado el brazo, tenía cáncer y se hallaba a sólo unos meses del día de su muerte.

En aquella décima de segundo, la neuroglia de su cerebro se había sublevado, y con ello había comenzado la primera mutación de evolución clónica que conduciría inexorablemente al cáncer. Con la misma facilidad con que se le da a un interruptor, aquella niña sana se había convertido en una enferma terminal.

Cada célula del cuerpo humano está estrictamente controlada. Las instrucciones de su ADN mantienen a raya su muerte, su renovación y la proliferación. En la décima de segundo en que el gen p53 se perdió en la neuroglia afectada de Holly, ese riguroso control se desmoronó y la célula comenzó a dividirse, produciendo más células con ADN corrompido.

Hay cuatro etapas de evolución clónica, y en esa primera fase, la célula afectada de Holly había empezado a obedecer nuevas instrucciones defectuosas. Estas desconectan los frenos del núcleo de la célula de manera que la misma sigue dividiéndose y proliferando indefinidamente. Si bien la célula parece normal, al proliferar en exceso clona su propio ADN descarriado y crea otras células rebeldes que a su vez invaden a sus vecinas genéticamente obedientes. Y como los anticuerpos no reconocen a las células rebeldes como extrañas, éstas acaban multiplicándose libremente.

La segunda mutación se produce cuando las células rebeldes aún normales empiezan a proliferar a ritmo acelerado, ejerciendo presión sobre la zona circundante..., y a su vez en el cráneo de Holly.

En la tercera mutación de evolución clónica, las células proliferan aún más deprisa y algunas experimentan un cambio estructural. Cuando esto sucediese, todo un grupo de genes clave en el cromosoma 9 de Holly habría sido aniquilado.

En la cuarta mutación, de carácter mortal, las células se vuelven malignas,

cancerígenas. Para entonces se ha perdido una copia entera del cromosoma 10, así como todas las instrucciones genéticas que contiene. Ahora las células sólo obedecen sus propias instrucciones egoístas: sobrevivir y multiplicarse, ignorando el hecho de que ello matará a su huésped, en este caso, Holly.

La gran ironía es que el cáncer radica en el intento de una célula de volverse inmortal. Esta búsqueda egoísta de la inmortalidad es lo que mata al resto del cuerpo. Y por supuesto, cuando éste muere, las células cancerígenas también lo hacen con él.

No obstante, cuando Holly se encontraba en clase con sus amigas, no sabía nada de todo esto. No era en absoluto consciente de que había un traidor en su interior, rebelándose contra ella. Podían pasar semanas, o incluso meses, antes de que sintiera alguna molestia. Su padre sería el primero en enterarse de su enfermedad cuando Holly fuese sometida al siguiente escáner CAT o PET. Entonces aparecerían los primeros indicios del desarrollo de la enfermedad. Naturalmente, Holly no entendería nada. Y cuando su padre se mostrase más preocupado que de costumbre en su posterior visita al hospital, pensaría que, sencillamente, estaba de mal humor. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza lo que él ya sabría con seguridad: que lo que había vaticinado el genescopio tres meses antes se había cumplido por fin, que el enemigo latente en el interior de su cuerpo no sólo había despertado, sino que ya había iniciado la búsqueda infructuosa y letal de la inmortalidad.

**GINEBRA
TRES DÍAS MÁS TARDE**

HABÍAN transcurrido tres días desde que Maria Benariac espicara al doctor Carter y a Jack Nichols cerca de la costa italiana. Se hallaba sentada en el suntuoso vestíbulo del hotel La Cicogne contemplando la madera reluciente y el elegante mármol mientras esperaba a que la llamasen. Ya había estado en ese discreto hotel de Ginebra en otras ocasiones, siempre para reunirse con el Padre. Sabía que a Ezequiel de la Croix le gustaba el lugar porque se recibía a los huéspedes con suma cortesía y moderado buen gusto, sin ninguna clase de preguntas. Ezequiel tenía reservada una suite que utilizaba regularmente cuando iba a la ciudad a comprobar el estado de las cuentas bancarias de la Hermandad. Maria le echó un vistazo al ornado reloj situado junto al mostrador de la recepción. Llevaba casi veinte minutos esperando. Si bien el Padre solía ser puntual, Maria imaginó que estaría demorándose a causa de las muchas decisiones que debía tomar ese día. Seguramente las fotos y las notas que había enviado al hermano Bernard les habrían dado mucho que pensar. Cruzó las piernas, se alisó la falda azul marino y bebió un sorbo de agua mineral. No tenía ninguna prisa.

El sonido de unos pasos sobre el mármol le hizo volver la cabeza en dirección a los ascensores. Cogió su pequeño maletín y se puso de pie al ver acercarse la obesa figura del hermano Bernard. Iba vestido con un sobrio traje oscuro. Su barba de chivo parecía más enmarañada que de costumbre, pero sus gruesos labios estaban fruncidos con el habitual rictus de desprecio.

Prescindiendo de todo saludo, Bernard la llamó con un brusco «¡Ven!» y se volvió hacia los ascensores. No cambiaron una sola palabra mientras ascendían a la tercera planta, ni durante el corto paseo por el largo pasillo con artesonado de madera hasta la suite 310. Maria estaba tentada de preguntarle qué opinaba de las fotografías o qué pensaba que podría estar haciendo el doctor Carter. Pero permaneció callada. Y en cuanto a los elogios que pudiese recibir por haber descubierto el plan del científico, hacía tiempo que había dejado de esperar, o incluso de desear, nada de Bernard. Para ella sólo tenía valor el visto bueno del Padre. Entraron en la suite. A su derecha, Maria vio un enorme cuarto de baño de mármol y a la izquierda un lujoso dormitorio. Enfrente había un salón suavemente iluminado, con un gran diván de color crema y dos sillones a juego. En un extremo del diván estaba sentado un hombre. Maria echó una rápida ojeada al resto de la habitación, exquisitamente amueblada, y al corroborar que no había nadie más, no hizo el menor esfuerzo por ocultar su decepción.

—¿Dónde está el Padre? —preguntó. El hombre alto se levantó. Era delgado y

llevaba unas gafas redondas de montura metálica. A pesar de su calva, parecía bastante más joven que Bernard. Maria había visto al hermano Helix Kirkham en dos ocasiones, hacía algunos años, y no comprendía qué estaba haciendo allí. Era el adalid del Primer Imperativo, y el asunto que ella se traía entre manos era competencia del Segundo Imperativo.

—Operaría Némesis —dijo el hermano Helix con una sonrisa—, el Padre Ezequiel no podrá asistir a esta reunión, pero nos ha pedido que expresemos su agradecimiento por tus averiguaciones. —Le tendió la mano derecha—. Dios lo salve.

Maria completó el saludo ritual y miró la mesita de cristal situada delante de Helix, donde se encontraban sus notas y fotografías.

—¿Acaso lo que he averiguado no es lo bastante importante? —Al contrario —respondió Helix sin dejar de sonreír—. Ha sido tan importante que el Padre se ha demorado ultimando ciertos planes relacionados con el tema. —Señaló una de las butacas y Maria tomó asiento de mala gana.

El hermano Bernard se sentó en el diván, al lado de Helix, y le preguntó:

—¿Has traído las fotografías originales y los negativos, como te pedimos?

Maria abrió su maletín, sacó el archivador de plástico que contenía todas las «pruebas» que había recogido y se lo entregó.

—Esto debería ser suficiente para convencerlos de que hay que pararle los pies al científico lo antes posible. Estoy lista para actuar en cuanto me necesiten.

Observó a Bernard y Helix estudiar las notas y las distintas fotografías. En más de una ocasión, sorprendió a los dos cambiando una mirada y asintiendo discretamente con la cabeza. Por fin, Helix alzó la vista e inquirió: —¿Qué crees que está haciendo el doctor Carter? —Está intentando manipular el ADN de Dios. —¿Cuáles son sus motivos? —preguntó Helix como si ya supiera la respuesta.

Maria se encogió de hombros. Había estado reflexionando acerca de ello y había consultado algunos libros a fin de adivinar los propósitos de Carter. Incluso se había sentado detrás de él y de Jack Nichols en el vuelo desde Italia para averiguar cuáles eran sus planes. Pero lo único que había acertado a oír era el nombre «Proyecto Caná».

—No sé exactamente cuáles son sus motivos. Tal vez quiera desacreditar la religión demostrando que Jesús no era más que un mortal. O quizá pretenda utilizar de algún modo los poderes de Cristo. —Hizo una pausa y se santiguó—. Tal vez esté intentando clonar a Jesús.

Helix sacudió la cabeza. —No, eso es imposible. Ni siquiera el doctor Carter sería capaz de hacerlo. Aún faltan décadas hasta que se pueda clonar a un ser humano.

Maria esperó a oír la opinión de Helix. Todos sabían que el relativamente joven adalid del Primer Imperativo estaba al corriente de los últimos avances tecnológicos. Pero él no hizo ningún comentario.

—¿Y usted por qué cree que está haciéndolo? —le preguntó Maria por fin.

Helix desvió la mirada hacia la mesita con gesto evasivo. —No estoy seguro. Es probable que tenga algo que ver con aislar los genes de Cristo. Seguramente cree que si consigue encontrar y explotar estos genes podría crear un fármaco milagroso, una panacea universal para todas las enfermedades. Sería un negocio muy lucrativo y se haría muy rico, más que ahora incluso. Y, lo que es más importante, se volvería sumamente poderoso. —Helix suspiró—. Pero eso ya no tiene por qué preocuparte.

—¿Cómo que ya no tiene por qué preocuparme? —exclamó Maria, horrorizada—. ¿Qué quiere decir?

El hermano Bernard se inclinó hacia delante. —Némesis, déjame explicarte lo que queremos que hagas con el doctor Carter; lo que yo quiero que hagas con él. ¿Me estás escuchando?

—Sí, claro —respondió ella, y reparó en el sobre de papel manila que sostenía en las manos.

—Bien. Es muy sencillo. No quiero que hagas nada. Déjalo en paz hasta que te ordene lo contrario. Ahora tienes otras prioridades, otros Ajusticiamientos que requieren tu pericia. Están aquí, en este sobre.

Maria sintió frío, y luego calor. —Es debido a Estocolmo, ¿verdad? Bernard negó con la cabeza. —No, esto no tiene nada que ver con Estocolmo. Sencillamente tenemos otros planes para el doctor Carter.

—¿Qué planes? ¿Van a utilizar a Gomorra? Él no tiene imaginación. Jamás habría descubierto lo que está haciendo ese científico. Yo debería tener el...

—¡Némesis! —la atajó Bernard alzando la voz—. El Ajusticiamiento del doctor Carter queda aplazado por el momento. Te he dado unas órdenes. Obedécelas.

Maria no podía creerlo. —¿Aplazado? ¿Por qué? Necesito hablar con el Padre. Él... Esta vez fue Helix quien la interrumpió. —Ya está decidido, Némesis —dijo con tono firme, pero intentando mostrarse razonable—. El Padre Ezequiel sancionó la decisión. Por favor, olvídate del tema.

Bernard miró fijamente a Helix, indignado por el hecho de que su colega tratase de tranquilizar a la persona que se hallaba a su cargo. Entonces Bernard se volvió hacia ella, furioso de que hubiese desafiado su autoridad en presencia de Helix.

—Némesis, ya hemos sido demasiado indulgentes contigo. Eres una operaria. Recibes órdenes estratégicas del Círculo Interno. De mí, concretamente. Si vuelves a contradecirme, serás cesada temporalmente o incluso reemplazada. Puede que Gomorra no sea tan ingenioso como tú, pero hace lo que se le dice. Tú no eres indispensable. ¿Me comprendes?

Maria hizo caso omiso de sus palabras y se dirigió a Helix, quien daba la impresión de estar ligeramente incómodo.

—Hermano Helix, ¿está seguro de que el padre Ezequiel ha sancionado esta decisión?

—Ya has oído al hermano Bernard. —¿Puede decirme por qué la ha sancionado? Helix se encogió de hombros. Se disponía a responder cuando Bernard se puso de pie

y, rojo de ira, señaló hacia la puerta.

—Némesis, esta reunión ha terminado. Deja aquí las notas y las fotografías y márchate.

Maria perforó con la mirada al adalid del Segundo Imperativo. Por un instante bajó la guardia y permitió que sus ojos reflejasen todo el desprecio que sentía por él. Sólo se levantó cuando lo vio parpadear y desviar la vista. Luego se volvió hacia Helix y se despidió de él con una leve inclinación de la cabeza.

—Hermano Helix. El hermano le devolvió el saludo. —Operaria Némesis. Maria echó a andar hacia la puerta, sin saludar a Bernard.

LONDRES MÁS TARDE

Aquella noche Maria Benariac no lograba conciliar el sueño. Yacía desnuda en la cama individual de su apartamento londinense. Se sentía herida, como un animal agonizante. No recordaba haberse sentido nunca tan sola y aislada. Al menos desde Córcega. Tenía las luces encendidas, como de costumbre, pero esa noche, a pesar de las cuatro bombillas del techo y de los seis focos, era incapaz de disipar las sombras de su mente.

Antes de que el doctor Carter escapase de su venganza, Ezequiel siempre había contado con ella. La trataba con respeto y con amor. Era su predilecta, la elegida. Ahora, sin embargo, el Padre estaba distanciándose de ella, dejando que todo contacto se estableciera a través del hermano Bernard, quien ni la comprendía ni la valoraba. Todo era culpa del doctor Carter, y sólo acabando con él las cosas podrían volver a ser como antes. Estaba convencida de ello. Únicamente entonces podría recuperar el amor del Padre y volver a ser un miembro valorado y querido de su familia.

Tendió la mano hacia la mesita de noche y tocó la fría hoja de acero. Al hacerlo sintió un estremecimiento de temor y emoción que aliviaba su ansiedad y prometía consuelo. Cerró la mano alrededor del mango. Cogió la daga y la sostuvo en alto. Contempló el contorno de la hoja curvada del *kukri* contra la potente bombilla del techo y deslizó el pulgar de la otra mano por el filo. Ejerciendo un mínimo de presión, rasgó la piel hasta ver brotar una gota de sangre justo por encima de su ojo izquierdo. Observó que la gotita crecía y crecía, e intentó no parpadear cuando la cálida sangre se estrelló por fin contra el ojo abierto. A continuación, con mano firme, hizo descender la hoja por su cuerpo hasta aquella zona donde las recientes heridas apenas habían cicatrizado. Sin bajar la mirada, posó la punta de la hoja curva, con el filo hacia abajo, sobre su muslo derecho. Lentamente empezó a mover la daga hasta que sintió un dolor intenso, la carne se desgarró y la sangre comenzó a fluir.

El día anterior a su decimoquinto cumpleaños, Maria es convocada por la madre Clemenza, la superiora que dirige el orfanato corso situado cerca de Calvi. La severa matriarca ni siquiera se molesta en ocultar su

aversión hacia ella cuando Maria, nerviosa, entra en su despacho arrastrando los pies y se detiene delante del imponente escritorio. La madre Clemenza es una gruesa mujer con unas grandes gafas ojivales que parecen descansar sobre sus redondas mejillas abotagadas. Los cristales otorgan a sus ojos de pesados párpados una expresión de desdicha y maldad. Según Maria, embutida en su voluminoso hábito se asemeja a un enorme sapo aguardando detrás de la mesa a que pase una mosca. Y cuando el sapo le dirige una mirada ceñuda y se pone a hablar, parece como si su lengua rosa y puntiaguda fuese a salir disparada en cualquier momento para engullirla.

—Maria, como sabes, el padre Angelo ha venido a vernos una vez más. Después de realizar las visitas pertinentes, nos ha pedido que una de las niñas le lea en la biblioteca de la torre. Lo cierto es que hay muchas chicas más apropiadas que tú y preferiría que nos representara una de ellas, pero por alguna razón ha preguntado expresamente por ti. Escúchame bien, Maria. Se trata de un verdadero honor y es muy importante que des una buena impresión al padre Angelo, así que compórtate. Si no lo haces, seré la primera en enterarme, y ya sabes lo que sucederá.

Maria asiente. Conoce de sobra los castigos que el sapo es capaz de imponer. Desde que la abandonaron en aquel lugar siendo un bebé de tres días, ha padecido la mayor parte de ellos.

Los delgados labios del sapo se curvan en un amago de sonrisa, pero sus ojos ni siquiera se molestan en intentarlo.

—Muy bien. Y ahora vete corriendo. Está esperándote. Mientras sube por la escalera de piedra de la torre central que domina el viejo orfanato, Maria se pregunta por qué el padre Angelo habrá pedido por ella. Por tratarse de uno de los miembros más antiguos de la orden, Maria sabe perfectamente quién es, a pesar de que él sólo la ha visto en una ocasión, durante la última de sus visitas. Y fue únicamente porque se puso a espiarla en la lavandería, cuando se hallaba fisgoneando por el orfanato o más bien «realizando sus visitas», como lo denomina la madre Clemenza. Así pues, el padre Angelo sólo ha reparado en ella por pura casualidad. A diferencia de las demás niñas, suele estar demasiado ocupada como para que la presenten a visitantes importantes.

Hace tiempo que Maria ha dejado de intentar comprender por qué las monjas la odian, pero sabe que es así. Siempre la reprenden y encuentran motivos para castigarla. Ella sabe que guarda alguna relación con su aspecto físico. Algunas de las monjas la llaman «la Hija del Diablo» a causa de sus ojos, y le cortan el pelo castaño tan corto que se le ve el cuero cabelludo. «No te creas que por ser guapa eres especial», vienen diciéndole desde que tiene uso de razón. Maria ya ni se molesta en procurar comprender. Lo único que sabe es que odia su físico y desearía ser más normal, más anónima. Así no se avergonzarían de ella en el orfanato y tendría amigas.

Conforme se va aproximando a la puerta cerrada de la pequeña biblioteca, Maria se pregunta de nuevo por qué el padre Angelo la ha escogido a ella, y no a alguna de las chicas mejores. Y lejos de sentirse honrada, los nervios hacen que sienta un nudo en el estómago. A fin de cuentas, el padre Angelo es tan importante en la Iglesia que debe hablar con Dios personalmente, e incluso el sapo, la madre Clemenza, se muestra inquieta en su presencia.

Al llegar al umbral, Maria alza la mano para llamar pero vacila un momento, preguntándose qué sucedería si diese media vuelta y regresara a la lavandería. Pero sabe que la castigarían, que probablemente la encerrarían en el temido cuarto oscuro, de modo que respira hondo y da tres tímidos golpecitos.

—¡Entra! —Truena una voz desde dentro. Maria hace girar con mano temblorosa el pomo de metal y abre la pesada puerta de madera. El padre Angelo está solo en la habitación, sentado en el sofá que hay al lado de la ventana que da al sendero de entrada del orfanato. Tiene un libro enorme sobre el regazo. A los lados del sofá, las paredes están cubiertas de estanterías repletas de tomos encuadernados en cuero. Aunque Maria ha estado allí infinidad de veces, el hecho de encontrarse a solas con él hace que el lugar se le antoje extraño y hostil.

El padre Angelo es un hombre muy delgado, e incluso estando sentado su sotana parece colgar de su silueta macilenta. Su rostro es alargado, con la nariz deformada y los ojos demasiado juntos. Sin embargo, para Maria el rasgo más espantoso es su piel, toda picada de viruelas y de un tono amarillento que le da un aspecto enfermizo. El padre sonríe, dejando al descubierto unos dientes amarillos. Maria se queda petrificada y siente el impulso de salir corriendo de allí desesperadamente, pero en ese instante el padre da una palmadita sobre el sofá y dice:

—Ven, hija mía. Ven y siéntate a mi lado. Te llamas Maria, ¿verdad?

Maria cierra los puños con tal fuerza que nota cómo se le clavan las uñas en la palma de la mano, Maria hace un esfuerzo por acercarse a él.

—Sí, padre Angelo. Toma asiento lo más alejada posible del sacerdote, pero aun así percibe su aliento. Le recuerda a la col podrida al vaciar los cubos de la basura de la cocina. El padre le entrega el libro, una Biblia. Luego se pone de pie y se dirige hacia la puerta. Maria se siente algo más relajada cuando él se aparta de ella. Su mera presencia hace que se le ponga la carne de gallina. Pero vuelve a ponerse tensa al verlo correr el pestillo.

—Bien —dice él con una repugnante sonrisa—. Ahora nadie nos molestará y podré escucharte en paz mientras lees.

Regresa al sofá y vuelve a sentarse a su lado, pero esta vez se coloca tan cerca que la roza con la pierna. Maria intenta separarse un poco, pero como ya se encuentra en un extremo del sofá, le resulta imposible.

—¿Qué quiere que le lea? —pregunta procurando mostrarse serena.

—Escógelo tú, hija mía. Pero no te sientes tan lejos. —Se da una palmadita en la pierna con su huesuda mano derecha. Maria advierte que tiene las uñas perfectamente arregladas—. Siéntate en mi regazo.

A Maria le late tan deprisa el corazón que apenas puede respirar.

—Gracias, padre, pero ya estoy bien aquí. Él se da golpecitos en la pierna con mayor insistencia. —Tonterías. Siéntate aquí. Maria vuelve la cabeza y advierte que la mira fijamente. En sus ojos hay una expresión de ansia

que la asusta. Es más animal que humano. Le brillan la frente y el labio superior, cubiertos de sudor. Entonces él sonrío, y es lo más aterrador que ha visto nunca. Con manos temblorosas, Maria abre la Biblia y lee lo primero que ve.

—Y en esto el ángel dijo... El sacerdote coloca una mano sobre el pecho izquierdo de Maria y aprieta tan fuerte que le hace daño. Ella no puede creer que el padre Angelo le esté haciendo eso. Trata de mostrarse indiferente, en la esperanza de que él desista, y continúa leyendo, intentando concentrarse en las palabras, que se tornan borrosas ante sus ojos.

Ahora la otra mano está desabotonándole la blusa y deslizándose bajo el sujetador para tocarle el otro seno. El sacerdote parece agitado, como si hubiese estado corriendo. Maria ya no puede fingir que no ocurre nada, de modo que deja la Biblia a un lado e intenta quitarle las manos de encima.

—Por favor, no, padre Angelo. Por favor, déjeme tranquila. —Pero si yo no tengo la culpa, hija mía. Eres tan bonita... Eres tú la tentadora, no yo. —Ahora sus ojos oscuros tienen una mirada fogosa—. Quédate quieta y nadie te castigará.

Maria forcejea, hasta que de pronto él se le sube encima. El sacerdote es delgado pero fuerte, y la inmoviliza con facilidad. Maria se pone a gritar, pero él le tapa los labios con su boca maloliente. A ella le vienen arcadas al notar su lengua sobre la suya. Su cara está tan cerca que ve cada una de las marcas de su piel picada de viruelas, cada espinilla de su deforme nariz. Entonces Maria nota que su mano derecha empieza a hurgar bajo la falda y le baja las bragas. Unos dedos huesudos la pellizcan, la manosean. Maria se debate con mayor ahínco, pero apenas puede moverse bajo el peso del sacerdote y le cuesta respirar. Le hacen daño sus dedos hasta que de repente él retira la mano por unos segundos misericordiosos. Se levanta la sotana y ella nota otra cosa que empuja con insistencia entre sus piernas, algo que va aumentando de tamaño y le produce cada vez más dolor. El padre empieza a gemir como un animal. Maria está aterrada, las lágrimas corren por sus mejillas, pero es incapaz de moverse o chillar.

Entonces él la penetra, y un dolor ardiente le desgarró el cuerpo entero. Maria jamás imaginó que pudiera existir semejante dolor. Es como si estuviesen desgarrándole la carne. Una vez más, quiere gritar, chillar, pero no puede ni moverse. Cree que va a enloquecer de dolor, hasta que paulatinamente su mente se va retrayendo y procura fingir que eso no le está sucediendo a ella, que no es la víctima de un acto abominable, sino una mera espectadora.

Es vagamente consciente de que las acometidas y los gemidos del sacerdote se tornan más apremiantes hasta que por fin susurra «Perverso angelito mío» al tiempo que todo su cuerpo se estremece. Maria nota algo húmedo entre las piernas y él se aparta. Antes de que le dé tiempo de asimilar lo ocurrido, el padre Angelo, de pie frente a ella, la ayuda a levantarse y la conduce hasta el aseo que hay al lado de la biblioteca.

—Deja de llorar y lávate —le ordena enérgicamente—. Y nunca hables de esto con nadie. Has pecado, y si se lo cuentas a alguien serás castigada por ello. Éste debe ser nuestro secreto.

Maria entra en el cuarto de baño con piernas temblorosas. Baja la mirada y ve dos gotas oscuras sobre el frío suelo de linóleo. Entonces se recoge la falda y observa la sangre deslizarse por su pierna. Aturdida y asustada, se limpia con la toalla que hay al lado del lavabo y vuelve a ponerse las braguitas. Contempla sus ojos hinchados en el espejo y se lava la cara con agua fría, procurando dejar de llorar. No puede creer lo que acaba de ocurrir. ¿Cómo ha podido el padre Angelo, uno de los miembros más antiguos de la Iglesia de Dios, hacer una cosa así? Y ¿por qué a ella? ¿Habrá sido en cierto modo culpa suya? Mientras observa su rostro en el espejo, hace de tripas corazón y decide contárselo a la madre superiora.

Cuando sale del cuarto de baño, advierte que el padre Angelo se ha marchado y que en el sofá no ha quedado el menor indicio de la agresión. Con pasos doloridos, desciende por las escaleras para ir al despacho de la madre Constanza.

Sin embargo, cuando llega ante la puerta abierta, ve que el sacerdote ya se encuentra allí, conversando con la monja. El sapo está riendo.

Por un instante Maria permanece en el umbral, sin saber qué hacer. ¿Qué le habrá contado el sacerdote a la madre Clemenza? ¿Por qué está ella riéndose? Entonces, por primera vez en su vida, el sapo de expresión severa se vuelve, la mira y le dirige una radiante y benigna sonrisa de aprobación.

—El padre Angelo me ha dicho que has leído de maravilla y te has portado estupendamente. Sugiere que te permitamos asistir al picnic especial de mañana con las demás niñas.

El sacerdote le guiña un ojo y le revuelve el cabello con la mano.

—Buena chica —dice. Maria es incapaz de pronunciar palabra. Siente tal nudo en la garganta que apenas puede respirar. Su indignación es tan grande que vuelven a saltársele las lágrimas.

El sapo frunce el entrecejo. —No llores, Maria. —Pero si me ha atacado —logra balbucear ella entre sollozos de ira y confusión. Luego añade, dándose una palmadita en la entrepierna, sobre la falda—: Madre superiora, el padre Angelo me ha hecho daño aquí.

Silencio. El sapo se vuelve hacia el sacerdote, que se muestra perplejo, y de nuevo hacia Maria. Se pone de pie y se dirige hacia ella anadeando, con el rostro inexpresivo.

—¿Qué has dicho? —Me ha hecho daño aquí —responde Maria, llorando—. Me ha atacado.

La madre Clemenza tiende el brazo derecho hacia ella, que se inclina instintivamente, esperando recibir un abrazo. Necesita que esa vieja señora regordeta la estreche entre sus brazos y le diga que todo va a solucionarse.

La bofetada la coge tan de sorpresa que, a pesar de que le da de lleno en la mejilla, no siente nada. Está completamente anonadada.

El rostro del sapo está ahora claramente crispado por la ira.

—¿Cómo has podido decir una cosa así sobre el padre Angelo... , delante del padre Angelo? Maria, desde que eras muy pequeña hemos tenido que soportar tus historias fantásticas y tus mentiras, pero esto... , esto es demasiado. Le pedirás perdón al padre Angelo de inmediato, y luego serás castigada.

—Pero si es la verdad. Ahora la cara del sapo se ha vuelto morada. —Pídele perdón ahora mismo o el castigo será aún peor. Maria permanece callada. Por nada del mundo se disculpará.

—La pobre chica está claramente alterada y necesita nuestra ayuda —interviene entonces el padre Angelo, con expresión de congoja—. Tal vez debiese verla en mi próxima visita.

—Es usted demasiado comprensivo, padre Angelo —le dice la madre Constanza—. Maria siempre ha sido una mentirosa. Me temo incluso que no podrá hacer nada para cambiar su forma de ser.

—Podemos intentarlo. Maria se queda pasmada cuando la conducen al viejo sótano. Seguro que en cualquier momento una de las monjas que la acompañan le dirá que le cree y que a quien hay que castigar es al padre Angelo. Pero cuando ve la puerta de acero al pie de la escalera, sabe que no es él quien acabará en aquel cuarto oscuro, sino ella.

Maria ha perdido la cuenta de las veces en que ha tenido que padecer el castigo del cuarto oscuro. La primera fue a los cuatro años. Fue entonces cuando, según las monjas, comenzó a contar «mentiras». Sin embargo no eran mentiras, al menos no del todo, aunque Maria ya no está segura de nada. Con el paso de los años, no ha perdido el miedo a que la encierren en aquel sótano completamente a oscuras y en silencio. Si acaso, su pavor ha aumentado. Aunque el castigo sólo dura unas horas, los demonios que andan sueltos en las tinieblas la acompañan mucho tiempo después de haber salido de allí.

Esta vez, cuando la puerta se cierra tras ella y oye girar la llave en la cerradura, sabe que va a pasar allí toda la noche. Nunca ha estado en el cuarto oscuro más de cinco horas. Procurando dominar su terror, avanza a tientas por el suelo de piedra hasta el rincón donde se encuentra el pequeño catre. Se tiende en él y se hace un ovillo, las rodillas abrazadas contra el pecho, balanceándose de un lado a otro. Con los ojos como platos busca algún punto de luz en la sofocante oscuridad.

Para su sorpresa, su temor no es tan intenso como las veces anteriores. Está tan furiosa por la injusticia de lo sucedido que en esta ocasión no se sume en el pánico. Acoge los sentimientos de ira que se agitan en su interior, e incluso el odio que siente le da fuerzas y cierto autocontrol.

Entonces decide que sin duda Dios debe exigir el castigo de cualquier persona tan perversa como el padre Angelo, quien dice actuar en su nombre. Y durante el resto de la noche, planea el castigo que infligirá en nombre del Señor.

El dolor que le producía la cuarta laceración en el muslo hizo que Maria despertara de sus ensoñaciones con un respingo. Miró la sangre derramada sobre las toallas que había bajo su pierna y sonrió. Ya se sentía mejor. El dejar correr la sangre mala había liberado parte de la ansiedad así como los malvados pensamientos apresados en su interior.

Limpió la daga cuidadosamente con una de las ásperas toallas blancas del montón que se encontraba bajo su cama y desinfectó los cuatro nítidos cortes de la pierna. Incluso el escozor del alcohol hacía que se sintiera más serena. Envainó el *kukri*, se tumbó de nuevo en la cama y se puso a reflexionar tranquilamente acerca del encuentro con Bernard y Helix, y de la decisión de éstos de excluirla del asesinato de Carter. Ahora que lo tenía todo más claro, lo que debía hacer saltaba a la vista.

Le haría una visita al Padre y resolvería esa cuestión personalmente con él. Así podría quitársela de la cabeza de una vez por todas.

«Sí», pensó, privándose del efecto reconfortante de la luz al cerrar los párpados. Iría a ver al Padre y juntos enderezarían de nuevo las cosas. Seguidamente, mientras imaginaba lo maravilloso que sería, cayó en un sueño profundo, libre de pesadillas.

**BOSTON
CENTRAL DE GENIUS**

JASMINE no estaba tan decepcionada como las demás personas sentadas en torno a la mesa oval de la sala de reuniones; claro que, como su madre solía decir, la decepción resulta tanto más dura cuanto menos te la esperas. En las tres semanas transcurridas desde que Tom iniciara el Proyecto Caná, Jasmine había estado trabajando al máximo. A pesar de sus reservas, se sentía satisfecha por haber hecho todo cuanto estaba en sus manos. Había puesto a punto el genescopio más avanzado, que ahora se hallaba en pleno funcionamiento en la Sala de Juntas Crick, la cual, junto con el laboratorio adyacente, era de acceso restringido en el seno de la Sala Mendel. Asimismo, había examinado la totalidad de la base de datos IGOR en busca de individuos que pudiesen poseer genes inusuales o que se hubieran curado mediante la fe. Habían aparecido varios nombres, pero sólo uno con un historial documentado, y por lo tanto también había indagado acerca de él.

Al parecer, en las últimas dos décadas el señor Keith Anderson, oriundo de la localidad inglesa de Guildford, Surrey, había ganado cierto renombre aliviando los síntomas del reuma articular. Si bien no se le atribuía ninguna cura ni él decía poseer ningún poder especial, existían innumerables testimonios por parte de médicos y enfermos según los cuales era capaz de proporcionar un alivio inmediato sencillamente imponiendo las manos sobre las articulaciones inflamadas. Sin lugar a dudas, se trataba de un caso auténtico. Aun así, había dos problemas: uno, que Jasmine no encontró nada inusual en sus genes; y dos, que había muerto en un accidente de tráfico en el mes de junio anterior y había sido incinerado. Con todo, Keith Anderson no era la razón por la cual Tom y los demás estaban decepcionados.

Tres días antes Carter y Jack habían regresado de Europa con las muestras; parecían optimistas e incluso triunfalistas. «No te preocupes —le dijo Tom a Jasmine cuando ella le contó lo que había encontrado—. De todas formas, examinar los archivos de IGOR era una empresa muy ambiciosa». «Sí, ya —pensó Jasmine—, como si vagar por el mundo en busca de los restos físicos de un cadáver de dos mil años de antigüedad fuese una cosa segura».

Sin embargo, ahora que ya tenían los resultados del análisis de las muestras realizado por el genescopio, ella advirtió que Tom se sentía profundamente decepcionado, y que su euforia inicial había desaparecido.

Jasmine echó una ojeada a la mesa de conferencias. Jack y Alex estaban sentados frente a ella, y a su lado tenía a Bob Cooke y a Nora Lutz. A pesar de que el rubio californiano y la técnica de laboratorio aún no estaban al corriente de lo que le ocurría a Holly, tres días antes habían asistido a una sesión informativa confidencial sobre el

Proyecto Caná. La aportación de ambos había resultado sumamente valiosa a la hora de preparar las muestras antes de someterlas al genescopio. Pero ahora, como todos los allí presentes, permanecían en silencio, contemplando a Tom caminar arriba y abajo por la habitación.

Cada tres pasos Tom alzaba la vista, lanzaba una mirada acusatoria al genescopio que se erigía en un rincón y comenzaba una frase. Acto seguido sacudía la cabeza y seguía caminando.

En realidad, Jasmine tenía sentimientos encontrados frente al hecho de no haber hallado genes excepcionales en ninguna de las muestras. Naturalmente, deseaba ayudar a Holly, pero al ver por primera vez los supuestos restos de Cristo, se sintió como si estuviese tomando parte en un acto sacrílego. Temía tener que enfrentarse a la posibilidad de que la tesis de Tom fuese correcta. De modo que en su caso, los resultados negativos, pese a ser desastrosos, le proporcionaban cierto alivio no exento de culpabilidad.

—Está bien —dijo Tom al fin—. Estoy dispuesto a creer que las muestras de sangre de Michelle Pickard son falsas. Era demasiado raro que tuviese sangre del tipo AB en las venas y O en las heridas. Y ahora que Jack ha descubierto que se trata de una estafadora que utiliza sangre de una enfermera amiga suya, olvidémonos del caso. También puedo aceptar lo de las otras muestras. Mierda, no me queda más remedio. —Dejó escapar un suspiro y volvió a mirar el genescopio, como si instase a DAN a admitir que estaba equivocado—. Pero ¿estamos totalmente seguros de la muestra de Lanciano? ¿Es posible que hayamos cometido algún error?

Jasmine hizo un gesto de negación. —La hemos examinado tres veces. —Pero, Jazz, la edad y el sexo concuerdan. Tiene que ser auténtica. Tal vez a DAN se le haya pasado algo por alto.

Jasmine miró a Bob y a Nora. Ambos se encogieron de hombros y sacudieron la cabeza.

—Lo siento, Tom —dijo Jasmine—, pero no hay ningún error. El escáner ha salido bien. Es la muestra. Sencillamente no hay ningún gen excepcional en ella. Nada que ya no hayamos visto en la base de datos IGOR.

—Entonces, no puede ser auténtica —sentenció Tom. Jasmine irguió la espalda y dijo lo que sabía que Tom no quería oír: —A no ser, claro está, que la muestra sea auténtica pero que en un principio los poderes curativos no se encontrasen en sus genes.

Tom alzó el mentón y se cruzó de brazos. —No, Jazz. Si realmente poseía esos poderes, al margen de dónde le vinieran, deberían estar en sus genes.

Jasmine decidió no llevar las cosas más lejos y se reclinó en la silla, mientras Tom contemplaba a los miembros de su equipo con aire obstinado. Parecía estar desafiándolos a que lo contradijesen, pero todos permanecieron callados. A ojos de Jasmine, era evidente que ahora estaban mucho menos convencidos que Tom de hallar y utilizar los genes de Cristo. Incluso Alex, que había proporcionado las listas

de las posibles muestras, se mostraba algo incómodo.

Todos parecían dispuestos a aceptar el Proyecto Caná como la idea descabellada que era y enfocar las cosas de manera distinta. Sin embargo, estaba claro que para Tom no había alternativa posible. Era como si hubiese puesto todas sus esperanzas en Caná y creyera que si no lograba que el proyecto funcionase Holly moriría. Jasmine cayó en la cuenta de que una vez establecida esa conexión, Tom no tenía más opción que condenar la muestra de Lanciano como una impostura.

Jasmine estaba dividida entre la necesidad de hacerle entrar en razón y el deseo de apoyarlo en su búsqueda tan obstinada como condenada al fracaso, aunque no estuviese de acuerdo con ella.

—Pero ¿qué podemos hacer, Tom? —le preguntó—. ¿Qué otras opciones tenemos? Dime una sola y haré lo que sea.

Tom la miró largamente, con expresión de pronto vulnerable.

—Sólo necesito una célula microscópica que haya pertenecido a Jesucristo. Eso es todo.

Jack se inclinó y dijo con sorprendente suavidad:

—Pero, Tom, aunque tal muestra exista, ¿dónde y cuándo vas a encontrarla?

Jasmine observó a Tom volverse hacia Alex, que se limitaba a menear la cabeza, y sintió lástima por él. Por primera vez desde que lo conocía, su amigo parecía no saber qué hacer.

SÁBADO

BEACON HILL

La mañana siguiente era uno de esos espléndidos días despejados del mes de marzo que anuncian la primavera y prometen la pronta llegada del verano. Sin embargo, Tom no sentía consuelo alguno ante la belleza del día. Por el contrario, éste parecía mofarse de su desesperación, como si la naturaleza quisiese recordarle que el destino de una sola niña, de su pequeña hija, era algo insignificante frente al paso del tiempo y de las estaciones.

El débil calor del sol se hacía sentir a través del cristal del invernadero, donde se hallaba sentado con Jack. Su amigo había venido a desayunar con él y hacía un rato que habían terminado. En esos momentos contemplaban a Holly, que hacía pompas gigantes en el jardín con dos amigas del colegio. Era el turno de Megan, quien estaba introduciendo un enorme aro de color rosa sujeto a una vara en un bol lleno de agua jabonosa. Tom la observó extraer el aro rosa al tiempo que retiraba la corredera de la vara. Esto hizo que la abertura se agrandara lentamente, de modo que la capa de detergente que la cubría no se rompiera. A continuación Megan enarboló el aro como un matador que deslizara su capa sobre un toro, y una burbuja multicolor se fue inflando a sus espaldas. Una vez terminada, la enorme pompa de jabón pareció temblar por un instante en el fresco aire matinal, para luego alzarse despacio en

dirección al cielo azul.

Tom pensó de nuevo en los resultados del día anterior relacionados con el Proyecto Caná, y la sensación de impotencia volvió a atacarle el estómago. Paradójicamente, aquella misma tarde había ido a visitar a Hank Polanski al hospital y el joven parecía evolucionar favorablemente gracias a la terapia génica a partir de VIH. Pero si bien esto complacía al Tom Carter médico y científico, también hacía que como padre se sintiese frustrado. Habría deseado hallar un tratamiento similar para Holly; uno que le ofreciera al menos el mismo quince por ciento de probabilidades de curación.

Se había pasado toda la noche tendido a oscuras instando a Olivia a que le dijera qué debía hacer, pero estaba solo. Ya había releído todos los libros sobre tumores cerebrales. Aparte del trabajo innovador de Blaese a mediados de los años noventa, que consistía en utilizar una terapia basada en fármacos para detener el avance de los glioblastomas, todavía no había ninguna cura en perspectiva al menos en los próximos cinco o seis años. De hecho nada había cambiado desde que DAN diera su veredicto tres meses antes, en diciembre, y el tiempo apremiaba.

Se volvió hacia Jack y dijo:

—Tal vez debería intentar aceptar lo inevitable y aprovechar al máximo el tiempo que me queda con Holly. Me siento como si me estuviese dando por vencido.

Jack contempló cómo la pompa ascendía, temblorosa, y suspiró.

—Tom, el que te des o no por vencido no es lo más importante. La cuestión es si estás haciendo lo mejor para Holly, no sólo para ti. Si te sientes mejor manteniéndote ocupado todo el tiempo y evitando pensar en la situación de tu hija, me parece muy bien. Pero si ello implica que casi nunca la veas, entonces no puede ser bueno para ninguno de los dos.

Tom hizo un lento ademán de asentimiento. Jack estaba en lo cierto, y estaba empezando a darse cuenta que de todos modos no tenía elección.

—Aunque la muestra de Lanciano sea falsa, encontrar una muestra auténtica del ADN de Cristo, suponiendo, dadas las evidencias, que exista alguna, podría llevarme más tiempo que las pruebas y los experimentos en que están trabajando nuestros equipos.

Jack apartó la vista de la ventana y lo miró.

—Tal vez ahora sea el momento de aceptar lo que va a suceder como algo inevitable e intentar afrontarlo.

—Pero es durísimo.

—Lo que ocurre, Tom, es que no hay nadie que esté más motivado o mejor preparado que tú para salvar a Holly. Y si tú no puedes ayudarla, amigo mío, entonces nadie puede. En cuanto al Proyecto Caná, si no logramos encontrar una muestra quedará como un ejercicio puramente teórico. Así que tú has tomado la decisión. Lo único que puedes hacer ahora es tratar de acelerar las curas convencionales y aprovechar al máximo el tiempo que queda.

Tom contempló apenado cómo una Holly sonriente manejaba el aro con gran destreza a fin de crear una pompa aún más grande. Permaneció sentado en silencio mientras su hija y las amigas de ésta reían y correteaban alrededor de la burbuja. De pronto Holly se volvió hacia la casa, echó a correr en dirección a la puerta del invernadero y dio unos golpecitos en el cristal.

—Papá, tío Jack, ¡mirad! Más grande que nunca —gritó, con un brillo de emoción en los ojos.

Tom sonrió y la felicitó alzando el pulgar. Él y Jack se levantaron y se acercaron al cristal para verla más de cerca.

Holly se despidió con la mano y regresó corriendo a donde estaban las otras dos niñas, que ahora saltaban para alcanzar la pompa de jabón suspendida en el aire por encima de sus cabezas. A la luz del sol, la superficie de la burbuja actuaba como un prisma, otorgando a la esférica estructura la belleza de un arco iris tridimensional. A pesar de su sombrío estado de ánimo, Tom notó que una leve pero genuina sonrisa agrietaba la pátina de su desesperación. Estaba tan absorto contemplando a las niñas que no vio a Marcy Kelly entrar en el invernadero con el correo de última hora de la mañana. Sólo cuando ella ya se hubo marchado reparó en el montón de sobres junto a la planta de yuca.

De manera casi irreflexiva las cogió y comenzó a ojearlas con aire distraído mientras se acercaba de nuevo al cristal para contemplar a las niñas jugar en el jardín. Había dos sobres marrones que contenían facturas, un par de invitaciones para participar en seminarios, una carta de su prima de Sidney y un pequeño sobre negro con su nombre y dirección en rojo. Este último estaba lacrado y sellado con una cruz. Le dio la vuelta y miró a Jack, que enarcó una ceja, sin decir nada. Tom rompió el lacre y abrió el sobre, en cuyo interior había una tarjeta negra, un billete de avión y dos fotografías. Fotografías suyas.

La tarjeta era claramente una invitación, que leyó con creciente estupor. Su contenido le pareció tan increíble que tuvo que leerla una vez más. Y sólo después de la segunda lectura comenzó a considerar las consecuencias y posibilidades de aquellas palabras.

—¿De qué se trata? —preguntó Jack al verlo tan azorado—. Parece como si te hubiese alcanzado un rayo.

Tom asintió, aturdido. Así era exactamente cómo se sentía. Procurando mantener la voz firme, le leyó la invitación tal como aparecía en la tarjeta.

Estimado señor Carter: Disponemos de evidencia fotográfica de su búsqueda de una muestra del ADN de Cristo, incluido el robo de ciertos objetos pertenecientes a distintas iglesias, que ha sido bautizada con el nombre de Proyecto Caná y cuyo propósito es, sin duda, descubrir el poder de los genes de nuestro Señor. Estamos convencidos de que hasta la fecha su búsqueda ha sido infructuosa. Nuestra convicción se basa en un simple hecho: sólo nosotros tenemos lo que busca. Somos los únicos en cuyo poder obra una muestra biológica auténtica de Jesucristo. También

sabemos de la existencia de la base de datos ilegal IGOR, aunque, como gesto de buena fe, no tenemos intención de informar a las autoridades. Por el momento no necesita conocer nuestra identidad, pero le aseguro que podemos ayudarnos mutuamente. Nuestro objetivo, pese a ser diferente, está relacionado con el suyo y, si nos ayuda a conseguirlo, le daremos lo que está buscando. Lo único que debe hacer es utilizar el billete de avión adjunto con destino al aeropuerto de Tel Aviv, donde será recibido a las dos de la tarde hora local el 13 de marzo, pasado mañana. Naturalmente, debe venir solo. Esta propuesta no está abierta a negociaciones y cualquier incumplimiento de las instrucciones provocará el fin de nuestra relación. También nos veríamos obligados a reconsiderar nuestra decisión de no informar a las autoridades pertinentes tanto acerca del flagrante robo de reliquias religiosas como de la existencia de IGOR. En el espíritu de la Boda de Caná, nombre con que ha bautizado a su proyecto, espero que podamos llegar a una unión de nuestros recursos que resulte fructífera para ambos. —Así que éstos son los cabrones que han estado fisgando en IGOR —dijo Jack al tiempo que le quitaba la tarjeta de la mano—. Supongo que no está firmada.

Tom hizo un gesto de negación con la cabeza. —No hay la menor pista de quién la ha enviado, aparte del sello, que no es precisamente excepcional.

Tom se fijó entonces en las fotografías: en una aparecía abandonando la pequeña iglesia blanca de Cittavecchia, y en la otra, más borrosa, él y Jack hablaban en el barco con el Holandés y el Irlandés. Abrió el billete de avión, que contenía un pasaje para Tel Aviv con la compañía El Al en clase preferente.

—Es evidente que no vas a ir —declaró Jack examinando el lacre del sobre.

—Ya lo creo que iré. Jack alzó la vista y frunció el entrecejo. —Pero podría ser una trampa de la Predicadora. Piénsalo, Tom. Es posible que haya estado vigilándote desde lo de Estocolmo y, tras averiguar qué estás buscando, haya decidido tenderte una trampa.

—No me importa. Es la oportunidad que estaba esperando. Si con ello puedo ayudar a Holly, debo aprovecharla.

—Pero esta oportunidad podría matarte, y no creo que dejarla huérfana sea una forma de ayudarla.

Tom señaló la invitación que Jack sostenía en la mano. —Sin una oportunidad como ésta, no será huérfana por mucho tiempo.

—Vamos, Tom, ¿y si se trata de la Predicadora? ¿Qué pasará entonces?

Tom sintió que la ira hervía en sus venas al recordar el holograma con la imagen de la Predicadora que había visto a su regreso de Cerdeña.

—Francamente, Jack, no me importaría en absoluto. —¿Qué? —Aparte de salvar a Holly, sólo me obsesiona una cosa: atrapar a la bruja que mató a Olivia y hacerle pagar por ello.

—Está bien, pero entonces deberíamos tenderle nuestra propia trampa. Solo no tienes la mínima posibilidad frente a ella. Karen Tanner conoce bien su trabajo.

Podríamos contarle todo esto y, con la ayuda del FBI, acabar con esa asesina para siempre.

Tom reflexionó por un instante mientras observaba a su hija reír con sus amigas en el jardín.

—¿Y si no es la Predicadora? ¿Y si se trata de una oferta sincera? Entonces perderé la única oportunidad que tengo de salvarla.

—Piensa en las probabilidades, Tom —gruñó Jack—. Tiene que ser la Predicadora. Por lo menos deja que el FBI lo compruebe.

Tom lo miró a los ojos. —Está decidido, Jack —dijo—. No quiero implicar al FBI. Podrían echarlo todo a perder. Prefiero morir intentando salvar a Holly que vivir y verla morir. Sobre todo si, además, consigo vengar la muerte de Olivia. ¿No te das cuenta? En lo que a mí respecta, tengo todas las de ganar.

—Estás obrando como un gilipollas. —No me importa, Jack. ¿Vas a ayudarme o qué? Jack sacudió la cabeza y soltó un suspiro de resignación. —Supongo que no habrá forma de convencerte de que lleves un arma. Podría enseñarte a usarla.

—Ni hablar. Si la carta es sincera, un arma podría estropearlo todo.

Jack se dio por vencido. Tom vio por la ventana que la pompa de jabón estallaba encima de las tres niñas, que chillaban eufóricas. Pese a las reservas de Jack, sintió un repentino arrebató de emoción. La desesperación de minutos atrás se había desvanecido. Tenía algo en que concentrar sus esfuerzos y había recobrado la esperanza.

Oyó a Jack decir:

—Por lo menos deja que te siga la pista, para saber dónde encontrarte si algo va mal.

—¿Podrías hacerlo sin que ellos se enterasen? —No —respondió Jack con una sonrisa de hastío—. Pero conozco a un tipo que sí.

TEL AVIV

Tom Carter cambió la hora de su reloj a las 13.58 hora local y suspiró aliviado cuando el 747 de El Al se detuvo sobre la pista soleada del aeropuerto Ben Gurion de Tel Aviv. Viajar en avión no se le daba mucho mejor que en barco. Tras escabullirse de su escolta policial y despedirse de Holly en el aeropuerto de Logan, había pasado todo el vuelo en un estado de creciente aprensión, lo cual no había contribuido a aliviar su mareo. Le preocupaba la posibilidad de vomitar el rastreador de baja frecuencia que había ingerido ante la insistencia de Jack. Éste había tomado un vuelo anterior para pedirle a un «amigo» que montase un centro de observación a fin de seguirle la pista a Tom allí donde decidieran conducirlo sus anfitriones.

Una voz surgió del interfono con un chisporroteo: «Gracias por volar con El Al, y por favor no olviden recoger todos sus objetos personales antes de abandonar el avión. El capitán David Ury y su tripulación esperan...».

Haciendo caso omiso de las indicaciones, Tom se desabrochó el cinturón de seguridad y se preparó para abandonar el avión. Su único equipaje consistía en una pequeña bolsa de viaje que llevaba consigo. A la salida, se despidió de las azafatas y, tras cruzar el pasadizo, se encaminó hacia la terminal principal del aeropuerto. Los nervios le producían comezón en la nuca, y tuvo que aflojarse el cuello de la camisa blanca de lino. Cuando llegó a la terminal, un hombre alto apareció de pronto a su lado.

—Bienvenido, doctor Carter. Mi nombre es Helix, Helix Kirkham. Por favor, venga por aquí.

El desconocido era un hombre calvo de unos cincuenta años bien llevados, con unas gruesas gafas redondas y mirada inteligente. Parecía más un académico que un asesino.

Helix sonrió y le tendió una mano delgada pero firme, como Tom comprobó al estrechársela.

—Espero que haya tenido un vuelo agradable. Si nos da su pasaporte, evitaremos los tediosos trámites de inmigración.

Si bien hablaba con acento británico, se notaba que el inglés no era su lengua materna.

Aturdido, Tom sacó el pasaporte de su chaqueta de algodón y preguntó:

—¿Adónde vamos? Helix le quitó el pasaporte de las manos y se lo pasó rápidamente a uno de los dos hombres corpulentos que habían aparecido a su espalda. A continuación comenzó a impartir órdenes en un idioma que Tom no comprendía y el tipo se marchó a toda prisa en dirección a los demás pasajeros.

Helix se volvió hacia Tom y esbozó una sonrisa. —No necesita saber adónde vamos. Pero no se preocupe. No pasará mucho tiempo allí; sólo el necesario para dar por zanjado nuestro asunto.

Antes de que Tom pudiese hacer más preguntas, Helix dio media vuelta, pasó tranquilamente por delante de dos guardias de seguridad armados que vigilaban la escalera de acceso a las pistas y se dirigió hacia un helicóptero Chinook.

—¡Vamos! —exclamó—. Responderemos a todas sus preguntas cuando lleguemos.

El tercer hombre caminaba al lado de Tom, detrás de Helix. Aunque no se los presentaron, Tom imaginó que los otros dos tipos estaban allí por si cambiaba de idea e intentaba escapar. El hombre que había tomado su pasaporte era de mediana estatura y aspecto anodino. Pero el que se hallaba a su derecha era diferente. Se daba aires de importancia y estaba claro que se trataba de algo más que un simple guardia de seguridad. Era casi tan alto como Tom y de complexión fuerte. Poseía un rostro atractivo, llevaba el cabello negro cortado al cepillo y sus ojos eran de color verde grisáceo. De no haber sabido que el Predicador había resultado ser una mujer, Tom habría considerado a aquel hombre como un posible candidato. Había algo manifiestamente peligroso en él. Incluso el nombre con que Helix lo había llamado resultaba extrañamente perturbador. Gomorra no era un nombre muy normal.

Para cuando llegaron al helicóptero situado al otro extremo de la pista, el otro hombre ya había regresado con el pasaporte. Helix se lo devolvió a Tom y le indicó que subiera al Chinook. Una vez dentro, Tom oyó que las puertas se cerraban detrás de él, apresándolo en el interior del helicóptero. Entonces se acordó de las palabras de Jack, insistiendo en que no acudiese a aquella cita y rogándole que tuviera cuidado.

Luego se puso a pensar en Holly, quien la noche anterior, al despedirse de ella, de alguna manera había intuido que aquel viaje era diferente. De hecho, le preguntó adónde iba y por qué, algo que no solía hacer. Tom le respondió que iba a intentar ayudar a alguien que estaba enfermo, y ella comprendió de inmediato. Para la niña aquello era exactamente lo que hacía su padre. Tom recordó que un día, en clase, la señora Hoyt, la profesora de inglés, pidió a los alumnos que dijeran en una frase a qué se dedicaban sus padres. Holly respondió, sencillamente: «Mi papá impide que la gente muera».

Mientras miraba alrededor en los oscuros confines del helicóptero, Tom se recordó una y otra vez que había emprendido ese viaje hacia lo desconocido para impedir que Holly muriese. Se alegraba de no haber seguido los consejos de Jack, ya que habría dejado escapar la única oportunidad que le quedaba. Sencillamente no tenía elección, se repitió de nuevo. No era ni más complicado ni más siniestro que eso.

Aun así, no pudo evitar tragar saliva con nerviosismo cuando oyó el sonido de los rotores y, segundos más tarde, notó que el aparato despegaba del suelo. Ya estaba comprometido. No había vuelta atrás. Sintió náuseas y temió vomitar. Habría deseado

que Jack estuviese allí para que le pasara un poco de su coraje. Sobre todo en el momento en que Gomorra tendió el brazo hacia él.

El hombre sostenía en la mano un objeto similar a una maquinilla de afeitar eléctrica con una serie de luces rojas parpadeantes en uno de los lados. Tom permaneció inmóvil mientras el tipo pasaba el artilugio por el exterior de su bolsa, de sus zapatos y de su ropa, y respiró hondo al darse cuenta de que lo que buscaban era un dispositivo de localización. Sólo había accedido a tragarse el rastreador porque Jack le había asegurado que era absolutamente indetectable. Sin embargo, no había motivo de preocupación. Al cabo de un instante los ojos de color verde grisáceo se suavizaron y el tipo expresó a Helix su aprobación mediante un gesto de la cabeza.

—Lamento tener que tomar esta clase de precauciones —se disculpó Helix al tiempo que se encogía de hombros—, pero son necesarias.

Tom asintió, procurando ocultar su ansiedad. Pero justo en el instante en que empezaba a relajarse, Gomorra se metió la mano en el bolsillo y sacó algo parecido a una venda para los ojos. Si se los vendaban, con toda seguridad Tom se marearía y correría el riesgo de perder el rastreador. Además, detestaba la idea de mostrar su debilidad a sus anfitriones —o enemigos—. Cuando Gomorra le pidió en un inglés perfecto, sin acento alguno, que se inclinara hacia delante, Tom consideró la posibilidad de resistirse. Pero apretó los dientes y dejó que le vendase los ojos con el trapo grasiento y maloliente. «Piensa en Holly», volvió a decirse.

El cambio desalentador de la penumbra a la oscuridad total mientras la venda le oprimía la cabeza le produjo mareo. Y, como para compensar la pérdida de visión, se le agudizaron el oído y el olfato, así como la sensibilidad al menor movimiento del helicóptero. El hedor a sudor y a aceite se hicieron más penetrantes, y sus escoltas se pusieron a hablar como si creyeran que la venda que le cubría los ojos también lo volvía sordo, o inexistente.

Sus sonidos guturales e ininteligibles se mezclaban con el fragor de los rotores. A Tom se le encogió el corazón de pánico y lo invadieron unas náuseas tremendas. Se sentía como si lo hubiesen envuelto en una manta pesada y sofocante. Tuvo que contenerse para no arrancarse la venda, abrir las portezuelas del helicóptero y respirar el aire del exterior. Pero no hizo nada de eso. Se cubrió la boca con las manos, se llenó los pulmones con el aliento que exhalaba y procuró pensar en el espacio ilimitado de su laboratorio de cristal inundado de luz, e imaginarse en tierra firme con Holly. «Por lo menos estás haciendo algo —se dijo una vez más—. Tiene que ser mejor que no hacer nada y dejar que ocurra».

Dejar que ocurra. El sonido rítmico del rotor le trajo a la memoria un sonido de la infancia, en un día de verano de 1974, poco después de que cumpliera doce años.

En el dormitorio a oscuras las cortinas están corridas y el aparato de aire acondicionado, estropeado, emite un rítmico traqueteo. La habitación está vacía. Sin reparar en la hoja de papel blanca que hay encima de la cama, se dirige a toda prisa hacia la puerta cerrada del cuarto de baño contiguo. Naturalmente, llama a la puerta, aunque está muy emocionado y sabe que si hace girar el pomo dos veces, el viejo pestillo no funciona. De modo que, sin esperar respuesta, abre la puerta. Al principio no se ve nada debido al vaho del agua caliente. Pero de pronto oye a su madre decir con una voz

que no parece la suya:

—Cierra la puerta, cariño, y déjame sola un momento. —¿Qué ocurre, mamá? —Hay algo en el tono de su madre que hace que su emoción se desvanezca y sea reemplazada por un retortijón de estómago—. Dice papá que deberíamos salir enseguida. La película está a punto de empezar. —Después de cerrar la puerta, se vuelve y lo que ve quedará grabado en su mente para el resto de su vida.

Tom sabe que su madre está enferma. Las visitas al hospital han sido muy significativas. Ha oído la palabra «cáncer» susurrada a altas horas de la noche, aunque no acaba de asimilarla. Pero sin duda ignora que su madre lleva meses luchando contra el tumor que tiene en el cerebro y que ya le ha cambiado la personalidad y provocado un dolor espantoso.

Conforme el vaho va despejándose, ve a su madre desnuda en la bañera. Su rostro presenta una palidez cadavérica y el agua está teñida de rosa. En cada una de sus muñecas hay unos cortes horripilantes de color carmesí.

Al principio no comprende qué está sucediendo. —Mamá, estás sangrando. ¿Qué ha pasado? —pregunta, perplejo y horrorizado—. ¿Te has caído? ¿Te encuentras bien?

—Lo lamento, cariño, no quería que me vieras así. Su primer impulso es echar a correr en busca de su padre. —Tom, cariño —le dice su madre—. Estoy bien, de verdad. No tengas miedo. No duele nada.

Tom se acerca a la puerta. —Voy a buscar a papá. —Los sollozos le provocan un nudo en la garganta que le impide gritar, y hay algo en la voz de su madre, un tono implorante desconocido para él, que no le permite abrir la puerta.

—No, no lames a papá, todavía no. —Pero ¿por qué no, mamá? ¿Por qué no? —Le tiembla el labio inferior de manera incontrolable. Paulatinamente, va tomando conciencia de que su mamá se ha hecho aquello a sí misma.

—Necesito descansar, cariño. Mi cuerpo se ha vuelto contra mí. Pero os quiero mucho a ti y a papá. Se lo dirás, ¿verdad? Pero más tarde, ¿de acuerdo?

Tom está desesperado por abandonar el cuarto de baño, pero hay demasiado dolor en los ojos de su madre. Si va en busca de su padre, todo lo que conseguirá será impedir que su mamá se vaya y, aunque quiere que se quede más que nada en el mundo, no le parece bien obligarla a hacerlo.

—Siéntate, cariño. Quédate conmigo y enséñame lo listo que eres contando, como solías hacer.

Tom tiene la extraña sensación de estar observándose desde fuera de su propio cuerpo. Se ve caminar aturdido, hasta la silla que hay al lado de la cesta de la ropa sucia. Aparta el reloj, la pulsera y el collar que su madre ha dejado sobre la silla y se sienta en ella.

—Cuenta para mí como hacías cuando eras pequeño —la oye decir—. Los números primos hasta donde puedas. —Sus ojos parecen tan tristes que a Tom le duele en lo más hondo. Se inclina hacia delante y se arrodilla junto a la bañera. A continuación le acaricia con suavidad la frente como recuerda que ella hacía siempre que estaba enfermo. A pesar del vapor, la piel de su madre está fría y húmeda, así que le pone las dos manitas en la frente, con la esperanza de que la temperatura de su propio cuerpo la haga entrar en calor y ponerse buena. Entonces empieza a contar, como le ha pedido su madre: —Uno, dos, tres, cinco, siete, once, trece, diecisiete, diecinueve, veintitrés...

No fue hasta el doscientos sesenta y nueve, número al que había llegado al morir su madre, cuando Tom Carter regresó bruscamente al presente. El sonido del motor del helicóptero ya no se parecía en nada al aire acondicionado del dormitorio de sus padres hacía tantos años. Tuvo que aguzar el oído para notar incluso la menor similitud.

Había pasado mucho tiempo, pero Tom seguía sin saber si había hecho bien en confabularse con su madre en el momento del suicidio. El sentimiento de culpa jamás lo abandonaría. Aunque su padre trató de convencerlo de que había hecho lo correcto, Tom estaba convencido de que Alex debía de albergar un amargo remordimiento por el hecho de que su hijo no le hubiese avisado, por no haberse despedido siquiera de la mujer a la que había amado, tanto que fue incapaz de volver a casarse.

Con la madurez y la sabiduría que otorgan los años, Tom había sacado sólo dos conclusiones de la experiencia: La primera era que si una mujer inocente como su madre podía verse afectada por un cáncer, entonces era del todo imposible que existiese un dios en el que valiese la pena creer y, mucho menos, al que venerar. Si había algún poder presidiendo el cosmos, se trataba sin duda de una Dama de la Fortuna cruel y arbitraria disfrazada de Madre Naturaleza. Y sólo la ciencia ofrecía

alguna posibilidad de reducir las probabilidades de morir de cáncer.

La segunda conclusión era que la siguiente vez que alguien necesitase su ayuda, se aseguraría de estar lo mejor preparado posible. Incluso sus héroes de adolescencia vestían bata blanca y manejaban bisturíes o miraban por el microscopio a fin de combatir enfermedades y salvar vidas. Supo desde un principio que necesitaba ser más que un simple médico o «mecánico de personas» para ganar esa guerra, y por ello se convirtió también en genetista. Y no había dedicado su vida entera a esa cruzada para hacer de mero espectador ahora que su propia hija lo necesitaba.

Las turbulencias del helicóptero le revolvieron el estómago. Tardó unos minutos en percatarse de que la pérdida repentina de altitud se debía a que se disponían a aterrizar. Con una mezcla de emoción y pavor, cayó en la cuenta de que estaban a punto de llegar a su destino. Mientras se preparaba para el aterrizaje, intentó calcular cuánto tiempo había transcurrido. Pero en la oscuridad, y absorto como iba en sus pensamientos, había perdido por completo la noción del tiempo. Podría haber sido tanto una hora como cuatro. De pronto el ruido del motor aumentó estrepitosamente y, tras una última vibración, Tom notó que el helicóptero tomaba tierra.

—Ya hemos llegado —anunció Helix a su derecha. Con una enorme sensación de alivio Tom oyó que se abría la portezuela y percibió algo de luz a través de la gruesa venda. Un aire cálido y seco penetró en la cabina y se arremolinó en torno a él como un unguento dulce, acabando con sus náuseas. Olía a polvo y a arena, y había un ligero aroma a especias. Respiró profundamente y notó que sus músculos se relajaban uno a uno.

—¿Ya puedo quitarme la venda? —preguntó. —Todavía no —respondió Helix. Lo cogió del brazo y lo ayudó a apearse del helicóptero—. Dentro de un momento.

Mientras descendía a ciegas por los tambaleantes escalones, miles de granos de arena agitados por las aspas del rotor golpearon su rostro. En el instante en que posó los pies sobre el suelo arenoso e irregular, notó el calor del sol en la nuca y la boca reseca.

Cuando por fin se apagó el motor, le sorprendió la ausencia total de sonidos. Aparte del susurro del viento seco y del ocasional intercambio de palabras entre sus acompañantes, no se oía el menor ruido. Nada de tráfico o voces lejanas, sólo su propia respiración y sus pies, que se arrastraban sobre la arena.

A pesar de que se sentía muy solo, el aire cálido, el suelo arenoso y la leve luz que se filtraba por la gruesa venda le resultaban alentadores.

Casi de inmediato, notó que pisaba terreno más sólido y el calor del sol abandonaba su espalda. Por el sonido que hacían ahora sus pasos dedujo que estaban entrando en alguna clase de edificio. Unos brazos tiraban de él, adentrándolo cada vez más en la sombra. Entonces, de repente, hicieron que se detuviera.

—Escalones. Tenga cuidado —le advirtió la voz de Helix a su derecha.

Con tiento, apoyando todo el peso sobre la pierna buena, Tom alargó el pie derecho en el vacío y lo hizo descender lentamente. El siguiente peldaño estaba tan

abajo que, por un instante aterrador creyó hallarse al borde de un precipicio. Entonces, cuando ya empezaba a perder el equilibrio, el pie se posó sobre la dura piedra. Jamás había visto unos escalones tan grandes. Siguió descendiendo, aferrándose a la cuerda del pasamanos para no caerse.

De pronto le vino a la mente el siguiente pensamiento: «Si sigues vivo, es que son sinceros. Puede que tengan lo que estás buscando».

En ese momento se sintió embargado por la emoción y, conforme descendía por la enorme escalera de caracol, su miedo se fue desvaneciendo hasta ser reemplazado por una expectación casi intolerable.

Cuando por fin llegó al pie de la escalera, sus escoltas lo hicieron inclinarse y lo condujeron apresuradamente por lo que, a juzgar por el sonido, parecía un corredor estrecho. Tom se golpeó la cabeza contra el techo bajo y sus oídos, ahora hipersensibles, casi ensordecieron a causa del ruido de sus pasos sobre el duro pavimento.

A continuación, como el murmullo de un río al precipitarse y desvanecerse en un gran lago, oyó que el sonido de sus pasos se suavizaba al abandonar el angosto pasillo y adentrarse en un espacio más amplio.

De repente tiraron de él, obligándolo a aminorar la marcha. El lugar olía como las iglesias que Tom había visitado en la infancia, a polvo seco y a vieja religión. Aunque el olor a incienso no era abrumador, impregnaba el aire junto con el humo acre de las velas. Sin embargo, lo más impresionante era la acústica del lugar. El profundo silencio que reinaba parecía un ser vivo y palpable. De manera inconsciente, Tom se puso a caminar con gran cautela para evitar que el eco del menor ruido que pudiera hacer se volviera contra sus sensibles oídos.

Por fin lo hicieron detenerse. Pero cuando comenzaba a relajarse, una mano fuerte lo agarró de pronto por el hombro. Entonces notó la caricia glacial del acero en la nuca.

SUR DE JORDANIA

Maria Benariac sonrió al cambiar de marcha en el Range Rover alquilado. El vasto y desierto paisaje que la rodeaba estaba sumido en el silencio, y no se veía en él la menor señal de vida. Mientras surcaba ese océano de arena en su vehículo provisto de aire acondicionado, María sentía una profunda sensación de paz. En la lejanía, distinguía apenas los cinco pilares rocosos, que se erigían en el desierto como las proas verticales de unos barcos hundidos. Desde la noche, tres días antes, en que había decidido visitar al Padre, se sentía muy positiva, e incluso se preguntaba por qué no lo habría pensado antes.

Aunque ya había estado en la Caverna de la Luz Sagrada en varias ocasiones, aquélla era la primera en que se presentaba sin avisar.

No obstante, sabía que encontraría a Ezequiel, pues tenía prevista una reunión con sus dos tenientes más antiguos. María estaba convencida de que después de hablar con el Padre, éste revocaría su decisión acerca del doctor Carter.

El sol brillaba en lo alto de un cielo azul cobalto y, mientras avanzaba por el desierto se dejó llevar por sus pensamientos. Se sentía como la hija pródiga que regresase al seno del Padre, y comprendió lo mucho que deseaba volver a verlo. Hacía casi cinco meses que no hablaban cara a cara y estaba impaciente por ver su expresión cuando se enterara de su visita sorpresa. Sí, seguramente se alegraría de verla y le otorgaría el derecho de completar la tarea que le habían asignado. ¿Acaso no le había dicho siempre que era una Némesis nata, que nadie más poseía su talento para los Ajusticiamientos ni se dedicaba con tanto ahínco a ellos? Esbozó una sonrisa al recordar su primer asesinato, el que hizo que el Padre reparase en ella.

A pesar de que la quinceañera Maria Benariac no toma a la ligera la decisión de matar al padre Angelo, le sorprende lo pronto que se le presenta la ocasión ideal.

Los acontecimientos han hecho que acabe por decidirse. Uno es el suicidio de la hermana Delphine, una joven novicia del orfanato; el otro la tercera violación a que la somete el padre Angelo.

Después de violada por primera vez el padre Angelo ha insistido en darle sesiones de «asistencia psicopedagógica» durante cada una de sus visitas al orfanato. Naturalmente, la servil e ignorante madre Clemenza la obliga a asistir a ellas, alegando que debería estar agradecida por el tiempo y las molestias que ese gran hombre se está tomando con su formación. Maria trata de esconderse cuando el padre Angelo la visita por segunda vez, pero él la busca y vuelve a violarla, sólo que de forma incluso más violenta que la primera vez. Maria piensa en enseñarle los morados a la madre Clemenza, pero sabe que no servirá de nada.

La tercera vez, ella se resiste, pero el padre Angelo la ata y la obliga a practicar el sexo oral antes de sodomizarla. Y mientras la penetra le dice que jamás olvide que es impotente ante él, que es su esclava y debe aceptar su condición. Después se jacta de que ella no es la única, de que también utiliza a algunas de las monjas más jóvenes para satisfacer su placer.

Diez días más tarde, encuentran a la hermana Delphine colgando de una viga sobre su cama. Está preñada de cuatro meses y es incapaz de soportar semejante deshonra. Nadie tiene ni idea de quién podría ser el padre, excepto Maria.

Cae entonces en la cuenta de que si no quiere acabar igual que la hermana Delphine, tendrá que matar al padre Angelo. No tiene otro lugar adónde ir, y deberá hacerlo de modo que nadie sospeche de ella. Está harta de que la castiguen.

Cuando dos semanas más tarde el padre Angelo llega al orfanato, Maria finge un servilismo total, como una chiquilla que se sometiera a su voluntad. Y cuando él le dice en voz baja que va a hospedarse en Calvi esa misma noche y lo ha arreglado todo para que ella vaya en secreto a la habitación del hotel, Maria acepta sin

protestar.

El padre Angelo sonríe ante su nuevo estado de sumisión y, tras entregarle la llave de su habitación en el hotel y cien francos, se marcha.

—Si sales después de la medianoche y vas en taxi a la ciudad, nadie se enterará. Utiliza la puerta lateral del hotel para que no te vean. Me asegurar  de que est s de regreso antes del amanecer.

Maria se guarda el dinero, pero no tiene intención de coger un taxi. Esa misma tarde se va a la cocina a vaciar los cubos de la basura, como de costumbre, y se lleva el cuchillo más grande que encuentra, oculto bajo la falda. Luego va a la lavandería y coge algo de ropa sucia del enorme montón que le toca lavar a la mañana siguiente. Por último, se dirige hacia el cobertizo de las bicicletas, saca la bici de la madre Clemenza y la esconde entre los densos matorrales junto a la verja principal.

El resto del día lo dedica a sus tareas, procurando distraerse de lo que ha planeado hacer. Desearía tener alguna amiga con quien hablar, pero las demás chicas siempre la han considerado una persona difícil y la tienen marginada. Cuando por fin se mete en la cama, empieza a temblar de miedo y emoción. No hay peligro de que se quede dormida antes de la hora acordada.

El padre Angelo merece morir, de eso está segura. Es preciso detenerlo antes de que haga daño a otra persona o la mate a ella. Viste los hábitos de Dios, pero actúa como un servidor del diablo. Dios quiere que lo mate. Ella es el instrumento de Dios y vengar  tanto al Señor como a sí misma. Lo que tiene pensado hacer es una acción buena y justa.

Espera treinta y cinco minutos pasada la medianoche antes de partir. Todos duermen en el edificio cuando abandona sigilosamente su dormitorio vestida con la ropa sucia, y con la suya, limpia, metida en una bolsa de plástico. Le resulta muy sencillo escabullirse del orfanato y sacar la bicicleta del escondite. A pesar de que el aire es fresco, cuando Maria llega al hotel Marina est  bañada en sudor. Deja la bicicleta al otro lado de la calle y entra en el aparcamiento con el rostro cubierto por una bufanda. Utiliza la llave para abrir la puerta lateral. La habitación est  en el primer piso. En el camino, Maria no se cruza con ningún otro huésped. Le sorprende lo tranquila que se siente ahora que ya est  all  y sabe que no hay vuelta atrás. Llama suavemente a la puerta del padre Angelo cuyo rostro picado de viruelas aparece casi de inmediato, con un brillo de deseo en los ojos. Echa un rápido vistazo a derecha e izquierda, y luego la hace entrar y cierra la puerta.

—Me alegro de que hayas venido, mi niña —le dice. Maria apenas tiene tiempo de darle una ojeada a la bonita habitación antes de que él se quite la sotana y se plante delante de ella, con el pene erecto, agresivo.

Sin tomarse la molestia de desnudarla, la obliga a arrodillarse y, con un gemido, le acerca a la cara su miembro hinchado.

—H nrame —susurra. Una vez más, Maria se extra a de lo tranquila que est . El terror que hubo de soportar durante las violaciones anteriores ha desaparecido. Por el contrario, se siente poderosa, dueña de la situación. Levanta la mirada hacia él, abre la boca y empieza a acercarse. Mientras ella introduce la mano derecha en su cinturón y saca el cuchillo, observa que él le sonríe desde arriba.

Ha estado pensando en la sangre y en el ruido, y desea reducirlos al mínimo. Así que cuando actúa lo hace rápido. En el momento en que su mano derecha le corta el pene, la izquierda coge la almohada que hay encima de la cama y la empuja contra el rostro a fin de sofocar sus gritos. Pero los gritos tardan varios segundos en llegar. Al principio, la expresión del padre Angelo refleja más sorpresa que dolor, como si fuese incapaz de creer que alguien pudiera hacerle algo así.

Pero a continuación se le doblan las rodillas y cuando hace amago de llevarse la mano a la entrepierna, Maria lo empuja hacia la cama.  l la mira con desconcierto y horror. Intenta debatirse y chillar, pero Maria le salta encima y le introduce la funda de algodón en la boca, amordaz ndolo. Acto seguido, le ata las manos con las sábanas manchadas de sangre. Hay sangre por todas partes, pero, lejos de sentir repugnancia, Maria experimenta una embriagadora sensación de júbilo.

Lo deja agonizando, impotente y en silencio sobre la cama, y tantea la moqueta empapada de sangre hasta que encuentra lo que busca. A continuación vuelve a subirse a la cama, mira a su atormentador a los ojos y, con una sonrisa, le pregunta:

—Dime,   la hermana Delphine también fue una de tus esclavas? Si me contestas sinceramente, llamar  a un médico —se siente ebria de poder al agitar el pene amputado frente a los ojos horrorizados del sacerdote—. Todavía est s a tiempo de salvar esto.   También la violaste a ella?

El padre Angelo mira fijamente el miembro ensangrentado y deshinchado en la palma de la mano de Maria, quien insiste. — Vamos! Dime que sí con la cabeza. El asiente lentamente.

—Bien. —Maria le retira la funda de almohada de la boca, pero, en el momento en que él abre los labios para gritar, le introduce el pene amputado en la boca y acto seguido vuelve a tap rsela—.   Quién es ahora el esclavo? —pregunta mirándole a los ojos desorbitados, mientras él farfulla entre arcadas, jadeando.

Maria lo observa tranquilamente agonizar y siente una enorme satisfacción cuando sus pupilas parpadean por última vez. Después de asegurarse de que ha muerto, se baja de la cama y, haciendo uso del filo ensangrentado del cuchillo, escribe sobre la zona aún blanca de las sábanas: «Ojo por ojo, diente por diente». Luego se quita la ropa manchada de sangre, se da una ducha en el cuarto de baño, limpia el cuchillo y se viste con la ropa limpia. Tras meter las prendas sucias en la bolsa de plástico, le echa un último vistazo a la carnicería, satisfecha de que se haya hecho justicia. A continuación, y sin tomarse la molestia de cerrarle los ojos al padre Angelo, abandona la habitación.

Mientras camina por el pasillo, ve la silueta de un hombre que aguarda en la oscuridad junto al cuarto del sacerdote. Se cubre bien la cara con la bufanda y sale huyendo del hotel procurando permanecer indiferente. Sin embargo, en el camino de regreso a casa tiene la sensación de que la siguen.

Una vez en el orfanato, se siente nuevamente a salvo. Ha devuelto el cuchillo y la bicicleta, ha dejado la ropa empapada de sangre en el fondo de la cesta y se ha metido sigilosamente en la cama. Piensa incluso que tal vez ha imaginado al hombre oculto en la oscuridad. Sólo ha estado fuera de casa cincuenta y cinco minutos.

Es imposible que alguien sepa que ha matado al padre Angelo. Pero una semana más tarde, cuando la madre Clemenza la llama a su despacho, Maria descubre que estaba equivocada.

El sapo parece trastornado desde que la hermana Delphine se suicidó y encontraron el cuerpo del padre Angelo. No obstante, ello no explica su extraño comportamiento cuando Maria entra en su estudio. Se muestra cariñosa, incluso maternal. Maria deduce que se debe a la presencia del hombre bajo y apergaminado, de ojos negros y traje oscuro, sentado frente a ella. El sapo sonríe y gesticula de manera harto servil en dirección a él. —Hola, Maria. Tienes una visita. —Lo dice como si Maria fuese tan popular que recibiese visitas todos los días—. Este caballero quiere hablar contigo.

La muchacha se queda de piedra. Sospecha de qué se trata, pero ¿qué pista pudo haber dejado en la escena del crimen que haya conducido a ese hombre hasta ella? ¿Cómo es posible que sepa que mató al padre Angelo?

El sapo se pone de pie repentinamente y se dirige hacia la puerta.

—Bueno, estoy segura de que tienen un montón de cosas de qué hablar, así que me retiro.

El hombre se levanta por cortesía y dice:

—Preferiría que no se nos molestara. —El tono de su voz hace que parezca una orden.

La madre Clemenza se frota las palmas de las manos contra el hábito y sonríe nerviosa.

—Como usted desee —contesta. Maria está asombrada. La madre Clemenza jamás ha abandonado su despacho a instancias de nadie, ni siquiera del padre Angelo.

Una vez que el sapo ha cerrado la puerta, el hombre se presenta e indica a Maria que se siente detrás del escritorio.

—Pero si ésa es la silla de la madre Superiora —dice ella. Los ojos negros brillan con malicia. —No le iré con el cuento si tú no lo haces. Maria sonríe y empieza a relajarse. Tal vez esté por algún otro motivo. Entonces, cuando se dispone a sentarse, él pronuncia unas palabras que hacen que le tiemblen las piernas.

—Maria, sé que mataste al padre Angelo. Uno de mis amigos te vio entrar y salir de su habitación en el momento en que fue asesinado.

La muchacha se desploma en la silla del sapo y baja la mirada. Está claro que es inútil negarlo.

—Era perverso. Dios quiso que me vengase de él. Me violó tres veces e hizo que la hermana Delphine se suicidara. —Pronuncia las palabras de manera automática, convencida de que no va a creerle.

—Ya lo sé —le oye decir—. El padre Angelo era un hombre malvado que merecía morir.

Atónita, Maria levanta los ojos y ve que el hombre está sonriendo. Es una sonrisa de afecto y comprensión, como la que un padre dedicaría a una hija traviesa. Se sorprende al notar un nudo en la garganta y que se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Sabes por qué has sufrido, Maria? —pregunta él como si lo supiera todo de ella.

Maria se limita a sacudir la cabeza, pues teme hablar.

—Porque eres especial —añade él.

—¿Especial?

—Elegida.

—No entiendo.

—Dios te ha escogido para que le sirvas. Te ha otorgado grandes virtudes: inteligencia, belleza y coraje. Pero también te ha dado un gran sufrimiento para ponerte a prueba. Ahora que has superado este sufrimiento, es hora de prepararte para una labor aún más importante. ¿Me comprendes?

Maria lo mira a sus ojos oscuros y asiente lentamente. Sí que comprende. De repente todo empieza a cobrar sentido. Estaban poniéndola a prueba para cosas mejores. Su Dios la ha elegido y ahora este hombre la ayudará a encontrar su destino.

—Tienes talento y pasión —dice él con una sonrisa que arruga su rostro apergaminado—. Y si estás de acuerdo, lo he dispuesto todo para sacarte de este sitio. Maria sonríe. Es la decisión más fácil de su vida.

El mero recuerdo de la sonrisa de Ezequiel alentó a Maria mientras se aproximaba a los cinco pilares de roca. Evidentemente, por aquel entonces no sabía que la hermana Delphine era la sobrina del hermano Culas, uno de los miembros más antiguos de la Hermandad; ni que antes de suicidarse la novicia había escrito una carta a su tío contándole todo acerca del padre Angelo. Resultaba que el hombre que la había visto abandonar la habitación del sacerdote era su predecesor, el último Némesis, a quien la Hermandad había enviado a hacer lo que Maria ya había hecho. También fue Némesis, a punto de jubilarse, quien recomendó a la precoz muchacha de quince años como su sucesora. Y Ezequiel había estado indagando acerca de su vida antes de ir a verla al orfanato.

A partir de ese momento, la vida de Maria cambió. Siguió cinco años en la escuela de adiestramiento dirigida por el hermano Bernard, donde le enseñaron desde idiomas hasta el modo de realizar Ajusticiamientos, así como la historia y las

enseñanzas de la Hermandad. Por primera vez en su vida Maria tuvo la sensación de pertenecer a una familia y creyó firmemente en lo que estaba haciendo. Aún recordaba el orgullo que había sentido cuando después de cinco años la llevaron a la Caverna de la Luz Sagrada para su ceremonia de iniciación. No experimentó dolor alguno cuando Ezequiel le clavó la daga ceremonial en el antebrazo. Más tarde, aquel mismo día, Ezequiel la colmó de elogios y le dijo que era la novicia que mayor dedicación había demostrado.

Al cabo de dos años la nombraron la nueva Némesis y durante los trece siguientes tuvo un historial sin precedentes.

Hasta que llegó Estocolmo. Hasta el doctor Carter. Apretó las mandíbulas al recordarse rápidamente que pronto subsanaría ese error. Vio un helicóptero y dos Land Rovers estacionados junto al peñón más alto, y se dirigió hacia la entrada de la cueva. Dos hombres apostados allí la observaron detenidamente mientras se encasquetaba la gorra de béisbol en la cabeza rapada. Maria apagó el motor y salió al calor abrasador. Cerró la portezuela del Range Rover de un portazo y fue directa hacia los dos hombres.

Justo en el momento en que la boca del primero se abría de forma desafiante, Maria le tendió la mano derecha y dijo:

—Dios lo salve. El hombre suavizó la expresión, hizo un gesto de asentimiento y le estrechó la mano. A continuación alargó la otra para tomarle la izquierda, formando una cruz con los brazos, y repuso: —Para que pueda salvar a los justos. Sesenta metros más abajo, el temor del doctor Carter se convirtió en alivio cuando la hoja de la navaja fue retirada de su cuello para cortar la venda.

Se volvió y, conforme sus ojos se acostumbraban a la luz dorada, vio a Helix de pie a su lado, con un cuchillo en la mano y una leve sonrisa en los labios.

Helix hizo un amplio ademán con la mano derecha, abarcando la vasta cámara subterránea que se extendía ante ellos.

—Doctor Carter, bienvenido a la Caverna de la Luz Sagrada, el santuario de la Hermandad del Segundo Advenimiento.

Tom quedó maravillado ante el alto techo esculpido y abovedado que sostenían unos pilares de roca tan gruesos como robles. El resplandor dorado provenía de las innumerables velas que ardían sobre un estrecho resalte situado a media altura de las paredes de casi diez metros de alto. Sus parpadeantes haces de luz danzaban sobre la superficie cincelada del techo de piedra rojiza. La iluminación venía reforzada por antorchas y lámparas de gas colocadas en soportes metálicos en cada uno de los pilares. Las paredes estaban adornadas con tapices de aspecto antiguo que, colocados sobre rieles de hierro, ondeaban como las velas de pequeños barcos. En cada tapiz estaban representadas escenas religiosas que parecían cobrar vida a la luz oscilante de las velas.

Al fondo de la cueva había un altar engalanado con una tela blanca decorada con una cruz de color rojo sangre. Tom fijó de inmediato su atención en la fulgurante

llama inusualmente blanca que ardía justo delante del altar. Al parecer brotaba de un agujero abierto en el suelo de roca, y su luz deslumbrante iluminaba una enorme puerta de piedra en la pared de detrás del altar.

En el centro de la cámara, sobre el viejo pavimento de mosaico, había una mesa enorme que se adecuaba a las dimensiones de la caverna. Cuencos y bandejas llenaban el grueso tablero de madera, que a su vez descansaba sobre unas patas talladas que representaban las garras de un águila. Alrededor de la mesa había seis sillas igual de suntuosas. Todas estaban vacías.

Tom percibía perfectamente el poder hasta cierto punto desazonador que poseía aquel lugar. Era como un enorme mausoleo que contuviese la suma de todas las creencias antiguas del hombre.

—Bienvenido, doctor Carter. Nos alegra que haya decidido venir.

La voz, potente y masculina, cogió a Tom por sorpresa. No había reparado en las dos figuras que se encontraban de pie bajo los pilares, al fondo de la caverna, pues en semejante entorno pasaban prácticamente inadvertidas. El hombre que acababa de hablarle era muy bajo, y en aquella enorme cueva lo parecía aún más.

—Doctor Carter —dijo Helix—, permítame que le presente al padre Ezequiel de la Croix, líder de la Hermandad del Segundo Advenimiento, y al hermano Bernard.

Ezequiel se dirigió hacia él. —Le pido disculpas por el modo en que lo han traído hasta aquí, pero llevamos dos mil años protegiendo nuestra intimidad.

—Lo comprendo —contestó Tom—, siempre que ello signifique que su invitación fue sincera y que mi viaje no ha sido en vano.

—Creo estar en condiciones de garantizárselo. Tom era incapaz de reconocer su acento, una extraña mezcla de francés y alguna lengua de Oriente Medio. Cuando Ezequiel se acercó a él, Tom advirtió que a pesar de que aún sonreía a modo de saludo, sus ojos oscuros lo escrutaban intensamente. El hombre apergaminado de pelo blanco y fino como la seda era muy anciano, y Tom calculó que no debía medir más de un metro sesenta, casi treinta centímetros menos que él. Aun así, su presencia era tal que Tom sabía que la diferencia de estatura no lo intimidaría.

Ezequiel tendió una mano delgada semejante a una garra, en uno de cuyos dedos nudosos había un grueso anillo de metal coronado con el rubí más grande que Tom había visto jamás. Reconoció de inmediato el engaste en forma de cruz, pues figuraba en el sello de lacre del sobre que había recibido. Cuando estrechó la mano de Ezequiel, notó una piel escamosa y reseca. El rostro del hombre era exactamente igual: fino pergamino sobre unas facciones descarnadas. Tom pensó que si se le ocurriese frotar con fuerza suficiente, la piel se le quedaría en las manos, dejando al descubierto el cráneo. Bajo el traje oscuro y el fajín del anciano, Tom advirtió que la magra figura de Ezequiel transmitía una gran fortaleza. Sin embargo, su verdadero poder radicaba en sus ojos negros e inteligentes. Eternamente jóvenes, centelleaban con una astucia siempre alerta. No era un hombre a quien subestimar o tomar a la ligera, ni en quien confiar de entrada.

—Ya conoce al hermano Helix —dijo Ezequiel—. Es científico como usted, doctor Carter. Dirige nuestro Primer Imperativo y nos mantiene al corriente de los últimos adelantos. —Se volvió hacia el tercer hombre—. El hermano Bernard se encarga de... —Hizo una pausa como si buscara la expresión adecuada—. Nuestras medidas de seguridad.

Carter estrechó la mano del hermano Bernard. Con su cabello gris y su canosa barba de chivo, aparentaba unos setenta años, lo que lo hacía mayor que Helix. Era un hombre corpulento de un metro ochenta de estatura. Su boca, con el labio inferior carnoso, le daba el aspecto irascible de un cruel escolar. Tom Carter sintió antipatía por él desde el primer momento.

—¿Quién es usted? —preguntó Tom—. Y ¿qué es el Primer Imperativo? Ezequiel esbozó otra de esas sonrisas que parecían excluir los ojos.

—Todo a su debido tiempo, doctor Carter, todo a su debido tiempo. —Señaló la suntuosa mesa—. Venga. Hablemos de la unión de nuestros recursos. Nuestros tesoros del pasado con su tecnología del futuro.

Antes de que Tom pudiese pedirle más explicaciones, el anciano se volvió de manera sorprendentemente ágil y se dirigió con paso decidido hacia la mesa.

—Tenemos comida y bebida. Debe de estar hambriento después de tan largo viaje.

Tom se moría de sed. Comprobó la hora en su reloj de pulsera mientras el hermano Helix lo conducía hacia su asiento. Hacía casi tres horas que había aterrizado en Tel Aviv. Se preguntó qué hora sería en Boston y calculó que Holly ya debía de estar en el colegio.

Ezequiel se sentó a la cabecera de la mesa, con el altar y la deslumbrante luz blanca a su espalda. Los dos hermanos se colocaron a los lados.

Tom, sentado junto a Helix, vio que sólo utilizaban una pequeña zona de la amplia mesa e intentó adivinar cuántas personas cabrían en total; seguramente el triple que en ese momento ocupaban las seis sillas.

—Por favor, coma —dijo el viejo, señalando la impresionante variedad de comida y bebida dispuesta sobre la mesa.

Así era como Tom siempre había imaginado un banquete medieval. Había grandes fuentes de peltre con dátiles, higos, granadas y queso; bandejas repletas de cordero, filetes y pollo; y cuencos de alimentos en escabeche y pámpanas rellenas. Junto a la comida, había jarras de barro llenas de agua y de vino al lado de copas tan antiguas como ornadas. Helix cogió una de las jarras de vino y sirvió el líquido aromático de color rubí oscuro en la copa de Tom, en tanto el hermano Bernard le acercaba las bandejas de comida.

Pese a lo nervioso que estaba, Tom cayó en la cuenta de que llevaba horas sin comer. Jack, paranoico como siempre, le había advertido que no tocara nada. Pero dado el trato que le habían dispensado hasta ese momento, Tom no veía ningún peligro. Si aquella gente tenía intención de hacerle daño, estaba convencido de que ya

lo habría hecho.

La acústica del lugar pareció amplificar la voz de Ezequiel cuando habló de nuevo.

—Puesto que es nuestro invitado, creo que será mejor que tome yo el mando. Mientras usted se repone, le hablaré de nuestra organización. Luego pasaremos a negociar.

Tom asintió como si tuviese elección y se llevó el vino aromático a los labios secos. El líquido, fuerte y embriagador, le pareció extrañamente refrescante. Procurando dominar su creciente excitación, advirtió que estaba empezando a disfrutar de aquel inusual encuentro.

Ezequiel de la Croix se puso de pie y su pequeña figura proyectó una sombra gigantesca sobre el pilar más cercano. Examinó a su invitado detenidamente antes de comenzar. Se alegraba de que el doctor Carter hubiese aceptado su invitación, y estaba francamente impresionado con su comportamiento. El científico era muy distinto del pretencioso iconoclasta que Ezequiel había esperado encontrar. Recorrer medio mundo por la mera posibilidad de que unos perfectos desconocidos tuviesen lo que buscaba demostraba lo mucho que valoraba la reliquia de la Hermandad. Ezequiel era incapaz de creer que sus motivaciones fueran puramente económicas. El científico ya tenía más dinero del que necesitaría jamás. Pero cualesquiera que fuesen sus razones, la conducta y la dedicación del doctor Carter auguraban que se mostraría receptivo a la propuesta.

—Permítame empezar por el principio —dijo Ezequiel—. Hace dos mil años, Lázaro, el hombre al que Cristo resucitó de entre los muertos, presencié el horror de su crucifixión y juré que a las religiones corruptas jamás se les permitiría cometer el mismo delito. La noche después de la crucifixión, Lázaro tuvo un sueño en el que veía esta antigua cueva y la luz que ardía aquí. Al día siguiente condujo a sus seguidores hasta este lugar sagrado, que por siempre quedaría libre de persecución. La Hermandad del Segundo Advenimiento tenía un objetivo primordial: esperar el regreso del nuevo Mesías con el fin de identificarlo y ungirlo en la llama sagrada. Este sencillo objetivo, llamado Primer Imperativo, es lo que sigue guiándonos.

Ezequiel se volvió hacia la llama blanca. —Ésta es la luz sagrada que da nombre a la caverna. Aquí es donde tuvo lugar el primer encuentro del Círculo Interno de la Hermandad y donde rezaban ante el altar del fuego sagrado.

Ezequiel de la Croix miró nuevamente a Tom Carter y comprobó con satisfacción que el científico lo escuchaba con atención.

—En el sueño, Lázaro vio que el blanco puro de la llama se volvía anaranjado cuando Cristo murió por nuestros pecados. Pero le dijeron que cuando retornase la llama blanca, también lo haría el Mesías. El fuego sagrado sólo ha sido blanco dos veces en dos mil años. —Hizo una pausa y se acercó a la llama—. Una, cuando Jesús de Nazaret caminaba por la tierra. Y la otra, ahora. Hoy. Durante los últimos treinta y

cinco años, el Nuevo Mesías ha estado entre nosotros, y es nuestro deber encontrarlo.

Carter frunció el entrecejo con expresión de sentirse incómodo.

—¿Cómo saben que su Mesías se encuentra ahora en la tierra? ¿No podría ser el cambio producido en la llama mera coincidencia, fruto de un cambio geológico, de un gas diferente?

—Lo sabemos —sentenció Ezequiel de la Croix con tono de impaciencia.

Carter cogió un trozo de pollo. —¿Y cómo piensan encontrar a ese Nuevo Mesías? —Con su ayuda, doctor Carter. Ezequiel regresó a su asiento e hizo una señal con la cabeza al hermano Helix, quien se ajustó las gafas de montura metálica y dijo, inclinándose hacia Carter.

—Pensamos encontrar a nuestro Mesías a través de su Proyecto Caná.

—No le comprendo. —Hemos estado observándolo. Sabemos que usted y su equipo han estado intentando localizar una muestra del ADN del Señor.

Carter permaneció callado. Helix juntó las manos formando un triángulo y se puso a contemplar sus uñas.

—Buscar el ADN de Cristo parece un pasatiempo muy inusual para un ateo. Pero quizá sus motivaciones sean comerciales. ¿Acaso piensa que puede extraer algún remedio milagroso de los genes de nuestro Señor? Eso sí que sería valioso; contar con la exclusiva de una medicina capaz de curarlo todo.

Carter seguía sin pronunciar palabra. —Sin embargo, no ha tenido la suerte de encontrar una muestra auténtica, ¿verdad? —inquirió el hermano Bernard.

El científico bebió un sorbo de vino y repuso tranquilamente:

—No, por eso estoy aquí. Bernard esbozó una sonrisa cruel. —Primero necesitaríamos acceder a su base de datos de IGOR. La cual, supuestamente, no debería existir.

—¿Para qué quieren acceder a IGOR? Ezequiel quedó tan asombrado por la pregunta como los otros dos hermanos. Estaban convencidos de que el doctor Carter ya habría imaginado para qué necesitaban acceder a su base de datos de más de cien millones de personas.

El hermano Helix frunció el entrecejo. —Pues para encontrar al Mesías, naturalmente. Ezequiel advirtió en el rostro del doctor Carter que aquellas palabras habían sido para él una verdadera revelación. Era evidente que nunca se le había ocurrido que un ser humano vivo pudiera poseer los genes divinos de Cristo. Carter permaneció callado por unos instantes, como si considerase las consecuencias de todo aquello. Al fin arrugó el entrecejo y preguntó al hermano Helix: —¿No cree que este nuevo Mesías ya se habrá enterado de sus poderes? ¿No les habría llamado ya la atención?

Helix negó con la cabeza. —No necesariamente. Puede que de pequeño fuese consciente de esos dones y luego «aprendiera» que no debería ser capaz de hacer esas cosas. Pudo haber reprimido su extraño talento con el fin de adaptarse y no ser considerado diferente de sus amigos. En ese caso, tal vez sus poderes hayan quedado

latentes.

Carter asintió, pensativo. —O bien —prosiguió Helix— quizá no sea consciente de su don genético y sencillamente no lo utilice. Al fin y al cabo, toda habilidad debe desarrollarse mediante el uso y la práctica.

Carter se encogió de hombros. —Es posible —comentó. Siguió una pequeña pausa, y Ezequiel advirtió que los dos hermanos le lanzaban una rápida mirada.

Ezequiel se aclaró la garganta y dijo:

—Y bien, doctor Carter, si tuviese el ADN de Cristo, ¿cree que podría utilizar su genescopio y a IGOR para encontrar a nuestro Mesías?

—Si existe —repuso Carter tras un breve silencio—, y está en la base de datos, entonces sí. Al menos eso supongo.

Bernard y Helix se volvieron de inmediato a Ezequiel con una sonrisa triunfal. Tal vez aquella alianza impía llegase a funcionar.

—Doctor Carter, si le entregamos una muestra auténtica, deberá satisfacer su parte del trato e invertir todos sus recursos en la búsqueda de esa persona poseedora de los genes de Cristo. De lo contrario, nos veremos obligados a... reaccionar. — Ezequiel miró fijamente al científico. Era imprescindible que supiera que si no cumplía con su parte del acuerdo, sería castigado.

Carter sonrió. —No se preocupe. Estoy tan interesado como ustedes en encontrarlo. Sin embargo, no olviden un pequeño detalle. Necesitamos una muestra auténtica. Sin ella, toda esta conversación sobre el trato se reducirá a eso: a una simple conversación.

Ezequiel guardó silencio por un instante y se miró las manos, en cuyo dedo nudoso el rubí refulgía como una brasa ardiente. Aquél era el momento de la verdad. Hasta allí habían llegado.

—Entonces, a trabajar —dijo poniéndose nuevamente de pie. Se volvió hacia el altar—. Venga doctor Carter. Me gustaría enseñarle algo.

CRIPTA DE LA REMEMBRANZA

TOM CARTER siguió a Ezequiel de la Croix hasta el altar. Tenía la mente acelerada después de lo que acababa de oír. El hecho de que hubiesen descubierto a IGOR sólo confirmaba lo que decía la invitación, pero la idea de que alguien con vida pudiese poseer los mismos genes que Cristo era tan sencilla que resultaba maravillosa. Abría todo un nuevo camino para ayudar a Holly. Una vez que DAN analizase el genoma de Cristo, Tom estaría en condiciones de utilizar cualquier base de datos de ADN para buscar a un ser vivo que poseyera los mismos genes. Observó a Ezequiel pasar por delante de la llama blanca que brotaba de un agujero en el suelo cubierto de líneas plateadas, y dirigirse hacia una puerta cerrada en la pared de piedra que se alzaba detrás del altar. A la izquierda de la puerta, una estaca de madera sobresalía de la pared de roca, a la altura de la cintura. De su extremo pendía un nudo corredizo de cáñamo.

Cuando Tom pasó por delante, rozó intencionadamente el lazo con la mano.

—Le sugiero que no toque eso —dijo Ezequiel con firmeza.

Tom apartó la mano.

—¿Por qué? ¿Qué es?

Ezequiel le dirigió una extraña sonrisa.

—Es lo que podríamos llamar una última precaución. Por favor, déjelo. —A continuación se agachó y tiró de otra palanca de madera oculta en el suelo detrás del altar.

La puerta se deslizó hacia un lado con un sonido chirriante. Sólo había espacio suficiente para entrar en fila india. Cuando Ezequiel franqueó el umbral, Tom esperó a Helix y a Bernard, pero éstos no se movieron. Estaba claro que él y Ezequiel iban a entrar solos.

Al otro lado de la puerta se percibía un olor diferente, aún más a moho y a viejo. El reducido espacio no presentaba el menor interés. Estaba alumbrado por dos lámparas eléctricas alimentadas por un pequeño generador de gasolina. Tom imaginó que habría poco oxígeno en aquella estancia alta y poco profunda. De pronto advirtió que enfrente había otra puerta y comprendió de inmediato que no se hallaban en una habitación, sino en una zona intermedia entre la amplia caverna y lo que hubiese detrás de la segunda puerta. Efectivamente, Ezequiel se volvió y tiró de otra palanca a su espalda, cerrando así la puerta que acababan de cruzar y encerrándolos allí.

Tom observó al anciano líder de la Hermandad caminar hacia la segunda puerta y tirar de otra palanca. Esta puerta se abrió con un sonido similar a la primera, y tras ella apareció un espacio sumido en una oscuridad total. Ezequiel desapareció en él. Tom oyó el sonido de un interruptor y una luz intensa iluminó de pronto la sala.

—Ésta es nuestra Cripta de la Remembranza —anunció Ezequiel sin más explicaciones.

La primera impresión de Tom una vez que las luces dejaron de deslumbrarlo fue de decepción. No esperaba encontrarse con un tesoro de oro y piedras preciosas, pero sí con algo más que aquello. La habitación, de escaso atractivo, parecía un híbrido entre la amplia alacena de un conserje y un minúsculo y polvoriento museo. Las paredes estaban cubiertas por unos largos estantes desvencijados repletos de cajas, documentos y extraños artefactos. Sobre el irregular suelo de piedra descansaban cinco cofres antiguos. Y al fondo de la estancia, una escalerilla de cuerda colgaba de una estrecha fisura abierta en el techo rugoso. De ésta surgía una brisa prácticamente imperceptible, y Tom dedujo que aquella grieta debía de conducir hasta la superficie, si uno contaba con el vigor y la motivación suficientes para trepar por ella. En la pared del fondo, junto a la escalera de cuerda, había una cavidad de no más de un metro de alto cubierta por una cortina de tela. A primera vista al menos aquella habitación no parecía contener nada valioso.

Tom se acercó a una de las cajas y miró en su interior. Vio unos pergaminos bien conservados que debían de tener cientos, tal vez miles de años, así como libros antiguos escritos en lenguas desconocidas. A continuación se fijó en el estante y reconoció vagamente armas y demás objetos que habían sobrevivido a las civilizaciones que los crearon. Se echó hacia atrás y examinó la pequeña habitación con nuevos ojos, sintiéndose nuevamente emocionado. Incluso con su mirada inexperta, era capaz de apreciar que los tesoros que encerraba aquella cápsula del tiempo no sólo eran valiosos, sino de un valor inestimable.

Se sintió especialmente atraído por un pergamino que estaba en una repisa de piedra. Había algo en la escritura descolorida sobre el papel resquebrajado que le resultaba fascinante. Se inclinó sobre el frágil documento para examinarlo de cerca, pero sin osar tocarlo. Advirtió que Ezequiel lo observaba detenidamente.

—Ése es el relato del sueño de Lázaró, escrito de su puño y letra —explicó el viejo—. Describe este lugar y la profecía de la llama sagrada tal como aparecieron en su visión. También traza los objetivos y las leyes de la Hermandad, que han permanecido prácticamente inalterados durante veinte siglos.

Tom Carter asintió lentamente con la cabeza, tratando de asimilarlo todo, observando los estantes hasta que sus ojos se posaron sobre un retazo doblado de tela raída. Parecía muy sucio y estaba cubierto por un envoltorio protector de cuero.

—¿Sabe lo que es eso? —le preguntó Ezequiel. Tom negó con la cabeza, aunque estaba seguro de que su padre sí lo sabría. Alex daría lo que fuera por ver cualquiera de aquellos tesoros.

El anciano bajó la voz en señal de deferencia. —Ése es el sudario de nuestro Señor. Tom era ateo, pero aun así no pudo evitar estremecerse. —Yo creía que se encontraba en Turín. Ezequiel soltó una risotada desdeñosa. —Eso no es más que un montaje de circo para engañar a los cándidos y asegurarse su lealtad..., y su dinero.

Tom no dijo nada. ¿Qué podía decir? Por primera vez en su vida estaba viendo lo que parecía una prueba de la existencia de una religión que había rechazado durante la mayor parte de su vida. A pesar de que la trascendencia histórica de los objetos era innegable, seguía sin estar convencido de su importancia espiritual.

Con el rabillo del ojo detectó un casco antiguo con protector para la nariz. Y a su lado, apoyada contra la pared como un bate de béisbol en la taquilla de un chaval, estaba la espada más grande que Tom había visto jamás. Su impresionante hoja bruñida era de grueso acero templado, la pesada empuñadura estaba ornamentada con osados motivos y el puño envuelto en un tejido desgastado que no reconoció. En la base, incrustado en el metal, había un enorme rubí, el doble de grande que el del anillo de Ezequiel. La espada parecía tan pesada como una viga y era imposible imaginar que alguien pudiese levantarla, y mucho menos manejarla en el campo de batalla.

—Esa espada y ese casco pertenecieron a sir Antoine de la Croix —informó Ezequiel con evidente orgullo—, un cruzado de los Caballeros Templarios guarnecidos en el castillo de Krak de Chevaliers, en Siria. Se convirtió en líder de la Hermandad hace casi mil años. Yo soy descendiente directo de su linaje.

—La espada es increíble. Pero ¿cómo la utilizaba? Es enorme. Ezequiel se encogió de hombros. —Entonces los hombres eran más disciplinados —respondió con tono nostálgico.

Tom examinó otros pergaminos y luego reparó en una impresionante lápida de piedra. Había un texto tallado en su superficie, pero Tom no entendía los caracteres. Sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿De dónde ha sacado todos estos tesoros? —preguntó—. Y ¿por qué los mantiene ocultos del resto del mundo?

El anciano lo atravesó con la mirada. —Nuestro fundador y sus posteriores seguidores han salvado, rescatado y conservado estos objetos de generación en generación durante los dos últimos milenios. —Asintió, pensativo—. Doctor Carter, la historia no es una ciencia. Es sólo memoria. La memoria selectiva de los hombres poderosos. Si los poderosos deciden olvidar algo del pasado, o cambiarlo, pueden hacerlo. Pero no se puede discutir con la evidencia. La historia es como la fe; depende de aquello en lo que creemos. Pero a diferencia de la fe, nuestra visión o memoria de la historia puede confirmarse con testimonios. —Abarcó la estancia con un ademán de sus frágiles manos—. Estos objetos constituyen nuestro testimonio y nos ayudan a conservar la fe. Mientras sobrevivan y se mantengan a salvo de los políticos de hoy en día, ávidos de poder, que pretenden matar la religión, siempre tendremos pruebas de aquello en lo que creemos. De lo que sabemos íntimamente.

De repente Tom sintió el malestar propio de un advenedizo. Suponía que Ezequiel debía de considerarlo, por ser ateo y científico, como uno de esos personajes ávidos de poder resueltos a erosionar la trascendencia de la religión utilizando la promesa del futuro con el fin de borrar la trascendencia del pasado.

—¿Piensa que por el hecho de haber visto estas pruebas creeré en lo que usted cree?

—Tal vez —contestó el viejo encogiéndose nuevamente de hombros.

—Pero la historia no tiene nada que ver con la religión. Creo que Kennedy existió y que fue un gran hombre, pero no por ello lo venero.

—Piense en una cosa, doctor Carter. Si no hubiésemos creído en la divinidad de Cristo y procurado ratificar nuestra fe en él coleccionando los objetos que aquí ve; si en cambio hubiésemos optado por hacer caso omiso del pasado y avanzar a ciegas hacia un futuro tecnológicamente pasmoso pero espiritualmente arruinado; si hubiésemos hecho esto, ¿poseeríamos lo que usted anda buscando?

Tom se encogió de hombros. El hecho de que la Hermandad utilizase las reliquias para justificar su fe, así como el evidente desprecio de Ezequiel por el deseo de la humanidad de hacerse cargo de su propio destino, despertaban en él sentimientos muy intensos, aunque aquél no era el momento de discutir acerca de ellos.

Ezequiel lo miró fijamente por un instante, se volvió bruscamente y dijo:

—Ya hemos hablado bastante. Deberíamos pasar al tema que nos ocupa.

Cogió una pequeña llave de oro que llevaba colgada del cuello y se dirigió hacia el nicho que había al fondo de la estancia. Descorrió la cortina de tela, dejando al descubierto una ornada jaula dorada de alrededor de un metro de alto, con la cubierta a dos aguas y las paredes de celosía. El acabado era asombroso.

Tom contempló al anciano inclinarse despacio y abrir con la llave la puerta enrejada. Oyó que las bisagras chirriaban por falta de uso mientras Ezequiel metía la mano lentamente. El hombre pareció tardar una eternidad en volver a enderezarse. En sus manos sostenía algo semejante a un pequeño cofre de metal incrustado de piedras preciosas. Tom aguzó la vista cuando Ezequiel lo abrió, pero la tapa ocultaba su contenido.

El anciano lo miró y dijo:

—Nuestro fundador, Lázaro, lo trajo junto con el sudario para que sirviese de recordatorio de lo que sucedió el día en que la humanidad crucificó a nuestro salvador.

Tom permaneció boquiabierto mientras Ezequiel se acercaba a él sujetando contra el pecho la cajita abierta. En uno de los lados del cofre, parecía haber unos rubíes engastados en plata, formando una cruz. Cuatro esmeraldas adornaban el oro batido de cada esquina.

—Ni una sola vez en dos mil años ha sido permitido sacarlos de esta cripta.

Ezequiel miró fijamente a Tom y tendió hacia él sus brazos delgados y nervudos. El primoroso cofre se encontraba ya a unos pocos centímetros. Las firmes manos de Tom el cirujano temblaron cuando tomó la cajita e intentó ver lo que contenía por encima de la tapa. Lo que fuese estaba parcialmente oculto sobre un fondo de seda púrpura.

Entonces advirtió de qué se trataba, o al menos eso le pareció. Se volvió hacia

Ezequiel e intentó hablar.

El anciano percibió su asombro y asintió despacio en señal de confirmación.

—Si duda, tóquelos —susurró. Tom depositó el cofre en su mano izquierda y extrajo con delicadeza los dos objetos ocultos entre la seda. Así, colocados sobre la palma de su mano derecha, no cabía la menor duda de lo que eran: un clavo herrumbroso de quince centímetros de largo y un diente humano amarillento.

Desde el exterior de la entrada a la Caverna de la Luz Sagrada, Maria Benariac comprobó que la reunión estaba tocando a su fin. Los guardias internos que protegían el santuario de la Hermandad le habían permitido entrar sin dar aviso a condición de que permaneciese fuera de la caverna y no molestase al Padre. Llevaba más de una hora esperando y estaba impaciente por darle una sorpresa.

Cuando atisbo por la puerta entreabierta, vio al Padre de pie más allá de los pilares en compañía del hermano Bernard y del hermano Helix. Tenían una visita, de modo que Maria debería contener su impaciencia. Asomó la cabeza para averiguar quién era el desconocido, pero éste se hallaba oculto entre las sombras que proyectaban las columnas. A pesar de que ella no alcanzaba a oír de qué hablaban era evidente por sus movimientos y por el tono de la conversación que se disponían a marcharse.

En ese preciso instante, Helix se inclinó hacia el invitado y le tendió la mano. Y cuando el extraño se la estrechó, Maria vislumbró su alta silueta, algo en su porte le resultó familiar.

El grupo echó a andar hacia ella cruzando la enorme cámara. Maria los observó con mayor detenimiento. Su andar pausado sugería que acababan de concluir algún asunto importante de modo satisfactorio. A continuación fue Bernard quien le estrechó la mano al desconocido. El apretón parecía sincero. El visitante debía de ser muy apreciado por la Hermandad para que el adalid del Segundo Imperativo lo tratase con semejante respeto. Con ella nunca había manifestado tanta deferencia.

Los cuatro hombres se detuvieron a unos treinta metros y se pusieron a hablar, pero el murmullo de sus voces resultaba ininteligible. El visitante sostenía un pequeño paquete en la mano izquierda. Sin embargo, Maria seguía sin verlo con claridad a causa de los pilares. Observó que Bernard se acariciaba la ridícula barba de chivo y que Helix asentía a las palabras del Padre, quien al lado de éste y del alto visitante parecía aún más bajo.

De pronto Maria oyó unos pasos a su derecha y un hombre surgió de la oscuridad. Seguramente había estado aguardando en silencio al otro lado de la puerta, tal vez en calidad de guardia. El hombre se dirigió hacia el centro de la caverna para reunirse con los demás y, cuando pasó por delante de la primera gran antorcha, Maria lo reconoció. Era Gomorra.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué lo habían invitado a él a la Caverna de la Luz Sagrada para vigilar una reunión a todas luces importante? Gomorra no era más que

el segundo operario. Ella era la primera. Y aun así, era él el que estaba allí, incluido, implicado, valorado.

A Maria le hirvió la sangre de resentimiento cuando vio al Padre saludar a su rival. Luego aquél se volvió para estrechar la mano a su invitado. Tal vez fuese únicamente su imaginación, alimentada por el disgusto de ver allí a Gomorra, pero el firme apretón de Ezequiel sugería un vínculo que hacía que se sintiese celosa. Sin duda ese visitante debía de ser un personaje poderoso. En ese momento giró la cabeza hacia la luz.

Se trataba del doctor Carter. Maria no podía creerlo. ¿Cómo era posible que el blasfemo científico se encontrase en la Caverna Sagrada de la Hermandad? Sacudió la cabeza, como para poner en orden los pensamientos y controlar sus emociones. Sabía, por lo que había aprendido en el campo de adiestramiento, que el dominio de uno mismo era fundamental. Por unos segundos le costó enfocar la vista, pero después de respirar hondo varias veces volvió a verlo todo con claridad. No estaba equivocada. El doctor Carter se encontraba ahí, y no como prisionero o enemigo, sino en calidad de invitado de honor. ¿Qué ardid habría utilizado para lograr que el Padre lo recibiera como invitado y estrechase su mano en señal de amistad?

Sintió que le daba un vuelco el corazón cuando de pronto el grupo echó a andar hacia la puerta donde ella se encontraba. Se ocultó entre las sombras y procuró guardar la calma mientras Gomorra y Bernard, seguidos de los demás, pasaban a pocos centímetros de ella. El doctor Carter se hallaba tan cerca que habría podido tender la mano y tocar uno de sus cabellos negros. Ahora se oían claramente sus palabras de satisfacción.

—¿De modo que estamos conformes? —dijo el Padre Ezequiel mientras le ofrecía la mano a modo de despedida.

—Sí —respondió el doctor Carter—. Le informaré en cuanto encontremos genes excepcionales en la muestra. Y naturalmente, me pondré en contacto con usted cuando demos con alguien que concuerde con su Mesías, si ese hecho se produce.

¿Alguien que concordase con el Mesías? Maria no daba crédito a lo que oía. Ezequiel y Carter estaban trabajando juntos.

Era evidente que el científico había convencido al Padre de que colaborase con él. Habían fraguado una alianza tan impía que Maria no salía de su asombro. No era de extrañar que le hubieran ordenado que se alejase del genetista y que la hubiesen excluido de sus planes. El Padre, un hombre que predicaba una probidad sin concesiones, había sido embaucado y, llevado por la desesperación, se había visto obligado a hacer un trato con el diablo. Maria observó que Bernard le vendaba los ojos al doctor Carter tras pedirle disculpas y lo conducía por el estrecho pasillo hacia la Gran Escalera. El Padre se quedó atrás con Helix, y Gomorra permaneció junto a ellos.

—Espero que estemos haciendo lo correcto, hermano Helix —oyó decir al Padre—. La idea de trabajar con él sigue sin gustarme.

—No se preocupe —repuso Helix con tono conciliador—. Ha tomado la decisión adecuada. Ya lo verá.

Aquello era demasiado. El Padre estaba siendo inducido a equivocarse por el mismísimo adalid del Primer Imperativo. Maria salió de su escondite, lo cual cogió por sorpresa a todos, incluido Gomorra.

—No lo escuche, Padre —dijo sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su ira—. ¿Cómo pudo hacer un trato con ese ateo?

Gomorra se puso alerta, listo para responder al menor movimiento de Maria.

Ezequiel tardó unos instantes en serenarse. Al fin, con una expresión de furia en los ojos, preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí, Némesis? Maria soltó una amarga carcajada. —He venido a convencerlo de que me deje acabar con el científico. Pero veo que el hermano Helix preferiría que le estrechase la mano.

—Tú no puedes comprenderlo —dijo Ezequiel. —¿Comprender? Lo comprendo bastante bien. Han decidido utilizar la blasfemia del doctor Carter para llevar a cabo la búsqueda sagrada. No tiene sentido. Es como usar la luz de Lucifer para que los guíe hasta el cielo.

Maria advirtió que el Padre apretaba las mandíbulas a fin de dominar su ira.

—Deja que te explique una cosa —intervino Helix—. La genética del doctor Carter nos ofrece una posibilidad única de encontrar al Mesías. Pero se trata de una oportunidad que no podemos aprovechar sin su ayuda. Lo necesitamos vivo y de nuestra parte hasta que encuentre a la persona que buscamos. Ésa es la única razón por la que el Ajusticiamiento ha sido aplazado.

Maria hizo caso omiso de sus palabras y siguió dirigiéndose al Padre.

—Pero el doctor Carter estará entrometiéndose en la mismísima esencia de Dios. ¿Cómo puede permitir algo así, cualquiera que sea su propósito?

Ezequiel sacudió la cabeza. —Lo único que importa es encontrar al Nuevo Mesías. Todo lo demás carece de importancia. El Primer Imperativo va más allá de escoger sencillamente entre el bien y el mal. Debo considerar el gran beneficio que nos reportará a la larga, aunque ello signifique tratar hasta entonces con la maldad.

—Pero Dios y el bien no son cuestión de tratos, sino de ideales. Fue usted quien me lo enseñó. Se ha dejado corromper por el científico, y el hermano Helix le está permitiendo...

—Némesis —la interrumpió el Padre, perdiendo los estribos—, no me importa lo que pienses. El trato va a seguir adelante. Ya no tienes nada más que ver con este asunto. Y ahora deja que Gomorra te acompañe hasta la salida, vuelve a casa y tranquilízate. El hermano Bernard o yo pronto nos pondremos en contacto contigo. —Dio media vuelta y regresó a la Caverna de la Luz Sagrada, seguido de Helix. Maria había sido despedida.

Furibunda, fue tras el padre Ezequiel, pero Gomorra le cortó el paso. María sintió que la cólera se apoderaba de ella. Deseaba luchar contra Gomorra y herirlo

únicamente para dar rienda suelta a su frustración. Y cuando vio que dos de los guardias internos se acercaban, pensó en enfrentarse con todos.

Pero sabía que ello no la conduciría a ninguna parte, y además quedaban muchas cosas por hacer.

Respiró hondo y echó a andar por el pasillo en dirección a la Gran Escalera. Aceleró el paso en un intento de apaciguar su ira por la debilidad del Padre. Hasta ese momento siempre lo había considerado un dechado, una combinación perfecta de amabilidad y rectitud intransigente. Pero el gran hombre estaba envejeciendo y había permitido que el científico embaucara al hermano Helix. Poco a poco fue dominando su furia, que dio paso a un firme propósito.

Concentró sus pensamientos en una sola idea, en su propio primer imperativo: «El doctor Carter pagará por lo que ha hecho. Y yo, la Némesis vengadora, seré la beneficiaria de ese pago». En el fondo estaba convencida de que en realidad el padre Ezequiel no quería llevar a cabo aquel trato con el doctor Carter. ¿Cómo iba a querer algo semejante?

Y mientras ascendía por la Gran Escalera, todo le pareció cada vez más claro. El esperar las órdenes del Padre y del hermano Bernard era agua pasada. Había llegado el momento de tomar aquel asunto en sus manos.

**BOSTON
LABORATORIO CRICK**

JASMINE WASHINGTON reprimió un escalofrío mientras observaba a DAN trazar la secuencia del genoma en el laboratorio Crick. Sabía que el complejo cerebro del genescopio no comprendía la trascendencia de lo que estaba haciendo en aquellos momentos. A pesar de que su ojo, sumamente potente, podía ver, era incapaz de reconocer. Y a pesar de que su brillante mente estaba capacitada para leer, no lo estaba para comprender lo que leía. DAN sólo analizaba a ciegas las letras genéticas escritas en el ADN coloreado e insertado bajo su «ojo inteligente». Su «mente virtual», por otra parte, descifraba inconscientemente el programa codificado, determinando qué aminoácidos y proteínas estaban siendo puestos en clave. Al genescopio le traía sin cuidado la identidad de los sujetos que analizaba; sólo distinguía los genes que los constituían. Para DAN el todo no era más importante que la suma de las partes. Por el contrario, estimaba que éstas formaban el todo y, por consiguiente, eran lo único importante. A diferencia de Jasmine, al genescopio no le importaba que el ADN que estaba analizando en esos momentos contuviese tal vez el programa genético de un carpintero que había vivido dos mil años atrás y a quien el mundo conocía como Jesucristo.

Cuando dos días antes Tom regresó sano y salvo de su viaje a Tel Aviv, Jasmine se sintió más aliviada que nadie. Sin embargo, al ver el diente y el clavo que Tom traía consigo, fue incapaz de mostrar el mismo entusiasmo desenfrenado que los demás. Aunque ninguna de las dos muestras ponía en peligro su creencia en la ascensión de Jesucristo al cielo, el mero hecho de que pudiesen ser auténticos le resultaba sumamente desconcertante. La seguía asaltando la duda, persistente y profundamente anticientífica, acerca de la conveniencia de desvelar los secretos que pudieran contener.

Miró a Bob Cooke. El californiano estaba pálido a pesar de su bronceado y parecía inusualmente tenso. Su mesa de trabajo, al igual que la de Nora Lutz, a su lado, estaba llena de pipetas, geles y tubos Eppendorf llenos de ADN teñido dispuestos de forma ordenada.

—Ya falta poco —anunció Jasmine. —Sí —convino Bob con una sonrisa nerviosa—. Siete minutos. El tiempo que se tarda en freír un buen filete.

—Más vale que Tom se dé prisa —intervino Nora—, o se lo va a perder.

—No te preocupes por él —dijo Jasmine. Tom había desaparecido una hora antes para visitar a los pacientes del hospital, pero sabía perfectamente cuándo debía regresar—. Seguro que llegará a tiempo.

Cuando Tom la convenció de colaborar en el Proyecto Caná, Jasmine accedió

únicamente por lealtad hacia él y porque le preocupaba el estado de Holly. Jamás creyó que acabasen por encontrar una muestra auténtica o, de darse el caso, que ésta contuviera nada especial. Pero ahora no las tenía todas consigo. En los dos últimos días había estado ayudando a Tom, junto con Bob y Nora, a preparar las llamadas Muestras de Nazaret. Había visto que la fresa se introducía en lo que podía ser un diente auténtico de la boca de Jesucristo y extraía el ADN de su interior. Y había rascado personalmente restos de sangre de un clavo que tal vez hubiese servido para crucificar a Cristo.

Jasmine respiró hondo. Estaba asustada y nerviosa. Pronto, muy pronto, sabría con seguridad si las muestras de Nazaret eran auténticas y si contenían los genes de Dios.

—¿Qué tal va todo? —preguntó Tom al irrumpir en el laboratorio. Respiraba agitadamente y un brillo de emoción iluminó sus ojos—. Ya casi está, ¿verdad?

Jasmine asintió con la cabeza. —Sí, ya falta poco. Sólo unos minutos. La puerta del laboratorio volvió a abrirse y apareció Jack, seguido de Alex. Nadie quería perderse el momento en que DAN revelase lo que diferenciaba a Cristo de los demás hombres.

De pronto el rugido del genescopio cambió de tono y unas luces se encendieron sobre el cuello negro y ondulado.

—Ya está —susurró Jasmine. Y todos guardaron silencio. Aunque Tom Carter llevaba casi tres días sin dormir, se sentía más despierto que nunca. Aún no le había bajado la adrenalina tras la visita a la cueva de la Hermandad, y lo único que deseaba ahora era ver el análisis de las muestras.

Jasmine se puso de pie y dijo:

—Antes de que DAN empiece, hay algunas cosas que deberíais saber. En primer lugar, el genescopio ha sido configurado para darnos una visión de conjunto de las muestras del clavo y del diente. Primero aparecerán los resultados del clavo, pero, como la muestra estaba tan deteriorada, será una suerte si conseguimos leer más de un tercio del genoma que contiene. Así que no os decepcionéis. En principio la muestra del diente será mucho mejor. La visión de conjunto de las dos aparecerá en el monitor y DAN la presentará con su propia voz.

Tom vio que la gran pantalla que había al lado del genescopio se encendía de repente, mostrando el logotipo de Genius.

—Una vez que hayamos encontrado algo de interés —prosiguió Jasmine—, utilizaremos los auriculares de realidad virtual para obtener primeros planos en tres dimensiones de cualquier gen. —Al oír que el enorme cisne negro rugía en señal de aviso, añadió—: Y ahora silencio, por favor. DAN, ¿estás listo?

Todos callaron al instante. Sólo se oyó el movimiento de sus pies cuando se acercaron al monitor. DAN comenzó a hablar: —*Escáner completado de la muestra del clavo de Nazaret. Resultados disponibles. Por favor, selecciona una de las opciones que aparecen en la pantalla: Descubrimientos de primer orden, análisis por*

cromosomas, o búsqueda detallada de genes.

—Búsqueda de genes detallada, por favor, DAN —dijo Jasmine.

La pantalla cambió de pronto y en ella aparecieron unas letras que iban pasando a tal velocidad que era imposible leerlas. Pero de vez en cuando el monitor se detenía momentáneamente y se llenaba de innumerables letras en grupos de tres. Cada trío era un codón que especificaba un aminoácido en particular:

ATG AAC GAT ACG CTA TCA AGC TTT TTA AAT CGT AAC GAC GCT TTA GGG CTT AAT CCA CCA CAT
GGC CTG GAT ATG CAC ATT ACC AAG AGA GGT TCG GAT TGG TTA TGG GCA GTG TTT GCA GTC
TTT GGC TTT ATA TTG CTA TGC TAT GTT GTG ATG TTC TTC ATT GCG GAG AAC AAG GGC TCC AGA
TTG ACT AGA GCA GTC TTT GGC AAC GAT ACG CTA TCA TTT ATA TTG CTA GCT CCA TTC TTC GAC
TTA TGG GCA GTG TTT GCA GTC TTT ACG TTT TTA AAT CGT GGC GTT GTG ATG TTC GTG ATG TTC
TTC ATT GCG GAG AAC AAG GGC TCC AGA TTG ACT AGA ACA GTC TTT GGC AAC GAT ACG AAC
GAC GCT TTA GGG CTT AAT CCA CCA CAT GGC CTG GAT ATC AAA GTT AGC AAG TCT ACA GGT
GAA GTT CAA GTC GAA TTT TTT AAC CAC GTC TAC AGA GGT TCG GAT TGG TTA TGG GCA GTG TTT
GCA GTC TTT GGC TTT ATA TTG CTA TGC TAT GTT GTG ATG TTC TTC ATT GCG GAG AAC AAG GGC
TCC AGA TTG ACT AGA GCA GTC TTT GGC AAC GAT ACG CTA TCA GTG TTT GCA GTC TTT TTT ATA
TTG CTA GCT CCA TTC TTC GAG CTG GAT ATG CAC ATT ACC AAG GCG GAG AAC AAG GGC TCC
TTG TAC TTT ATC TGT TGG GGT CTA AGT GAT GGT GGT AAC CGY ATT CAA CCA GAC GCA GTC TTT
GGC AAC GAT ACG CTA TCA TTT ATA TTG CTA GCT CCA TTC TTC GAC TTA TGG GCA GTG TTT GCA
GTC TTT ACG TTT TTA AAT CGT GGC GTT GTG ATG TTC GTG ATG TTC TTC ATT GCG GAG AAC AAG
GGC TCC AGA TTG ACT AGA ACA GTC TTT GGC AAC GAT ACG AAC GAC GCT TTA GGG CTT AAT
CCA CCA CAT GGC CTG GAT ATG TCC AGA TTG ACT AGA ACA GTC TTT GGC AAC GAT ACG AAC
GAC GCT TTA GGG CAT AGA GGT TCG GAT TGG TTA TGG GCA GTG TTT GCA GTC TTT GGC TTT ATA
TTG CTA TGC TAT GTT GTG ATG TTC TTC ATT GCG GAG AAC AAG GGC TCC AGA TTG ACT AGA GCA
GTC TTT GGC AAC GAT ACG CTA TCA TTT ATA TTG CTA GCT CCA TTC TTC GAG TTA TGG GCA GTG
TTT GCA GTC TTT ACG TTT TTA AAT CGT GGC GTT GTG ATG TTC GTG ATG TTC TTC ATT GCG GAG
AAC AAG GGC TCC AGA TTG ACT AGA ACA GTC TTT GCT CCA TTC TTC GAG CTG GAT ATG CAC ATT
ACC AAG GCG GAG AAC AAG GGC TCC TTG TAC TTT ATC TGT TGG GGT CTA AGT GAT GGT AAC
CGY ATT CAA CCA GAC GCA GTC TTT GGC AAC GAT ACG CTA TCA TTT ATA TTG CTA GCT CCA TTC
TTC GAG TTA TGG GCA GTG TTT GCA GTC TTT ACG TTT TTA AAT CGT GGC GTT GTG ATG TTC...

Cada vez que la imagen en la pantalla permanecía fija, una luz se encendía en el monitor, indicando a cuál de los veintitrés pares de cromosomas se refería el código del ADN. Al lado aparecía un porcentaje que señalaba qué cantidad del genoma total había sido analizada. A continuación la imagen volvía a correr a gran velocidad, hasta completar el análisis del genoma entero. El porcentaje final fue del treinta y dos por ciento.

La pantalla cambió una última vez y en ella apareció una tabla que mostraba los veintitrés pares de cromosomas en la columna de la izquierda y el porcentaje de ADN legible en cada uno de ellos a la derecha.

—*Todos los cromosomas dañados* —informó DAN—. *No se han encontrado genes excepcionales en las secciones legibles. Se necesita más información para extrapolar los segmentos que faltan.*

—¿No ha habido suerte? —preguntó Alex. —No —respondió Tom—. Pero como sólo hemos podido leer un tercio de la muestra, no es muy significativo. Aunque el ADN es bastante resistente, a causa de la corrosión del clavo y de la putrefacción de las células de la sangre con el paso del tiempo, grandes secciones del código genético son ilegibles o bien han sido destruidas. De manera que lo único que sabemos con seguridad es que no hay genes inusuales en el tercio que podemos leer.

—¿Y ahora qué? —Esperemos a ver el ADN del diente. La superficie de esmalte

lo ha protegido, de modo que en principio no habrá ningún problema. Sabemos por los estudios del ADN de faraones egipcios, en ocasiones mil años más antiguos que esta muestra, que el material genético extraído del interior de un diente o de un hueso es la forma más resistente de ADN que existe.

Como de costumbre, Alex quiso saber más. —Pero ¿cómo sabes que ahí no hay nada? A su padre le gustaban las palabras, no los números a secas, y no estaba acostumbrado a ser el único niño de la clase que no entiende lo que está en la pizarra. Tom imprimió una hoja con la impresora que había al lado de DAN, se la tendió y le dijo: —Mira, ahora te lo explico. Es más fácil ver los datos en bruto cuando están impresos.

Jack también se interesó por el contenido de la hoja. —Así deberíais verlo más claro. —¿Éstos son los cromosomas? —preguntó Alex al tiempo que se ponía las gafas y señalaba las distintas secciones numeradas.

—Sí. Imagínate que es un mapa de Estados Unidos donde sólo hay veintitrés estados. Los veintitrés pares de cromosomas son los estados y los genes son como pueblos o ciudades dentro de esos estados. En el interior de los genes, tienes las series de tripletes y codones, que son como los distintos ciudadanos. El orden de estas letras determina qué proteínas produce cada uno de los genes. Estas proteínas conservan y desarrollan tu cuerpo, hacen que te crezca el pelo, que digieras la comida, que cicatricen tus heridas, etcétera. A esta hoja de datos sólo le interesan los genes más raros, es decir, los que están fuera o en el límite del genoma sano estándar.

Señaló el recuadro «genes anormales» bajo el número veinte. —Si aquí hubiese algo inusual, los genes estarían puestos de relieve. Pero como ves, todos los genes de este cromosoma se encuentran dentro de los límites de la normalidad. Por lo menos los que no han sido dañados por la corrosión del clavo. —Indicó el ángulo superior de la hoja.

»Si miras aquí, es lo que se ve para el total del genoma. En la parte intacta que hemos analizado no hay genes realmente anormales. Nada.

—¿Así que esperas que si existe algún gen excepcional se encuentre en el setenta por ciento que no has podido analizar? —preguntó Jack.

—Sí. Jack volvió al genescopio, donde Jasmine y Bob comprobaban el escáner del diente.

—¿Y crees que el ADN del diente, al ser más completo, nos permitirá ver eso?

—Tal vez. Alex estaba absorto contemplando la hoja impresa. —¿Cómo sabe DAN dónde están los genes en todas esas letras?

—De hecho, sólo un pequeño porcentaje de los tres mil millones de letras del ADN humano codifican genes que funcionan. Las demás, sobre todo las denominadas intrones, al parecer no tienen ninguna función. Cada gen se encuentra codificado mediante tripletes y codones y delimitado por dos codones que indican inicio y detención, que le dicen a DAN dónde ha de mirar. Por ejemplo, la mayoría de los genes empieza por el aminoácido metionina; ése es el ATG. Así que cada vez que

DAN lee ATG, sabe que ahí comienza la secuencia de un gen. TAG, por el contrario, le dice cuándo termina el gen. De manera que sólo se molesta en leer las letras situadas entre estas dos combinaciones, en las llamadas «estructuras abiertas de lectura». El resto no tiene la menor importancia para él.

—*Escáner del diente de Nazaret completado* —anunció DAN a su espalda—. *Resultados disponibles. Opción Búsqueda detallada de genes seleccionada.*

—Tenemos una buena lectura —dijo Jasmine claramente emocionada—. Prácticamente perfecta.

Tom regresó al monitor con los demás. —*Ningún gen encontrado fuera o en los límites del genoma humano estándar* —informó DAN repentinamente.

—¿Qué? —exclamó Tom, pasmado. No podía creerlo. Jasmine soltó un profundo suspiro, pero resultaba imposible saber si era de alivio o de consternación.

—Mierda —murmuró Jack. Bob y Nora siguieron mirando fijamente la pantalla. Alex se limitó a sacudir suavemente la cabeza, con el entrecejo fruncido.

Tom examinó el resultado. El escáner del genoma no mostraba ningún gen inusual. Nada. Era imposible. Lo más asombroso del genoma del diente era su extraordinaria perfección. Era prácticamente idéntico al hipotético Genoma Sano Estándar con el que todos los genomas eran comparados y del que siempre eran distintos. El genoma de Cristo, si es que era auténtico, presentaba una sola anomalía: su excesiva normalidad. No había ningún defecto en absoluto en su composición genética. Pero al margen de eso, nada.

El tono escolástico de Alex rompió el incómodo silencio. —Puede que sea una pregunta absurda, pero ¿es posible que los genes que estás buscando tengan unos codones de inicio y detención diferentes que DAN es incapaz de reconocer?

Tom miró a Jasmine y advirtió que ella estaba pensando lo mismo. Sin duda, se trataba de una pregunta absurda, el tipo de pregunta que ningún genetista con amor propio que conociese mínimamente el funcionamiento del todopoderoso genescopio haría jamás. Y fue precisamente por eso que Tom no la descartó.

—Pero ¿cómo podemos encontrar los nuevos codones de inicio y detención? —inquirió Jasmine leyéndole el pensamiento.

—Podríamos probar por homología —intervino Bob—. Claro que necesitaríamos un tramo distinto de ADN que contuviera los mismos genes.

—¿Homología? —preguntó Alex. —Sí —respondió Tom—. DAN puede examinar dos tramos de ADN e intentar encontrar una larga secuencia de letras que sea idéntica en cada uno de ellos. Las probabilidades de que esta secuencia resulte ser un gen son muy elevadas. Entonces tomamos la primera y la última combinación de letras y, ¡bingo!, hemos dado con nuestros nuevos codones de inicio y detención.

—Pero entonces necesitamos un segundo tramo de ADN que contenga al menos uno de esos genes —les recordó Jasmine.

—¿Y ese genoma que encontraste en IGOR mientras examinabas los genes de los sanadores? —sugirió Tom, desesperado por probarlo todo—. ¿Cómo se llama? ¿El

inglés que fue incinerado el año pasado, el que era capaz de aliviar la artritis con las manos? Jasmine se volvió hacia el ordenador personal que había al lado de DAN y pulsó rápidamente unas teclas.

—Anderson, ¿verdad? —Sí, ése es. Haz un estudio de homología acelerado de él y del genoma de Cristo.

Los dedos de Jasmine Washington se desplazaron de nuevo por el teclado.

—Ya está hecho. Le he proporcionado a DAN todos los datos y debería darnos una respuesta en los próximos minutos.

DAN tardó sólo cuatro minutos y medio en anunciar que ambos genomas tenían una secuencia idéntica de cincuenta y siete mil letras de base, y que los codones de inicio y detención resaltados estaban formados por nueve letras cada uno: GCCTGACCG para abrir el marco de lectura y TCGAGGTAC para cerrarlo. A Jasmine le llevó menos de treinta segundos recalibrar a DAN de modo que buscara los genes comprendidos entre estas nuevas combinaciones en el genoma de Cristo.

A continuación se produjo una pausa de unos minutos. Todos aguardaron en silencio. Apenas se les oía respirar. Entonces DAN habló: —*Un gen extra encontrado fuera del genoma humano estándar en la copia paterna del cromosoma 7.*

Unos números comenzaron a danzar en la pantalla, y esta vez Tom los siguió con la mirada. Por fin se hallaba ante la prueba de lo que hasta ahora sólo había sido una vaga esperanza.

DAN hizo un ruido como si se aclarase la garganta y volvió a hablar:

—*Un gen extra encontrado fuera del genoma humano estándar en la copia paterna del cromosoma 10.*

Dos genes. Había dos genes. Tom estaba impaciente por preguntar a DAN qué codificaban, pero antes de que pudiese siquiera abrir la boca el genescopio empezó a rugir, como si tratase de resolver un problema especialmente difícil. Y cuando DAN volvió a hablar, Tom creyó percibir un tono de sorpresa en su voz monótona y metálica.

—*Tercer gen encontrado en la copia paterna del cromosoma 18. No más genes fuera del genoma humano estándar.*

Tom sintió una repentina sensación de alivio y de júbilo, y olvidó por completo su anterior decepción. El poseedor de aquel diente tenía tres genes que la mayoría de los otros humanos, si no todos, no poseía. Tom miró alrededor y reparó en la expresión de Jasmine. Los demás parecían tan impresionados como ella.

Fue Jack quien habló primero. —¿Qué hacen estos genes? ¿Vale la pena excitarse tanto? —Vamos a averiguarlo, —dijo Tom. Se volvió hacia el genescopio y añadió—: DAN, por favor, evalúa la función de estos nuevos genes.

El ruido del genescopio se suavizó y las luces del cuerpo ovoide comenzaron a parpadear. A continuación el rugido recobró su tono habitual.

—*La extrapolación inicial de los aminoácidos codificados indica que el gen del cromosoma «y» debería codificar proteínas capaces de reparar ADN y células. El*

gen del cromosoma 10 tiene como función el control de las células. El tercer gen del cromosoma 18 es demasiado complejo para dar cualquier indicación inicial de su función. Éstas sólo son estimaciones basadas en los datos suministrados. Se precisa confirmación del laboratorio.

Bob Cooke estaba claramente emocionado ante las posibilidades de todo aquello.

—Es increíble. El primer gen puede hacer o reparar ADN y el segundo controlar el crecimiento de las células. Quizá sean genes inteligentes, y uno actúe como un acelerador de células y el otro como un freno a su proliferación. Juntos podrían controlar las fluctuaciones en el resto del genoma.

—Siempre que la extrapolación de DAN sea correcta —puntualizó Jasmine.

—Naturalmente —convino Tom—. Tenemos que comprobar en el laboratorio lo que hemos descubierto, y aún debemos averiguar qué hace el tercer gen. Pero si se trata de genes inteligentes que controlan el resto de su ADN, eso explicaría por qué el genoma de Jesús era tan sano. Tal vez le dieran un sistema inmunológico superior.

—¿Uno que pudiese transmitir a los demás? —intervino Bob con una amplia sonrisa.

Tom sonrió. —Bueno, ésa es la pregunta del millón de dólares. Es lo que tenemos que averiguar en el laboratorio. —De pronto pensó en Ezequiel—. Jazz, ¿crees que en IGOR podremos encontrar a alguien con estos mismos genes?

Jasmine se encogió de hombros. —En principio, sí. Llevará tiempo recalibrar la base de datos con los nuevos codones de inicio y detención, pero ahora sabemos que Keith Anderson poseía uno de los genes. Por lo tanto, si hay alguien en IGOR con uno, no veo por qué no íbamos a encontrar a alguien vivo con los tres.

Tom se acercó al casco de realidad virtual que sobresalía del pico del genescopio.

—Observemos los genes más de cerca. DAN, dame presentación visual.

Los demás se reunieron en torno a él mientras se ponía el casco. Pero Tom se olvidó bien pronto de ellos y se concentró en su viaje por el espacio interior. Primero vio oscuridad, y luego toda la célula apareció debajo y alrededor de él. Todos los cromosomas, como continentes de distintas formas, rielaban con sus maravillosas tonalidades. Aunque Tom sabía que los colores procedían de los tintes magnetizados, éstos hacían que el espectáculo pareciese aún más real.

—Muéstrame el cromosoma 7 —ordenó a DAN—. Y llévame a la resolución de nivel del cromosoma.

De inmediato se vio rodeado de una gama aún más amplia de colores. Ahora Tom contemplaba un solo cromosoma y la cadena de vida de ADN que encerraba en su interior. Era precioso. Recorrió con la mirada la escalera en espiral multicolor de la doble hélice y vio que los tintes magnetizados resaltaban los distintos pares nucleótidos, haciendo que las hebras de ADN destacasen en tres dimensiones. El nuevo gen se extendía ahora ante sus ojos. Era sobrecogedor. Estaba viendo una cadena del programa responsable del desarrollo del hombre más famoso e influyente que jamás haya existido, Jesucristo. Y él, un ateo, era el primer hombre con vida en

ser testigo de la «anormalidad» genética que había contribuido a determinar el destino de Jesús.

—DAN, condúceme al gen del cromosoma 10. Las imágenes que lo rodeaban se tornaron borrosas por un instante y luego volvieron a recuperar nitidez. Ahora se hallaba en el interior de la doble hélice, recorriendo toda su longitud fluorescente y multicolor, viajando por un bulevar incandescente de genes. Los pares nucleótidos del segundo gen lo circundaban por completo a lo largo de la doble hélice. Tom se había adentrado en uno de los genes que habían hecho a Cristo diferente de los demás hombres. Experimentó un auténtico temor reverencial y rindió homenaje al carácter aleatorio de la naturaleza por haber creado aquella excepción a sus leyes.

No obstante, fue el tercer gen en el cromosoma 18 el que lo dejó absolutamente estupefacto. Con razón DAN lo había llamado «complejo». Tenía cientos de miles de pares de base de longitud. Tom observó que era mucho más largo que cualquiera que hubiese visto hasta el momento, e imaginó los prodigios que sería capaz de codificar su programa. De pronto se preguntó cómo harían para descifrar aquellos genes y aprovechar sus poderes. ¿Se comportarían igual que los genes normales? ¿Podría utilizar tecnología de ADN recombinatoria para expresar las proteínas codificadas por ellos en bacterias aisladas en cultivos de laboratorio? ¿Podría cargarlos en un virus e introducirlos directamente en un paciente, en Holly? Había tantas preguntas... Pero eran buenas preguntas. Opciones. Ahora disponía de material con que trabajar. Por fin era capaz de hacer algo.

De repente cayó en la cuenta de que había estado monopolizando el casco, y se lo quitó para cedérselo a otra persona. Como de costumbre, sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse al mundo real, pero de inmediato advirtió que los demás lo habían dejado solo.

Sorprendido, se volvió y observó, con la vista aún desenfocada, que se habían agrupado en torno a alguien que se hallaba de pie al otro lado de DAN. Se sintió algo molesto, pues había dejado bien claro que nadie aparte del equipo de Caná estaba autorizado a entrar en aquella sección de la Sala Mendel. Y ese día era especialmente importante.

Mientras se dirigía hacia el grupo, le sorprendió el silencio. Nadie decía nada; sólo contemplaban al intruso, formando un círculo en torno a él. Cuando Tom hubo recuperado la vista por completo, también lo observó. El desconocido se hallaba de espaldas, completamente desnudo.

Jasmine, que se encontraba junto al teclado, le hizo señas con el dedo de que se acercase. Parecía como si hubiese visto un fantasma. Tom se volvió hacia el extraño, situado a sólo unos centímetros de distancia. No cabía duda de que Jasmine había visto un fantasma; el de un carpintero nazareno que había muerto dos mil años atrás.

Jasmine tecleó un par de comandos más en el *software* Gene Imaging y el espectral holograma de Jesucristo comenzó a girar sobre la holoplataforma.

Tercera Parte

LOS GENES DE DIOS

**BOSTON
BEACON HILL**

A las 3.12 del 1 de abril, quince días después de que fuesen descubiertos los genes de Nazaret, reinaba una gran calma en casa de los Carter. En el cuarto de Holly sólo se oía el suave y regular sonido de la respiración de la niña que soñaba con una sonrisa en el rostro apacible, sin ser consciente del tumor maligno que estaba desarrollándose en su interior. Habían transcurrido veinticuatro días desde que la célula glial original de su cerebro traicionara su cuerpo y ya había producido innumerables clones de sí misma, todos ellos con ADN rebelde. Mientras Holly dormía, la incansable revolución cobraba velocidad, creciendo más deprisa incluso de lo que DAN había vaticinado. Las obedientes células del cerebro no podían hacer nada para sofocar el motín. Incluso el sistema inmunológico, la milicia del cuerpo siempre pronta para repeler a posibles invasores, hacía caso omiso de aquellas mutaciones de las propias células del cuerpo, permitiendo que siguieran adelante con su empresa homicida sin oponer resistencia alguna.

Holly había empezado a notar los primeros dolores de cabeza acompañados de mareos repentinos dos días antes, cuando su padre y su madrina la llevaron a ver *La guerra de las galaxias VII*. Sin embargo, no se lo había contado a nadie porque temía que su padre le echase la culpa al ordenador y le prohibiese seguir jugando con él. Decidió pasar menos rato delante de la pantalla, sólo unas cuantas horas por la noche, convencida de que así los dolores desaparecerían. Desgraciadamente, no harían sino empeorar con el tiempo.

Mientras Holly soñaba con el verano anterior, cuando papá y mamá jugaban con ella en la arena rosácea de la bahía de Horseshoe, en las Bermudas, las células traidoras ya estaban entrando en la segunda mutación de evolución clónica. Y si los rebeldes de esta guerra de independencia genética no eran frenados, si se les permitía multiplicarse indefinidamente en los limitados confines del cerebro de Holly, entonces no sería sólo en sueños que la querida hija de Tom se reuniría nuevamente con su madre.

Cuando Tom Carter se marchó a trabajar a la mañana siguiente aún no era consciente del estado de Holly, ni lo sería hasta que poco más de una semana más tarde le practicasen el escáner de cerebro mensual. Hacía quince días que había encontrado los genes de Nazaret, y desde entonces todos sus pensamientos y energías se hallaban concentrados en desvelar sus poderes. Apenas había tenido tiempo de reflexionar sobre la trascendencia de la holoimagen de Jesucristo, y mucho menos de preocuparse por la salud de Holly.

Lo primero que hizo aquella mañana fue comprobar las incubadoras Hybaid del

laboratorio Crick con la ayuda de Bob Cooke. Cogió cuatro platos de cultivo transparentes del anaquel superior y los examinó detenidamente. Tres de ellos contenían levaduras del género *Streptomyces* clonadas en alguno de los tres genes de Nazaret. Las bacterias actuaban como fábricas, convirtiendo las nuevas instrucciones genéticas en sus proteínas codificadas. El cuarto plato contenía la misma bacteria con los tres genes combinados.

—¿Algún cambio? —preguntó Bob Cooke. —No. Pasa exactamente lo mismo que con la *E coli*. Está claro que no tenemos los mismos cuerpos de inclusión, pero la pauta es similar. ¿Has utilizado los mismos plásmidos y las mismas enzimas inhibitoras para todos los platos?

—Idénticos. —Bueno, pues el gen naz 3 sigue sin reaccionar. Cualquiera que sea la proteína que codifique, aún no ha empezado a plegarse.

Bob Cooke cogió el cuarto plato etiquetado «La Trinidad-*Streptomyces*» y frunció el entrecejo.

—En cambio obtenemos la proteína desconocida cuando combinamos los tres genes.

—Sí, pero ¿qué es lo que hace? Los cultivos de célula humana demuestran que el gen naz 1 codifica algún tipo de proteína reparadora del ADN pero que no tiene nada de espectacular. Y la proteína del gen naz 2 posee características limitadas de control de células, aunque eso no es ninguna novedad. Lo que quiero saber es qué es esta proteína totalmente nueva formada a partir de la combinación de los tres genes. La verdad es que no parece que tenga ninguna función.

Bob cogió sus notas de encima de la mesa de trabajo. —Si pudiésemos conseguir que ese maldito gen naz 3 actuase en solitario...

—Suponiendo que sea capaz de hacerlo —murmuró Tom. —Si no lo hace —dijo Bob—, nos llevará un montón de tiempo descubrir cómo actúa en la mezcla total. Tal vez fuese mejor intentar encontrar a alguien con los tres genes?

Tom dejó los platos de cultivo sobre la mesa y se puso a caminar arriba y abajo por el laboratorio. Aquello estaba resultando más difícil de lo que había esperado. Aunque estaba convencido de que su estrategia era correcta, tenía la sensación de que debería cambiar de táctica. Era evidente que si los genes de Nazaret poseían alguna propiedad terapéutica, la respuesta radicaba en la proteína compuesta formada por la combinación de los tres.

El enigmático gen naz 3 parecía estar añadiendo un elemento identificable a los otros dos al convertir sus proteínas, sin el menor interés tomadas de manera individual, en algo único y potencialmente emocionante. No obstante, desentrañar por separado el tercer gen, que era de una complejidad impresionante, llevaría demasiado tiempo incluso a DAN. Su estrategia se reducía, por lo tanto, a tres grandes áreas.

La primera opción era cultivar la proteína en el laboratorio. Mediante la inserción de los tres genes en determinadas bacterias, las células bacterianas podían convertirse en minifábricas productoras de proteínas codificadas que, tras algunas

modificaciones, Tom esperaba poder inyectar como un medicamento.

La segunda consistía en introducir los tres genes directamente en animales vivos para ver qué efecto producían en un organismo y qué proteínas eran producidas *in vivo*.

La tercera opción era sólo como último recurso, en caso de que las dos primeras fallaran o llevaran demasiado tiempo. Se trataba de encontrar a una persona con vida que poseyera los tres genes en pleno funcionamiento. Tom podría entonces analizarlos *in situ*. Y si aun así era incapaz de determinar cómo funcionaban, intentaría convencer al individuo en cuestión de que poseía poderes curativos y luego de que los utilizase para salvar a Holly. A pesar de que en un principio ésta era la opción menos atractiva, considerando los resultados obtenidos hasta el momento, estaba convirtiéndose en la más plausible.

Ya habían intentado la opción número uno infinidad de veces. Habían probado todos los genes individual y colectivamente en las bacterias *E coli*, *Saccharomyces cerevisiae* y *Streptomyces*, e incluso en cultivos de células humanas. Pero el gen naz 3 se negaba a expresar su proteína y sólo obtenían la misteriosa proteína compuesta cuando los tres genes (lo que el irreverente californiano había bautizado como «la Trinidad») estaban combinados. Sin embargo, esta versión de laboratorio de la proteína compuesta parecía estar inerte.

La opción número dos también había dado pocos frutos, aunque todavía quedaban algunas pruebas por hacer. La Trinidad había sido introducida por vector vírico en ratones y células tumorales vivas sin producir efecto alguno. A su izquierda, en la vitrina refrigerada de cristal, Tom vio los maravillosos sueros que su equipo había desarrollado, destinados a introducir los tres genes en las células madres de un organismo. Pero al parecer los genes no tenían el menor efecto una vez allí.

A menos que estos sueros funcionasen en pruebas sucesivas, se verían obligados a dar prioridad a la opción número tres, como sugería Bob Cooke. Tendrían que encontrar a alguien que tuviera esos genes a fin de poder analizarlos *in vivo*, o bien convencer al individuo en cuestión de que curase a Holly.

Tom se dirigió hacia el teléfono y marcó la extensión de Jasmine en la sección de informática.

—¿Sí? —respondió ella de inmediato. —Hola, Jazz. Soy Tom. ¿Qué tal va la búsqueda? Una pausa.

—No muy bien. Hay un par de personas, literalmente, con uno de los genes, el naz 1 o el naz 2. Pero nadie tiene los tres. Todavía no he visto a nadie con el naz 3. La Gran Madre está introduciendo cada vez más escáners, pero ya he examinado la mayor parte de los archivos de IGOR y las posibilidades se nos están acabando.

—¿Cuántos escáners está seleccionando la Gran Madre?

—Los habituales. Uno de cada cinco.

—Haz que sean cinco de cada cinco. A partir de ahora quiero investigar a cada individuo que se haga un escáner con genescopio en cualquier parte del mundo.

—¿Todos ellos? ¿Qué sucede? ¿Acaso ha estado presionándote el misterioso Ezequiel?

—Nos quedan tres semanas antes de que empiece a angustiarse. — Tom recordó lo mucho que el viejo se había emocionado cuando le devolvió las muestras y le dijo que habían descubierto los tres genes. Ezequiel le preguntó en cuánto tiempo podrían encontrar a alguien con esos genes, pero no insistió en que adelantase el plazo de cinco semanas—. Si algo me presiona, son las opciones que tengo, Jazz. Cada vez son menos. Estás convirtiéndote en nuestra última esperanza.

—Gracias. Eso hace que me sienta mucho mejor. Pero no te hagas muchas ilusiones. Podríamos tardar años en encontrar a un individuo con los tres genes que se hiciese un escáner y figurase en IGOR... suponiendo que exista.

—¿Y el otro ochenta por ciento de genomas que el cerebro madre no ha ido almacenando en IGOR?

Tras dejar escapar un suspiro, Jasmine contestó:

—Se encuentran en toda una serie de bases de datos privadas repartidas por todo el mundo. Intentar piratearlas es ilegal. —Sólo si alguien lo descubre.

Aunque ella procuró mostrarse escandalizada, Tom percibió la emoción en su voz.

—Se encuentran extraordinariamente bien protegidas. —¿Qué estás insinuando? ¿Que no se puede hacer o que sólo un genio sería capaz de hacerlo?

Una risita.

—Doctor Carter, ¿le han dicho alguna vez que cuando quiere se le da muy bien ser halagador?

Tom se echó a reír.

—No, doctora Washington, puedo asegurarle que nunca lo han hecho.

Tras una nueva pausa, Jasmine dijo con tono más serio:

—¿Cómo se encuentra mi ahijada? En el cine estaba un poco callada.

—Ya lo sé, pero dice que está bien.

—¿Cuándo le toca el próximo escáner?

—Dentro de una semana, más o menos.

—¿De verdad crees que necesitas encontrar a alguien con los genes de Cristo para ayudarla?

—Todavía estamos probando las otras opciones, pero por el momento no son muy prometedoras. O sea que la respuesta es sí.

Un suspiro.

—Veré qué puedo hacer. Pero prométeme una cosa, Tom.

—Lo que quieras.

—¡Que vendrás a verme a la cárcel!

Era perfecto. Su complexión, su estatura, incluso la forma de su rostro era ideal. Además, era un solitario. Maria Benariac llevaba dos semanas espiando al hombre de

cabello oscuro por todo Boston. Era evidente que no llevaba mucho tiempo en la ciudad y que tenía pocos amigos. El tercer día lo siguió hasta un club nocturno del centro de la ciudad y allí descubrió que era bisexual. Sin embargo, ello no suponía un problema, ya que sólo tenía amantes esporádicos. No parecía haber nadie que pudiese echarlo de menos como mínimo en una semana. Apenas hablaba por teléfono (como Maria había averiguado después de pinchárselo) y la mayor parte de las veces prefería utilizar el contestador automático en lugar de responder a las llamadas.

A pesar de los cambios inevitables que Maria debería realizar, era exactamente la clase de individuo que andaba buscando. Incluso su sexualidad le servía para justificar lo que tenía intención de hacerle, pues lo volvía perverso a sus ojos y, por consiguiente, sumamente prescindible.

Lo siguió con cautela cuando salió del edificio de la compañía. Había averiguado que el hombre solía trabajar para el Departamento de Policía de Nueva York, de modo que debía de tener algo de experiencia. Reparó en la bolsa de polietileno que colgaba de su hombro derecho y en la gorra que sostenía en la mano. Era evidente que la entrevista del mediodía había ido bien.

Excelente. Si no hubiese conseguido el trabajo de guardia de seguridad, a Maria no le habría servido de nada. Pero así era más que perfecto; era un regalo de Dios.

Ambos subieron a sus respectivos coches. Maria decidió que no haría falta que lo siguiese muy de cerca, puesto que era fácil adivinar qué estaba haciendo y adónde se dirigía. El tipo había alquilado un piso en un edificio cerca de Harvard. Cuando diez minutos más tarde, pasaron por delante de los terrenos de GENIUS, Maria esbozó una tensa sonrisa. Casi podía saborear la satisfacción de matar al científico. Y en cuestión de días, al fin podría darse el gusto.

Maria aparcó a una manzana de distancia del apartamento y terminó el trayecto a pie. Para cuando llegó a la entrada principal del edificio Brownstone, el hombre ya había entrado en él. Maria probó a abrir la puerta y, al igual que los dos días anteriores, la encontró abierta. Tras asegurarse de que no había nadie, se dirigió tranquilamente hacia los dos ascensores y tomó el único que funcionaba. El viejo edificio tenía las paredes desconchadas y en él vivían, sobre todo, estudiantes. No obstante, era más que suficiente para unos días. Seguramente el hermano Bernard seguía intentando localizarla. Ya le había dejado tres mensajes en su apartamento londinense, pero ella no se había puesto en contacto con él. Bernard, o quienquiera que hubiese mandado a buscarla, jamás la encontraría en aquel lugar. Y cuando lo hiciera, sería demasiado tarde.

Cuando llegó al tercer piso, Maria comprobó el mono que llevaba puesto y el contenido de la caja de herramientas, y cruzó lentamente el pasillo en dirección al apartamento número 30. Se detuvo ante la puerta y llamó con los nudillos.

Silencio. —¿Quién es? —preguntó al fin una voz apagada. Maria oyó a alguien respirar al otro lado de la puerta negra y dedujo que el tipo debía de estar observando por la mirilla.

Sosteniendo en alto la caja de herramientas, se volvió para mostrarle el logotipo anaranjado impreso en la espalda del mono.

—Compañía eléctrica, señor —dijo con su voz más áspera y grave—. Ha habido unas cuantas sobretensiones peligrosas en este edificio y en el de al lado. Necesito comprobar su contador y la instalación eléctrica del piso. Sólo es una medida de seguridad.

Una pausa. —¿Me puede enseñar algún tipo de identificación? Aquello la irritó. ¿Por qué sería la gente tan desconfiada? ¿Qué razones tenía un joven expolicía en buenas condiciones físicas para no fiarse de un empleado de la compañía eléctrica? ¿De qué podía tener miedo?

Maria sacó una carta mecanografiada del bolsillo del mono. —Tengo una carta del jefe. Está escrita en papel de la compañía. ¿Es suficiente? —Se la pasó por debajo de la puerta—. ¿O prefiere ver mi tarjeta?

Abrió la caja de herramientas y se puso a hurgar en su interior, como si la hubiese metido allí e intentase encontrarla. Mientras lo revolvía todo, iba soltando bufidos en señal de frustración, aunque en realidad estaba esperando, y escuchando.

Oyó que el tipo desplegaba la carta al otro lado de la puerta. Por lo tanto seguía ahí. No se había marchado hasta el teléfono para llamar a la compañía. Menos mal.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Sé que está aquí en alguna parte. Si quiere puedo volver más tarde, cuando la haya encontrado.

Una pausa. Casi era capaz de leerle el pensamiento mientras doblaba nuevamente la carta. Lo último que quería aquel tipo era que ella regresara más tarde. Deseaba que Maria terminase cuanto antes lo que tuviese que hacer y se largara.

De pronto Maria oyó que descorría los pestillos y las cadenas.

—Pasa —dijo el hombre al tiempo que le devolvía la carta. Tenía el entrecejo fruncido y aún sostenía la gorra en la mano—. ¿Cuánto calculas que vas a tardar?

—Cinco o diez minutos. Iré lo más rápido posible. —Maria cerró la puerta y lo siguió hasta un armario situado junto a la pequeña cocina.

El hombre lo abrió, dándole la espalda. —Aquí está el contador y lo demás. — Gracias. Maria metió la mano en la caja de herramientas y sacó una bolsa de plástico de KMart y su pistola Glock semiautomática provista de silenciador. Antes de que el tipo se volviese, le cubrió la cabeza con la bolsa, le apretó el revólver contra la sien y disparó dos veces. A pesar de la bolsa se puso todo perdido, aunque muchísimo menos que si hubiese prescindido de ella. Arrastró el cadáver hasta el cuarto de baño, lo metió en la bañera y abrió el grifo del agua fría. Con un poco de hielo, el cuerpo no empezaría a descomponerse hasta al cabo de una semana como mínimo, y después ya no tendría importancia.

Cogió la gorra del hombre, limpió dos gotas de sangre de la visera negra y se la puso. Le sentaba muy bien. Había estado en lo cierto, pensó con una sonrisa. Era perfecto.

TRES NOCHES MÁS TARDE
CENTRAL DE GENIUS
BOSTON

Como todas las sociedades, el ciber mundo tiene su propia subcultura. Los jóvenes de la era de los ordenadores, aburridos, merodean por las cibercalles en busca de un poco de emoción y del reconocimiento de los demás intentando introducirse en cualquier sistema. Estos llamados ciberpunks recorren la autopista electrónica conduciendo como locos de un punto a otro de la red, tratando de convencerse mutuamente de que son los internautas más geniales de la ciberciudad. Todos comparten el mismo sueño: realizar alguna hazaña heroica y peligrosa, matar a algún dragón electrónico y pasar de ser un mero ciberpunk a obtener el título de ciberlord.

Pocos lo consiguen. Sin embargo, ha habido verdaderas leyendas, aunque ninguna como el aficionado que se introdujo en la base de datos de la Reserva Federal del Tesoro, en el sistema de dirección de los satélites de la NASA y en el centro de mando del Misil Nuclear Estratégico Ruso, haciéndose con el control de todos ellos. Afortunadamente, el pirata informático no pretendía nada malo y en todos los casos sencillamente alertó a las autoridades y les indicó cómo podían, y de hecho deberían, mejorar sus sistemas de seguridad. Por supuesto, las autoridades intentaron localizarlo y arrestarlo, pero como el desconocido había utilizado una ruta muy complicada, cambiando de nodos y saltando de la red a las conexiones de satélites y viceversa, no pudieron dar con él. No obstante, la comunidad ciberpunk sabía quién lo había hecho. Era uno de los suyos: el aficionado conocido con el nombre de Razor Buzz.

Todo ello había sucedido doce años antes y, tras el episodio, Razor Buzz prácticamente desapareció de Internet, aunque su nombre pervivió como uno de los grandes, como un verdadero ciberlord.

Aquella noche, sin embargo, Razor Buzz volvía a recorrer la superautopista de la información. Su *alter ego* la obligó a utilizar de nuevo su apodo y sintió la necesidad de alimentarse de los triunfos pasados. Aquella noche, la mujer que en los últimos años se había convertido en un miembro muy respetado de la comunidad científica (nada menos que una premio Nobel) estaba quebrantando nuevamente la ley.

La doctora Jasmine Washington tomó un sorbo de Coca-Cola *light* y un bocado de pizza, sin apartar los ojos del monitor de veinte pulgadas. Llevaba quince horas trabajando en su despacho de la planta baja de la pirámide de Genius. Por una vez, se alegraba de que Larry estuviese fuera de la ciudad. Disfrutaba de la tranquilidad de la noche, ya que era cuando su mente funcionaba mejor.

Aparte del resplandor azul de la pantalla, el nítido círculo de luz procedente de la

lámpara de la mesa era la única iluminación del pequeño y despejado despacho. Al lado, en la habitación blanca climatizada que constituía el corazón de la sección de informática, la Gran Madre emitía un leve zumbido casi relajante mientras una ínfima parte de su potentísimo cerebro recogía y cotejaba todos y cada uno de los escáners procedentes de los genescopios en funcionamiento de todo el globo terrestre. Pero al margen del leve tictac del reloj que había encima del monitor, no se oía el menor ruido. Era poco más de medianoche y Jasmine tenía la sensación de que todo el mundo dormía, excepto ella.

Comprobó las notas que tenía sobre la mesa. Hacía dos días que había terminado de examinar todos los archivos de IGOR sin encontrar lo que buscaba, aunque cada hora seguían llegando datos sobre los últimos escáners realizados por genescopio que aún no figuraban en IGOR. Sin embargo, en aquel momento estaba inspeccionando otra base de datos. Ya se había introducido en varias de las más fáciles de piratear de la lista, como hospitales y pequeñas compañías de seguros de todo el mundo. En cada una de ellas había insertado su archivo inteligente comprimido, que sólo contenía la secuencia genética de los tres genes Nazaret, para buscar un genoma que los contuviese. Y acababa de piratear algunas de las bases de datos más difíciles, incluidos los depósitos de ADN del personal militar de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, todos ellos protegidos con alarmas informáticas y con el sistema de localización Predador Versión 2. No obstante, en su calidad de ciberlord no le había costado demasiado franquear tales barreras, y se sentía satisfecha de no haber perdido su destreza como pirata informática. Lo único decepcionante era que, después de haber examinado casi doscientos millones de genomas individuales, aún no había encontrado ninguno que poseyera los tres genes.

Se desperezó, se levantó de la silla y se dirigió con paso vacilante a causa de las piernas entumecidas hacia la pared de vidrio de la pirámide. El predio estaba sumido en una oscuridad total, pero se veían las estrellas que salpicaban el cielo despejado, así como la delgada tira plateada de la luna. También se vislumbraba el pálido resplandor de la caseta de la entrada. Jasmine sabía que había dos guardias allí vigilando el lugar a través de los monitores del sistema de circuito cerrado. Había entrado en el vídeoordenador central e introducido un señuelo en la cámara que vigilaba su oficina. Cualquier guardia que controlase su zona de trabajo vería un despacho vacío e inactivo en lugar de descubrir a la directora de la sección de informática de Genius pirateando una base de datos tras otra.

Regresó al ordenador y se sentó ante el monitor. El holograma de Cristo la había aterrorizado. Se sentía como si en cierto modo hubiese evocado el espíritu de Jesús en contra de su voluntad, como un nigromante de los de antaño. Después de que descubrieran los genes de Nazaret, Jasmine se había pasado toda la noche y la mayor parte del día siguiente explorando su propia alma. No sabía qué hacer: si decirle a Tom que se retiraba de Caná o bien continuar con algo que prometía ser milagroso. Finalmente, tras una cantidad nada despreciable de oraciones a la antigua, decidió

que si aquellos genes podían curar a Holly y a la humanidad en general, debía seguir adelante con el proyecto. Y era su responsabilidad encontrar a alguien con dichos genes. Tom y Holly dependían de ella.

Volvió a repasar sus notas acerca de todas las bases de datos que tenía intención de examinar. Las había catalogado por orden creciente de riesgo y dificultad. Lo más sensato era intentar encontrar el genoma de la manera más segura posible y correr riesgos únicamente cuando fuese estrictamente necesario, puesto que el ser descubierta no ayudaría a nadie. Aun así, sabía que lo mejor solía encontrarse en las bases de datos más grandes y mejor protegidas. La más impresionante de todas era un sistema con base en París al que había apodado el Agujero Negro, ya que, además de ser inmenso (contenía varios millones de genomas), estaba protegido con el nuevo sistema Predador Versión 3. Éste lo hacía tan seguro como su propio sistema IGOR, al que consideraba prácticamente inexpugnable. Cualquiera que penetrase en el Agujero Negro sin la debida autorización o la habilidad requerida sería absorbido sin posibilidad de volver a salir, y a continuación el sistema Predador captaría la señal del pirata y lo localizaría rápidamente. Razor Buzz lo habría encontrado irresistible, pero la doctora Jasmine Washington, con más años y experiencia, era más consciente de los riesgos reales. Sólo consideraría la posibilidad de introducirse en el Agujero Negro si no le quedaba más remedio.

Desplazó el cursor hasta el siguiente sistema de la lista.

Toda persona mínimamente relacionada con la genética conocía la base de datos Diversidad de Genoma Humano. Ésta contenía los frutos del polémico proyecto del mismo nombre. Creado a principios de los años noventa por dos genetistas, Luigi Luca Cavalli-Sforza, de la Universidad de Stanford, y Kenneth Kidd, de la Universidad de Yale, el proyecto Diversidad de Genoma Humano era un retoño del Proyecto de Genoma Humano. Tenía como finalidad recoger y conservar el ADN y los genes potencialmente excepcionales de más de quinientas comunidades étnicas de zonas remotas del mundo. Muchas de ellas, como la Hadza, en Tanzania, la Yukaghir, en Siberia, y la Onge, en las islas Andaman, estaban a punto de extinguirse.

La polémica surgió porque se estimaba que la ciencia occidental valoraba el ADN de estos pueblos en desaparición más que a los propios habitantes. Hubo varios casos notorios en Occidente, en especial por parte del gobierno de Estados Unidos, de intentos de patentar genes raros que prometían combatir ciertas enfermedades. Dichas tentativas fueron invalidadas pero, si hubiesen seguido su curso, las enormes ganancias que hubiesen generado no habrían ido a parar a los «propietarios» indígenas de dichos genes, sino al gobierno norteamericano y a las compañías farmacéuticas.

El genescopio permitió a los líderes del proyecto establecer unas directrices que asegurasen que todos los individuos que entregaran muestras fuesen identificados, de manera que si se descubrían algunos genes excepcionales pudiera localizarse a la persona, familia o comunidad original. Esta persona, familia o comunidad se

beneficiaría entonces de alguna clase de compensación económica. Una vez que se acordaron estos derechos compartidos de explotación genética, el proyecto siguió adelante sin ningún tipo de trabas y todos los genomas fueron almacenados en la base de datos Diversidad de Genoma Humano para futuras referencias.

Jasmine seleccionó el icono pulsando el botón del ratón y la máquina le pidió la contraseña de acceso. De inmediato reconoció la conformación básica del sistema: una avanzada base de datos relacional Kibuki 2000 con unas características de seguridad específicas. Como le ocurría con todo lo japonés, Jasmine quedó impresionada con el diseño del sistema. Las distintas barreras que protegían el acceso a la base de datos habían sido rigurosamente programadas y pensadas hasta el último detalle, y ésta contaba con varias alarmas informáticas hábilmente colocadas.

A pesar de ello, Jasmine no se sintió intimidada. Tal vez Razor Buzz no fuese tan activa como en el pasado, pero la doctora Jasmine Washington se había mantenido al día de los últimos avances y, de hecho, su contribución a éstos había sido determinante. Por experiencia, sabía que los sistemas japoneses estaban bien diseñados pero adolecían de defectos graves. La belleza y la claridad misma de su diseño solía ser su talón de Aquiles.

Jasmine tendió la mano de modo instintivo, cogió un trozo de pizza fría y se puso a reflexionar mientras comía. Cuando hubo terminado, se limpió distraídamente los labios con el dorso de la mano y comenzó a pulsar el teclado. Fue descosiendo uno a uno todos los puntos invisibles de programación que el diseñador original había utilizado para coser la base de datos. Conforme inhabilitaba una barrera de seguridad tras otra, sus sospechas se fueron confirmando. Aquel sistema estaba demasiado bien diseñado, y en ello residía precisamente su problema. Era excesivamente previsible.

En menos de cuarenta minutos, al igual que el Razor Buzz de su juventud, se hallaba husmeando en la base de datos. Importó una copia del archivo de los genes de Nazaret y se puso a buscar algún genoma con las mismas secuencias genéticas.

Cogió la Coca-Cola *light* y se preparó para una larga espera. Aún con su potente ordenador de cien terahercios, la exploración de una base de datos de tales dimensiones solía llevar su tiempo.

Sin embargo, el mensaje «Genoma encontrado» parpadeó casi al instante, tan deprisa que la cogió desprevenida y le hizo derramar sin querer la bebida sobre su camiseta y sus vaqueros.

—Dios mío —exclamó. A pesar del pequeño incidente, se sintió muy emocionada cuando vio aparecer en la pantalla una fotografía escaneada acompañada de un texto. Parecía una foto de los archivos de la policía: el rostro moreno de un hombre enmarcado por una melena canosa mirando fijamente a la cámara. A Jasmine le gustó: era un rostro enérgico y digno, incluso noble. El hombre parecía mayor, aunque se conservaba en excelentes condiciones físicas. Tenía el torso desnudo y sus músculos eran firmes. Jasmine desplazó el cursor hasta la mitad del texto. Se trataba de un indio wayuu de Carisal, Colombia. Su apellido era Puyiana y su nombre

sencillamente Al. A Jasmine le dio un vuelco el corazón cuando leyó las líneas que figuraban en la parte inferior de la pantalla: «Se le atribuye el poder de sanar».

Al Puyiana era un curandero. Sin embargo, a diferencia de otros sanadores de la zona, no utilizaba sus conocimientos sobre hierbas y plantas locales para atender a los enfermos, sino la «imposición de manos». Los científicos que había compilado su historial admitían no comprender cómo lo hacía, pero afirmaban que había «pruebas irrefutables» de que poseía un «auténtico don».

En la parte superior del monitor, Jasmine vio distintos iconos que ofrecían más información acerca del hombre. El que más le interesaba era el de «datos genéticos», pues confirmaría si los genes del indio, en los que no habían reparado otros científicos antes que ella, sin duda porque sus codones de inicio y detención eran diferentes, coincidían con los Nazaret. Jasmine se disponía a seleccionar esta opción con el botón del ratón cuando advirtió que debajo del nombre Al había dos fechas, no sólo la de nacimiento. La segunda era de poco más de tres meses antes.

Volvió a fijar la atención en la imagen del indio y se desplazó hasta el final del texto.

—Oh, no —murmuró. Sintió una punzada de tristeza por aquel hombre que acababa de conocer. Al Puyiana, el indio de rostro recio y manos sanadoras, había muerto tres meses antes a los noventa y dos años de edad.

Jasmine volvió a comprobar su secuencia genética. Era perfecta. El fallecido poseía los tres genes Nazaret ocultos en su genoma, todos ellos idénticos a la secuencia hallada en la muestra de Cristo. Jasmine copió su expediente así como el escáner de genes y lo exportó al disco de seguridad situado al lado de su ordenador personal. Incluso muerto, el hombre podría desvelar otros secretos.

—Mierda —exclamó. Era injusto que lo hubiesen perdido por sólo tres meses. Pensó en llamar a Tom para contarle lo ocurrido, pero desechó la idea en cuanto comprobó la hora que era. Casi la una y media de la madrugada. Aunque sabía que Tom tenía intención de quedarse trabajando hasta tarde, dudaba que aún estuviese en el edificio. Pensó que tal vez fuera conveniente que ella también regresase a casa e intentara dormir un poco, pero se sentía demasiado inquieta. Leyó una vez más el texto sobre el indio wayuu de Carisal. Las palabras «Se le atribuye el poder de sanar» parecían sobresalir de la pantalla a modo de provocación.

Jasmine dejó escapar un profundo suspiro y, tras comprobar que no hubiese ningún otro genoma con los genes, salió del sistema metódicamente, asegurándose de no dejar el menor rastro de su intrusión. Como tantas otras veces años atrás, había conseguido penetrar en una fortaleza oscura y aparentemente inexpugnable y escabullirse sin ser vista, dejando a los guardias dormidos y sin saber que alguien había abierto una brecha en sus defensas.

Fue quizá la frustración que le produjo el haber estado tan cerca de hallar lo que buscaba lo que la impulsó a hacer lo que hizo a continuación. O tal vez el hecho de que su mente se hallaba demasiado acelerada para dormir; o bien, sencillamente, que

estaba disfrutando siendo de nuevo la rebelde e inconformista Razor Buzz. Cualquiera que fuese la razón, la doctora Jasmine Washington hizo caso omiso de la larga lista de bases de datos de ADN que había elaborado concienzudamente en orden ascendente de riesgo, y se fue directamente a la última entrada. Había llegado el momento de poner a prueba a Razor Buzz, de ver si el ciberlord era capaz de penetrar en la fortaleza más recóndita de todas: el Agujero Negro.

Media hora más tarde, los guardias de seguridad de Genius cambiaban de turno en la caseta principal. Los dos nuevos guardias franquearon la puerta charlando a voz en cuello e intercambiaron algunas obscenidades con sus compañeros.

Gus Stransky llevaba casi siete años trabajando para Shield, la empresa privada de seguridad contratada por Genius. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, y había sido uno de los mejores policías de Boston antes de retirarse a causa de una herida de bala en el tobillo derecho. A pesar del horario laboral, le gustaba trabajar como guardia de seguridad. Le permitía darse un respiro de la pesada de su mujer, Doris.

El contrato de Genius era ideal. La compañía tenía dinero y estaba dotada de la mejor tecnología. Lo único que tenía que hacer era sentarse en la caseta y vigilar los monitores de televisión por si aparecía algo extraño. Y desde el incidente de Suecia, cuando dispararon contra la señora Carter, habían duplicado la seguridad, de modo que ahora no estaba solo. Aquella noche tenía un nuevo compañero, un chico alto de complexión fuerte y cabello oscuro llamado Bart Johnson. Sólo hacía un par de días que había sido contratado por Genius, pero tenía buena pinta y Gus estaba acostumbrado a trabajar con novatos. Su supervisor siempre decía que sabía cómo tratarlos.

En la caseta había dos hileras de monitores de circuito cerrado de televisión. Una mostraba el exterior de la pirámide principal y abarcaba la mayor parte del predio, incluidas las naves de producción de proteínas situadas al fondo a la derecha. La otra vigilaba el interior de la pirámide, y una de las pantallas mostraba permanentemente el atrio donde se hallaban los otros dos guardias de seguridad. Aunque un solo hombre podía colocarse entre los dos grupos de monitores y vigilarlo todo, aquella noche Gus decidió ocuparse de la vigilancia exterior y dejar a cargo del novato los planos interiores.

Gus echó un rápido vistazo a sus pantallas. Todo parecía estar en orden. Se volvió hacia su compañero y preguntó:

—¿Estás casado, Bart? ¿O eres feliz? Bart sonrió. —Feliz, supongo. Gus observó al joven examinar las pantallas que tenía delante. Todas mostraban oficinas vacías. Sólo la sala del hospital y el laboratorio Crick parecían estar ocupados. El doctor Carter seguía ante su mesa de trabajo. Aunque era imposible distinguir qué estaba haciendo exactamente, parecía absorto en ello.

Bart apretó el botón que accionaba el interfono para hablar con los guardias del

atrio de la pirámide.

—¿Qué tal va por ahí? Uno de los guardias levantó el pulgar de la mano derecha y respondió: —Bien, por el momento. ¿Eres tú, Bart? —Sí, Georgie. —¿Está el viejo Gus ahí? Bart miró a su compañero y sonrió al observar su expresión ceñuda.

—Sí, el viejo Gus está aquí. ¿Qué tal va todo? —Muy tranquilo —respondió el otro a través del interfono—. La verdad es que no me vendría mal un poco de emoción.

Gus sacó un chicle Doublemint y se lo llevó a la boca. Le ofreció uno a Bart, pero éste lo rechazó con un movimiento de la cabeza. Gus se guardó el paquete en el bolsillo, se retrepó en la silla e inspeccionó metódicamente cada uno de sus monitores. Las naves de proteínas estaban desiertas tanto por dentro como por fuera, así como todos los jardines. No se movía ni un alma.

De pronto vio a su compañero ponerse rígido. Bart miraba fijamente el monitor que mostraba el laboratorio Crick, donde estaba trabajando el doctor Carter.

—¿Pasa algo? —preguntó Gus con tono de hastío. ¿Por qué estaban siempre tan tensos aquellos jóvenes, que veían peligro en cualquier rincón?

Bart arrugó el entrecejo. —No estoy seguro. —Se puso de pie y abandonó su asiento—. Gus, échale un vistazo a esto y dime qué ves.

Gus lanzó un suspiro y se levantó. —Está bien —murmuró sin el menor entusiasmo. Si le hubiesen dado un dólar cada vez que un novato le pedía que examinara con su mirada experta alguna sombra o mancha insignificante en la pantalla, ahora no necesitaría trabajar. De eso estaba completamente seguro.

El joven se hizo a un lado y Gus se inclinó para observar el monitor.

—¿Qué problema hay? —preguntó—. Yo no veo nada. —Abajo a la derecha. Es pequeño. Muy pequeño. Gus se acercó más a la pantalla, pero seguía sin ver nada. Sólo al doctor Carter rascándose la cabeza ante una fila de platos de vidrio. ¿A qué diablos estaba jugando Bart? Entonces oyó un leve piñoneo metálico a su espalda. De entrada no reaccionó, pero luego, como si recordase una nota de una canción olvidada hacía tiempo, identificó el sonido.

Una pistola antes de que apretasen el gatillo. Se volvió, más enfadado que asustado. —¿Qué co...? Sus palabras fueron acalladas por dos estampidos sibilantes que le produjeron un calor abrasador en el pecho. Era una sensación extraña. Más que sentir dolor, notó que le faltaba la respiración. Aturdido, se pasó la mano por la pechera de la camisa. La tela estaba húmeda y pegajosa, y había manchas rojas sobre los monitores. Sangre, pensó con una tranquilidad no exenta de perplejidad; su propia sangre. Mierda, le habían disparado. Se sentía débil y mareado, así que se sentó en la silla e intentó recuperar el aliento, pero lo había perdido, perdido para siempre. Miró alrededor y vio a Bart observándolo detenidamente. No tenía sentido; su joven compañero sostenía una pistola con silenciador. Gus sintió un profundo cansancio y se reclinó en la silla, intentando ponerse más cómodo. Bart seguía mirándolo fijamente.

Cuando todo comenzó a desvanecerse, sólo dos pensamientos se formaron en su mente. Por una parte se dio cuenta de que jamás volvería a ver a su mujer Doris, lo cual, para su sorpresa, le produjo una gran tristeza. Y por otra se preguntó por qué no se había fijado antes en que uno de los ojos de Bart era azul y el otro pardo.

Maria Benariac aseguró bien en la silla el cuerpo sin vida de Gus antes de abrir su bolsa. Guardó la pistola en ella y comprobó las otras herramientas que había llevado. Había tardado un día entero en encontrar los clavos. Ninguna ferretería los tenía lo bastante largos o fuertes. Sin embargo, confiaba en que los cinco que finalmente había encontrado en Charlestown fueran suficientes. Sólo necesitaba cuatro, pero pensó que uno más podría servirle bien. El mazo que había encontrado en el apartamento de Johnson era lo bastante pesado para clavar unos clavos tan grandes.

Disparar contra Gus no contaba como un Ajusticiamiento en el sentido estricto de la palabra. Ni tampoco el matar a Bart Johnson, el nuevo guardia de seguridad de Shield de quien había tomado el uniforme, el trabajo y la identidad. Eran meros obstáculos engorrosos que entorpecían su misión sagrada.

Por un instante pensó con tristeza en el Padre y en su reciente discusión con él. Tenía la esperanza de que una vez que acabase con el doctor Carter y su proyecto, el Padre reconocería el mérito de sus actos y la acogería nuevamente entre sus fieles. Pero aunque no lo hiciese, tenía el convencimiento de que estaba cumpliendo con el Imperativo de la manera debida. Su Dios le indicaría su siguiente objetivo, y habría de prescindir de la intervención del Padre o del seno reconfortante de la Hermandad.

Que así sea, pensó. Ya había vuelto a nacer en una ocasión, y lo haría de nuevo.

Pulsó el interruptor del interfono y con voz grave dijo:

—Eh, muchachos. Voy a pasar un momento a entregaros algo, ¿de acuerdo?

En la pantalla uno de los guardias del atrio de la pirámide asintió con una leve inclinación de la cabeza.

—Ningún problema. Ahora te abrimos la puerta. —Muchas gracias. Apagó el interfono y, sin siquiera echarle un vistazo al cuerpo de Gus, abandonó la caseta.

Se ajustó la gorra mientras descendía por el camino de grava. Frente a ella, la pirámide de vidrio parecía elevarse hacia el cielo nocturno como un templo futurista. Era una buena idea matar al científico en su guarida. Llevaba una semana esperando ese momento, y por fin había llegado. A cada paso notaba la emoción crecer en su interior, y a cada paso susurraba un verso de su credo: Soy Némesis. Que mi espada de la justicia esté afilada... Que la armadura de mi rectitud esté impoluta... Y sea fuerte el escudo de mi fe. Con cada crujido de sus pisadas sobre la grava repetía los versos como un encantamiento en el frío aire de la noche.

Tardó menos de cinco minutos y la puerta principal se abrió justo antes de que llegase al escáner de ADN. En el atrio iluminado vio que los guardias sentados tras sus respectivos puestos de control la saludaban con una amplia sonrisa. Fijó la atención en la caja de empalmes situada detrás del segundo guardia; con ella se

controlaban todas las líneas telefónicas que entraban y salían del edificio.

—Bienvenido a nuestra humilde morada —dijo George, el hombre con quien había hablado por el interfono—. ¿Qué nos has traído?

Maria se acercó y, con una sonrisa, dio una palmadita en su bolsa.

—Justo lo que estabais buscando. La sonrisa del guardia se tornó aún más amplia. —¿Ah, sí? ¿De qué se trata? Maria metió la mano en la bolsa y empuñó su fiel revólver Glock.

—De un poco de emoción.

SECCIÓN DE INFORMÁTICA
CENTRAL DE GENIUS
BOSTON

A no más de cuarenta metros de allí, en la sección de informática, Razor Buzz abría frenéticamente brechas en las murallas que protegían el Agujero Negro. Sus dedos se desplazaban veloces por el teclado, mientras su mirada permanecía fija en el mundo virtual que había al otro lado de la pantalla. El título oficial de la base de datos que figuraba en la parte superior del monitor le recordaba constantemente la seriedad de la labor así como las consecuencias de ser descubierta. También lo hacía el mensaje de advertencia que parpadeaba en rojo en medio de la pantalla: «Habilitado con protección Predador V 3». Jasmine ya había franqueado las tres primeras barreras con contraseña de la que era probablemente la base de datos sobre ADN más segura del mundo, y estaba a punto de conseguir que la cuarta y última luz roja se tornase verde, con lo que tendría acceso a los archivos.

Una vez que se introdujera en la base de datos, el sistema Predador la detectaría de inmediato y en menos de un minuto podría localizar el origen de su ordenador. Así pues, sólo disponía de sesenta segundos para encontrar un genoma que contuviese los tres genes y salir con destreza, sin dejar ningún archivo propio. Si se demoraba un solo instante quedaría atrapada sin posibilidad de salir mientras los propietarios del sistema la localizaban. Y tanto Jasmine como Razor Buzz preferían no tener que vérselas con aquella clase de gente. En absoluto.

De repente la pantalla parpadeó como si se hubiese producido una sobretensión y la última luz roja de la parte inferior del monitor se volvió verde. Jasmine acababa de inhabilitar la cuarta barrera con contraseña.

Por el momento todo iba sobre ruedas, y el haber llegado hasta allí le producía una gran satisfacción. Se había introducido de lleno en el complejo lenguaje del programa que había detrás de la base de datos y había reescrito extensos tramos de él sin alertar al sistema en sí.

Hizo una breve pausa e intentó tranquilizarse mientras colocaba el cursor sobre el icono que actuaba como un «ábrete sésamo» electrónico al permitirle acceder a los datos. Una vez que Jasmine pulsara el botón del ratón, comenzaría inevitablemente la cuenta atrás del sistema Predador.

Jasmine se quitó el reloj que llevaba en la muñeca izquierda y comprobó la alarma con voz digitalizada.

—*Cinco segundos* —anunció la voz monótona del aparato. Jasmine asintió satisfecha, puso la alarma y colocó el reloj junto al teclado. A continuación desplazó el cursor hasta el icono del archivo que contenía los genes Nazaret. Este archivo electrónico comprimido sólo contenía la secuencia genética de los tres genes. Lo

había creado especialmente para facilitar la búsqueda. Al introducir el símbolo en la base de datos y pulsar «búsqueda», los archivos podían buscar la secuencia de genes en cualquiera de los genomas residentes en aquélla. Jasmine desplazó el icono hasta el centro de la pantalla, lo cual le permitió introducirlo rápidamente en la base de datos.

Razor Buzz respiró hondo, apretó un botón del reloj y pulsó el botón del ratón con el cursor situado sobre el icono de entrada. Ya se encontraba dentro de la base de datos. Moviendo los dedos a la velocidad del rayo, introdujo el icono de los genes Nazaret en el recuadro de búsqueda y seleccionó la opción «Búsqueda rápida». El sistema Predador se accionó al instante. Una señal roja parpadeante con la palabra «ADVERTENCIA» surgió en la parte superior de la pantalla y una voz electrónica espetó: —*Rastreo habilitado. Dispone de sesenta segundos para dar código de identificación personal y símbolo de autorización de acceso.*

De pronto apareció un enorme número 60 en el ángulo superior derecho del monitor y la cuenta atrás comenzó al instante: 59, 58, 57...

Razor Buzz notó que su frente se cubría de sudor, pero intentó conservar la calma. Procuró no distraerse con los números que iban cambiando en la pantalla y fijó la atención en la ventana de búsqueda que había en el centro del monitor, donde una línea blanca horizontal se iba volviendo progresivamente negra de izquierda a derecha. Debajo figuraba un porcentaje que aumentaba de cinco en cinco e indicaba qué porción de la base de datos había sido examinada.

El relleno negro se hallaba a una décima parte de la banda con el siguiente mensaje: «10% de la base de datos registrada». Y luego, tras lo que pareció una eternidad, el color negro pasó al siguiente punto y el 10% cambió a 15%. El reloj del ángulo superior derecho continuaba la cuenta atrás: 42, 41, 40... La banda blanca cambiaba de manera errática. El color negro avanzó a gran velocidad del 15% al 20% y al 25%, pero tardó siglos en llegar al 30%. El reloj no se detenía: 32, 31, 30... —*Treinta segundos* —la avisó la voz digitalizada del reloj. Jasmine apenas podía soportar mantener la vista fija en la pantalla. El servicio de «Búsqueda rápida» sólo le proporcionaría unos detalles mínimos sobre el posible genoma, pero al menos le permitiría registrar el 100% de la base de datos en el tiempo disponible. Aun así, lo tenía justo, muy justo.

Restaban diecisiete segundos. El color negro ocupaba ahora el 78%. Entonces, simple y llanamente, encontró un genoma con los tres genes.

—Aleluya —musitó Jasmine, y sin pérdida de tiempo pasó a la acción. Ni siquiera se molestó en abrir el archivo y examinarlo. Se limitó a seleccionarlo, copiarlo y exportarlo a su disco de seguridad. A continuación, desplazó rápidamente el cursor, sacó el icono de los genes Nazaret de la ventana de búsqueda y salió del sistema, justo en el momento en que el reloj de la pantalla marcaba el número 3.

—*Sesenta segundos* —sentenció su propio reloj. Sólo entonces Razor Buzz se enjugó el sudor que cubría su frente y exhaló un largo suspiro de alivio. Había

obtenido el premio. El ciberlord se había introducido en el corazón del Agujero Negro y había logrado escapar sin ser detectada. Por fin se encontraba a salvo.

De repente la pantalla chisporroteó y en ella apareció el menú principal. Jasmine frunció el entrecejo. La línea de módem se había cortado o había sido desconectada.

Descolgó el teléfono y marcó el número interno de recepción del edificio. Nada. Un profundo silencio. ¿Qué diablos sucedía?

Se fue a la sala de ordenadores y miró el atrio a través del cristal ahumado. ¿Dónde se habían metido los guardias de seguridad? Ambas mesas estaban vacías. Después de que Tom recibiera la amenaza de muerte, Jack les advirtió que serían despedidos si abandonaban sus puestos de vigilancia aunque sólo fuera por un momento. Jasmine se dirigió a la mesa más cercana.

Entonces vio el zapato negro y reluciente. Producía un efecto extraño, ya que asomaba por el otro lado de la mesa en una posición muy rara. El fatigado cerebro de Jasmine tardó un segundo en darse cuenta de que el zapato poseía un pie. Con creciente pánico, rodeó la mesa y vio el tobillo, luego una pierna, después la otra extendida hacia la izquierda, y por fin el cuerpo entero de George, el guardia de seguridad. Jasmine le tenía aprecio. Había conocido a su mujer y a sus dos hijos el año anterior, en la barbacoa que la compañía ofrecía a sus empleados. George la miraba fijamente, pero sus ojos eran como la pantalla en blanco de un ordenador. Tenía tres nítidos agujeros de bala en el pecho y en el cuello, y un reguero de sangre se desplazaba por el mármol en dirección a los pies de Jasmine.

Reprimiendo las náuseas, pasó por encima del charco de sangre para tomarle el pulso; aunque la muñeca de George aún estaba cálida, sus ojos no mentían. Su mujer era ahora viuda y sus dos hijos huérfanos de padre. Cuando estaba a punto de vomitar, Jasmine vio el cuerpo del otro guardia tendido en el suelo detrás de la mesa contigua.

Se tapó la boca con la mano y, procurando dominar el creciente pánico que se apoderó de ella, cogió el teléfono instintivamente. Aturdida, se llevó el auricular al oído y maldijo su propia estupidez cuando volvió a toparse con el silencio. «¡Piensa! ¡Maldita sea! ¡Piensa!».

«¡Corre! ¡Sal de aquí! ¡Ahora!».

Las órdenes brotaron, frías y espontáneas, de lo más hondo de su ser. Y con ellas llegó el miedo. Ya no estaba sencillamente horrorizada por lo que les había sucedido a los guardias de seguridad, sino que de pronto se sintió horrorizada por lo que pudiese ocurrirle a ella.

Se alejó de los cuerpos ensangrentados sin fijarse apenas en los monitores de televisión antes de dirigirse hacia las escaleras que conducían al aparcamiento subterráneo.

Los monitores de televisión. La bata blanca entrevista por un segundo en la pantalla, le ardía en la retina. Con la esperanza de que sus ojos se hubiesen equivocado, decidió retrasar la huida y corroborarlo. La figura con la bata blanca estaba desplazándose en el monitor que vigilaba el laboratorio Crick. Tom todavía

estaba allí.

Jasmine supo al instante que la Predicadora había venido a matarlo.

Entonces oyó dos voces en su cabeza. Una seguía gritándole que saliera huyendo, sólo que más alto y con un tono más persuasivo. «¡Súbete al coche! —la conminaba—. ¡Ve a buscar ayuda! Es lo único que puedes hacer». La otra voz, un susurro apenas perceptible, le decía que la ayuda llegaría demasiado tarde, que era ella quien debía auxiliar a su amigo, avisarle de inmediato.

—Pero ¿qué puedo hacer? —susurró mientras bajaba la mirada hacia sus pies, que la conducían en dirección a la escalera del aparcamiento, donde estaría a salvo.

Entonces se le ocurrió una idea. Se detuvo y regresó sobre sus pasos. Procurando no mirar a George a los ojos, le dio la vuelta al cadáver sobre la sangre pegajosa.

La pistolera estaba cerrada, pero la horrible pistola negra seguía allí.

Con dedos vacilantes, desabrochó la funda de cuero y comprobó la recámara del arma, como su hermano le había enseñado a hacer. La pistola estaba cargada. Jasmine quitó el seguro, la sostuvo en sus manos, sopesándola, y recordó las palabras de machote de su hermano fallecido: «No cojas una pistola a no ser que estés dispuesta a utilizarla».

¿Estaba dispuesta a utilizarla? ¿A hacer lo que había jurado que no haría jamás? ¿A apuntar a alguien con ella y disparar? Con la boca reseca y piernas temblorosas, se dirigió hacia el ascensor.

«¡No! —le ordenó la voz que resonaba en su mente—. ¡No cojas el ascensor! La asesina se enterará de que vas para allá. Ni siquiera debe saber que estás aquí. ¡Ve por las escaleras!».

Echó a correr hacia la escalera y, al abrir la puerta, trató de imaginar que ya no era Jasmine sino la Razor Buzz de antes, un ciberlord liberado del mundo virtual para vagar por el mundo real. Tenía un arma y una motivación. ¿Qué más podía pedir?

«Coraje —pensó—. No me vendría mal un poco más de coraje».

Respiró hondo, procuró relajarse y comenzó a ascender por los oscuros peldaños.

En el piso superior, Tom soltó un suspiro y miró al hombre a los ojos.

—¡Háblame del tercer gen! —le ordenó—. ¡Dime qué hace! —Alzó una ampolla de suero con los nuevos genes y se la plantó ante la cara—. ¿Qué hace esto? ¿Cómo coño actúan los tres genes juntos? ¡Maldita sea, dímelo!

El hombre permanecía en silencio, mirándolo fijamente. Tom, presa de un profundo sentimiento de frustración, le asestó un golpe en la cabeza, pero no le sirvió de gran cosa, puesto que su mano sencillamente lo atravesó. Ése era el problema con los hologramas: no eran grandes conversadores ni sacos de boxeo.

Tom sacudió la cabeza disgustado y bostezó. Se acercó a DAN, que seguía realizando innumerables iteraciones en su «mente virtual» mientras trataba de descifrar el nudo gordiano del tercer gen. Pulsó dos teclas y el holograma de Cristo se desvaneció. Tom había estado repasando sus últimos descubrimientos desde las ocho

y media de la mañana (o sea, la mañana del día anterior) y aún no había avanzado nada.

Cogió un plato de cultivo con el título «Naz 3-E coli» escrito con la pulcra letra de Nora. Lo sostuvo a la luz y lo observó por unos instantes. No había proteínas. Nada. Hizo otro tanto con el de «Trinidad-E coli», que contenía un híbrido de los tres genes juntos. Se había producido una proteína totalmente nueva y, además, en grandes cantidades. Pero ¿qué diablos hacía?

«A lo mejor los genes no hacen nada —lo provocó su mente cansada—. Quizá no haya nada que saber». Tom comprobó la hora y se acercó al teléfono. Se preguntó si Jasmine aún estaría abajo buscando una réplica del genoma. No sería la primera vez que se quedaba trabajando toda la noche. Descolgó el auricular y se lo llevó al oído. Lo agitó y volvió a escuchar. Aquello era lo último que le faltaba. No había línea.

Colgó el teléfono con violencia y se dirigió hacia el ascensor. La oscura figura uniformada que apareció junto a la puerta lo cogió por sorpresa.

—George, ¿eres tú? ¿Qué coño pasa con los teléfonos? —Los he cortado, doctor Carter. Estamos solos. Solamente usted y yo.

La grave voz de mujer le puso los pelos de punta. —¿Qué coño está pasando? ¿Y usted quién es? La figura se adentró en la luz del laboratorio. —Ya sabe quién soy. Tom se quedó petrificado junto a su mesa de trabajo y el miedo le hizo sentir un nudo en el pecho. A pesar de que el extraño era más bajo que él, su estatura era superior a la media y tenía un cuerpo atlético, de espaldas anchas. Su rostro poseía una belleza convencional, casi insulsa, con un mentón recio, una nariz bonita y unos pómulos altos. Sólo su voz misteriosa y sus llamativos ojos gatunos (uno azul y el otro pardo) revelaban que no se trataba de un hombre sino de una mujer. Tom recordaba haber visto aquellos ojos antes, en el holograma de la Predicadora, y supo sin el menor asomo de duda que se hallaba frente a la asesina de Olivia. En ese momento, incluso cuando vio a la mujer sacar una pistola de su bolsa, el miedo lo abandonó. Y en su lugar Tom experimentó una rabia que jamás había sentido hasta ese momento.

Sin apartar los ojos de ella, desplazó la mano derecha por la mesa e intentó localizar el teclado a su espalda.

Mientras caminaba hacia el doctor Carter, Maria Benariac comprobó el peso del revólver Glock que sostenía en la mano. Era más ligero tras haber utilizado ocho de las balas de la recámara, pero aún le quedaban nueve. Había resultado muy fácil matar a los guardias del atrio. Y como había cerrado con llave la sala del hospital para que la enfermera del turno de noche no saliese a curiosear, Carter era todo suyo.

Vistos de cerca, los ojos del científico eran profundamente azules. Maria advirtió, indignada, que no había en ellos la menor señal de arrepentimiento o temor. Sin embargo, aquello cambiaría cuando utilizase los clavos. Y una vez muerto, dejaría el siguiente mensaje escrito con su sangre: «Quien acumula ciencia acumula dolor». Eclesiastés, 1:18.

Le apuntó a la cabeza con la pistola provista de silenciador y sonrió. Aquél iba a

ser un acto verdaderamente justiciero.

—Doctor Carter —dijo—, el pecado se paga con la muerte. —¿Cuál es mi pecado? —Fue la réplica inmediata. Su voz reflejaba una sola emoción: ira.

Con la mano izquierda, Maria dejó su bolsa encima de la mesa mientras seguía sosteniendo la pistola con la derecha.

—¿Que cuál es su pecado? He estado vigilándolo, doctor Carter. Muy de cerca. Su pecado es querer convertirse en Dios. No sólo se ha entrometido en la creación de Dios, sino en el mismísimo hijo de Dios.

—Mi intromisión salva vidas. ¿Cuántas vidas se ha llevado la Predicadora?

Maria sonrió al oír el absurdo mote que le habían puesto los periódicos. Le agradaba que Carter supiese que era responsable de las otras muertes.

—Sólo las que necesitaban ser ajusticiadas. —¿Ajusticiadas? Querrá decir asesinadas. ¿Quién decidió que debían morir?

Maria barrió con el brazo todo cuanto había sobre la mesa. Las botellas, los frascos y los vasos de precipitación se hicieron añicos al estrellarse contra el suelo. Por poco se le cayó en el pie un extraño instrumento blanco con una pieza redonda de goma que sobresalía de la parte superior y que tenía la palabra «Omnigen» escrita en uno de sus lados. Calculó a ojo la estatura del científico y le pareció que la mesa sería justo lo bastante grande si él no extendía los brazos del todo. Sacó los clavos de la bolsa uno a uno y los dispuso en una fila de manera ordenada.

—Dios decidió que debían morir, naturalmente. —¿Qué Dios? —se mofó Carter—. No puede pasarle a él la responsabilidad. Dios no existe. Sólo lo creamos para explicar lo que no entendíamos, y ahora que la ciencia nos ha proporcionado el saber, ya no lo necesitamos. ¿Es ésa la razón por la que precisa matarme? ¿O es que disfruta matando, utilizando a Dios como excusa?

Maria posó la cuerda y el mazo junto a los clavos e intentó contener la cólera que la embargaba. Sabía lo importante que era dominar sus emociones, aunque aquel hombre arrogante e indignado no era como los demás. No tenía el menor sentimiento de culpa ni temía a su verdugo. Su mente era lo bastante retorcida como para que siguiese empeñado en que tenía razón. La poca objetividad que Maria conservaba respecto a él se desvaneció en ese preciso instante. Ya no lo consideraba fríamente como una amenaza que había que erradicar, sino que era alguien a quien odiaba, la personificación misma de todo aquello que temía y despreciaba.

—Voy a darle a elegir —dijo Maria—. ¿Qué mano prefiere? Por un segundo, la expresión de Tom pasó de la ira a la perplejidad.

—¿Qué quiere decir? —Carter miró los clavos y se preguntó para qué serían, o más bien procuró no hacerlo.

—Como le he explicado, he estado vigilándolo y sé qué está haciendo. Ya que quiere poseer el poder de Jesús, morirá como Él. —Apuntó con la pistola a su mano izquierda, que le colgaba a un lado del cuerpo—. Voy a atarlo a esta mesa y a clavarle un clavo en cada mano y en los pies. —No pudo contener una sonrisa—. Necesito

hacer un agujero para el primer clavo. Una bala nos facilitará las cosas a los dos. ¿Qué mano?

Los ojos de Tom al fin reflejaron auténtico pavor. Bien. «Ahora ya no se muestra tan arrogante, ¿verdad, doctor?», pensó Maria. Entonces, antes de que él pudiese reaccionar, le disparó.

—¡Mierda! —exclamó Carter. A Maria le pareció cómica la forma en que el científico se retorció de dolor, protegiéndose la mano herida con la derecha, y sintió una enorme satisfacción cuando vio el nítido agujero en la palma de la mano y la sangre goteando hasta el suelo. Carter, totalmente pálido, contempló azorado la herida. Parecía como si fuese a vomitar. Pero cuando alzó la cabeza, Maria no vio el menor indicio de temor en sus ojos; sólo una mirada gélida.

—¡Maldita hija de puta! Aquel hombre era increíble. —¿Todavía no se arrepiente? —preguntó Maria. Quería que Carter le diese la razón antes de ajusticiarlo, que reconociese la rectitud de sus actos.

—¿Que me arrepienta? —dijo él con tono de burla—. ¿Por qué? ¿Por querer salvar vidas?

Maria se adelantó y le puso el arma contra la sien. En ese momento se hallaban de pie entre la mesa del laboratorio y la mesa de trabajo de Tom.

—Usted no es quien para salvar vidas que no le pertenecen. No tiene por qué cambiar lo que Dios ha decretado sólo porque está en condiciones de hacerlo. La gente tiene que ganarse su propia salvación. Es el Señor el que decide quién debe salvarse con sus milagros, no hombres como usted.

—Pero si esos milagros no son obra de Dios, maldita bruja —masculló Carter entre dientes, con las mandíbulas apretadas para soportar el dolor—. Son nuestros propios milagros, como el fuego y el poder volar. Y de todas formas, ¿qué derecho tiene usted a decidir lo que Dios quiere... a conocer su voluntad?

—Él me ha elegido. Carter soltó una fuerte carcajada. —¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha preguntado a la cara? Maria empezaba a hartarse de aquella conversación. El insufrible científico se negaba a ceder. Había llegado el momento de hacerlo entrar en razón. Le apretó la pistola contra la sien y dijo: —Ponga la mano izquierda sobre la mesa. Estaba dispuesta a luchar con él si se resistía. Sin embargo, para su sorpresa, Carter hizo una mueca y apoyó la mano herida sobre la mesa, junto a los clavos, con la palma hacia arriba, y la miró a los ojos, con expresión desafiante.

No cabía duda de que aquel hombre tenía coraje. Maria se cambió la pistola de mano y cogió el primer clavo.

—¿Ha visto a Cristo alguna vez? —le preguntó Carter con un tono sorprendentemente relajado. Parecía realmente interesado en la respuesta.

Maria no contestó y siguió concentrada en el clavo. Como sólo tenía una mano libre, debía introducirlo por el agujero de bala apretando con fuerza a fin de clavar la punta en la madera y luego hundirlo del todo con la ayuda del mazo. Pero si no acertaba a atravesar por completo el orificio, el clavo no quedaría asegurado en la

mesa y no habría forma de impedir que él retirase la mano.

Mientras trataba de resolver ese problema, no vio a Carter desplazar la otra mano hacia el teclado situado a su espalda. Pero de pronto le pareció detectar con el rabillo del ojo que una figura se movía a su izquierda. Se volvió instintivamente y disparó, pero el espectro no se inmutó.

Hipnotizada, Maria observó que la silueta fantasmagórica cobraba forma, hasta que un «hombre» apareció a menos de medio metro de distancia.

—¡Vamos! —oyó decir a Carter desde algún lugar lejano—. Ahora que ha visto a Cristo, ¡pregúntele qué quiere que hagamos con sus genes!

Maria se quedó totalmente petrificada ante el espectro. Por unos instantes, fue incapaz de apartar la mirada de aquel hombre desnudo, de cabello largo y castaño, con el rostro afeitado.

De repente, justo en el momento en que veía las luces que salían de la plataforma negra circular y caía en la cuenta de que debía de tratarse de alguna clase de proyección, una botella de vidrio se estrelló contra su cabeza y una fuerte mano la empujó. Antes de caer al suelo, arremetió contra Carter y disparó tres veces.

Le llevó un par de segundos incorporarse y limpiarse la sangre de la frente. Furiosa, decidió ocuparse nuevamente de su presa. Acabaría con él de inmediato, con o sin crucifixión.

Pero Carter había desaparecido. Maria se volvió rápidamente hacia la puerta y lo vio salir cojeando del laboratorio. Se levantó del suelo y echó a correr, tambaleándose.

Al llegar al umbral miró a su izquierda a través de la amplia extensión del laboratorio principal. Y allí, junto a los ascensores, lo vio. La alta figura del científico destacaba sobre las bajas mesas de trabajo. La lesión de rodilla que arrastraba desde que Maria había atentado contra él en Estocolmo le impedía moverse con agilidad, y había algo cómico en su torpe manera de correr. A pesar de lo indignada que estaba, Maria no pudo evitar sonreír ante semejante espectáculo. El científico lo tenía bien merecido. Alzó la pistola y le apuntó a la nuca. De inmediato pondría punto final a tanta estupidez.

—¡Muévete, maldita sea! ¡Corre! —siseó Tom, desesperado por llegar a los ascensores, procurando hacer caso omiso del dolor que le producía la herida en la mano. Si conseguía llegar hasta el despacho de Jack situado en lo alto de la pirámide, tal vez tuviera alguna posibilidad de salvarse. Allí había un teléfono celular y Jack siempre guardaba un arma en el cajón inferior derecho de su mesa.

Poco importaba lo que pudiera pensar a esas alturas, ya que en la oscura pared de vidrio que tenía frente a él se veía el reflejo de su agresora, quien ya no lo perseguía, sino que le apuntaba con la pistola. Mierda. La botella que le había estampado en la cabeza no la había dejado sin sentido; ni siquiera la había aturdido lo suficiente.

Pensó en ocultarse detrás de una de las mesas que había a su izquierda, pero ello

sólo retardaría lo inevitable. Prefería seguir moviéndose en lugar de agazaparse muerto de miedo detrás de un mueble. Por lo menos así cabía la posibilidad, por remota que fuese, de que la Predicadora errase el tiro. Agachó la cabeza a fin de ofrecer un blanco más pequeño, y forzó a su rodilla entumecida a que lo impulsara durante los diez metros que lo separaban del primer ascensor.

En ese instante vio el fogonazo reflejado en el cristal y oyó el disparo.

Y acto seguido cayó al suelo. Fue un disparo afortunado, y cuando abrió los ojos Jasmine se dio cuenta de ello al instante.

Unos minutos antes, mientras subía por las escaleras, se sentía aterrorizada pero en pleno control de sus facultades. Sin embargo, cuando abrió la puerta del laboratorio principal y vio a aquella figura persiguiendo a Tom, se quedó de piedra ante la cruda realidad: había llegado el momento de enfrentarse con la Predicadora.

No recordaba haber sentido nunca semejante pavor. El miedo que se apoderó de ella pareció paralizar cada músculo de su cuerpo.

Entonces la figura se detuvo, de espaldas a ella, y apuntó tranquilamente a Tom con su pistola.

Sin pensárselo dos veces, Jazz se sobrepuso a su pánico, abrió la puerta que daba al hueco de la escalera y salió sigilosamente tras la asesina. Tenía la boca tan reseca que si hubiese querido gritar «¡Alto!» habría sido incapaz de hacerlo. Cogió la pistola con ambas manos, y a pesar de que le temblaban consiguió apuntar en medio de la ancha espalda de la Predicadora. Entonces, como le había enseñado su hermano, apretó el gatillo lentamente y, como le había dicho que nunca hiciera, cerró los ojos.

El disparo la ensordeció. El retroceso le dio una fuerte sacudida en el hombro, y estuvo a punto de golpearse el rostro con las manos. El acre olor de la cordita le produjo náuseas.

«Aún te queda mucho que aprender, Razor Buzz», pensó. Cuando abrió los ojos y miró a través del humo, la Predicadora se hallaba tendida en el suelo, inmóvil. Pero ¿dónde estaba Tom? De pronto vio a su amigo ponerse de pie, al lado de los ascensores, y sacudirse la ropa. Debía de haberse caído, pero parecía ileso.

—¡Quítale la pistola, Jazz! —gritó Tom mientras se acercaba cojeando a la asesina.

Todavía bajo los efectos del subidón de adrenalina, Jasmine corrió hacia la figura inerte y, de un puntapié, le pasó el revólver a Tom, que lo recogió del suelo con la mano derecha. Entonces vio una raja ensangrentada en la parte posterior de la cabeza de la Predicadora, donde la bala debía de haberle rozado el cráneo, dejándola sin sentido. Un milímetro más arriba y Jasmine habría errado el tiro por completo. Unos milímetros más abajo y el cerebro de la Predicadora estaría en ese momento desparramado en el suelo del laboratorio. Ambas posibilidades le revolviéron el estómago.

Había algo extraño en el cabello oscuro de la mujer. La línea de la frente donde empezaba el pelo estaba torcida y arrugada, como si se hubiese puesto a toda prisa un

gorro de baño barato. Jasmine tardó un segundo en percatarse de que aquel pelo natural y cortado al cepillo era en realidad, una peluca. La bala debía de haberla desprendido. Sintió un escalofrío cuando descubrió que la asesina tenía la cabeza totalmente rasurada. Era horripilante.

—¡Un buen disparo, Jazz! —exclamó Tom Carter apuntando a su agresora con la pistola envidiablemente firme entre las manos.

—No tanto —replicó Jasmine intentando controlar el temblor de sus piernas—, si tenemos en cuenta que pensaba dispararle entre los omóplatos.

Tom sonrió y la abrazó. —Bueno, para mí eres una gran tiradora, una auténtica Annie Oakley —dijo con un brillo de emoción en los ojos—. Si no llegas a darle, me habría alcanzado a mí en el lugar exacto donde estaba apuntando.

Jasmine comenzó a notar espasmos en la pierna izquierda mientras recobraba la calma entre los brazos de Tom. Cuando se separaron, observó la herida ensangrentada en la mano izquierda de éste.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntó. Tom se encogió de hombros. —Estoy bien. Digamos que la Predicadora no me tenía preparada una muerte fácil.

—¿Seguro que es la Predicadora? —Sí. Acabas de abatir a una de las criminales más buscadas de América. —Su voz adquirió un tono de inquietud—. ¿Estás bien?

—Sí, sólo un poco conmocionada. —Jasmine miró la figura tendida en el suelo. Mientras examinaba su apariencia masculina, recordó el holograma de la bella mujer que había visto con la agente especial Karen Tanner. Era francamente espeluznante. Se volvió hacia Tom, y añadió—: Por un instante pensé que él... que ella iba a acabar contigo.

—No eres la única, pero... La Predicadora se movió y abrió un ojo. Al instante Jasmine reconoció a la mujer del holograma; la forma y el color de aquel ojo eran inconfundibles.

—Jazz, ve a la oficina de Jack y utiliza el teléfono celular para pedir ayuda —dijo Tom—. Yo me encargaré de nuestra invitada.

Jasmine asintió y se dirigió hacia el ascensor. Entonces oyó que Tom le preguntaba:

—¿Qué les ha ocurrido a George y a los demás guardias? Jasmine se volvió, sin saber muy bien cómo explicárselo. —De los de la entrada no tengo noticia. —¿Y los del atrio...? Jasmine sacudió la cabeza. Tom volvió la mirada hacia la asesina. Y por primera vez, Maria vio en aquellos ojos azules algo que la aterrorizó. En ese momento, el hombre que se dedicaba a salvar vidas parecía capaz de matar a alguien.

—Tom, ¿estás bien? Sin mirarla, Tom murmuró: —Alguien dijo en una ocasión que la venganza es una forma salvaje de hacer justicia a la que sólo recurren los animales. Pero eso no es cierto. Los animales no sienten la necesidad de vengarse. Sólo nosotros. Ahora entiendo por qué.

Al observar la rabia y el profundo dolor que reflejaba el rostro de Tom, Jasmine se alegró de encontrarse de su parte.

Cuando Maria recobró el conocimiento, lo primero que sintió no fue dolor, sino ira. Había fallado de nuevo, y al ver al científico de pie con su propia arma, comprendió la magnitud de su fracaso. Seguramente alguien había aparecido detrás de ella mientras apuntaba contra el doctor Carter. ¿Por qué no había registrado el edificio después de matar a los guardias de seguridad en lugar de confiar en los monitores de televisión? Sus ansias de matar al científico la habían hecho comportarse como una aficionada.

Por un instante pensó en lanzarse sobre él, pero era evidente que si movía un solo músculo Carter le pegaría un tiro encantado. Sentía tanta vergüenza que bien valdría la pena correr el riesgo. Había fracasado dos veces: primero en Estocolmo y luego allí. Había fracasado ante el Padre, la Hermandad y, peor aún, ante sí misma. Pero entonces pensó que cuanto más tiempo viviera, más posibilidades tendría de enderezar las cosas.

—Es usted un hombre afortunado, doctor Carter. —Sí, quizá después de todo no debía matarme —repuso él sin el menor asomo de humor.

Maria sonrió. Al parecer el diablo estaba velando por el científico y, por razones que ella no lograba comprender, Dios se lo permitía.

—Dios nos pone a todos a prueba —le replicó clavándole la mirada.

—Parece que ha vuelto a fallar. Y además era su última oportunidad. La próxima vez que reciba un mensaje de su creador, podrá dárselo personalmente.

—Esto todavía no ha terminado. Carter soltó una amarga carcajada. —Para usted sí.

CAVERNA DE LA LUZ SAGRADA
SUR DE JORDANIA

Ezequiel miró los bellos ojos de la muchacha. Ella sonrió nerviosa, y él le devolvió la sonrisa.

—Relájate, hija mía —le susurró mientras cogía la antigua daga de afiladísima hoja—. Enseguida habrá pasado todo.

Atrajo el brazo derecho de la joven hacia sí, por encima del cuenco de peltre que había sobre el altar. Con un suave movimiento, le arremangó la túnica de ceremonia dejando al descubierto el antebrazo. Seguidamente, deslizó con sumo cuidado la punta de la daga por la carne a fin de que la piel se sensibilizara al contacto con el acero. El brazo de la joven se crispó al notar el cosquilleo que le producía la fría hoja. Ezequiel se detuvo por un instante y, con un movimiento experto, le hincó la daga en la carne. La muchacha no pudo evitar que sus ojos acusaran el dolor. Pero se mordió el labio y no lo exteriorizó en modo alguno. Cuando la finísima incisión de color carmesí alcanzó los siete centímetros de largo, Ezequiel retiró la hoja e hizo un corte transversal, formando una cruz. Una vez completada la segunda incisión, depositó la daga en la mesa junto al cuenco de peltre. A continuación le volvió el brazo hacia abajo y le friccionó suavemente la carne hasta que cayó un poco de sangre en el cuenco. Contó ocho preciosas gotas de color burdeos antes de que la sangre comenzase a coagular. Era suficiente.

Sumergió el índice de la mano izquierda en el líquido de color rubí y luego trazó una cruz roja en la tersa frente de la muchacha.

—Tu sangre es su sangre —dijo con tono solemne—. Tu cuerpo es su cuerpo.

—Le entrego mi carne, para que así pueda salvar mi alma.

La voz de la muchacha temblaba de pasión. Ezequiel asintió, infundiéndole ánimos. —Dios lo salve. Ella sonrió, ya más relajada. —Para que así pueda salvar a los justos. El hermano Haddad, el jefe regional de Tierra Santa, lugar de origen de la iniciada, le limpió el corte cruciforme con el unguento cicatrizante, y el miembro más reciente de la Hermandad retornó a su asiento.

Un suspiro colectivo de alivio resonó en la caverna, tanto por parte de los otros diecinueve iniciados sentados en torno a la amplia mesa como de las personas que presenciaban la ceremonia desde el fondo de la cueva. El primer ritual de iniciación era siempre el más angustioso.

Ezequiel dio la bienvenida al siguiente novicio de la Hermandad, un joven de Jerusalén, y le pidió que tendiera el brazo sobre el cuenco. Mientras lo iniciaba, pensó en lo guapos que estaban los doce hombres y las ocho mujeres con sus túnicas blancas. Buena materia prima para encaminar a la Hermandad hacia el futuro. La

mayoría eran hijos de hermanos o bien de buenos amigos aleccionados desde la infancia. Una veintena de estos familiares o protectores se hallaba en el fondo de la caverna presenciando la ceremonia y recordando sin duda el día en que ellos mismos habían sido iniciados.

Cuando el tercer novicio se levantó de la mesa, caminó hasta el altar y tendió el brazo, Ezequiel de la Croix recordó el día en que, cuando tenía dieciocho años, su padre, un miembro del Círculo Interno, lo llevó a aquel mismo lugar desde su casa de Damasco. Recordó la gran responsabilidad que recayó sobre su persona a fin de cumplir con las expectativas de su progenitor. Incluso entonces ya estaban preparándolo para el momento en que se convirtiera en líder.

En aquella época, a pesar de que en la Hermandad sólo se admitían hombres, las ceremonias de iniciación eran acontecimientos de mayor magnitud, a los que asistían unos sesenta novicios como mínimo. En la actualidad los jóvenes habían perdido la dedicación y la disciplina. Cada vez podía contarse con menos individuos capaces de entregarse por completo a la Hermandad.

Con todo, Ezequiel llevaba dos horas explicando las leyes de la doctrina y recordando a los novicios la historia de la secta así como su Primer Imperativo. También les había hablado de sus responsabilidades individuales: se esperaba que cada uno de ellos alcanzase cierto nivel en el campo de su elección para servir a la congregación lo mejor posible. Sabían que ya había hermanos y hermanas colocados en los más altos puestos de las principales iglesias, bancos, hospitales, fuerzas armadas, departamentos de policía y organizaciones mediáticas del mundo. Todos a la expectativa, dispuestos a contestar en el acto a la llamada de la Hermandad y, en última instancia, del Mesías.

Lo único que Ezequiel les había ocultado era la existencia de un Segundo Imperativo del que sólo estaban al corriente los seis miembros del Círculo Interno y los dos operarios.

La muchacha que en aquel momento se hallaba delante de Ezequiel le recordaba a la joven Maria Benariac, la hija que nunca había tenido. Ezequiel supo que Maria era especial desde el instante en que vio aquellos ojos cautivadores. Incluso cuando la vengativa madre Clemenza le comentó lo mentirosa que era la niña, se convenció aún más de que se trataba de una elegida. Aquellas declaraciones de cuando todavía no había cumplido los ocho años bien pudieron ser las fantasías de una niña solitaria, y de hecho la misma Maria las desmentiría más tarde, alegando que ni siquiera las recordaba. Pero al menos esas «mentiras», realmente sorprendentes en alguien de tan corta edad, mostraban su gran visión y su imaginación desbordante.

Ezequiel rasgó la carne de la joven y la observó, impasible, contener las lágrimas. Maria ni siquiera había parpadeado el día de su iniciación; se había limitado a sonreír con orgullo desmedido mientras la hoja le hendía el brazo. Ezequiel lamentaba haber discutido con ella. Sabía que cuando Maria se enterase del trato que habían hecho con Carter, su reacción sería desproporcionada, pero aun así le sorprendía que no hubiese

contestado a los mensajes del hermano Bernard. No era propio de ella.

Intentó tranquilizarse pensando que, a pesar de su actitud vehemente, Maria siempre permanecería leal a su persona y a la Hermandad. Estaba convencido de que pronto se pondría en contacto con él y entonces, junto con Bernard, decidiría qué hacer con ella.

Mientras preparaba al siguiente novicio, un joven de Beirut, Ezequiel se puso a pensar en el doctor Carter. Cuando el científico les devolvió las muestras diciendo que había encontrado tres genes excepcionales, todos en el Círculo Interno recibieron la noticia con gran emoción. Sólo tenían que esperar a que el doctor Carter se pusiese de nuevo en contacto con ellos para informarles de cualquier progreso en la búsqueda de un individuo que poseyera dichos genes. Según Helix, si éste figuraba en alguna de las bases de datos de ADN, sería cuestión de semanas, tal vez días. Ezequiel se sintió de pronto tan exaltado que tuvo que controlar el temblor de sus manos mientras practicaba la incisión en el brazo del joven.

La ceremonia de iniciación duró todavía una hora, y en el transcurso de ella Ezequiel estuvo saboreando la posibilidad, la probabilidad incluso, de que pronto, muy pronto, la profecía se hiciera realidad y diese por cumplidas todas sus obligaciones y responsabilidades.

Mientras pronunciaba el discurso final, observó que Bernard le hacía señas desde el fondo de la cueva. Helix también parecía querer atraer su atención, y en ese momento la emoción lo embargó por completo. Seguramente habían recibido noticias. Terminó su alocución rápidamente y le pasó la palabra al hermano Haddad.

En un rincón tranquilo de una de las cuevas contiguas se reunió con los dos hermanos.

—¿Y bien? ¿Hemos recibido noticias del doctor Carter? —preguntó—. ¿Ha encontrado al Mesías?

Bernard dirigió una mirada de inquietud a Helix y bajó la vista.

—No, Padre. No exactamente. La noticia está relacionada con Némesis.

—¿Maria? ¿La habéis encontrado? ¿Dónde está? —No la hemos encontrado nosotros —le respondió Bernard con voz queda—. Sino el FBI.

—¿Cómo? —La cálida sensación de bienestar abandonó de inmediato a Ezequiel.

—Según nuestras fuentes —explicó Helix—, al parecer intentó matar al científico, pero una colega de éste se lo impidió. Maria está ahora detenida.

—¿Detenida? —Han averiguado que el Predicador es ella —continuó Helix—, y con las pruebas irrefutables que existen en su contra, será llevada a juicio en cuestión de semanas, quizá días. Si la declaran culpable, tal como sin duda ocurrirá, será ejecutada poco después.

—La pregunta es: ¿qué hacemos con ella? —dijo Bernard. —¿Podemos confiar en que no nos traicionará? —preguntó Helix tras una pausa—. ¿O es preciso que la hagamos callar para siempre?

—Por supuesto que no nos traicionará —le respondió Bernard—. Nosotros la

adiestramos. Por muchos defectos que tenga, la traición no es uno de ellos.

—Estoy de acuerdo —convino Ezequiel. Helix tosió con aire cohibido. —Con el debido respeto, Padre, usted se equivocó al pensar que ella jamás le desobedecería cuando le ordenó que dejase en paz al científico.

Ezequiel de la Croix se volvió hacia el adalid del Primer Imperativo.

—Hermano Helix, usted no conoce a Maria. Desobedeció nuestras órdenes porque creía firmemente en lo que debía hacer. Puede que sea demasiado entusiasta, incluso dogmática, pero lo último que hará es traicionarnos ante las autoridades. Permanecerá leal a nosotros y recibirá su castigo.

Helix se encogió de hombros. —¿De manera que podemos olvidarnos de Maria y concentrarnos en el doctor Carter? —inquirió.

A Ezequiel le disgustaba el modo en que los dos Imperativos se habían encontrado. Sentía pesar por lo de Maria, sobre todo porque la Hermandad había perdido a su operaria más eficiente. Por lo menos Carter no había muerto, ya que de lo contrario ambos Imperativos se habrían visto comprometidos.

—Sí —contestó—. Tendremos que dejar a Maria en manos del sistema judicial de Estados Unidos y centrarnos en Carter. Pero si no nos entrega lo que buscamos, me encargaré personalmente de que Gomorra acabe con él. Y con todas las demás personas implicadas en el proyecto Caná.

HOSPITAL DE GENIUS CUATRO DÍAS MÁS TARDE

Tom se hallaba en la sala del hospital de Genius con el expediente del paciente abierto frente a él. Se sentía bien. La mano vendada le dolía, pero era soportable. Según le había informado Karen Tanner el día anterior, con las pruebas de que disponía el FBI, la Predicadora pronunciaría su último sermón en cuestión de meses... ante el verdugo del estado.

Por fin los acontecimientos parecían estar de su parte: la asesina de su mujer en manos de la justicia, una réplica del genoma Nazaret en la base de datos y el historial de Al Puyiana, el indio que poseía los mismos genes que Cristo. El mero hecho de leerlo había sido sumamente alentador. Tal vez el ADN del hombre muerto no le fuese de mucha más utilidad que los genes Nazaret, pero al menos había testimonios de que era capaz de sanar. Todo ello añadía peso y razón a su búsqueda frenética y tal vez descabellada. Y, como si todo eso fuese poco, Hank Polanski parecía estar recuperándose.

—¿Y bien, doctor? —preguntó el joven, sentado en la cama con la espalda erguida—. ¿Qué tal estoy?

Hank se había convertido en una persona totalmente distinta del paciente de tez pálida y ojos hundidos que sólo unos meses atrás había iniciado un tratamiento de terapia génica. La enfermera Lawrence se encontraba a su lado comprobando el gota

a gota intravenoso que tenía inyectado en el brazo. Éste procedía de una bolsa de líquido de color rojo que colgaba de un soporte al lado de la cama.

—Tienes muy buen aspecto, Hank —respondió Tom. —Sí, me encuentro muchísimo mejor. Tom sonrió mientras leía el expediente. Las cosas marchaban bien. Sacó una radiografía y se la mostró a Hank.

—Los tumores primarios de los pulmones han dejado de crecer e incluso están empezando a disminuir de tamaño. Los tres secundarios han muerto, todos.

—¿Así que el quince por ciento de posibilidades ha dado buenos resultados?

—Por el momento, sí, Hank. Pero debemos seguir controlándote de cerca. No te encontrarás completamente a salvo hasta dentro de unos años. Pero es indudable que estás mejorando.

Hank se echó a reír. —Y que lo diga. Sigo vivo, ¿no? Yo a eso lo llamo una mejoría indiscutible.

Tom sonrió, pero prefirió no hacer más comentarios. Aunque Hank ya no se hallaba en el umbral de la muerte, aún no había abandonado la sala de espera, a pesar de que la balanza se había inclinado de forma significativa a favor de su supervivencia. Tom se despidió de él y avanzó por la sala. Mientras comprobaba el estado de los demás pacientes, pensó en el Proyecto Caná y se abandonó a una fantasía maravillosa y embriagadora. Si llegaban a conseguir que los genes funcionasen, tal vez pudieran salvar a todos los Hank Polanski y a todas las Holly del mundo. Contempló las camas en torno a él e imaginó a todos sus ocupantes recuperados y el hospital cerrado por falta de pacientes.

Ojalá Jasmine lograra identificar el nombre del genoma que había encontrado en el Agujero Negro, se dijo Tom; habría deseado que la muestra de la base de datos de París llevase un nombre o un título de identificación en lugar del índice codificado #6699784. También habría preferido que Jasmine hubiese copiado el genoma entero y no sólo la secuencia que coincidía con los genes Nazaret, ya que en ese caso habrían podido utilizar el programa Gene Genie para determinar el aspecto del individuo.

Con todo, por lo menos sabía que existía alguien vivo con los mismos genes que Cristo y en qué base de datos se hallaba. Sólo era cuestión de tiempo el que Jasmine se introdujese de nuevo en el Agujero Negro y encontrara el nombre detrás del número codificado. El nombre del salvador de la Hermandad y de Holly.

—¿Tom? Al volverse, Tom vio a Alex dirigirse hacia él. De pronto ya no se sintió de tan buen humor. Antes de que su padre dijese una sola palabra, supo que eran malas noticias. Alex había acompañado a Holly a hacerse un escáner de cerebro en el Hospital General de Massachusetts, y de su rostro ojeroso se desprendía que los resultados habían sido positivos. Aunque Tom sabía que la profecía de DAN se cumpliría, le sorprendió la exactitud del pronóstico ahora que se había hecho realidad.

Aquella misma noche Holly estaba leyendo los artículos de periódico sobre la captura de la Predicadora y comentándole a Tom lo impresionada que estaba de que su padre y su madrina se hubiesen convertido en héroes. Fue entonces, casi de pasada, cuando la pequeña mencionó por primera vez sus dolores de cabeza y sus mareos. Le dijo que, a pesar de que había dejado de jugar con el ordenador, seguía padeciéndolos. Tom la escuchó en silencio y le dio dos analgésicos.

Unas horas antes, Tom había estado examinando la sombra que aparecía en el cerebro de su hija. Los escáners no sólo indicaban que el cáncer se había desarrollado, sino que avanzaba a una velocidad alarmante. En tales circunstancias, se hacía aún más apremiante que Jasmine identificase al individuo que había encontrado. Sin embargo, al margen de lo que ocurriese con el Proyecto Caná, y cuándo, lo cierto era que Holly no podía esperar. Lo más importante era explicarle qué le sucedía y qué debían hacer para ayudarla. Tom había informado a infinidad de pacientes sobre sus graves enfermedades, esperaba que con compasión y humanidad. Pero decírselo a su querida hija era diferente y, una vez más, deseó que Olivia estuviese allí para asesorarlo.

Al día siguiente, después del desayuno, Tom paseaba con Holly por el jardín. Era una bonita mañana primaveral de mediados de abril y el césped aún estaba cubierto de rocío.

Los bulbos que Olivia había plantado el otoño anterior estaban en flor, creando un aluvión de tonos rojos y amarillos. Una fresca brisa sugería vida y rejuvenecimiento.

El jardinero estaba cuidando de los rosales al otro lado del césped. Levantó los ojos de su trabajo y sonrió por debajo de su vieja gorra de béisbol de los Boston Red Sox.

—Buenos días. —Buenos días, Ted —dijeron Tom y Holly al unísono. Durante casi siete años, Ted, jubilado desde hacía tiempo, había acudido una vez por semana para ayudar a Olivia en el jardín. Desde la muerte de ella, sin embargo, iba casi todos los días para acabar de sembrar lo que habían planeado juntos. Aunque Tom insistía en pagarle por su trabajo, Ted siempre se negaba. Se quitaba la gorra, se rascaba la cabeza y, con una triste sonrisa, respondía: «Gracias de todos modos, doctor Carter, pero a mi edad no me quedan muchas más cosas por hacer. Y, además, ésta es mi forma de permanecer cerca de Olivia. ¿Lo comprende?».

Tom lo comprendía, pero también sabía que al viudo no le disgustaba en absoluto la compañía de Marcy Kelly.

Holly y su padre paseaban por el jardín cogidos de la mano. Los dobladillos de los holgadísimos tejanos de la niña estaban empapados de rocío.

—¿Sabes por qué tienes dolores de cabeza, Hol? —le preguntó él.

Holly pateó la hierba húmeda con sus zapatillas deportivas fosforescentes.

—¿No es por el ordenador? —No, Holly, no. Holly alzó la vista hacia él, con una expresión pensativa que Tom había visto en otras ocasiones.

—Entonces ¿qué es? Tom se detuvo y se puso en cuclillas. Los ojos color avellana de Holly lo observaban ahora muy de cerca.

Tom sonrió. —Antes que nada, Holly —dijo—, no tengas miedo. Vamos a acabar con tus dolores de cabeza y te pondrás bien. ¿De acuerdo?

—Sí, papá —repuso ella en voz baja. Sus enormes ojos lo miraban con tanta confianza que a él se le partió el corazón.

—¿Te acuerdas de la revisión médica de ayer, a la que fuiste con el abuelo?

—Sí. —Es un escáner que comprueba si tenemos algún problema en la cabeza. Pues bien, en el último escáner estabas bien, como siempre, excepto por un chichón diminuto.

Holly frunció el entrecejo, sin comprender. —¿Un chichón? —preguntó, extrañada. —Sí. ¿Te acuerdas del día en que me golpeé la cabeza contra la puerta de la despensa en casa del abuelo y me salió ese chichón tan grande en la cabeza?

La pequeña sonrió. —¿Y mamá te llamó cabezudo? —Todos me llamabais cabezudo —dijo Tom. La sonrisa se amplió. —No. El abuelo te llamaba «cráneo de rinoceronte». —En fin, tu chichón es especial porque está dentro. A mí me dolía porque era como un enorme morado, pero el tuyo te duele porque ejerce presión sobre el cerebro. Esto te produce dolores de cabeza de vez en cuando y hace que te sientas mareada y tengas ganas de vomitar.

Holly asintió lentamente con la cabeza. —¿Cómo lo he cogido? —Bueno, en mi caso era culpa mía, porque me di contra el marco de la puerta, pero tu chichón no es en absoluto responsabilidad tuya. Has tenido muy mala suerte. Algo ha fallado en algunas células de tu cabeza y han formado un chichón.

—¿Por qué? —Imagínate que todas las células de tu cuerpo son como niños que han de portarse bien para mantener el cuerpo sano. De vez en cuando, sin ninguna razón, algunos de estos niños desobedecen a sus padres o a sus profesores. Cuando esto ocurre, alborotan a todos los demás niños y crean un revuelo en nuestro cuerpo...

—¿Y nos ponemos enfermos? —Así es. —¿Cuándo desaparecerá el chichón? —Bueno, Holly, no desaparecerá solo. Y como está dentro, es difícil deshacerse de él. Pero no te preocupes, nos libraremos de él. Para empezar vamos a darte medicinas que harán que el bulto se reduzca y limitarán el efecto del comportamiento de esos niños malos. Y luego es posible que tengamos que sacar el chichón.

—¿Como si expulsásemos a los niños malos de la escuela? —Efectivamente. Pero tendrás que ser valiente. El tratamiento no es fácil y deberás pasar un tiempo en el hospital.

Holly inclinó la cabeza hacia un lado. Era exactamente el mismo gesto que Olivia solía hacer cuando reflexionaba sobre algo.

—¿Y serás tú quien lleve adelante el tratamiento? —Si quieres, sí. Habrá más personas ayudando, pero yo seré tu médico.

—¿Y podré estar en el hospital donde trabajas? —Claro. La niña pareció sopesar

esa información antes de asentir, satisfecha. No sólo no daba muestras de estar asustada, sino que hasta se la veía un poco entusiasmada. Siempre que iba a ver a su padre al trabajo entraba en el hospital para conocer a los pacientes. Ahora era como si le entusiasmase convertirse en uno de esos pacientes especiales a los que su padre dedicaba tanto tiempo. Si bien la confianza que demostraba su hija le facilitaba las cosas a Tom a la hora de hablarle de su enfermedad, la posibilidad misma de traicionar dicha confianza lo aterrorizaba.

—No será fácil —repitió. Normalmente alentaba a los pacientes a adoptar una actitud positiva después de comunicarles la mala noticia, pero en el caso de Holly sintió la necesidad de moderar su optimismo.

—¿Podrán venir a verme Jennifer y Megan? —Por supuesto. —¿Puedo seguir usando el ordenador? —Claro que sí. Siempre que te encuentres bien. Me aseguraré de que Jazz te consiga los mejores programas para que te conectes a ellos.

Una vez más, Holly reflexionó por un instante y asintió con la *cabeza*.

—¿Y te veré más que ahora? —Seguro que sí. Siempre que quieras, de día o de noche. Allí estaré.

CENTRO DE DETENCIÓN DE BOSTON UNA SEMANA MÁS TARDE

Veinticuatro de abril. Maria llevaba menos de dos semanas tras las rejas en el Centro de Detención de Boston, y sin embargo ya lo odiaba. No era tanto por el juicio y la probable sentencia de muerte, ni siquiera por los interrogatorios de Karen Tanner, que incluso le parecían una grata diversión. Lo que detestaba era la imposibilidad de controlar la situación.

En su celda no podía mantener la luz encendida, hacer ejercicio como Dios manda o afeitarse la cabeza. Y como no tenía acceso a ninguna clase de objeto punzante, ni siquiera podía aliviar su estrés mediante su habitual sangría. De manera que se mantenía a flote concentrándose en su único imperativo: salir de allí y detener al doctor Carter.

Maria entró arrastrando los pies en la sala de entrevistas donde se disponía a hablar con su costoso abogado, padeciendo el roce de los grilletes que llevaba en los tobillos. Tomó asiento frente a Hugo Myers y contempló su cabello rizado de color gris perla y su traje del mismo tono. El hombre, de unos cuarenta años, parecía un extra de un programa de televisión. Sin embargo, tenía reputación de ser bueno en su trabajo, aunque por el momento lo único que había hecho era decirle lo poco que podía hacer sin su colaboración. Se había acercado a Maria pocas horas después de que la detuvieran, ofreciéndole sus servicios a cambio, únicamente, de publicidad. Maria ni siquiera había tenido que recurrir a la cuenta bancaria, que mantenía para esta clase de emergencias.

Los guardias le esposaron las manos a una anilla que había en la mesa. Maria

sonrió. Tal vez hubiese perdido el control de la situación pero al menos ellos le mostraban respeto.

Después de saludarla, Hugo Myers insistió en la pregunta que llevaba una semana haciéndole; la misma que le había formulado la agente especial Karen Tanner.

—¿Y bien? —preguntó dirigiéndole una mirada que expresaba toda la sinceridad que podía comprar el dinero—. ¿Has considerado si vas a hacer el trato?

—Pero ¿cómo? Ya le he dicho al FBI que no sé de qué están hablando.

Hugo Myers enarcó una ceja inmaculada y juntó las manos. —Mira, Maria, es posible que el FBI no fuese lo bastante explícito, así que deja que te aclare algunas cosas. Scotland Yard los llevó a tu apartamento de Londres y han visto tu insólita colección de armas, las pelucas y el maquillaje. Y lo que es más importante, han leído esas carpetas de papel manila tan bien ordenadas que contienen informes detallados sobre víctimas de homicidios de los últimos trece años aproximadamente. También tienen esa plumilla de diseño especial, así como el testimonio del único individuo de tus archivos que sigue con vida. El doctor Carter es un científico respetable que ha explicado en sus declaraciones cómo intentaste asesinarlo en dos ocasiones, en la primera de las cuales mataste a su mujer. Esta afirmación ha sido confirmada por otra eminente científica, su colega, la doctora Jasmine Washington. Es cierto que nadie te vio matar a los cuatro guardias de seguridad de Genius, pero las balas corresponden a tu pistola.

»Mañana el FBI te hará un escáner de ADN, y si tu perfil genético coincide con el ADN hallado en el lugar del crimen de Fontana, estarán en condiciones de atribuirte los asesinatos del Predicador. ¿Comprendes lo que quiero decir? Soy tu abogado defensor, pero aun así creo que estás en serios problemas. A menos que hagamos un trato, acabarás en la silla eléctrica. Por los informes detallados que encontraron en tu apartamento, el FBI cree que alguien debió de ayudarte. De hecho, están convencidos de que trabajabas para alguien. Y si les dices quién te dio las carpetas, el fiscal del distrito ha asegurado que está dispuesto a negociar.

—No estaba trabajando para nadie. Sólo para Dios. Hugo Myers apretó las mandíbulas y asintió lentamente en un claro intento de conservar la calma.

—Maria, ¿has oído el eslogan: «Hacer que pague el criminal, no el contribuyente»? Es el eslogan del presidente para su iniciativa Crimen 2000. Su guerra contra el crimen le ganó muchos votos y la mayoría de los gobernadores de Estado la han adoptado. ¿Te das cuenta de que el noventa y ocho por ciento de los juicios por asesinato desde marzo del 2000 se han llevado a cabo por la vía rápida? Esto significa que han tardado menos de dos semanas. Tu juicio empieza pasado mañana y terminará dentro de diez días como mucho.

»Sin embargo, lo que más debería preocuparte son las novedades respecto a los pasillos de la muerte. Los liberales siempre han considerado inhumano que el preso espere diez años a ser ejecutado, y la extrema derecha lleva tiempo quejándose de los costes de mantener con vida a alguien que en la práctica está “muerto”. De modo que

ahora todos están contentos. Desde que aprobaron la nueva ley hace dos años, el tiempo máximo de permanencia en el pasillo de la muerte son treinta y siete días. Es la justicia al estilo McDonalds. Es rápida, satisfactoria, la misma en todas partes, y a la gente le encanta. —Myers hizo una pausa, la miró fijamente y añadió—: Si no colaboras, podrías morir antes de dos meses. Sólo tienes que decirles para quién trabajabas, y seguramente llegaré a un acuerdo para salvarte la vida.

Maria frunció el entrecejo. Jamás traicionaría a la Hermandad ante aquellos ateos. Por muy débil que se hubiese mostrado Ezequiel, la Hermandad había sido la única familia que había tenido y aún representaba la única esperanza de proteger a los rectos y encontrar al nuevo Mesías. Delatarlos no la ayudaría a acabar con el doctor Carter. Decidió pedir consejo a su Dios en silencio.

—¿Y si niego la acusación? —preguntó. Le encantó el efecto que la pregunta tuvo en el frustrado abogado.

Myers puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro. —¿Eres inocente? ¿A pesar de todas las pruebas? —A ojos de Dios, por completo. —Si el escáner de mañana da positivo, no es así como te considerarán en el estado de Massachusetts.

—Pensaba que estaba aquí para defenderme, no sólo para explicarme qué me podría pasar. Claro que si no quiere llevar este caso que le dará tanta publicidad, siempre puedo buscarme otro abogado.

Myers se encogió de hombros, resignado. —Así que quieres negar la acusación, ¿eh? —Nunca he sido culpable, y sin duda no lo soy tanto como las personas a las que se me acusa de haber asesinado. De todas formas, lo que decida el jurado me tiene sin cuidado.

—En ese caso, no hay ningún problema —le replicó Hugo Myers con voz áspera —, porque si niegas la acusación, tienes tantas posibilidades de que te absuelvan como de ser elegida presidenta.

SECCIÓN DE INFORMÁTICA CENTRAL DE GENIUS UNA SEMANA MÁS TARDE

Mientras se pasaba la lata helada de Coca-Cola *light* por la frente, Jasmine se preguntaba por qué las cosas nunca eran sencillas. Se le habían acabado las ideas. Por más que lo intentase, en el lapso de un minuto era incapaz de extraer más datos del Agujero Negro aparte del número codificado y de un pequeño tramo de genoma.

En las tres semanas que habían transcurrido desde la detención de Maria, había estado muy ocupada prestando declaración y evitando las cámaras de televisión. Larry se había portado estupendamente. Cuando se trataba de asuntos relacionados con la fama o los medios de comunicación, sus contactos como productor de cine resultaban de gran utilidad. Se había traído a uno de sus especialistas de prensa de Hollywood para que fuese el portavoz de Tom y de Jasmine y se ocupara del interés

despertado por Jasmine por «salvar la vida del doctor Carter» y por «la heroica captura de la Predicadora por científicos galardonados con el premio Nobel». El mantener alejados a los medios de comunicación le había permitido respirar un poco y disponer de tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido.

Al margen de la Predicadora, Jasmine no acababa de asimilar el hecho de que, tras haber registrado todas las bases de datos de ADN existentes, había encontrado a un par de individuos con los genes de Cristo, incluido el recientemente fallecido Al Puyiana. Esto significaba dos entre quinientos millones de personas. Dado que la población mundial era de cuatro mil quinientos millones, ¿acaso significaba que proporcionalmente había unas diecinueve personas en la tierra con los genes de Cristo? Si bien los elegidos constituían un porcentaje minúsculo, no eran del todo excepcionales. ¿Cuál de ellos sería el auténtico Mesías, en el caso de que alguno lo fuese?

Tras pugnar con su fe, Jasmine llegó a la conclusión de que Cristo había sido único por razones espirituales, pero daba la casualidad de que poseía esos tres genes. Aunque no le pasaba por alto de que era una manera de evitar la cuestión, procuró distraerse trabajando al máximo para desvelar la identidad del individuo de la base de datos del Agujero Negro.

Miró la pantalla del ordenador. Hasta entonces había conseguido volver a entrar en el Agujero Negro y tener acceso al fichero #6699784, pero en los sesenta segundos de que disponía antes de que el sistema Predador la localizase, no había tenido tiempo de extraer el genoma entero. Había intentado sacar nuevas secciones de la secuencia, pero cada vez que entraba sólo lograba acceder a la que ya poseía. Por consiguiente, no contaba con la suficiente cantidad de genoma para hacer un análisis de aspecto, y sin los cromosomas del sexo ni siquiera podía determinar si se trataba de un hombre o de una mujer.

Abrió la lata y bebió un sorbo. Pulsó unas teclas distraídamente y entró en IGOR. Hacía por lo menos una semana que no comprobaba las últimas entradas recogidas por la Gran Madre. Seleccionó sin pensar el icono que contenía los genes de Nazaret y los introdujo en la ventana de Actualización de IGOR, pulsando el botón Secuencia de la réplica. En el último momento cayó en la cuenta de que no había importado el icono de los genes de Nazaret, sino el icono que contenía la secuencia #6699784 incompleta que había extraído del Agujero Negro.

—¿Será posible? —exclamó. Estaba incluso más aturdida de lo que pensaba. Movi6 el rat6n, pero antes de que le diese tiempo de pulsar el icono de anular, en la pantalla apareci6 s6bitamente la frase: «R6plica encontrada».

—¿Qu6? Aquello no tena por qu6 haber ocurrido. El esc6ner de #6699784 haba sido realizado semanas, meses, incluso a6os antes, mientras que las actualizaciones de IGOR eran esc6ners hechos en los 6ltimos d6as. Not6 un sudor fr6o cuando se percat6 de lo que habr6a podido suceder. Puls6 de inmediato sobre el icono de los genes Nazaret y lo insert6 en la ventana de Actualizaci6n de IGOR. Cruz6 los dedos

y observó la pantalla.

Y esperó. «Réplica encontrada», anunció de nuevo el monitor. Jasmine seleccionó rápidamente el genoma que acababa de encontrar. A los pocos segundos aparecieron en la pantalla tres imágenes del rostro del sujeto: perfil izquierdo, de frente y perfil derecho. Debajo de los retratos figuraban un nombre y los datos personales. El título de la base de datos que había en la parte superior del monitor indicaba que se trataba exactamente del mismo individuo que había localizado en el Agujero Negro. Sin embargo, apenas fue consciente de esa información mientras contemplaba el rostro de la pantalla, un rostro que conocía demasiado bien.

En la sala del hospital, Tom no sabía si sentirse eufórico o deprimido. Hank Polanski se disponía a marchar esa misma mañana para continuar en casa su impresionante recuperación. Tom advirtió que esta curación había hecho que los otros seis pacientes recobraran la esperanza. Tan sólo habría deseado que uno de ellos, la recién llegada, no fuese Holly.

Hank Polanski se despidió de sus compañeros de sala y les deseó mucha suerte. Parecía plenamente consciente de lo afortunado que era al abandonar aquel club exclusivo antes de verse obligado a convertirse en miembro del mismo de por vida.

—Hasta la vista, Holly —dijo Hank Polanski al llegar a la cama de la niña, quien había perdido la mayor parte de su bonito cabello rubio tras la primera dosis de quimioterapia y estaba muy pálida—. Todo irá bien.

—Adiós, Hank. —Holly sonrió con coraje, y entrechocaron las manos.

—Cuando me quede atascado con *La ira de Zarg* o con mis viejos juegos Doom, ya sé a quién pedirle ayuda —dijo el chico de veintitrés años con una amplia sonrisa.

—Sí, claro —repuso Holly procurando mantener una expresión animada a pesar del cansancio.

Por último, Hank se acercó a Tom con lágrimas en los ojos. El joven comenzó a decir algo, y luego se lo pensó mejor. Cogió la mano del médico y la estrechó con fuerza.

—Gracias, doctor. Gracias por todo. Tom sonrió y le dio una palmadita en el hombro. —En eso consiste mi trabajo, Hank. Para mí es una auténtica alegría verte recuperado. —Lo decía de todo corazón. Y mientras Hank y su madre abandonaban el hospital para continuar una vida que habían creído perdida para siempre, Tom volvió a centrar su atención en Holly.

Karl Lambert, el neurocirujano del Instituto Nacional de la Salud, había aconsejado operar de inmediato con rayo láser, pero el escáner revelaba que el tumor de la niña se encontraba en una zona particularmente inaccesible del cerebro. El riesgo de parálisis o de algo peor al mínimo error en la aplicación del láser era muy elevado. Así pues, Tom había optado por intentar moderar el crecimiento del tumor hasta que Jasmine identificara al individuo con los genes y pudiesen recurrir al Proyecto Caná. Esta estrategia implicaba la aplicación de radioterapia así como la

administración de medicamentos.

Por muy efectivos que fuesen estos tratamientos, se trataba, como mucho, de medidas de contención, y al cabo habría que operar de todas formas. Pero al menos le permitían ganar tiempo al tiempo, dando a Caná la oportunidad de acudir en su ayuda.

Tom Carter se sentó en el borde de la cama de Holly y preguntó:

—¿Cómo te encuentras? La valiente sonrisa que Holly había dedicado a Hank se desvaneció por completo, y los ojos de la niña se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué no puedo regresar a casa como Hank Polanski, papá?

A Tom se le partió el corazón. Holly había reaccionado sumamente mal a la radioterapia, que le producía náuseas. En el hospital no había más niños que ella, y Hank, que siempre estaba de buen humor, acababa de marcharse.

—Nos llevó un tiempo hacer que Hank se recuperara, Holly —dijo él en un intento de consolarla—. Y necesitamos tenerte aquí para observarte y asegurarnos de que estás recibiendo el tratamiento adecuado.

—Pero odio este lugar —protestó Holly, cuyos ojos reflejaban dolor y frustración. Conforme alzaba la voz y el tono, unas lágrimas enormes corrían por sus mejillas—. Si mamá estuviera aquí, me dejaría ir a casa. —Holly volvió la cara y hundió la cabeza en la almohada—. ¡No quiero estar enferma! —exclamó entre sollozos—. Lo odio, lo odio, lo odio.

Tom Carter se inclinó hacia delante y le acarició la nuca. Permaneció allí en silencio unos instantes, hasta que la niña se fue calmando lentamente y su respiración recobró el ritmo normal.

—Holly, pronto te encontrarás mejor —susurró él tras besarla—. Los comprimidos que te ha dado la enfermera hace un rato empezarán a hacer efecto en cualquier momento.

Se levantó, se despidió de su hija y se marchó hacia el atrio. Antes de que llegase a la puerta, Jasmine Washington entró corriendo en la sala agitando una hoja de papel, visiblemente emocionada.

Agarró a Tom del brazo y se lo llevó a la desierta sala de espera. En cuanto estuvieron a solas, le entregó la hoja impresa doblada y musitó:

—He averiguado quién es nuestro individuo. —¿Qué? ¡Eso es estupendo! — Antes de alegrarte tanto, léelo. Tom desplegó la hoja rápidamente y quedó atónito al ver el rostro.

—Tu amigo Ezequiel va a llevarse una buena sorpresa, ¿no crees? —murmuró Jasmine con tono sombrío.

Pero Tom no respondió. No podía pronunciar palabra. Estaba tan estupefacto que sólo contemplaba la hoja en silencio, incapaz de creerlo.

CENTRAL DE GENIUS

Cuando la limusina penetró en el predio de Genius, Ezequiel de la Croix hizo girar en su dedo la sortija de rubí. Sentía una mezcla desagradable de emoción embriagadora y aprensión nerviosa. ¿Hallarían por fin una respuesta todas sus oraciones?

La pirámide de vidrio ahumado le disgustó nada más verla. Era todo lo contrario de la Caverna de la Luz Sagrada: pretenciosa, moderna, lustrosa y arrogante. No reflejaba el menor esfuerzo por armonizar con el entorno natural. A diferencia de la cueva de la Hermandad, que había ido formándose durante siglos a partir de un espacio ya existente, la pirámide había sido claramente impuesta en aquel prado como un símbolo de la vanidosa e insegura necesidad del científico de dominar el mundo de Dios.

En un principio Ezequiel había rechazado la invitación, y la insólita petición de Carter de que le enviase uno de sus folículos capilares por adelantado no le había resultado nada tranquilizadora. No obstante, el médico se había negado a darle por teléfono ningún tipo de detalle acerca del individuo que habían encontrado, de modo que se había visto obligado a hacer la visita. «Será mejor que hablemos de esto cara a cara —le había dicho Carter dos días antes—. Cuando venga comprenderá el motivo».

No sólo se sentía incómodo acudiendo al templo pagano de su enemigo, sino que se le había pasado por la cabeza que podía tratarse de una trampa. Si Maria lo había traicionado a él y a la Hermandad, la mejor manera que tenían las autoridades de detenerlo era que el doctor Carter concertase una cita en su empresa, en territorio americano. Sin embargo, había pedido la opinión de los miembros del Círculo Interno, y llegaron a la conclusión de que era bastante improbable que la joven los hubiese traicionado, pues de ser así las autoridades ya habrían asaltado la cueva. No obstante, como medida de precaución, Ezequiel había pedido a Helix que lo pusiese al corriente de los últimos avances científicos y había decidido ir solo. Si se trataba de una trampa, sólo él sería sacrificado. El hermano Helix y el hermano Bernard podrían hacerse cargo de la misión de la Hermandad.

La limusina, que lo había recogido en el aeropuerto de Logan, se detuvo delante de la entrada principal. Carter lo esperaba en el camino de grava. Junto a él había una bonita joven de color que lucía un peinado afro. Debía de tratarse de la doctora Washington.

Cuando se apeó, Ezequiel de la Croix fue recibido por sus anfitriones y acompañado con paso enérgico hasta el interior del edificio. Era sábado, motivo por el que en el atrio reinaba un silencio sepulcral. A pesar de que por fuera el lugar no le

gustaba, lo impresionó la elegancia de su interior. Le llamó mucho la atención el holograma de nueve metros de alto que se erigía en medio del atrio, con la doble hélice multicolor del ADN ascendiendo en espiral hasta el ápice de la pirámide de cristal. La belleza de sus complejas tonalidades irisadas contrastaba con la blanca pureza de la llama sagrada. Y mientras el ascensor de vidrio los conducía a los pisos superiores, le sorprendió lo iluminado que estaba el edificio y lo espacioso que era.

Al salir del ascensor se dirigieron hacia una puerta de cristal en la que rezaba: «SALA MENDEL. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO». Allí le presentaron a Bob Cooke y a Nora Lutz.

—Ambos nos han ayudado a analizar los genes Nazaret —explicó Carter—. Querían conocerlo.

—¿Es éste todo el equipo de Caná? —preguntó Ezequiel refiriéndose a los cuatro.

—Sí. Decidí mantener la máxima discreción posible. —Muy sensato de su parte —dijo el anciano al tiempo que asentía en señal de aprobación. Aquello facilitaría las cosas en el futuro, pensó—. Muy sensato.

El científico y su equipo lo condujeron entonces hacia un extraño paisaje de tubos de cristal, mesas de trabajo blancas e inmaculadas, aparatos ruidosos, luces parpadeantes y mensajes alarmantes: *¡Advertencia! Emergencia biológica. ¡Peligro! Ochenta grados. El uso de guantes térmicos es obligatorio en todo momento.*

Etilato de bromuro. Evitar el contacto con la piel. Aquél era un entorno hostil, frío y antinatural. Un nuevo mundo feliz del que Ezequiel no deseaba formar parte. Se sintió muy aliviado cuando el doctor Carter le hizo franquear otra puerta, que daba a la Sala de Juntas Francis Crick. En ella había una mesa larga, sillas, una pantalla y, en un rincón, un instrumento extraño, semejante a un cisne mecánico. En el suelo, delante del aparato, había dos plataformas circulares de color negro.

Ezequiel tomó asiento al lado de Bob Cooke y aceptó el café que le ofreció la doctora Washington.

—Antes que nada, señor De La Croix, gracias por haber venido —comenzó Carter—. Enseguida comprenderá por qué le pedí que me enviase el folículo capilar. Pero ahora queremos mostrarle lo que hemos encontrado.

Jasmine Washington tomó entonces la palabra y, durante media hora, le explicó cómo funcionaba el genescopio, que resultó ser el artefacto negro en forma de cisne.

Ezequiel escuchó con atención. Aunque el hermano Helix ya le había proporcionado los conocimientos básicos, era mucho más impactante oírlo allí, en aquel lugar luminoso y hostil, bajo la sombra del extraño cisne. Quedó horrorizado ante el poder que aquella gente tenía a su disposición.

Cuando Jasmine terminó, permaneció callado y contempló boquiabierto la imagen tridimensional de un hombre de treinta años que apareció ante sus ojos. Al principio sólo se mostró fascinado por la magia que suponía crear una imagen aparentemente sólida en el aire. Pero luego, para su sorpresa, advirtió que el joven de constitución menuda pero fuerte, era él mismo sesenta años atrás. Sintió una punzada

de tristeza mientras contemplaba a aquel fantasma de sí mismo de joven. Un hombre al que había conocido pero que ya hacía tiempo que había desaparecido.

—El holograma suele mostrar al individuo a la edad en que la célula salió del cuerpo —explicó Jasmine—. Sin embargo, DAN es capaz de extrapolar los datos si queremos que el holograma presente una edad diferente. Éste en concreto tiene poco más de treinta años.

—Es increíble —musitó Ezequiel de la Croix, más convencido que nunca de que Tom Carter era peligroso—. Realmente increíble.

Carter le informó de que el genescopio había encontrado tres nuevos genes en el ADN del diente de Cristo. Le expuso en términos generales las propiedades de los genes denominados naz 1 y naz 2, así como el carácter aparentemente inescrutable del tercero. A continuación le dijo que, a causa de la dificultad de descifrar los genes, también se veía obligado a buscar al individuo que los poseyera. Pero antes de que Ezequiel tuviese tiempo de reflexionar acerca de ello, una segunda silueta apareció en la otra plataforma circular. Ésta era más alta que su holograma, con el cabello largo y castaño, y un rostro delgado de expresión inteligente. Los ojos color castaño reflejaban sabiduría y tenían una mirada que le resultaba cautivadora.

—Éste es Jesucristo a los treinta y pocos años —le informó el doctor Tom Carter—. Aproximadamente la misma edad que su holograma. La edad a la que se supone que fue crucificado.

Ezequiel de la Croix lo observó unos instantes en silencio, sin saber muy bien qué sentir. ¿Repulsa ante el hecho de que el científico hubiese recreado la imagen de Cristo? ¿O júbilo por ser el único líder de la Hermandad, desde su fundador, que veía el rostro del Mesías original?

—¿Y para hacer esto le basta con el polvo que había en el diente? —inquirió por fin.

—Sí —respondió Carter en voz baja—. Como hicimos con su cabello.

Ezequiel estaba casi tan asombrado por el holograma en sí como por la imagen de Cristo. Carter había superado a Ícaro, volando demasiado cerca del sol. Estaba manipulando la esencia misma de Dios. En aquel momento, aunque Carter se mostraba respetuoso, casi sumiso, Ezequiel lo detestaba.

Comprendió por qué Maria había sido tan implacable a la hora de detener la monstruosa y excesiva labor del científico. Carter no sólo había cogido una de las frutas prohibidas del árbol de la ciencia, sino que había despojado sus ramas de todas las manzanas.

A pesar de estas reflexiones, Ezequiel de la Croix mantuvo el rostro impassible y se centró en la razón que lo había llevado hasta allí.

—¿Y qué hay del individuo con los genes de Cristo? Me dijo que había encontrado a alguien.

Se hizo el silencio en tanto Washington y Carter intercambiaban una mirada de inquietud.

—Hemos encontrado uno con vida —dijo Carter al fin—. Pero hay un problema.

A Ezequiel le sorprendió el tono del científico. —¿Un problema? ¿Qué significa eso? ¿No consiguen localizarlo?

—No es eso. Sabemos perfectamente dónde está, pero las cosas no son tan sencillas como parece.

—Permítame que se lo explique —intervino Jasmine Washington, acercándose al micrófono negro que había en un extremo de la mesa—. Encontré su genoma en la base de datos de ADN de la Interpol. Se trata de una base de datos relacional situada en París. En sí misma no contiene mucha información, pero actúa como una puerta de acceso a bases de datos afiliadas de todo el mundo. Scotland Yard, el FBI y las principales fuerzas policiales internacionales están conectadas a ella. Es altamente confidencial y está muy bien protegida, porque una vez dentro se puede acceder a los datos de cualquier individuo que figure en los archivos policiales de todo el mundo.

»Para añadir otro nivel de seguridad, a cada uno de los genomas de este sistema se le asigna un número codificado. De hecho encontré la réplica hace más de dos semanas, pero me resultaba imposible averiguar el nombre que había detrás del número codificado. Al parecer, la semana pasada, el ADN del individuo en cuestión volvió a ser analizado. Esta vez, como le había pedido a nuestro ordenador central que recogiese todos los nuevos escáners de nuestros genescopios autorizados, el genoma del sujeto fue enviado en secreto a IGOR, así como a la base de datos de París.

Ezequiel frunció el entrecejo. —Así que tienen al individuo. ¿Cuál es el problema? —El problema depende de sus expectativas. —¿Qué quiere decir? — Todos los individuos que figuran en esa base de datos son criminales sospechosos o acusados de algún delito.

Silencio. Ezequiel se sintió aturdido por un instante, pero cuanto más pensaba en ello, más sentido cobraba todo. ¿Acaso Cristo no había sido encarcelado? ¿Acaso no había sido ejecutado, crucificado como un criminal?

—El primer Mesías también fue considerado un criminal —dijo—, y en cambio era un hombre virtuoso.

Jasmine Washington se aclaró la garganta y habló por el micrófono.

—Muéstranos la imagen —ordenó a la computadora. Ezequiel comenzó a respirar de forma más pausada, aunque seguía doliéndole la úlcera de estómago. Se reclinó en la silla y observó que una imagen iba cobrando lentamente forma en la pantalla.

—Éste es nuestro individuo —musitó Jasmine. —¡No! —exclamó a su pesar el anciano cuando la imagen apareció por fin. Lo único que fue capaz de pensar mientras contemplaba el recorte de periódico ampliado era que debía de tratarse de algún terrible error. Era imposible. Notó que la acidez le hervía en el estómago y hubo de recurrir a sus píldoras blancas.

—Sé que es muy desagradable —se apresuró a decir Carter—. Y estoy tan horrorizado como usted. Pero los genes coinciden perfectamente y nos ofrecen la

única posibilidad de desarrollar una cura. Tenemos intención de obtener y analizar muestras de sangre, y de crear unos sueros virales a partir de sus genes. También vamos a pedir permiso para hacerle una exploración médica completa e intentar determinar cómo actúan los genes en su cuerpo.

»Naturalmente, en cuanto descubramos algo se lo comunicaremos a usted. Espero que ahora comprenda por qué estimé necesario pedirle que viniera aquí y mostrarle al individuo personalmente.

Ezequiel sólo pudo asentir débilmente. Lo comprendía mejor de lo que el doctor Carter era capaz de imaginar. Advirtió que el científico lo observaba, pero no podía mirarlo a la cara, ni se atrevía. Sus ojos permanecieron fijos en la pantalla, hechizados por el recorte de periódico extraído del *Boston Globe* del día anterior. El osado titular rezaba: «¿El último sermón de la Predicadora?». Y estaba acompañado de la siguiente frase: «La sentencia de muerte es ahora una certeza». Debajo había una fotografía granulada de una mujer de complexión fuerte al ser empujada al interior de un coche de la policía. Miraba fijamente a la *cámara*, y llevaba el cabello cortado a ras.

Ezequiel recordó de pronto su pesadilla de Poncio Pilatos, en la que tras una vida dedicada a salvar al Mesías presenciaba la ejecución de éste. Y un estremecimiento involuntario recorrió su cuerpo anciano y fatigado.

TRIBUNAL SUPREMO DE MASSACHUSETTS TRES DÍAS MÁS TARDE

—Que se ponga de pie la acusada para oír el veredicto —dijo la jueza Sancha Hernández volviéndose hacia Maria Benariac.

A Maria no le gustaba nada aquella mujer. Le recordaba al sapo del orfanato de Córcega. Al igual que la madre Clemenza, la jueza Hernández era una mujer de grandes pechos y voz grave, con unas gafas enormes. Y como la madre superiora, tenía una mirada dura e inexorable que en aquellos momentos estaba fija en ella.

La jueza Hernández había denegado insistentemente la petición de Hugo Myers de hacer un nuevo juicio y considerar la posibilidad de que Maria estuviese al servicio de alguna agencia del Gobierno. Los medios de comunicación podrían haberse tragado la teoría de la conspiración y haber divulgado la historia de la agente secreta contratada por la CIA, pero Hernández no. Y, además, se había asegurado de que el jurado tampoco la creyese. Se había ceñido rigurosamente al caso y no hubo un solo día en que no impusiera sus criterios con un celo extraordinario.

—Este juicio tiene como objeto determinar la culpabilidad o la inocencia de la acusada en los cuarenta y dos supuestos homicidios cometidos en territorio americano y no especular acerca de lo que podría o no haber motivado a aquellos que podrían o no haber pagado a la acusada para que cometiese dichos asesinatos. Ése es un tema que requeriría nuevas investigaciones, además de un nuevo juicio. ¿Está claro?

Estaba más claro que el agua que la jueza no sólo le había facilitado el trabajo al fiscal del distrito, sino que lo había vuelto prácticamente prescindible. Como Hugo Myers había advertido a Maria, las pruebas eran aplastantes. El análisis del ADN hallado en las rosas del apartamento de Fontana era irrefutable. Las armas y las carpetas de su estudio, junto con los reveladores mensajes bíblicos escritos con la sangre de las víctimas, la habían relacionado con las otras muertes que se habían producido en Estados Unidos.

Pero lo verdaderamente decisivo había sido el asesinato de los guardias de seguridad de Genius, así como los testimonios del doctor Carter y de la doctora Washington. Los argumentos de la acusación apenas fueron necesarios. Para condenar a Maria se habían limitado a obligar al excelente, pero acorralado, Hugo Myers a que se atuviera a los hechos.

Cuando Maria vio al pequeño hombre de rasgos orientales ponerse de pie frente a los demás miembros del jurado y agitar con nerviosismo una hoja de papel supo perfectamente cuál era el veredicto.

—Con el cargo de asesinato en primer grado por la muerte de Sly Fontana, el jurado declara a Maria Benariac... culpable —sentenció el presidente del jurado, cuyas palabras resonaron en la mente de Maria.

Entonces, como si se tratase de un fichero de delincuentes, los nombres de las otras víctimas fueron leídos en voz alta uno por uno: Helmut Kroger, traficante de armas; Santino Luca, gánster; Bobby Dooley, evangelista corrupto. Y tras pronunciar cada uno de ellos, el presidente del jurado concluía con la misma palabra: «culpable».

Cuando el hombre llegó al nombre de Olivia Carter, Maria volvió la *cabeza*, hacia la tribuna y miró fijamente a Carter, que estaba sentado entre Jack Nichols y la doctora Washington. Sólo habían asistido una vez al juicio, para prestar declaración. Maria, que esperaba ver a Carter regodearse tras el veredicto, le lanzó una sonrisa desafiante.

Sin embargo, le sorprendió ver su rostro fatigado y macilento, así como sus ojos inexpresivos. Era extraño que ahora que estaba a punto de ser condenada a muerte el doctor Tom Carter se mostrase tan abatido, mientras que cuando lo apuntaba con una pistola se había mantenido fuerte e inquebrantable.

Cuando emitieron el veredicto, se produjo un cierto revuelo entre los reporteros y espectadores, pero fue breve. No constituía ninguna sorpresa para nadie.

Hugo Myers, profesional hasta el final, colocó la mano en el hombro de Maria en señal de apoyo, como si hubiese podido hacer algo más. Pero Maria hizo caso omiso de su gesto y gritó a la jueza y al jurado:

—Soy inocente a los ojos de Dios. Se oyó un nuevo murmullo entre los asistentes antes de que la magistrada impusiera silencio y procediera a leer la sentencia.

Aun cuando Maria no comprendió en su totalidad el significado del largo discurso de la jueza Hernández, algunas expresiones clave resonaron con claridad: sádica asesina, amenaza para la sociedad, dar ejemplo, Crimen 2000, pena de muerte por la

vía rápida. El único detalle que no se le escapó fue el plazo de tiempo. Myers le había explicado que la iniciativa Crimen 2000 suponía el fin de los costosos e «inhumanos» procedimientos de apelación que hacían que un prisionero se pudiese en el pasillo de la muerte durante diez o veinte años. A pesar de ello, confiaba en que su ejecución no fuese demasiado pronto. Todavía tenía trabajo que hacer en nombre de Dios. Debía detener al doctor Carter y su Proyecto Caná.

Cuando la jueza anunció la fecha de la ejecución, Maria tardó un segundo en percatarse de su proximidad. Y cuando los dos guardias se adelantaron para conducirla hacia su celda, volvió a mirar a Carter.

Alzó las manos esposadas, lo señaló con ellas y, con una amplia sonrisa desafiante, gritó por encima del rumor de la multitud:

—Aquellos que escaparon a Su venganza sólo han aplazado lo inevitable, puesto que ya han sido juzgados en un tribunal más alto que éste.

Quería que le quedase bien claro que no todo había terminado, que volvería a por él.

Sin embargo, para su sorpresa, Carter permaneció impertérrito; su rostro no reflejaba triunfo, ni miedo, ni ira, ni nada. Era incomprensible. Carter acababa de oír que la asesina de su esposa era condenada a muerte y sería ejecutada en menos de cuatro semanas, y aun así se limitaba a mirarla, sin el menor asomo de satisfacción en su rostro impasible.

En aquel momento, Maria pensó que el condenado a muerte no parecía ella, sino él.

Mientras los guardias se llevaban a Maria, Tom contempló su cabeza rapada. Luego, indiferente al ruido y al bullicio de los que se aprestaban a abandonar la sala, se retrepó en la dura silla de madera de la penúltima fila de la tribuna y trató de sacar algo en claro.

Desde que Jasmine le había comunicado la identidad del poseedor de los genes de Cristo, hacía ya una semana de ello, Tom había estado intentando comprender el significado de todo lo ocurrido.

Y en esos momentos, al pensar en ello una vez más, acabó haciéndose las mismas preguntas: «¿Cómo diablos debo interpretar el hecho de que la asesina de mi mujer pueda convertirse en la salvadora de mi hija? ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué no podría haber sido el indio, o cualquier otra persona?».

Habían buscado por todo el mundo a algún individuo que poseyera tres de los genes más excepcionales que existían; unos genes que originariamente, dos mil años atrás, se hallaban en un hombre de una bondad incuestionable. Pero esos mismos genes que prometían salvar innumerables vidas no se encontraban en una persona de grandeza y clarividencia similares, sino en una asesina implacable.

Aunque Tom siempre había aceptado el carácter arbitrario de la naturaleza, aquello era demasiado, incluso según sus criterios. Parecía más bien un designio

malicioso. Con *razón* el viejo Ezequiel de la Croix se había mostrado horrorizado. El Mesías, a cuya búsqueda había dedicado la vida, resultaba ser una fanática demente que creía haber venido a la tierra no a salvar, sino a matar.

¿Qué había dicho Maria al ser detenida? «Dios nos pone a todos a prueba».

Bajó la cabeza y fijó la mirada en los rasguños del pulido suelo de madera. Era incapaz de pensar en nada positivo. Había obtenido muestras de sangre del chequeo de Maria Benariac e incluso había leído el informe detallado de su médico, pero no había extraído la menor información acerca de sus genes. Y sin la colaboración de Maria, no había nada que hacer.

Naturalmente, aún cabía la posibilidad de que IGOR localizase a una de las dieciocho personas que también poseían los tres genes Nazaret en todo el mundo, pero las probabilidades de que una de ellas se sometiera a un escáner en las próximas semanas eran infinitesimales.

Tom debía enfrentarse a los hechos. En lo que se refería a Holly, Maria era su única esperanza.

—Vámonos, Tom —dijo Jasmine suavemente, poniéndole la mano en el hombro—. Jack se ha encargado de que salgamos por el despacho de la jueza para evitar a la prensa.

Tom se levantó y la siguió hasta la parte delantera de la sala. Volvió a pensar en el misterioso, y aparentemente inútil, suero que habían creado a partir de la combinación de los genes Nazaret, y en los riesgos de la inevitable intervención quirúrgica de Holly. De pronto, sintió náuseas. A menos que suplicara a Maria que intentase curar a su hija, ésas eran las únicas opciones que le quedaban.

Cuando pasaban por delante de la silla del testigo, Jack apareció a su izquierda.

—Tom, todavía no se ha acabado todo. —¿Ah, no? —preguntó Tom, sacudiendo la cabeza. Tras haber perdido la poca esperanza que conservaba, el futuro parecía bien claro.

El proyecto Caná estaba muerto, y pronto, sin lugar a dudas, Holly también lo estaría.

HOSPITAL DE GENIUS

El 12 de mayo, cuatro días después de que Maria fuese sentenciada a muerte, Holly perdió toda sensibilidad en el costado izquierdo. La parálisis duró más de dos horas. Tom vio a su hija más asustada que nunca, mucho más que con todo el dolor y las náuseas que había padecido hasta entonces. A pesar de que los medicamentos y la radioterapia habían hecho que disminuyese el crecimiento del tumor, éste seguía aumentando de tamaño a una velocidad alarmante. La presión que ejercía sobre el cerebro estaba empezando a afectar algunas funciones motrices de éste. Si bien los esteroides reducían la hinchazón y la frecuencia de los ataques, Tom sabía que la situación no haría sino empeorar.

El tumor estaba entrando en su cuarta y última fase de evolución clónica. Hacía tiempo que se habían perdido los genes clave del cromosoma 9, así como una copia entera del cromosoma 10. La velocidad del crecimiento había sido casi tres veces superior a la predicción más optimista de DAN, un año, y muy próxima a la más pesimista.

Al principio, Tom, convencido de que encontraría la forma de ganar el máximo de tiempo, prefirió hacer caso omiso del pronóstico más desesperanzador. Sin embargo, cuando consideró la mala suerte que lo perseguía últimamente, lo que estaba sucediendo le pareció inevitable.

Estaba luchando contra el viejo enemigo, el cáncer, y perdiendo de nuevo. Y esta vez el campo de batalla era el cuerpo de su propia hija.

Debía pensar en el bienestar de Holly por encima de todo, incluso a la hora de combatir la enfermedad. El tratamiento a que estaba sometiéndola le producía náuseas y la debilitaba, y ni siquiera serviría para salvarle la vida.

El conflicto entre Tom el padre y Tom el cirujano se había vuelto terriblemente simple: o la ayudaba a vivir o la ayudaba a morir, sin soluciones intermedias.

—Son unos gráficos geniales. —Jasmine, sentada junto a la cama de Holly, se inclinó para mirar el ordenador que su ahijada tenía en el regazo. En la pantalla, la reina de los guerreros estaba siendo devorada por un *troll* de dos cabezas—. ¿Así que no pasas del nivel seis?

Habían transcurrido dos días desde el último ataque y Holly se hallaba incorporada en la cama, disfrutando de uno de los escasos momentos en que se encontraba bien.

—Siempre consigo entrar en el castillo y matar a todos los orcos y al dragón azul, pero en cuanto vuelvo a salir, me atrapa el *troll* o la enorme serpiente marina que hay en el foso. Todas las veces.

—¿Has recogido todos los créditos de los compartimentos secretos?

—Creo que sí. Y también las armas escondidas y la otra armadura.

»Pero lo que necesito es invulnerabilidad, y no hay ninguna poción mágica en el castillo.

—¿Has mirado en todas partes? —En todas partes. —¿Y lo has intentado todo? —Sí. Jasmine sonrió. —¿Y si haces trampas? Holly se encogió de hombros, resignada. —Imposible. Todo el mundo sabe que *La ira de Zarg* es el único juego de ordenador sin códigos para hacer trampas.

—¿Quieres decir sin códigos de trampas publicados? —Jasmine sabía que todos los programadores de juegos introducían accesos directos que les permitían disponer de una potencia de fuego, un número de vidas o una invulnerabilidad ilimitados pulsando una determinada combinación de teclas. En la mayor parte de los juegos, como *Doom* o *Dark Forces*, estos códigos de trampas solían ser descubiertos por jugadores empedernidos que se pasaban las claves unos a otros a través de Internet. Pero, según Holly, nadie hasta ahora había conseguido piratear los códigos de trampas de *La ira de Zarg*—. Venga, muévete y pásame el ordenador.

Holly se hizo a un lado y Jasmine se sentó en la cama. —¿Crees que puedes encontrarlos? —preguntó la niña con una sonrisa.

—La verdad es que sí. Puede que no sea un hada madrina, pero soy una cibermadrina, lo cual tampoco está mal.

Holly soltó una risita. —Seguro que tardas más de una hora en encontrarlos. Los dedos de Razor Buzz se desplazaban veloces por el teclado.

—Eh, no me insultes. Es cuestión de minutos. Holly inclinó la cabeza hacia un lado, como si reflexionase. —Muy bien. Entonces diez minutos. Apuesto a que no los encuentras en menos de diez minutos.

Jazz dejó de teclear. —Ya está. ¿Qué quieres hacer? Holly la miró, y luego volvió los ojos hacia la pantalla. —¿Ya lo has hecho? —preguntó, azorada. Jasmine se encogió de hombros con expresión de modestia y le devolvió el portátil.

—Claro. No ha sido nada. Si quieres invulnerabilidad, pulsa N'PAIN. Haz la prueba.

Holly introdujo el código y comprobó que la reina de los guerreros era invulnerable a los *trolls*.

—¡Es impresionante! —exclamó. A los tres minutos, levantó la vista con una sonrisa triunfal—. Nivel siete. Espera a que se lo cuente a Jennifer y a Megan.

Jasmine se echó a reír. —Procura no usarlo todo el rato, si no se volverá aburrido. Para salir sólo tienes que pulsar control P. ¿Está claro?

—Sí. Gracias, Jazz. Es genial. Pero ¿cómo lo has hecho? Jasmine le puso la mano en el hombro. —Como tu padre solía decir, y aún lo dice, a veces, siempre hay una manera. Tal vez no sea la forma más evidente, popular o correcta, pero si quieres hacer algo malo, siempre hay una manera de conseguirlo.

La enfermera Beth Lawrence apareció procedente del quirófano. —Doctora Washington, ¿podría ir a ver al doctor Carter un momento? Está en la sala de reconocimiento.

—Claro. —Jasmine se levantó y le dio un apretón en el brazo a Holly—. Buena suerte con el nivel siete.

Cuando entró en la sala de reconocimiento, encontró a Tom y al doctor Karl Lambert ante la pantalla del ordenador, mirando una serie de tomografías computadas. Lambert era un neurocirujano del Instituto Nacional de la Salud de Maryland. Había sido trasladado temporalmente a Genius para facilitar el intercambio de ideas y garantizar que no se abusara de ningún paciente con fines comerciales. Era un hombre bajito y rechoncho, de mirada inteligente y rostro jovial, con el cabello rojizo y rizado. Jasmine sabía que Tom lo apreciaba y respetaba, ya que ambos habían estudiado juntos en la Universidad Johns Hopkins.

Karl Lambert señaló la sombra amarilla del escáner en color.

—Sigo pensando que lo mejor que se puede hacer es operar Tom negó con la cabeza. —Considerando dónde está el tumor, Karl, yo no me atrevería. ¿Y tú? El margen de error es demasiado grande.

—Ya lo sé, pero por lo menos le dará alguna posibilidad... —¿Posibilidad de qué? De posponer lo inevitable. —Hará que se sienta mejor. —O la matará —replicó Tom. Hizo una pausa y, dejando caer los hombros, añadió—: Pero supongo que tienes razón.

Jasmine se aclaró la garganta y los dos levantaron los ojos del escáner del cerebro de Holly. Tom estaba pálido y ojeroso. Era evidente que estaba luchando por decidir qué era mejor para su hija y perdiendo la batalla.

—Hola, Jazz. Gracias por venir. Sólo quería pedirte consejo sobre Holly.

Lambert miró su reloj. —Tengo que irme. En diez minutos me esperan en el laboratorio de investigación. Os dejo que decidáis vosotros. —Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia Tom y agregó—: Sigo pensando que lo más indicado es una intervención quirúrgica. Y cuanto antes, mejor. —Sonrió a Jasmine y se marchó.

—¿Y bien? ¿Qué quieres hacer, Tom? —No lo sé. Ya has oído a Karl, y tiene razón. Los medicamentos y la radioterapia sólo pueden frenar el crecimiento y aliviar el dolor, pero a la larga habrá que sacarle el tumor para aliviar la presión que ejerce en el cráneo. El problema es que se encuentra en un lugar casi inoperable por lo inaccesible.

—¿Y Caná? ¿Y el suero? —Caná está acabado, Jasmine. El suero no surte efecto. Jasmine respiró hondo. —Y entonces ¿qué pasa con Maria Benariac, con la Predicadora?

—La Predicadora no es una opción —respondió Tom con tono gélido.

Desde que Jasmine descubrió que la asesina poseía los genes, aún no había

hablado con Tom al respecto. Aún no acababa de asimilar el hecho de que en todo el mundo probablemente hubiese diecinueve personas con los genes de Cristo, entre ellas una asesina desalmada. Y como a Tom le resultaba demasiado doloroso, habían dejado el tema en el aire, como cuando se evita hablar de una muerte en la familia. A aquellas alturas, sin embargo, era demasiado importante para seguir eludiéndolo, y ya que Tom había empezado todo aquel maldito asunto, más le valía enfrentarse a él.

—Creo que al menos deberías intentarlo —dijo Jasmine. —Mató a Olivia, Jazz. —También podría salvar a Holly. —Sí, ya —gruñó él. —Vamos, Tom, tal vez puedas llegar a algún acuerdo con ella.

—¿Hablas en serio? —Muy en serio. No te sobran las opciones, Tom. ¿Ni siquiera quieres averiguar si esa mujer podría salvar a Holly?

Tom se encogió de hombros, compungido. Jasmine sintió un arrebató de ira. —Tom, tú no eres de los que se dan por vencidos. —No estoy dándome por vencido. Estoy siendo realista. Todo lo que busco es la mejor manera de que Holly no sufra.

—¡Eso es una estupidez! En cierta ocasión me dijiste que ser realista era exactamente lo mismo que darse por vencido. Tú jamás has sido realista, y cuando intentas serlo, la cagas. Jack sí que lo es. Incluso yo, hasta cierto punto. Pero tú siempre has intentado lo imposible. Por el amor de Dios, ¡no dejes de hacerlo ahora!

—Pero es que no lo comprendes, Jazz —dijo Tom con expresión de pesar—. ¿Cómo voy a...?

—Mira, fuiste tú quien empezó lo del Proyecto Caná. Yo no quería saber nada, porque me aterrorizaba adónde pudiera llevarnos. Pero confié en ti y dejé que me convencieras, pensando que por mucho que desbaratara todo aquello en lo que creía, por lo menos estaba haciendo lo posible para salvar a Holly. Durante todo este tiempo he luchado con mi conciencia para no perder el juicio, y ahora vas tú y te echas atrás porque te has topado con algo que te cuesta aceptar. Bienvenido al mundo de la duda y la confusión. Y no me digas que no entiendo nada. Ve a decírselo a tu hija. Dile a Holly que te sientes incómodo pidiéndole a Maria que la ayude. —Respiró hondo, aturdida tras su larga diatriba. Le clavó el dedo en el pecho y añadió—: Y una cosa más, Tom. Más vale que dejes de compadecerte de ti mismo lo antes posible, porque Holly no es la única que tiene los días contados. A Maria tampoco le queda mucho tiempo.

Dicho esto, dio media vuelta y se marchó. Maria despertó cubierta de sudor. Abrió los ojos en la celda del pasillo de la muerte pero no vio nada. Sólo oscuridad. Su cerebro agitado y adormilado imaginó que oía ratas corretear debajo de la cama. Volvía a ser una niña de seis años, recluida en el cuarto oscuro del orfanato por contar mentiras, o por haber cometido lo que le decían que era una travesura.

Experimentó el mismo pánico una vez más. Deseaba que alguien acudiese a consolarla y a aplacar su terror, pero por encima de todo echaba de menos al Padre. De pronto, la asaltó la duda, pero no por los asesinatos, puesto que habían sido justos, sino por haber desobedecido a Ezequiel y a la Hermandad.

¿Y si en realidad Ezequiel no quería que matase a Carter? ¿Cómo había podido ser arrogante hasta el punto de creer que conocía los deseos del hombre que le había enseñado, y le había dado todo, mejor que él mismo? Tal vez Ezequiel había hecho bien en escuchar a Helix y utilizar a Carter antes de acabar con él. ¿Acaso ella había logrado detener al científico a su manera? Y aunque hubiese valido la pena intentarlo, ¿cómo iba a ejecutar los planes de Dios desde la celda?

La seguridad y la convicción que tantos ánimos le habían infundido durante el juicio se desvanecieron por completo. Quizá Dios no tuviese ningún plan en absoluto para ella. Tal vez su encarcelamiento y su sentencia de muerte no fuesen una prueba, sino un castigo. Tal vez Dios estuviera actuando a través del Padre para encontrar al nuevo Mesías y a la vez detener a Carter. Quizá Ezequiel y Helix tuvieran toda la razón y ella estuviera totalmente equivocada.

Y ahora iba a ser abandonada y olvidada, sin ser perdonada.

Mientras esas preguntas daban vueltas en su mente, hundió las uñas en su muslo derecho, sobre las viejas costras y cicatrices, hasta que la cálida sensación de humedad le indicó a sus dedos que ya brotaba la sangre. Sin embargo, no sintió alivio alguno en la oscuridad. Era como si por mucha sangre que derramase, nada pudiese alejar de su cuerpo la ansiedad, la culpa y la soledad. Más allá de las paredes de la celda, en el luminoso bullicio del mundo exterior, había dejado de existir. Había sido abandonada en aquella celda de tres metros por cuatro en el pasillo de la muerte; era la única habitante de un mundo de desolación, lleno de oscuridad y desesperación.

La primera lágrima resbaló por su mejilla cuando pensó que incluso en los peores momentos de su infancia, las temidas estancias en el cuarto oscuro siempre tenían un fin. Esta vez, en cambio, se hallaba en una habitación a oscuras por tiempo indefinido, sola con sus dudas y sus remordimientos. Sólo la muerte, al cabo de veintidós días, la sacaría de allí. Todo lo que deseaba antes de morir era poder ver al Padre una vez más.

En el otro extremo del mundo, en Damasco, Ezequiel de la Croix también había pasado una mala noche. A las 5.37 se levantó de la cama y salió al balcón, disfrutando del frío tacto de las suaves baldosas bajo sus pies desnudos. En la lejanía, el perfil de Damasco era de color gris contra el naranja apagado del cielo del amanecer. A pesar de que el sol tardaría al menos una hora en salir, el aire, que olía a franchipán, ya era cálido. Ezequiel se desperezó a pesar de que le dolían los hombros, y bostezó por dos veces. Soplaban una leve brisa que agitaba su pijama blanco de algodón y le refrescaba la piel. Había vuelto a soñar con Poncio Pilatos, sólo que esta vez eran las manos de Maria las que atravesaba con los clavos. Y mientras lo hacía, el holograma de sí mismo cuando joven lo observaba con expresión reprobadora. Fue una pesadilla perturbadora, aunque no tanto como los recuerdos de las historias que le habían contado en Córcega años atrás.

Desde que el doctor Carter desveló que Maria poseía los genes, Ezequiel había estado luchando por creer que podía tratarse de ella. Su primera reacción fue negarlo

rotundamente, atribuirlo a la tecnología imperfecta del científico o a algún truco del diablo. ¿Cómo podía ser Némesis el nuevo Mesías?

Cuando al día siguiente se lo contó a Helix y a Bernard, ambos quedaron atónitos. Como él, Bernard se mofó de la idea y dijo que debía de tratarse de algún ardid. Helix reaccionó de manera distinta. Permaneció en silencio largo rato antes de considerar la posibilidad, la probabilidad incluso, de que ella fuese la elegida. Ezequiel les pidió que lo dejaran a solas para cavilar sobre las implicaciones de la noticia y las medidas a tomar. A continuación convocó a los miembros del Círculo Interno a una reunión con el fin de resolver cuál era la mejor forma de proceder.

Ezequiel miró su reloj. Le llevaría algunas horas prepararse y llegar a la Caverna de la Luz Sagrada. Había sido una noche de inquietud, pero al fin había tomado una decisión.

Recordó a la joven que había visto en el despacho de la madre Clemenza, poco más que una chiquilla en realidad, confundida y traicionada por una religión que no sólo no la había protegido, sino que había abusado de ella. Cuando fue nombrada Némesis, hizo lo que ningún otro operario había hecho jamás. Cambió de aspecto para ajustarse al papel de la perfecta vengadora.

El anciano rememoró el día en que Maria había solicitado someterse a una cirugía radical con el argumento que se sentía atrapada por su físico. Como una mariposa que anhelara ser una oruga, deseaba perder sus brillantes alas y alcanzar la libertad del anonimato.

En su primer encuentro con la madre Clemenza, Ezequiel reprendió a la monja por permitir que el padre Angelo acosara a las chicas que tenía a su cuidado, y la acusó de ser responsable del suicidio de la hermana Delfina. La madre superiora le habló de las tempranas «mentiras» de Maria para justificar por qué no le había hecho caso cuando le contó que la habían violado. «De pequeña siempre mentía —le dijo—. Todas lo hacían».

Después de todos aquellos años, se percató por primera vez de que las tempranas «mentiras» de Maria no eran meras fantasías de una niña desamparada, sino que tal vez fueran verdad. Aún las recordaba, pues constituían pequeños milagros: la gran caída, las picaduras de abeja, la diabetes y al menos otras seis. Cuanto más pensaba en ellas, todo parecía cobrar un extraño sentido.

Cruzó el dormitorio en dirección al cuarto de baño y cogió un comprimido blanco de la cajita de plata que había encima de la cómoda, al lado de una fotografía de su esposa. En el fondo de su corazón estaba convencido de que habían encontrado al nuevo Mesías, en este caso una mujer. Pero ¿cómo iba a rescatarla antes de que fuese crucificada de nuevo? Y ¿cómo iba a conseguir el apoyo de los demás a fin de planear el modo de salvarla, para que a su vez ella pudiese salvar a los justos?

Cuando echó un último vistazo a su hija dormida antes de abandonar la sala del hospital, Tom Carter recordó las palabras de Jasmine. Su amiga estaba en lo cierto.

No podía permitirse compadecerse de sí mismo. Tenía una cita con Karen Tanner en poco más de media hora.

Jack se la había concertado para que pudiese consultar los archivos pertinentes en las oficinas del edificio JFK, situado en el centro de la ciudad. A continuación Tom tenía previsto hacer unas cuantas pesquisas por su cuenta.

Mientras se encaminaba hacia las escaleras del aparcamiento, los gritos de Bob Cooke lo hicieron volverse. El californiano, por lo general tranquilo, corría hacia él.

—¡Tom! ¡Espera! Tom se volvió y sonrió a dos científicos bisonños de Genius, que lo saludaron al pasar con un reverencial «Buenos días, doctor Carter».

—Te he estado... buscando... por todas partes —dijo Bob, entre jadeos, apoyando las manos en las rodillas como un corredor extenuado.

—Pues ya me has encontrado. ¿Qué ocurre? —Los ratones... —¿Qué les pasa? Bob, sin resuello, intentó seguir hablando, pero al cabo agarró a Tom del brazo y, conduciéndolo hacia los ascensores, farfulló: —¡Vamos! Ahora te lo enseño. Arriba, en la Casa del Ratón, Nora Lutz estaba observando dos de las jaulas al tiempo que comprobaba las notas de su tablilla y sacudía la cabeza.

—¿Qué sucede, Nora? —le preguntó Tom, señalando a Bob a su espalda—. Este surfista apenas puede hablar.

—Son los ratones —respondió Nora enigmáticamente. —¿Qué les pasa? La mujer señaló las tres jaulas que se encontraban delante de ella.

—Están limpios. —¿Cómo? ¿Quieres decir curados? —dijo Tom, incrédulo. Nora se encogió de hombros, como si ella misma no pudiese creerlo.

—Parece ser que el suero de la Trinidad los ha curado de todos los cánceres.

—¿Se han curado todos los ratones? —repitió Tom, sin dar crédito a lo que oía.

—No, no todos. Eso es lo raro. ¿Recuerdas que en las primeras pruebas utilizamos ratones aislados, y cada vez que probábamos el suero de la Trinidad no daba ningún resultado?

Tom asintió con gesto de impaciencia. —Pues bien, en el ensayo más reciente empleamos grupos de dos o tres ratones por jaula. Y todos los ratones tratados en esos grupos se han curado.

—¿Y los que estaban solos? —Siguen enfermos. —¿Cuál es la diferencia entre unos y otros? Nora volvió a encogerse de hombros. —Ninguna. Excepto que los enfermos estaban solos y los curados estaban en parejas o en grupos de tres.

—De modo que no sabemos por qué se han curado... —No, todavía no —respondió Bob—. Pero sabemos que no es por pura casualidad. Las datos son demasiado coherentes.

Tom caminó hasta la jaula más cercana a Nora y contempló a los tres ratones sanos, que pocos días antes estaban claramente enfermos.

—Esto es genial, pero sólo puede sernos de utilidad si llegamos a comprender cómo ha ocurrido.

—Eso es lo que estamos investigando —intervino Bob con una sonrisa.

Tom miró la hora. Por un instante consideró la posibilidad de telefonar a Karen Tanner y aplazar la cita. Pero sabía que no podía hacer gran cosa permaneciendo allí, al menos nada que Nora y Bob no harían de todas maneras.

—Tengo que irme —dijo Tom—, pero os echaré una mano en cuanto vuelva.

—¿Adónde vas? —preguntó Bob. —A investigar un poco por mi cuenta. Cuando Ezequiel de la Croix llegó a la Caverna de la Luz Sagrada, el Círculo Interno ya se hallaba reunido en torno a la amplia mesa. El anciano notó la tensión en el aire en cuanto cesó el leve murmullo. Al verlo aparecer, todos se pusieron de pie. La llama que brotaba del suelo frente al altar era por lo menos treinta centímetros más alta de lo habitual y se veía más blanca y luminosa que antes.

Primero saludó al hermano Haddad: —Dios lo salve. —Para que pueda salvar a los justos —repuso el jefe regional de Tierra Santa mientras efectuaban el saludo ritual. Sus pesados párpados estaban más oscuros que de costumbre.

A continuación Ezequiel saludó a los restantes miembros del Círculo: el alto y canoso hermano Luciano, jefe de la Hermandad en Christendom; el hermano Olazábal, de tez amarillenta, jefe de la Hermandad en el Nuevo Mundo; y por último los adalides de los Imperativos Primero y Segundo. Todos parecían disgustados y ninguno, salvo el hermano Helix, osaba mirarlo a los ojos.

Para empezar, Ezequiel recapituló los puntos clave. Explicó brevemente en qué consistía el Proyecto Caná y cómo había sido el trato con el doctor Carter, la tentativa de Maria de matar al científico y su posterior detención y condena a muerte. Finalmente les recordó el crucial descubrimiento del doctor Carter, según el cual Maria Benariac, conocida como Némesis, poseía los tres genes de Cristo, lo cual implicaba que ella era el nuevo Mesías. Ezequiel hizo esta última afirmación como si se tratase de un hecho. Fue al llegar a este punto cuando comenzaron las objeciones.

Como era de esperar, el hermano Bernard habló tomando la iniciativa.

—Debe de tratarse de un error —sentenció—. O bien de un truco. No puede ser Némesis. Usted y yo la conocemos desde hace más de quince años. Lo habríamos sabido.

—¿Por qué? —preguntó Ezequiel con tono sosegado. —Porque no es una salvadora, sino una asesina, Padre. Era un instrumento excelente del Segundo Imperativo, pero ciertamente no el sujeto del Primero.

—¿Por qué? —inquirió Ezequiel una vez más. —Es una asesina. —Una asesina adiestrada —corroboró Haddad desde la otra punta de la mesa.

—Adiestrada por nosotros —le recordó Ezequiel—. Y todos sus asesinatos han sido justos, sancionados por nosotros.

¿Quién dice que el nuevo Mesías debería ser un manso evangelista, no el azote de la maldad enviado por Dios para vengar la muerte de su hijo?

—Pero no satisface las señales antiguas —objetó el hermano Olazábal.

Ezequiel frunció el entrecejo. Era evidente que en su ausencia habían acordado un plan de acción, sin duda a instancias de Bernard.

—¿Qué señales? ¿Se refiere a las tres directrices establecidas por nuestro fundador?

El habitualmente taciturno Luciano respondió:

—Sí. Las señales afirman claramente que el nuevo Mesías será virtuoso, tendrá la edad apropiada y será varón.

—Pero sólo son directrices. Aunque es cierto que no se trata de un hombre, Maria es sin duda virtuosa, tanto que se opuso a nuestro trato interesado con el científico. Y en cuanto a su edad, no conozco con exactitud su fecha de nacimiento, pero es muy cercana al día en que la llama cambió de color hace treinta y cinco años. Y no olviden que posee los excepcionales genes de nuestro Señor. Además, sé de los poderes que tenía de pequeña.

—Pero no tenemos pruebas —sentenció Bernard—. Y como he dicho antes, hace veinte años que la conozco y no puedo creer que sea ella. Lo habría sabido antes.

Ezequiel dejó escapar un suspiro. Podía ordenarles a todos que acataran su decisión, pero resultaría sumamente insatisfactorio. Aquella cuestión era fundamental para la Hermandad. Debía convencerlos de la necesidad de salvar a Maria.

En ese momento intervino el adalid del Primer Imperativo. —Hermano Bernard —le dijo Helix con gran parsimonia—, ¿tiene alguna prueba de que Maria no es la elegida?

Hasta entonces Helix había permanecido en silencio, volviendo la mirada de un orador a otro. Cuando se volvió hacia Bernard, Ezequiel vio las innumerables velas que iluminaban la caverna reflejadas en los gruesos cristales de sus gafas.

—Por supuesto que no —respondió Bernard. —Pero ¿está convencido de que el nuevo Mesías no puede ser ella? —preguntó.

Bernard se cruzó de brazos. —Sí. —¿Está completamente seguro? —Sí. Todo lo seguro que puedo estar. —De modo pues que cuando dentro de tres semanas ejecuten a Maria, ¿podrá dormir en paz? No le asaltará la menor duda de que después de una espera de dos mil años tal vez dejemos morir nuevamente al Mesías durante nuestra vigilia... durante su vigilia. Tomará esa responsabilidad porque está convencido de que ella no puede ser la elegida. ¿No es así?

Bernard no dijo nada, pero asintió. Ezequiel observó que los demás se movían nerviosos en sus asientos.

—Envidia su convicción —dijo Helix suavemente. —Hace veinte años que conozco a Maria —repitió el hermano Bernard a modo de protesta—. No puede ser ella.

Helix hizo un lento gesto de asentimiento. —¿Lo habría sabido antes? —Exactamente. —¿Aunque ella misma no lo supiera? ¿Aunque aún no lo sepa?

Silencio. Helix hizo una pausa para que surtieran efecto sus palabras antes de continuar.

—No olvide la profecía —prosiguió Helix tras una pausa destinada a que surtieran efecto sus palabras—. Esta vez el o la Mesías no será consciente de su

vocación. Nosotros, la Hermandad, debemos encontrarlo para informarle de su destino. Y a continuación ayudarlo a realizarlo.

—Sí, pero Maria va a ser ejecutada. —Entonces tal vez debiésemos intentar impedirlo. Bernard soltó una risotada y miró a Ezequiel, pero el líder permaneció callado. Estaba encantado de que Helix expusiera su punto de vista en su lugar.

—La Hermandad no puede poner en peligro su existencia misma rescatando a Maria —protestó Bernard buscando el apoyo de los demás—, por la mera posibilidad de que pudiera ser ella.

—No estoy de acuerdo —replicó Helix sin alterarse—. El sentido de nuestra existencia es arriesgarlo todo para salvar al nuevo Mesías. Para eso estamos aquí.

—Tiene razón —dijo el hermano Luciano cambiando de idea de repente—. ¿Y qué mal hay en intentar salvarla?

Bernard lo miró con expresión de furia. —El riesgo de que nos descubran, aunque Maria no sea la elegida —intervino Haddad—, es sin duda inferior al riesgo de dejar morir a nuestra nueva Mesías. Así que quizá debiésemos salvarla. Sólo para estar seguros.

Bernard miró alrededor, consciente de que la discusión se había vuelto en su contra.

—¿De manera que ahora todos quieren darle a Maria el beneficio de la duda? —Los demás asintieron.

Ezequiel escogió sus palabras con cuidado antes de hablar:

—Hermano Bernard, ¿sigue obstinado en que Maria no puede ser el nuevo Mesías? Es importante que permanezcamos unidos, y en especial necesitamos su pericia para lograr nuestro propósito. ¿No tiene ningún tipo de duda?

El corpulento hermano se reclinó en la silla antes de hacer un magnánimo gesto de afirmación.

—Sí, por supuesto que tengo dudas. La posibilidad existe, ciertamente.

—Me alegro de que comparta nuestro punto de vista —dijo Ezequiel con voz solemne—. Pero lo que me preocupa es cómo actuar.

—Será una operación muy delicada —observó Bernard arrugando el entrecejo.

—¿Cree que podemos hacerlo? —preguntó Helix con tono respetuoso, siguiendo el ejemplo de Ezequiel.

Bernard asintió juiciosamente. —A través de nuestros hermanos en Norteamérica, creo que podremos hallar el modo. Pero ¿y el doctor Carter?

Ezequiel se metió la mano en un bolsillo de la túnica y sacó un trozo de papel. En él figuraban cuatro nombres. El primero era el de Tom Carter.

—Ahora que el científico ha cumplido con nuestro mandato, el Ajusticiamiento puede llevarse a cabo como estaba previsto. Puede comunicárselo a Gomorra de inmediato. —Entregó el papel al hermano Bernard—. Según el doctor Carter, éste es todo el equipo del Proyecto Canadá. Han estado trabajando en secreto y no han informado a nadie más sobre el aspecto técnico del proyecto. Mátenlos a todos y así

acabarán con la blasfemia de Caná. Será lo que Maria, nuestra Mesías, deseaba.

—Muy bien —convino Bernard—. Me pondré en contacto con Gomorra hoy mismo. Y empezaré a planear el rescate de Maria en cuanto finalice esta reunión. — Se volvió hacia la otra punta de la mesa y añadió—: Hermano Olazábal, necesitare los nombres de nuestros hermanos en Estados Unidos.

—Los tendrá —repuso el jefe de la Hermandad en el Nuevo Mundo.

Ezequiel se dirigió a los tres jefes regionales. —Si a alguno de ustedes se le ocurre alguna idea, hablen con Bernard. De lo contrario, regresen a sus respectivas regiones y comuniquen a los hermanos que la etapa de búsqueda y espera podría haber concluido. Que se preparen para cuando sean convocados a unguir a la nueva Mesías. Tal vez pronto se convertirá en la salvadora de la humanidad.

Todos asintieron. —Bien —prosiguió Ezequiel—. Si no hay más preguntas, sugiero que pongamos manos a la obra. En lo que a mí respecta, debo darle la noticia a nuestra nueva Mesías. —Se levantó, cruzó los brazos y dijo—: Dios la salve.

Todos se levantaron al mismo tiempo, cruzaron los brazos y corearon al unísono:

—Para que pueda salvar a los justos.

CÓRCEGA

Carter comprobó la dirección en el archivo del FBI que tenía sobre el asiento delantero del coche y volvió a fijar la vista en la tortuosa carretera. Tras doblar la siguiente curva con su Peugeot descapotable alquilado, avistó el torreón solitario que dominaba el perfil de la ciudad.

Debajo, a su derecha, el Mediterráneo despedía un resplandor rosáceo en tanto un sol mortecino y apagado se desvanecía en el horizonte. Por el retrovisor se divisaba la ciudadela medieval de Calvi, la cual destacaba sobre los edificios de tejados de terracota que salpicaban los contornos de la extensa bahía arenosa.

A pesar de que el día tocaba a su fin, el aire aún era cálido y se agradecía que el coche tuviese capota plegable. Era muy agradable conducir con el calor del sol acariciando la piel. En ese momento Tom pensó en Olivia, y lo embargó la tristeza.

Tres días antes, Karen Tanner le había contado todo lo que sabía acerca de la asesina y le entregó copias de los archivos más importantes. Al principio Tom se sintió descorazonado, ya que todo lo que ella le dijo y todo lo que leyó en los archivos indicaba únicamente lo siguiente: que Maria era una gran experta en quitar vidas. Nada sugería que tuviera el menor deseo, por no decir la aptitud, de salvarlas. De modo pues que Tom decidió investigar el pasado de la muchacha.

Karen le había advertido que la Predicadora no estaba dispuesta a hacer ninguna clase de trato, pero el día anterior Tom había visitado al gobernador de estado, Lyle Mellish para ver si podía negociar con él. El gobernador Mellish había sido amigo suyo durante años y era todo lo honrado que un político puede ser. Además, Tom había curado a su nieto de una fibrosis cística, lo cual constituía un punto a su favor. Cuando Tom le preguntó qué probabilidades había de aplazar o conmutar la ejecución de Maria, Mellish respondió que sólo un milagro podría hacer que revocase aquella sentencia.

—Mira, Tom, estoy aquí gracias al programa contra el crimen. Por eso me votaron. No puedo mostrarme blando con una de las asesinas más conocidas de los últimos tiempos. ¿No te parece?

—¿Crees que tu electorado te lo agradecerá si contribuyes a eliminar a unos asesinos aún más implacables, como el cáncer, las enfermedades del corazón y posiblemente muchas más? —preguntó Tom.

Mellish se mostró interesado. —Depende. ¿A qué te refieres en concreto? Cuando Tom le habló de los genes curativos y de que Maria Benariac los poseía, Mellish se mostró muy desconcertado.

—¿Qué necesitas exactamente? —le preguntó al fin tras dar unas cinco vueltas por su despacho.

—Necesito poder acceder a ella con total libertad y, si es necesario, obtener permiso para llevar a cabo unas pruebas.

—¿Eso es todo? —También necesito ofrecerle algo para que colabore conmigo.

—¿Como qué? —¿Anular su sentencia de muerte? —No lo dirás en serio, ¿verdad? Por el amor de Dios, Tom, esa mujer mató a Olivia.

Tom respiró hondo. —Ya lo sé, pero tengo que ofrecerle algo a cambio. De lo contrario no tendrá ninguna razón para ayudarme.

Tras una pausa, Mellish dijo:

—Para poder justificarlo, ella tendría que hacer algo muy gordo. Y antes del día de su ejecución.

—¿Y si curase a una enferma terminal? Mellish asintió. —Eso sería suficiente. — Bien. Es todo lo que pido. Tras hacer ese trato con el gobernador, Tom tomó el primer vuelo a París, y desde allí a Calvi, Córcega.

Al doblar la siguiente curva, se estremeció al divisar por fin el edificio gótico de color gris bajo el imponente torreón. No era un lugar muy atractivo donde pasar la infancia.

Las enormes verjas estaban abiertas, pero el jardín parecía desierto. Tomó el camino particular que conducía al edificio principal. Las altas y oscuras ventanas estaban rotas y la maleza se había adueñado del lugar. No sólo cubría el sendero de grava, sino que trepaba por los muros. A la derecha de la imponente puerta de entrada, había una excavadora amarilla, un montón de ladrillos y demás material de construcción. Un rótulo flamante anunciaba la próxima apertura de L'Hôtel Napoleón para el verano de 2004.

El orfanato había cerrado unos cinco años atrás, pero en Europcar, donde Tom había alquilado el Peugeot, le comentaron que una vieja mujer que en su día había tenido algo que ver con el asilo aún vivía allí. En los últimos años había estado cuidando de los jardines a cambio de permanecer en la casa. El empleado de Europcar advirtió a Tom, dándose un par de golpecitos en la sien, que madame Leforget estaba algo «trastornada».

No obstante, estuviese o no trastornada, la anciana no parecía encontrarse allí en esos momentos. Decepcionado, Tom detuvo el coche y miró alrededor. ¿Qué esperaba? ¿Aparecer por las buenas y encontrársela paseando por el jardín? Pronto oscurecería. Debería regresar a Calvi y volver por la mañana. Siguió avanzando por el camino en busca de un lugar donde girar. A su izquierda había un hueco entre las buganvillas, donde un pequeño sendero serpenteaba en torno a la casa. Ya que estaba allí, pensó que valía la pena inspeccionar el lugar.

Aparcó el vehículo y siguió a pie por el camino cubierto de hierbajos. El acre olor a maquis y buganvillas acentuaba la sensación de malestar que producía la casa en penumbra. Detrás del edificio principal había unos columpios y un pequeño y cuidado jardín cercado por una valla blanca que llegaba hasta la cintura. Había algo extraño en él. Tom observó entonces que a diferencia de la selva circundante aquel

recinto estaba muy bien conservado. La lustrosa pintura roja de los columpios brillaba bajo el sol del atardecer, y la verja blanca, el césped impecable y los macizos repletos de flores del pequeño jardín formaban una isla ordenada y cuidada en aquel mar de abandono. Era obvio que madame Leforget todavía era una presencia muy activa en aquel lugar.

Un sonido a su derecha le hizo volver la cabeza. De pie y en silencio detrás de unos árboles había una mujer de unos setenta años, achaparrada, obesa y de rostro redondo. Sus ojos, detrás de unas grandes gafas, semejabán unos abalorios diminutos hundidos en unas gruesas órbitas, y la boca, una línea fruncida entre unos carrillos protuberantes. Unos finos mechones grises colgaban a los lados de su cara, y el vestido oscuro y holgado que llevaba tenía toda la pinta de ser un hábito. Los minúsculos ojos lo examinaban detenidamente sin siquiera parpadear.

—¿Madame Leforget? —preguntó Tom. La mujer permaneció inmóvil, sin responder. Tom caminó hacia ella y, tras presentarse en su francés rudimentario, se apresuró a agregar que el motivo de su visita no era invadir o dañar su lugar de residencia, sino a hacerle una visita a ella.

—*Pourquoi?* —inquirió la mujer. Tom le mencionó el orfanato y le explicó que estaba buscando a alguien que recordase a una niña que había estado interna entre 1968 y 1983 aproximadamente.

La anciana pareció reflexionar por unos instantes. —Había tantas niñas... *elles sont disparues* —dijo al fin—. Pero cuando vuelvan, encontrarán los jardines y el patio listos para ellas, y estarán a salvo...

Tom asintió lentamente. —Sí, los jardines están preciosos. La mujer lo miró con expresión de enfado. —Y, además, son seguros. Aquí no les ocurrirá nada —añadió, a la defensiva.

A Tom se le cayó el alma a los pies. Evidentemente madame Leforget estaba mucho más trastornada de lo que había esperado. No parecía que fuese a obtener ninguna información de ella.

Hizo amago de regresar al coche. —Siento haberla molestado, madame —se disculpó—. Sólo intentaba averiguar algo acerca de Maria Benariac.

El cambio fue impresionante. La anciana echó los hombros hacia atrás y la expresión de sus ojos se suavizó.

—¿Maria? —preguntó con tono de preocupación—. Fue culpa mía, ¿sabe? Todo fue culpa mía.

—¿Qué es lo que fue culpa suya? De repente la anciana se entristeció. —El padre Angelo. La hermana Delphine. Yo no me lo creía. Pensé que las niñas estaban mintiendo. Pensaba que Maria era una mentirosa. Tan lista, tan guapa y tan embustera.

—¿Conocía bien a María? —Todas las monjas la recuerdan. Tom volvió a mirar el vestido de la anciana, semejante a un hábito.

—¿Usted era una de las monjas? Tras soltar una brevísima y triste carcajada, la

anciana respondió: —Hace muchos años... yo era la madre superiora. Hasta que surgieron los problemas y sufrí una crisis nerviosa. Intentaron que me marchase, pero insistí en quedarme y cumplir con mi penitencia.

—¿Me puede hablar un poco de Maria? ¿Cómo era? La mujer lo miró con cara de desconcierto, mientras parecía tomar una decisión.

—Venga —dijo por fin—. Usted será mi confesor. El lugar donde vivía era humilde pero sorprendentemente acogedor. La anciana lo hizo pasar a la sala de estar y, en un santiamén, sobre la mesa aparecieron un cuenco de sopa de pescado, unos cuscurros cubiertos de salsa *rouille* y queso rallado y un vaso de vino. Cuando por fin se sentó frente a él, comenzó a hablarle de la joven llamada Maria Benariac.

—Las monjas nunca supieron si se trataba de un ángel o de un demonio. Era guapa y lista, pero una mentirosa de cuidado, o por lo menos eso pensaba yo. A la pobre la castigaban a menudo. —Un gesto de tristeza—. Yo la castigaba a menudo.

Tom bebió un sorbo de vino. —¿Por qué creía que era una mentirosa? La mujer se encogió de hombros. —Casi todo lo que decía era difícil de creer, pero muchas cosas que ocurrieron, buenas y malas, estaban relacionadas con ella.

—¿Qué clase de cosas? —Al final, cuando ya era más crecida, cosas horribles. Decía que el padre Angelo, un cura de avanzada edad, la violaba. Yo pensaba que estaba mintiendo, hasta que la hermana Delphine se suicidó y el cura... —Dejó la frase en suspenso.

—¿Qué le ocurrió al cura? —Tuvo una muerte espantosa. —¿Fue Maria responsable de su muerte? La exmonja volvió a encogerse de hombros, sin mostrarse escandalizada por la pregunta.

—Me ha dicho que sucedieron algunas cosas buenas en torno a ella —aventuró Tom, sin abrigar demasiadas esperanzas.

—Ah, sí. Sucedieron cuando era muy pequeña. Se contaban historias tan extraordinarias que en aquel entonces estaba convencida de que eran mentiras... unas mentiras diabólicas. —Los ojos de la anciana se tornaron vidriosos al recordar el pasado—. *La grande tombée* —susurró para sí. Luego volvió a fijar la mirada en Tom—. Era una noche despejada de junio y desperté al oír un ruido fuera, en el camino. Salí corriendo y vi a cuatro de las niñas más pequeñas, la mayor tenía ocho años y la más joven debía de tener unos siete, chillando delante de la puerta principal. Las niñas tenían prohibido salir de sus dormitorios por la noche, así que fueron castigadas. Maria insistía en que ella no debía ser castigada porque sólo había salido a ayudar a sus compañeras. ¿Se ha fijado en el torreón que se alza sobre el tejado del orfanato?

Tom asintió. —Pues bien, Maria aseguraba que sus compañeras se habían caído del balcón del torreón y que había bajado corriendo a ayudarlas. Naturalmente, las demás niñas dijeron que ni siquiera habían subido al balcón. Estaba terminantemente prohibido. Y cuando las examiné, no tenían ni un rasguño. Si hubiesen caído desde esa altura, se habrían matado.

—Y entonces ¿qué hizo? —preguntó Tom, absorto. La mujer sacudió la cabeza. —Entonces castigué a Maria incluso más que a las demás, por mentirosa. No fue hasta mucho más tarde cuando una de las niñas admitió que había subido al torreón para hacerse la valiente. Y el portero encontró un hueco en la madera podrida por donde podrían haber caído.

—¿Así que cree que Maria estaba diciendo la verdad, que las curó?

La anciana se encogió de hombros. —Ése no fue el único incidente. Hubo muchos más. Lo mismo sucedió con las abejas.

—¿Las abejas? Clemenza Leforget se sirvió un poco más de vino. —Una tarde las niñas fueron de excursión a Córcega. Cuando volvieron, enviaron a Maria y a Valérie a mi despacho por haber destrozado un nido de abejas salvajes. Al parecer se marcharon a un riachuelo cercano y Maria empezó a arrojar piedras al nido. Un granjero se puso furioso porque las abejas molestaron a sus ovejas. Maria nos contó que las abejas habían atacado a Valérie y que le habían producido cientos de picaduras, pero que ella la había curado.

—¿Qué dijo Valérie? —Le dio la razón a Maria, pero yo pensé que lo haría para que me compadeciera de ella y no la castigase. Y me enfadé con las dos por ser tan estúpidas. Valérie era alérgica a las picaduras de abeja, ¿sabe? Según los médicos, una sola habría bastado para matarla. Por supuesto, hice que la examinase un médico y, como era de esperar, no encontró el menor rastro de picaduras. O bien nunca la picaron las abejas, o bien Maria había neutralizado todo el veneno. Ya imaginará usted en cuál de estas opciones decidí creer. Sin embargo, había algo extraño en lo que en aquel momento no reparé.

—¿El qué? —El médico dijo que no sólo era imposible que le hubiesen picado las abejas, sino que la niña ya no padecía la alergia. Se había curado de alguna manera. Tom la miró fijamente. Al cabo de unos instantes, preguntó: —¿Por qué no le creyó? —La odiaba. Maria era tan guapa y tan lista... Le faltaba un poco de humildad. Había que darle una lección. Y cuando empezó a asegurar que podía curar a las personas, aquello ya fue demasiado. Era una blasfemia.

—¿Hay alguna otra historia? —Sí, muchas más. De una al menos no me cabe duda de que fue verdad, a pesar de lo que yo creyese entonces. A menudo la castigábamos encerrándola en el sótano. A ella le aterrorizaba la oscuridad, y en una ocasión, cuando era muy pequeña, se agarró a la monja que la había castigado y le suplicó que no la metiera en aquel cuarto oscuro. Maria le dijo que si no la castigaba haría cualquier cosa por ella. Por supuesto, la monja no le creyó, pero por una vez se compadeció de ella y la mandó a la cama sin castigarla. Al cabo de aproximadamente una semana, la monja, que era diabética de toda la vida, fue a hacerse una revisión médica rutinaria y le dijeron que se había curado.

—¿Y está segura de que fue Maria quien la curó? —Absolutamente. —¿Cómo puede estar tan segura? A Clemenza se le demudó el rostro. —Porque aquella monja era yo. —¿Y aun así no le creyó? —No, no podía. Ni quería. Pensé que se trataba de

una coincidencia. —Se retorció las manos—. Pero si le hubiese creído entonces, podría haberla protegido del padre Angelo, e incluso fomentado el don que poseía. —Lo miró fijamente, con una expresión de dolor en el rostro—. ¿Sabe dónde está ahora?

Era evidente que Clemenza no tenía ni idea de la posición en que se hallaba Maria, de modo que Tom decidió no abrumarla poniéndola al corriente.

—Sí —respondió. —Algún día le pediré perdón. Tom permaneció callado mientras evaluaba la situación. Aunque aquella mujer estuviese desequilibrada, ¿por qué iba a contarle a un perfecto desconocido todas esas historias increíbles a menos que fuesen ciertas? Ni siquiera le había preguntado si María tenía el poder de sanar a la gente.

—¿Cómo cree que Maria realizó esos actos de curación? —le preguntó.

—No lo sé. —Pero ¿qué le parece? Clemenza se encogió de hombros y respondió: —No soy médico y hace tiempo que he dejado de ser monja, pero llevo veinte años dándole vueltas al asunto. Tengo una teoría muy sencilla. Creo que Maria tenía un don divino, y que era capaz de transmitirlo a los demás. Era casi como si padeciera una enfermedad benigna que pudiese contagiar a los demás.

Tom la miró a los ojos y sonrió. —¿Le parece absurdo todo esto? —inquirió la anciana. —No, en absoluto. Pero ¿por qué habla en pasado? Ha dicho que tenía ese don.

La madre Clemenza esbozó una amarga sonrisa y le sirvió un poco más de vino.

—Creo que es porque siempre la castigaba por contar «mentiras» sobre lo que hacía. Pero que yo sepa, al poco de cumplir ocho años, y después del incidente de las abejas, no curó a nadie más. Dudo incluso que recuerde lo que era capaz de hacer.

LA MISMA NOCHE NORTE DE BOSTON

Aquella noche Bob Cooke no paraba de dar vueltas en la cama. En sus sueños, no se encontraba en su piso del sur de Boston, sino en California, y la tabla de surf era enorme. Le encantaba la ciencia y trabajar con el gran Tom Carter, pero por muy emocionante o importante que fuera, había veces en que sentía deseos de abandonarlo todo y volver a cabalgar sobre las olas.

Cuando se disponía a deslizarse por una cresta coronada de espuma, un ruido lo despertó. Sí, pensó medio dormido, en cuanto llegase el mes de agosto regresaría a California y recuperaría el tiempo que había pasado sin la pandilla. Tal vez salieran a tomar unos perritos calientes.

El mismo ruido otra vez. ¿Habría alguien en el piso de abajo? Parecía proceder de la cocina. Y entonces, de manera tan repentina como había empezado, el ruido desapareció.

—¡Eh, Dawn! ¿Has oído eso? —susurró a la mujer que dormía a su lado.

—¿El qué? —preguntó ella, soñolienta, acercando su precioso culito a la entrepierna de Bob.

—Me ha parecido oír algo. La mujer apretó las suaves nalgas contra su cuerpo y tendió la mano por detrás de la espalda para acariciar su pene endurecido.

—Yo no he oído nada —murmuró—. De lo que sí estoy segura es que he notado algo.

—Probablemente no fuese nada —dijo él, gozando del tacto de los dedos de la muchacha sobre su miembro.

—No seas tan modesto —repuso ella sin soltarlo—. A mí no me parece que no sea nada.

Bob se echó a reír. —Me refería al ruido. —¿Ruido? —gimió ella—. Si utilizas esto como es debido, ya te daré yo ruido.

Bob cerró los ojos mientras ella lo ayudaba a penetrarla y comenzó a mover las caderas siguiendo su ritmo. «Está bien —admitió, dejando que ella lo volviese boca arriba, se colocase encima de él y le acariciara la cara con los pechos—. Hay cosas mejores que la ciencia y el surf».

Media hora más tarde, ambos dormían entrelazados. Tal vez si hubiesen permanecido despiertos otros diez minutos, habrían notado el olor a gas procedente del tubo de la cocina que había sido cuidadosamente cortado y habrían podido desmontar la mecha, el papel de lija y el detonador hábilmente fabricado que habían colocado junto al tubo.

LA MAÑANA SIGUIENTE CHARLESTOWN

Nora Lutz puso la última tostada en la bandeja, al lado del tarro de mermelada de naranjas amargas importada de Escocia que le gustaba a su madre. A continuación sirvió una taza de té, vertiendo la leche primero, naturalmente. Su madre no lo bebía de otra manera desde su viaje a Inglaterra en 1978. Por último, colocó un bol de cereales de salvado junto con una jarrita de leche fría en el único espacio que quedaba en la bandeja. Una vez que hubo terminado de preparar el desayuno, salió de la cocina de su dúplex de Charlestown y, tras pasar por delante de dos de sus gatos, subió al dormitorio de su madre.

En un tiempo la enfermedad de su madre le amargaba la vida. Pero eso había sido años atrás, a los treinta y tantos, cuando aún tenía una vida que sacrificar. Ahora, a los cuarenta y cinco años, su madre giraba en torno a su trabajo en Genius. Formar parte del equipo de Canadá había sido un regalo del cielo, pues se trataba de un proyecto importante que llenaba de sentido sus horas. Y no importaba que su madre no comprendiera o apreciase lo que hacía. Carter y los demás valoraban su colaboración, y eso era lo único que contaba. Canadá, y todo lo que prometía, era una vía de escape de las claustrofóbicas exigencias y del chantaje emocional de una mujer

a quien quería mucho pero que en ocasiones habría deseado que falleciera en paz.

Cuando llegó al quinto peldaño, se detuvo por un segundo, lista para articular en silencio las palabras que su madre pronunciaba indefectiblemente en aquel preciso instante: «Nora, ¿ya está listo el desayuno?». Sin excepción, la pregunta era formulada en cuanto Nora comenzaba a ascender por la escalera.

Aquel día, sin embargo, no oyó nada. Ninguna petición, ningún ruego, ninguna queja, ni siquiera el sonido de alguna clase de movimiento. Sólo silencio.

Cuando llegó al recodo de la escalera, se sintió obligada a anunciar:

—Mamá, te traigo el desayuno. He hecho el té exactamente como a ti te gusta. ¿Te parece bien?

Silencio. —¿Mamá? Inconscientemente, comenzó a acelerar el paso. Era incapaz de recordar la última vez que su madre se había quedado dormida. De pronto, pensó lo peor, y se arrepintió de las veces en que le había deseado la muerte. Desde el rellano, inquirió: —¿Estás bien, mamá? Háblame y deja de hacer tonterías. Nada. Estuvo a punto de echar a correr, y el té se derramó sobre las tostadas y los cereales. A su madre no le gustaría, pensó mientras empujaba la puerta con el codo.

—¡Despierta, mamá! Entonces soltó la bandeja y se llevó las manos a la boca. Quería gritar, pero estaba demasiado aterrorizada.

No fue sólo el ver el cuerpo inerte de su madre con el rostro cubierto con la almohada lo que provocó su reacción, sino también el hombre de pelo oscuro y ojos de color verde grisáceo que apareció repentinamente a su lado, le apretó las manos contra la boca y le clavó una jeringa en el brazo.

BACK BAY BOSTON

Un poco más tarde, en la zona de Back Bay, Jasmine Washington cogió las llaves del coche y se inclinó hacia Larry, que estaba sentado en la soleada terraza tomando un zumo de naranja. Le dio un beso y susurró:

—Hasta esta noche. Larry dejó la revista *Variety* encima de la mesa, le devolvió el beso y dijo: —Que tengas un buen día en la oficina. Y dale recuerdos a Holly.

—Lo haré. Jasmine lo besó una última vez y se dirigió hacia el aparcamiento. Mientras se alejaba, oyó que Larry le preguntaba: —¿A qué hora volverás? —No muy tarde. —¿Qué te apetece cenar? Jasmine se subió a su 325 i, retiró la capota y arrancó. Salió a la carretera dando marcha atrás y volvió a mirar a Larry, asomado a la terraza. Le lanzó un beso, aceleró y gritó: —¡Sorpréndeme! Acto seguido partió a toda velocidad, haciendo chirriar los neumáticos y soltando un alarido.

Tal vez si Larry no la hubiese distraído hablándole desde la terraza, Jasmine se habría fijado en el charco que había en el aparcamiento justo debajo de donde se encontraba estacionado el BMW. Como Larry descubriría más tarde, se trataba del líquido de los frenos.

PASILLO DE LA MUERTE
CENTRO PENITENCIARIO DEL ESTADO DE MASSACHUSETTS

DESPUÉS de aquella noche de desesperación, Maria Benariac decidió aceptar lo inevitable. En un par de días había logrado dominar sus miedos. No habría indulto, ni intervención divina alguna, ni ningún plan maravilloso que le permitiese acabar con el científico. Lo sabía perfectamente y no le quedaba más remedio que aceptar su situación. Empezó a comer despacio del plato blanco, intentando extraer el máximo de placer de la textura y el sabor de los huevos y las patatas fritas.

Cuando los pasos de la guardia de la prisión interrumpieron su desayuno, Maria levantó la vista del plato, indignada, y le puso mala cara a la mujer corpulenta que apareció al otro lado de las rejas de la celda.

—Todavía no he terminado —le dijo—. Ni siquiera ha pasado la mitad de mi tiempo...

La mujer la examinó detenidamente. —Relájate, Predicadora. Nadie va a llevarse tu comida. Sólo he venido a decirte que tienes una visita.

Maria soltó un gruñido. Hugo Myers estaba llevando su profesionalidad demasiado lejos. Maria había pensado que ya no volvería a verlo. Después de todo, si no existía la menor posibilidad de presentar una apelación, no tenía mucho sentido que su abogado siguiera interesándose por ella.

—¿Sabe qué desea mi brillante abogado? —preguntó sin esperar una respuesta.

—¿Abogado? —La guardia se echó a reír—. Tu visitante no es abogado; de hecho, es lo menos parecido a un abogado que he visto jamás. Dice que quiere ser tu consejero espiritual.

Maria Benariac sintió que en su mente se encendía una leve llama de esperanza mientras las dos guardias la sacaban esposada de su celda en la galería B del pasillo de la muerte y la conducían por el corredor de baldosas blancas hasta la sala de visitas, pasando por delante de la cámara de ejecuciones.

Cuando Ezequiel de la Croix se puso de pie y le sonrió, Maria se emocionó tanto que sintió el impulso de abrazarlo. Lo miró fijamente a los ojos oscuros y permaneció callada. Las guardias la hicieron sentarse y la esposaron a la anilla metálica que había en medio de la mesa de acero. A continuación se dirigieron hacia la puerta. La más alta de ellas se detuvo y, volviéndose hacia Ezequiel, dijo:

—Señor, ésta es una sala protegida para uso de abogados y consejeros espirituales. Nadie puede escuchar ni grabar su conversación, pero no está permitido tocar a la reclusa bajo ningún pretexto. —Señaló un botón sobre la pared—. Cuando haya terminado, o si necesita algo, no tiene más que pulsar este timbre.

—Lo haré —repuso Ezequiel. Las guardias abandonaron la habitación y cerraron la puerta con llave.

—Padre, lo siento. Por favor, perdone... —comenzó Maria una vez que estuvieron a solas.

Sin darle tiempo a continuar, Ezequiel se llevó un dedo a los labios, rodeó la mesa y se colocó a su lado. Durante largo rato permaneció allí de pie, sin decir nada, mirándola fijamente. Maria deseaba preguntarle qué sucedía, pero decidió esperar a que él hablase.

De pronto vio las lágrimas en sus mejillas. Aunque Ezequiel no emitía el menor sonido, no podía ocultar que estaba llorando.

Antes de que Maria continuase hablando, Ezequiel se arrodilló ante ella y bajó la cabeza. Cuando por fin rompió el silencio, el tono era tan bajo que apenas se le oía, y cuando alzó la voz y repitió las palabras que acababa de pronunciar Maria no las comprendió.

—Dios te salve —dijo con mayor firmeza. Maria frunció el entrecejo. —¿A qué se refiere? Sin levantar la cabeza, sin osar mirarla a los ojos, Ezequiel respondió: —El doctor Carter encontró a alguien a través del Proyecto Caná...

—Ha identificado a la persona que posee los genes del Mesías. La misma persona que nació en el momento en que cambió la llama sagrada. La misma persona que de pequeña poseía el don de curación de Cristo. —Ezequiel levantó la cabeza y la miró fijamente—. Esa persona eres tú, Maria. Tú eres el nuevo Mesías. Tú eres la elegida.

Por un instante Maria permaneció inmóvil, con la vista fija en sus ojos negros. No lograba asimilar aquellas palabras. Estaba mucho más que estupefacta. Se sentía una mera espectadora de lo que Ezequiel acababa de revelar.

¿Sería posible? ¿Sería cierto? A pesar de la sorpresa, una pequeña parte de su conciencia, en lo más profundo de su ser, no albergaba la menor duda. «Siempre supiste que eras una elegida —parecía decirle—. Ahora ya sabes para qué».

—Dios te salve —repitió Ezequiel. Esta vez Maria sólo vaciló un segundo antes de responder: —Para que pueda salvar a los justos. Ezequiel se puso de pie y volvió a sentarse. —Ahora que ya conoces tu destino, he de decirte muchas cosas. Tenemos mucho que hacer.

Maria apenas podía creer cómo había cambiado todo de repente. Se alegraba de haber recuperado el afecto del Padre. Esbozó una sonrisa, se inclinó hacia delante todo lo que le permitían las esposas y escuchó lo que el Padre tenía que decirle.

Aquella noche Maria apenas consiguió dormir. Su desesperación, e incluso su estoico sentido de la resignación, habían desaparecido. No lograba dejar de pensar en todo lo que Ezequiel le había dicho, en especial las historias de su infancia, que había olvidado hacía tiempo.

¿Serían ciertas? ¿Habrían ocurrido realmente? Todos aquellos sentimientos y recuerdos que consideraba meras fantasías de una niña desdichada regresaron a su

mente. Todas las historias que Ezequiel le había contado evocaban y corroboraban vivencias que, como le habían hecho creer, siempre le habían parecido producto de su imaginación.

Abrió los ojos y contempló la oscuridad de la celda con actitud desafiante, esforzándose por recordar todo aquello que normalmente procuraba olvidar. Lo que más recordaba era el miedo y la fatiga que había sentido al acercarse a las niñas ensangrentadas que se habían caído de la torre del orfanato, e intentar que sus cuerpos inertes volvieran a moverse. Tendido en la cama de la prisión, su cuerpo revivió el dolor sordo y la pérdida de energía que experimentó al abrazar a sus compañeras, así como el profundo cansancio que la había dejado pálida y debilitada. Sin embargo, por encima de todo, se acordó de la gran sensación de alivio que experimentó cuando, una por una, las niñas se sacudieron la ropa y se levantaron del suelo.

Después de que Ezequiel le revelase su destino, tanto la pátina que cubría su pasado como su propia negación de los hechos fueron desvaneciéndose progresivamente, dejando intactas las imágenes y los sentimientos de la infancia.

El Padre le habló de su visita al laboratorio del doctor Carter y del modo en que éste había desvelado su herencia genética. También le dijo que habían dado orden a Gomorra de eliminar al científico y a los miembros de su equipo. Maria replicó que quería acabar con Carter personalmente, pero Ezequiel se limitó a encogerse de hombros. El Círculo Interno aún no había decidido siquiera cómo iban a sacarla de allí, y sólo disponían de doce días.

Recordar su inminente ejecución le hizo pensar en el don que poseía. Éste le otorgaba una sensación de poder y dominio que iba más allá de la recta exaltación que experimentaba en el momento de llevar a cabo un asesinato. La historia de las picaduras de abeja fue la que más le impresionó, no sólo por ser la que recordaba con mayor claridad, sino porque le dio una idea, una idea que la hacía temblar de emoción.

Se preguntó si aún sería capaz de realizar aquellas hazañas. Trató de recordar el momento de su vida en que había renunciado a sus poderes, pero le resultó imposible. Solamente se acordaba del temor y de la desesperación que sentía cuando la castigaban constantemente por contar «mentiras». A pesar de ello, estaba convencida de que si decidía recuperar su don, acabaría por conseguirlo.

Siempre se había sentido una especie de elegida. Ya no cabía duda de que habían trazado un plan para ella, y lamentó haber dudado de su fe en algún momento. De pronto se vio embargada por una exaltación extrema. El hombre siempre había sido capaz de provocar la muerte; ella lo sabía mejor que nadie. Pero sólo Dios ejercía un verdadero control sobre la vida. Así pues, si compartía ese don, ¿qué era en realidad? ¿Una auténtica hija de Dios?

Se levantó de la cama y se paseó por la celda a oscuras, impaciente por que amaneciese. Se sentía exultante. Tenía muy claro lo que debía hacer; era incluso evidente. El Padre regresaría al día siguiente para contarle su plan. A fin de salir de

allí, necesitaría su ayuda y la de la Hermandad, su propia Hermandad. Sonrió a pesar de la oscuridad, que ya no le inspiraba el menor temor.

Tenía muchas cosas que preparar. Ezequiel de la Croix no regresó al día siguiente, pero por la tarde Maria Benariac tuvo otra visita.

Tom Carter aguardaba a solas en la sala protegida de la prisión del Estado, sin saber que Ezequiel se había sentado en aquella misma silla el día anterior. Vestía camisa azul y chaqueta de algodón, y ambas estaban arrugadas. Tenía unas profundas ojeras, fruto del cansancio, y le dolía la cabeza. Echó un vistazo a la deprimente habitación, en la que un potente tubo fluorescente iluminaba las paredes amarillas sin ventanas. Pero otros pensamientos ocupaban su mente. De hecho, ni siquiera sabía a ciencia cierta qué estaba haciendo allí. Había regresado de Córcega el día anterior, a la vez frustrado y excitado. Si bien estaba seguro de que Maria podía ayudar a Holly, mucho se temía que no accediera a hacerlo, por mucho que le ofreciese a cambio.

Al llegar al aeropuerto de Logan, pasó rápidamente por la aduana y, a la salida, buscó al chófer de Genius que debía recogerlo. Estaba impaciente por regresar a casa y ver a Holly. Para su sorpresa, encontró a Jack flanqueado por dos policías. Al observar la expresión de su amigo, pensó que Holly habría desmejorado, o tal vez algo peor. El alivio que sintió al oír que no se trataba de su hija no duró demasiado.

—¿Has dicho que se ha producido una explosión en el apartamento de Bob Cooke? ¿Cómo se encuentra?

Jack sacudió la cabeza. —Ha muerto, Tom. Su novia también, y el anciano que vivía en el piso de abajo.

—¿Muerto? —Tom no acababa de creérselo. Tras el disgusto que le produjo, lo primero que pensó fue si Bob había resuelto el misterio del ratón. El sentimiento de culpa hizo que desechase la pregunta nada más formularla, pero la incógnita seguía ahí, sin respuesta. Naturalmente, la muerte de Bob Cooke no fue la única noticia que recibió. Cuando le informaron de que tras encontrar a su madre muerta en la cama, Nora había muerto de un ataque al corazón, todo empezó a cobrar sentido.

—¿Nora muerta de un ataque al corazón? —exclamó, azorado, repitiendo las palabras de Jack como un idiota—. Pero si era fuerte como un roble y su madre hacía años que estaba enferma. Es imposible que le diera un ataque...

Por último, de camino a Genius, Jack le habló del accidente de tráfico de Jasmine.

—¡Oh, no! Por el amor de Dios, ¡dime que está bien! —Aún es demasiado pronto para saberlo —respondió Jack con aire de aflicción.

Fue entonces cuando Tom lo vio todo claro. Terriblemente claro.

—Lo que creo es que quienquiera que estuviese detrás de Maria Benariac sigue intentando detener el Proyecto Caná —prosiguió Jack—. Y eso significa que con o sin Predicadora, tú sigues siendo un objetivo para ellos.

Durante largo rato Tom estuvo pensando en abandonarlo todo, no porque su vida corriese peligro (hacía tiempo que lo sabía), sino porque su obsesión por salvar a Holly se había cobrado ya demasiadas vidas. Tom ya no era tan sólo uno más en la

larga lista de individuos que algún fanático demente tenía intención de eliminar para censurar su comportamiento. Era evidente que alguien pretendía detener a toda costa su proyecto así como a todas las personas relacionadas con él. Sus amigos habían sido asesinados por culpa de su empeño egoísta de salvar a su hija sin tener en consideración a los demás. Y en el fondo, ¿estaba sólo intentando salvar a su hija, o bien todo el proyecto no era más que una tapadera de su obsesiva cruzada para dar una lección a la naturaleza, para acabar con el cáncer y con todas aquellas crueles formas del azar que nos depara la Madre Naturaleza con el fin de demostrar lo penosos que somos tanto nosotros como nuestra tecnología? ¿Acaso no estaba intentando subyugarla a fin de reequilibrar la balanza, cualquiera que fuese el precio a pagar por las personas de su entorno?

Todas aquellas preguntas rondaban su mente cuando él y Jack se adentraron en los terrenos de Genius. Sin embargo, después de contemplar la mirada confiada de Holly y empaparse de su coraje, logró ahuyentar los demonios que alimentaban sus dudas y reconoció la pureza de sus intenciones, la verdad lisa y llana de que estaba haciendo todo cuanto podía para ayudar a su hija. Ni más ni menos.

La misión e incluso la gran responsabilidad de salvar a los demás era algo de lo que ya se ocupaban las otras iniciativas tomadas en Genius, así como en numerosos lugares de todo el mundo. En cambio al equipo de Caná, y a él en concreto, sólo les preocupaba salvar a Holly. Si las muertes de los que habían sido asesinados por colaborar en el proyecto tenían algún significado, debía seguir adelante hasta el final. Y si estaban intentando detenerlo, eran ellos y no él los malvados que interrumpían el curso de la naturaleza al oponerse al deseo natural de un padre de intentar salvar a su hija.

Con todo, cuando se encontraba allí sentado en el pasillo de la muerte oyendo aproximarse los pasos, era plenamente consciente de que el hecho de que un hombre estuviese negociando con la asesina de su esposa para salvar a su hija distaba mucho de ser natural.

Cuando Maria entró en la sala escoltada por un par de guardias, a Tom le sorprendieron dos cosas. En primer lugar, Maria parecía bastante contenta. No era muy normal que una condenada a muerte se mostrase tan relajada a pocos días de su ejecución, pero luego recordó que la Predicadora era cualquier cosa menos una persona normal. Lo segundo que le llamó la atención fue que Maria no se asombró demasiado de verlo; si acaso parecía algo decepcionada de que no fuese otra persona. Por un instante Tom se preguntó a quién esperaba encontrar en su lugar.

No se dirigieron la palabra mientras las guardias la esposaban a la anilla de la mesa, pero cuando éstas dijeron a Tom que si necesitaba algo no tenía más que llamar al timbre que había junto a la puerta, Maria sonrió. Era una sonrisa triunfal, compasiva.

Después de que las guardias abandonasen la sala, Maria permaneció en silencio. Estaba creciéndole el pelo y, de no ser por aquellos ojos y por su cuerpo musculoso,

habría parecido casi bonita, incluso vulnerable, como un polluelo recién salido del cascarón. Tom se había preparado lo que tenía que decirle, pero al verla allí sentada de pronto le pareció irrelevante dar tantas explicaciones y, sin más preámbulos, le habló del Proyecto Caná y le comunicó que habían encontrado a alguien con los genes de Cristo. Para su sorpresa, Maria no reaccionó. Cuando le explicó que esa persona era ella también se mostró impasible.

—¿Qué opina sobre lo que acabo de decir? —le preguntó por fin. Maria se limitó a encogerse de hombros, como si le hubiese preguntado qué clase de helado le gustaba.

—¿No lo encuentra... interesante? —insistió él—. ¿Ni siquiera un tanto irónico?

—Claro —respondió ella con su habitual aspereza—. Pero lo que me parece realmente interesante es que haya venido para contármelo. Ya le dije que no habíamos terminado.

Tom se mordió el labio inferior. Sintió el impulso de dar una bofetada a aquella mujer perversa y engreída. ¿Qué era lo que Alex solía decirle cuando era pequeño, después de contarle historias de fantasmas?

—Las brujas son las únicas damas a las que se puede pegar. —¿Y las demonias? —A ellas también, pero son diferentes, hijo. Con ellas debes asegurarte de dejarlas sin conocimiento, porque cuando vuelven en tu busca son de lo más perverso que hay...

Tom procuró mantener la calma. Era obvio que Maria ya sabía lo de los genes. Era imposible que se mostrase tan indiferente. Pero ¿quién podría habérselo dicho? Entonces pensó que Ezequiel debía de haberse puesto en contacto con ella para conocer en persona a su nuevo Mesías. Por lo tanto, había sido el anciano. Tom se preguntó por un instante qué le habría parecido la Predicadora. Sin duda habría sido una sorpresa tan grande para los planes sagrados de la Hermandad como lo fuera para sus propios planes con Holly.

Tom respiró hondo y decidió que la única manera de convencerla era ateniéndose a los hechos. Si ella accedía a ayudarlo, bien. De lo contrario...

—Señorita Benariac —dijo procurando mantener el tono de voz lo más formal posible—. Entre todos los genomas que hemos examinado, que son más de quinientos millones, sólo hemos encontrado tres con estos tres genes mutantes. Dos pertenecen a personas que están muertas. Uno era un indio de Colombia, y el otro, por supuesto, era Jesucristo. Usted es la tercera persona. Todos tienen una cosa en común aparte de los genes: el haber sido capaces, en algún momento de sus vidas, de curar a otras personas. —Hizo una pausa a la espera de una reacción, pero ésta no se produjo—. Creo —prosiguió— que usted todavía posee ese don y quiero ayudarla a recuperarlo.

Maria lo miró fijamente, sin dejar de sonreír. —¿Por qué? Tom había pasado noches enteras en vela pensando en la respuesta perfecta a esa pregunta; la respuesta con la que podría convencer a una asesina de que salvara a Holly. Pero llegado el

momento decidió que sólo le quedaba una opción: decírselo claramente. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía de Holly que le había hecho en las Bermudas el verano anterior. En ella, la niña, vestida con un bañador rojo, saludaba a la cámara sobre la arena rosácea de la bahía de Horseshoe. Tom le enseñó la foto. Quería que Maria conectase con su hija, que decidiese ayudarla a pesar del odio que sentía hacia él. Al fin y al cabo, era una mujer.

—Quiero que la salve —le dijo. —¿Quién es? —Mi hija, Holly. Maria hizo un gesto de asentimiento y observó la fotografía detenidamente. La cogió con la mano derecha esposada y pareció acariciarla con la izquierda.

—Tiene su mandíbula —dijo con una sonrisa, como si mirase un álbum familiar. Levantó la vista y, por un instante, Tom detectó una sombra de vulnerabilidad en sus ojos, como un anhelo.

Entonces llegaron las preguntas. —¿La quiere mucho? —Sí, mucho. —¿Ella sabe cuánto la quiere? ¿Se lo dice? —Sí, sí que lo sabe. —¿Sabe lo que está haciendo para ayudarla? ¿Sabe que ha venido aquí?

—No, no le he hablado de usted. —¿Qué le pasa? —Tiene un cáncer de cerebro. —¿Cuánto tiempo le queda? ¿Más que a mí? —No lo sé. Espero que sí. —¿Y quiere que yo la ayude? —Si puede. —Creo que puedo —repuso Maria reclinándose en la silla. «¿De verdad?», pensó Tom. Aquello le sorprendió. No esperaba que Maria fuese consciente de sus poderes, y mucho menos que se mostrase tan segura de sí misma. Sintió la misma mezcla de emoción y frustración que había experimentado al bajarse del avión el día anterior. Sin embargo mantuvo el rostro inexpresivo. Cuando le mencionó el trato, procuró hacerlo de la forma más natural posible, como si no estuviese suplicándole nada.

—He hablado con el gobernador. Puedo hacer que conmuten su pena de muerte si la ayuda.

Maria esbozó una sonrisa. —Una vida por una vida, ¿verdad? Tom se encogió de hombros. —De usted depende. Maria pareció reflexionar por un instante acerca de la oferta, mirando alternativamente a Tom y la fotografía de Holly.

—¿Cree que su hija ha tenido mala suerte? —le preguntó por fin.

Aquella pregunta lo dejó bastante desconcertado, pero se aferró a su determinación de contestar con sinceridad.

—Por padecer un cáncer de cerebro a su edad, sí, naturalmente. Muy mala suerte.

—Yo no —dijo Maria en voz baja. Y mientras contemplaba el retrato de Holly, a Tom le pareció ver cierta añoranza en aquel rostro desconcertante, casi envidia—. Yo creo que es muy afortunada. Tiene unos padres que la quieren...

—Sólo le queda uno con vida —la interrumpió Tom, incapaz de dominar su indignación.

Maria continuó como si no lo hubiese oído. —La han querido mucho y la han cuidado desde el día en que nació.

—Eso es cierto —dijo Tom procurando controlarse. Quería que Maria

estableciese un nexo con Holly—. Pero si no recibe ayuda morirá en unos meses, tal vez incluso semanas. Y es totalmente inocente.

Maria sonrió. —Doctor Carter, nadie es totalmente inocente. Pero ¿quiere que yo la cure de su enfermedad? ¿Que detenga lo que ha sido decretado porque lo considera injusto y porque la quiere? —Su voz parecía razonable, incluso comprensiva.

Tom asintió. —Y a cambio —prosiguió ella—, ¿tratará mi enfermedad terminal impidiendo que muera de forma prematura dentro de once días?

Tom volvió a asentir, manteniendo el rostro lo más inexpresivo posible para no provocarla.

Maria lo miró a los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviese a la escucha de algo.

—¿Está dispuesto a hacer esto a pesar de que no me considera inocente?

—Sí. Ella se inclinó hacia Tom Carter, que reprimió el impulso de apartarse, y la imitó como si fuesen dos amantes susurrándose intimidades durante una cena. Tom percibió el olor a jabón antiséptico en su piel y a pasta de dientes mentolada en su aliento.

—¿A pesar de que maté a su mujer a sangre fría —continuó Maria, los labios a pocos centímetros de distancia del rostro de Tom—, e intenté matarlo a usted?

—Sí. —¿Haría todo eso para salvar a su hija? —Sí, eso y más. ¿La ayudará? Maria hizo una pausa y volvió a sonreír. Tom trató de interpretar aquella sonrisa, buscando en ella algún asomo de magnanimidad, pero era indescifrable. Maria contempló sus manos esposadas como si fuesen objetos separados de su cuerpo. Cuando volvió a levantar la mirada, la sonrisa había desaparecido, siendo reemplazada por una fría máscara de indiferencia.

—No, doctor Carter. No pienso ayudar a su hija. Es lo último que haría en la vida.

Cuarta Parte

EL GEN MILAGROSO

QUIRÓFANO DE GENIUS
UNA SEMANA MÁS TARDE

JASMINE WASHINGTON estaba en la sala de espera del quirófano de Genius, sentada en una de las butacas tapizadas de color azul. Se rascó el brazo izquierdo bajo la escayola que lo cubría. No recordaba haber sentido tanto dolor en toda su vida. Se había roto el radio y la clavícula izquierda en el accidente y tenía todo el costado magullado. Aunque era cierto que conducía con exceso de velocidad, para algo se había comprado un coche deportivo. Sin embargo, era la primera vez que alguien le cortaba los cables de los frenos. Afortunadamente, la camioneta contra la que había chocado delante del supermercado estaba estacionada, y gracias a Dios nadie pasaba por la acera cuando la arrastró hasta ella. Con todo, podía decirse que había tenido suerte. El funeral de Nora Lutz se había celebrado en Boston dos días antes y el cuerpo de Bob Cooke había sido trasladado a California. Se estremecía sólo de pensar en sus muertes y en lo cerca que había estado de reunirse con ellos. Pensó una vez más en lo que estaba a punto de suceder en la sala contigua, y comprendió que, en efecto, había sido muy afortunada.

En la última semana, desde que la Predicadora rechazara el trato que Tom le había propuesto, habían ocurrido muchas cosas. Para empezar, el estado de Holly había empeorado considerablemente.

Si Bob había desvelado el misterio de por qué algunos ratones se curaron y otros no, se había llevado el descubrimiento a la tumba. Después de los dos últimos ataques de Holly, a Tom no le quedó más remedio que operar para aliviar la presión que ejercía el tumor, el cual era uno de los más agresivos que Tom o Karl Lambert habían visto nunca.

Jasmine oyó que se abrían las puertas batientes a su derecha y vio a Alex Carter entrar en la sala de espera.

El padre de Tom parecía agotado y estaba mucho más envejecido. Por primera vez en su vida aparentaba los sesenta y ocho años que tenía. Echó un vistazo a la sala con aire distraído y sonrió aliviado cuando descubrió a Jasmine sentada junto a la máquina de café. La saludó con la mano y se dirigió hacia ella.

—¿Cómo estás? ¿Ya han empezado? —le preguntó, al tiempo que se sentaba a su lado.

Jasmine sacudió la cabeza. —Todavía están preparándola para la operación. — Señaló por encima del hombro la pared a su espalda con el pulgar de la mano buena —. Tom y Karl Lambert llevan una hora en el quirófano disponiéndolo todo. No creo que tarden mucho.

—Bien —murmuró Alex mientras se retorció las manos sobre el regazo. Parecía

aterrorizado, y Jasmine recordó de pronto que el padre de Tom ya había pasado por una experiencia similar, pues su esposa había padecido la misma enfermedad.

—Karl Lambert es un excelente cirujano —dijo Jasmine colocándole la mano en el hombro—, y ya sabe lo bueno que es Tom. Holly no podría estar en mejores manos.

El anciano se volvió hacia ella e intentó sonreír, pero era evidente por su mirada que sabía perfectamente que aquello era el fin, o por lo menos el principio del fin. Jasmine notó que las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas; eran lágrimas de frustración e indignación. Después de todo lo que habían pasado, después de todas las vidas que se habían perdido, Caná y la posibilidad real de salvar a Holly se habían visto frenados por una asesina, la misma que lo había empezado todo. Jasmine no hallaba consuelo en el hecho de que Maria fuese ejecutada al cabo de cuatro días. Le parecía tan triste como absurdo.

Alex se levantó y se acercó a la máquina de café. —¿Te apetece algo? —preguntó a Jasmine. Era evidente que necesitaba mantenerse ocupado.

—Sí, gracias. Un descafeinado sin azúcar. Las puertas batientes se abrieron de nuevo y ambos volvieron la cabeza, esperando ver pasar a Holly. Pero era Jack Nichols, quien se acarició la cicatriz con aire cohibido, como si no estuviese muy seguro de lo que hacía allí.

—He venido a ver qué tal va todo. No podía concentrarme en el trabajo y no paraba de pensar en Tom y en Holly... —dijo sin terminar la frase.

—Sí, ya te entiendo —repuso Jasmine. —¿Café? —preguntó Alex. Jack esbozó una media sonrisa que parecía sugerir: «¿No sería genial que una taza de café pudiese arreglarlo todo?».

—Sí, gracias. Con mucha leche, por favor, y cuatro cucharadas de azúcar.

Cuando Alex se disponía a hacer un comentario acerca de la elección de Jack, las puertas se abrieron de nuevo y Holly apareció en una camilla acompañada por dos hombres con uniforme verde. La niña estaba tendida boca arriba con la cabeza rapada y sujeta con unas abrazaderas especiales. «Un desliz del láser... —pensó Jasmine recordando lo que Tom había dicho acerca de los riesgos— y podría quedar paralítica o algo peor». No obstante, cuando vio la expresión de pánico en los ojos de su ahijada, se preguntó si la muerte era realmente peor, si había algo peor que aquello.

Jasmine y Alex se levantaron y se acercaron a la camilla, parada delante de las puertas del quirófano. Jasmine tendió la mano y Holly se agarró a su dedo índice como si fuese una recién nacida. Con la otra mano se aferró al dedo de Alex.

—Hasta pronto —le dijo Jack Nichols, y levantó el pulgar con la intención de darle ánimos.

Holly trató de sonreír y soltó el dedo de su madrina para devolverle el gesto.

—Buena suerte, Hol —susurró Jasmine procurando parecer animada.

—Todo irá bien —intervino Alex mientras le acariciaba la mejilla—. Tu papá se encargará de que te repongas.

Tom Carter salió de la sala de operaciones seguido de Karl Lambert. Ambos vestían el atuendo verde del quirófano. Tom llevaba una mascarilla colgada del cuello, y Jasmine advirtió el dolor que había en sus ojos cuando besó a su hija en la frente.

—No tengas miedo, Holly —dijo con una ternura conmovedora—. No me moveré de tu lado ni por un instante. ¿Estás lista?

—Sí, papá —susurró Holly, su rostro se relajó y el temor desapareció de su mirada. Tom la besó una vez más y dijo: —Entonces vamos allá, ¿de acuerdo? Jasmine observó que la camilla se adentraba en el quirófano blanco. Lo último que vio antes de que se cerrasen las puertas fue a su pequeña ahijada flanqueada por cuatro guardias de verde. A pesar de que no era una baptista practicante, se santiguó y rezó a su Dios.

A veinticinco kilómetros de allí, Ezequiel de la Croix caminaba de un lado a otro en la sala de visitas de la prisión del estado de Massachusetts mientras su Mesías, Maria Benariac, permanecía sentada con las manos esposadas a la mesa.

—Lamento no haber venido antes. Tenía que organizar algunas cosas —intentó explicar Ezequiel—, hacer algunos contactos para sacarte de aquí.

—Pero ya se lo he dicho —repuso Maria mientras tamborileaba con los dedos de su mano esposada sobre la mesa de acero—. Tengo un plan mejor y necesito su ayuda.

Ezequiel aún no estaba acostumbrado a recibir órdenes de la mujer que había obedecido las suyas durante tanto tiempo. Llevaba una semana instando al Círculo Interno a que perfeccionase el plan de fuga. Incluso se había enfrentado con el escéptico hermano Bernard, quien insistía en que Maria demostrase de algún modo que era realmente la persona elegida. Y cuando por fin había logrado tranquilizar a Bernard y trazar las directrices de un plan de acción, Maria estaba pidiéndole que no lo pusieran en práctica. Por lo menos podría haberle preguntado en qué consistía, y además dudaba de que la idea de ella fuese mejor que la suya. Aun así, Maria debía estar conforme con la propuesta; en cuanto quedase en libertad y fuese ungida en la llama, Ezequiel podría al fin retirarse, cumplida su misión. Sólo de pensar en el momento en que se libraría del peso de aquella responsabilidad, se le escapaba un suspiro.

—Muy bien —dijo. Dejó el pastillero sobre la mesa y se tomó uno de los comprimidos blancos contra la acidez de estómago. Esperaba que la idea de Maria fuese, por lo menos, factible—. Dime cuál es tu plan.

Maria le indicó que se sentara. Miró a derecha e izquierda, temiendo que pudiesen oírla, y se inclinó hacia delante. Comenzó a hablar en un susurro, tan bajo que Ezequiel hubo de acercarse muchísimo para captar sus palabras. Procurando dominar su impaciencia, el anciano comenzó a escuchar el plan de Maria, más bien por compromiso que por verdadero interés. Sin embargo, a medida que oía los detalles,

Ezequiel prestaba cada vez más atención. Cuando ella hubo terminado quedó boquiabierto. El plan era brillante. Pero ¿cómo llevarlo a la práctica? Los riesgos eran enormes.

Ezequiel permaneció en silencio por unos instantes, con la mirada fija en los ojos de Maria.

—¿Cómo sabes que va a suceder? —Logró preguntar por fin—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella sonrió. Su rostro irradiaba seguridad. —¡Tenga fe en mí! —Ya la tengo, pero... —¿Acaso no soy el nuevo Mesías? —Sí, pero... Maria agitó las esposas y le indicó que se acercase aún más. —Cójame la mano. Ezequiel vaciló. —No tenga miedo. El anciano obedeció, indeciso. Notó que los dedos de Maria se entrelazaban con los suyos y lo asían con fuerza. Maria cerró los ojos y pareció palidecer, como si sintiese dolor. Entonces Ezequiel sintió un extraño ardor en la mano que se extendió por todo su brazo hasta llegar al torso. Era como si le hubiesen friccionado la piel con linimento. De pronto, Maria le soltó la mano y esbozó una sonrisa.

—No lo comprendo —dijo Ezequiel tendiendo la mano hacia el pastillero que había dejado sobre la mesa, cerca de las manos esposadas de Maria.

—Déjelos —murmuró ella. —¿Qué? —Los comprimidos. Ya no los necesita. Ezequiel la miró pasmado. Era imposible, y sin embargo su dolor de estómago no sólo había sido aliviado, sino que había desaparecido por completo.

Maria sonrió al ver la expresión de asombro del anciano, aunque era evidente que estaba casi tan estupefacta como él.

—¿Y ahora cree que mi plan puede funcionar? Ezequiel asintió sin decir palabra. Ya tenían la prueba que el hermano Bernard solicitaba.

—Bien —añadió ella—. Puede marcharse. Tiene muchas cosas que hacer.

Tom observó que las manos de Karl Lambert dirigían el bisturí láser para intentar eliminar el tejido negro y enfermo sin dañar el resto del cerebro de su hija.

La mitad de su ser ansiaba sostener el bisturí en lugar de simplemente ayudar a Karl en la operación, pero su parte más racional sabía que hacerlo habría supuesto un riesgo, aun cuando no hubiese tenido la mano izquierda herida. Siempre había pensado que sería capaz de practicar cualquier intervención quirúrgica con cierto distanciamiento clínico, sin embargo, en un momento comprendió que no era cierto. Por mucho que intentase ver a Holly como una paciente más, le resultaba imposible. Era su querida y vulnerable hija, y sólo de pensar en operarla le temblaban las manos.

Alrededor de la mesa había cuatro monitores, tres de los cuales registraban las constantes vitales de la niña. El de en medio, con su insistente y regular pitido, era un electrocardiógrafo que seguía los latidos de su corazón. La otra pantalla mostraba un primer plano del cerebro de Holly y del bisturí láser de Karl Lambert eliminando las oscuras células cancerígenas. La enfermera Lawrence y la más joven Fran Huckleberry controlaban los monitores. Tim Fuller, el anestesista, se hallaba a la

cabeza de la mesa de operaciones, a un metro de distancia de Tom y de Karl Lambert.

A pesar de que Tom era en teoría el asistente de Karl, no había gran cosa que pudiese hacer. La cirugía era tan delicada que incluso dos manos parecían demasiadas. Tom intentó consolarse pensando que quien operaba a su hija era un excelente cirujano, uno de los mejores.

No obstante, no olvidaba que aunque Holly superase la operación, tan sólo ganaría unos meses más de vida, como mucho. Se preguntó una vez más si realmente valía la pena alargar tanto sufrimiento y tanta tristeza por más tiempo.

Aún le costaba aceptar que Maria Benariac prefiriese morir antes que salvar a Holly. Era una postura vengativa y absurda. ¿Qué esperaba conseguir con su ejecución, para la que sólo faltaban cuatro días? Tom recordó todas las historias que le había contado la madre Clemenza y el modo en que Maria le había asegurado que podría ayudar a Holly si quisiera. Era una verdadera lástima.

De pronto, el electrocardiógrafo comenzó a emitir pitidos. Tom se volvió hacia el aparato y por poco se le cortó la respiración. La línea estaba plana. El corazón de Holly había dejado de latir.

El tiempo pareció detenerse. Tom observó que Karl Lambert levantaba la vista de las manos. Su mirada denotaba inquietud. Debía de haber cortado tejido sano, vital para el funcionamiento del cerebro. Mientras Tom cogía el aparato de reanimación cardíaca, la enfermera Lawrence aplicaba a Holly el gel conductor. La pierna izquierda de la niña comenzó a sacudirse con violencia, y los espasmos se extendieron rápidamente a todo su costado izquierdo.

Tom le apretó las palas contra el pecho con todas sus fuerzas a fin de que el corazón recibiera la descarga necesaria. Procuró olvidar que se trataba de su hija y no pensar en el trauma que estaba causando a su pequeño cuerpo. Se concentró únicamente en lo que debía hacer para mantenerla con vida.

La primera descarga no produjo el menor efecto. La línea del electrocardiógrafo seguía plana.

Tom esperó a que volvieran a cargarse las palas y aplicó una nueva descarga.

El cuerpo de Holly experimentó otra sacudida y por un instante Tom creyó ver que la línea se alteraba, pero estaba equivocado. Permanecía plana.

Tercera descarga. Nada. Luego, la cuarta. Nada. Para Tom, la batalla por reanimar a su hija pareció durar una eternidad, pero en realidad sólo tardó noventa y dos segundos. A las 11.09, todos los que se hallaban en torno a la mesa de operaciones comprendieron que no había nada más que hacer.

Holly Carter había muerto. Entonces a Tom le sucedieron dos cosas. La primera fue que oyó un gemido espantoso, semejante al de un animal herido, y durante varios segundos no se dio cuenta de que era él quien lo emitía. La segunda fue una revelación, tan repentina y evidente que le hizo soltar un grito.

Sin dar tiempo a que nadie lo consolase, exclamó: —¡No toquéis nada! Salió corriendo del quirófano y, sin dirigir la palabra a Jasmine, Alex o Jack, que seguían

aguardando fuera, fue hacia el laboratorio Crick.

Cuando un cuerpo muere, lo hace en distintas fases. Naturalmente, cuando el corazón deja de bombear sangre, o los pulmones dejan de absorber oxígeno o el cerebro cesa de funcionar, entonces el cuerpo está clínicamente muerto. Pero el cuerpo es un conjunto de células, y no todas las células mueren de inmediato...

En lugar de tomar el atestado ascensor, Tom decidió utilizar la escalera. Subió corriendo todo lo deprisa que le permitía la pierna herida, abrió la puerta del segundo piso, apartó de un empujón a un virólogo que en ese momento entraba en la Sala Mendel y cruzó todo el laboratorio principal. Indiferente a las miradas de algunos de los científicos inclinados sobre sus mesas de trabajo, colocó la mano sobre el escáner de la puerta de seguridad que daba al laboratorio Crick.

Tan pronto como la puerta se abrió con un sonido sibilante, cruzó el laboratorio vacío a toda velocidad en dirección a la vitrina refrigerada donde se hallaban las trece ampollas de suero de la Trinidad. Sacó una de ellas y buscó una jeringa en el cajón de la mesa de al lado. Arrancó el envoltorio estéril y llenó la jeringuilla con casi todo el contenido del frasco. Le dio unas palmaditas para eliminar cualquier posible burbuja de aire. Se arremangó la manga izquierda, retorció la tela como un torniquete para que se le marcara una de las venas del antebrazo, se clavó la aguja y empujó el émbolo.

Cuando Jasmine entró en el quirófano con Alex y Jack, tenía tan poca idea como los demás de adónde había ido Tom. Estuvo a punto de salir tras él, pero Alex la retuvo y le dijo que tal vez Tom prefiriera estar solo.

Karl Lambert había palidecido, al igual que los otros miembros del equipo quirúrgico. Hizo un gesto poco convincente para indicarles que esperasen fuera, pero no insistió. Limpió la pequeña incisión de la cabeza de Holly y le cubrió la parte superior con una tela verde.

Cuando Jasmine miró a su ahijada, ésta tenía los ojos cerrados, como si durmiese y mantenía una expresión sorprendentemente serena. Jasmine sintió un fuerte impulso de tocarla y devolverla a la vida. Sin embargo no la tocó. Tampoco lloró, aunque experimentó la misma tristeza fría que cuando murieron Olivia y su hermano. Ni siquiera lloró al observar la expresión de pesar en el rostro de Alex. Pero no pudo contener el llanto cuando vio una lágrima brotar del ojo izquierdo de Jack Nichols y deslizarse por la cicatriz hasta la boca. Ver al duro exagente del FBI derramar aquella única lágrima le hizo tomar conciencia de la tragedia.

Todos se sobresaltaron al oír el repentino sonido de las puertas. Tom las empujó violentamente e irrumpió en la sala como un huracán. Tenía la manga izquierda arremangada, y sus ojos echaban chispas. Sin prestarles la menor atención, caminó a grandes zancadas hasta la mesa de operaciones y miró fijamente a su hija. Por un instante Jasmine vio que una ternura infinita suavizaba su mirada. Tom rodeó a Holly con los brazos, como si fuese a levantarla, pero en lugar de hacerlo se inclinó sobre la mesa y la abrazó.

Aunque Tom se hallaba de espaldas a Jasmine, ésta veía claramente la pálida tez de Holly por encima del hombro de su padre, que comenzó a temblar mientras estrechaba a la niña con fuerza. Alex Carter trató de consolar a su hijo colocándole una mano sobre la espalda, pero la retiró de inmediato como si hubiese tocado una estufa encendida. Cuando volvió la cabeza, su rostro no acusaba dolor, sino perplejidad.

Entonces Jasmine presenció algo que quedaría grabado para siempre en su memoria. Sucedió tan rápidamente que al principio creyó que los ojos la habían engañado o que se trataba de algo sin importancia. Holly parpadeó. Jasmine miró a los demás para comprobar si habían observado lo mismo, pero Jack y los médicos se habían apartado de la mesa de operaciones para dejar a Tom a solas con su dolor. Incluso Alex, sumido en sus pensamientos, mantenía la mirada baja. Nadie podía ver el rostro de Holly, excepto ella. Entonces los ojos de la niña se abrieron. O bien Jasmine había perdido la razón o algo muy extraño estaba sucediendo. Miró nuevamente alrededor, procurando respirar con normalidad e intentando articular algún sonido. Los demás permanecían en silencio, sin prestarle atención. De pronto Holly sonrió, adormilada, y dijo: —¿Me das un vaso de agua, Jazz? Y Jasmine se desmayó por primera vez en su vida.

CUATRO DÍAS MÁS TARDE
CENTRO PENITENCIARIO DEL ESTADO DE MASSACHUSETTS

MARIA estaba de buen humor mientras desayunaba. A pesar de que su ejecución estaba prevista para la medianoche, jamás se había sentido tan viva y animada. Los huevos sabían como si los hubiese preparado el mejor chef francés, y la leche estaba más fría y fresca que nunca. Tenía los sentidos tan agudizados que incluso la experiencia más trivial le producía una excitación propia de un niño pequeño ante la novedad de la vida. El color azul del mono de la prisión adquirió de pronto la pureza del aciano, y Maria lamentó no haber llevado nunca ropa de ese color. Asimismo, la nueva celda en que se encontraba era una distracción maravillosa. La tarde anterior se había entretenido buscando las diferencias más sutiles y mínimamente perceptibles entre sus dos celdas. Sin embargo, lo que más la exaltaba y reconfortaba era el poder estremecedor que residía en cada célula de su cuerpo. Ella era la elegida. Lo sabía y lo aceptaba. Había recibido los genes de Dios y tenía un dominio absoluto sobre la vida y la muerte. Ya no temía a nada ni a nadie. Aún se emocionaba al recordar el encuentro con Ezequiel. Cuando le tocó la mano y le curó la úlcera sintió que la energía en que residía su poder emanaba de su cuerpo y penetraba en el del Padre. El agotamiento posterior no fue nada comparado con la alegría de comprobar que después de tantos años aún conservaba su don.

El encuentro con el doctor Carter le había resultado igualmente gratificante. Los Ajusticiamientos siempre le producían una gran emoción, pues había algo primario y puro en el hecho de quitar una vida. No obstante, ninguno de sus asesinatos, ni siquiera los encuentros cara a cara más estimulantes, le habían producido nada comparable al arrebató de júbilo que sintió al rechazar la petición del doctor Carter. Descubrió entonces que una cosa era matar y otra bien distinta era negar la vida. Se trataba prácticamente de un asesinato. Jamás había experimentado lo que significaba tener el poder de dar vida y luego optar por no utilizarlo. Era como... como si fuese una diosa.

Oyó el taconeó de los guardias por el pasillo. Su consejero espiritual había ido a hacerle una última visita.

Nueve minutos más tarde se encontraba ante el Padre Ezequiel, contemplando su rostro a la vez fatigado y emocionado.

—¿Ya está todo preparado? —le preguntó. El Padre asintió. —En calidad de consejero espiritual —dijo—, asistiré a tu ejecución junto con los testigos y el director de la prisión. Nuestros contactos en la Hermandad se han asegurado de que esté de servicio el personal adecuado para hacer todo lo necesario. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Todavía estás segura de que funcionará?

La inquietud de Ezequiel la conmovió. —Tenga fe, Padre. —Tengo fe en ti, hija mía, pero me da miedo que después de haber esperado tanto tiempo... —Dejó la frase en suspenso—. Es sólo que habría preferido un rescate más... convencional.

—Pero ¿se le ocurre una manera mejor de asegurarnos de que nadie dude de mí? Así podré demostrar que soy realmente la elegida.

Ezequiel se encogió de hombros y acarició el rubí de su sortija.

—Supongo que tienes razón. —Sé que la tengo. ¿Presenciará el doctor Carter la ejecución? —Inquirió ella, al tiempo que pensaba que cuanto menos la relacionase éste con el Padre, mejor.

—Creo que no. Sólo han solicitado asistir dos familiares de los pecadores fallecidos y el científico no es uno de ellos. Se encuentra demasiado ocupado cuidando de su hija, que está muñéndose. Sin embargo, el que viniese no debería poner en peligro nuestro plan. Seguramente sabe que soy tu consejero espiritual pero cree que te conocí después de descubrir que poseías los genes. Al fin y al cabo es perfectamente comprensible que tras una espera de dos mil años esté con el nuevo Mesías en sus últimos días.

Maria asintió. Ezequiel tal vez tuviese razón. El Padre se levantó y dijo:

—Y ahora será mejor que me vaya a comprobar que todo está listo... —Vaciló un instante, toqueteándose nervioso el anillo, como si no deseara marcharse—. Quizá no tenga otra oportunidad de hablar contigo antes de la ejecución...

El rostro de Ezequiel, normalmente impasible, se convirtió de pronto en un lienzo de emociones intensas. Maria observó que la tristeza, la congoja, la esperanza, el miedo y el amor (sí, amor hacia ella) coloreaban los contornos de aquel anciano rostro como las sombras de unas nubes que se desplazaran sobre un paisaje. Ezequiel rodeó la mesa y se detuvo frente a ella. Esta vez no se arrodilló, sino que se agachó y la abrazó. Entonces hizo algo que la sorprendió y la emocionó tanto que no pudo contener las lágrimas: la besó en la mejilla izquierda.

Habría deseado devolverle aquel tierno abrazo, pero las esposas se lo impedían. Mientras se esforzaba en vano por dejar de llorar, lo oyó susurrarle al oído:

—Hija mía, me alegro mucho de haberte encontrado a tiempo. —Antes de que Maria pudiese responder, Ezequiel se enderezó rápidamente y con tono carente de emoción, agregó—: Ahora debo marcharme.

Caminó hasta la puerta y pulsó el timbre. —Dios te salve —dijo a modo de despedida. Una leve sonrisa iluminó los ojos enrojecidos de Maria. —Para que pueda salvar a los justos y castigar a los impíos. Cuando los guardias abrieron la puerta, el Padre esperó mientras le quitaban las esposas de la mesa y la conducían hasta la puerta. Entonces le dedicó una sonrisa y se marchó.

En el pasillo de baldosas blancas, Maria se volvió hacia la izquierda, en dirección a la puerta que conducía a la zona de visitas del pasillo de la muerte y a la brillante luz del sol del mundo exterior. Por lo general los guardias la hacían girar rápidamente hacia la derecha y tomar el largo pasillo que conducía a su celda, pasando por delante

de la cámara de ejecuciones. Pero por alguna razón, aquel día se detuvieron y la dejaron permanecer allí mientras observaba la figura encorvada de Ezequiel alejarse por el túnel blanco en dirección a la luz. Se disponía a regresar a la celda por su voluntad cuando vio que el Padre se ponía rígido y se detenía de repente. Al principio pensó que iba a volverse y decirle algo, pero en lugar de hacerlo Ezequiel alzó la vista y miró a través del vidrio reforzado que formaba la mitad superior de la puerta que daba a la zona de recepción.

La puerta se abrió y en ella apareció una alta silueta. Maria sólo se encontraba a unos quince metros de distancia, pero como entraba tanta luz del exterior no alcanzaba a distinguir quién era. Entonces la figura se agachó y le estrechó la mano. Maria observó al Padre conversar con el desconocido. A pesar de que parecía incómodo e impaciente por marcharse, Ezequiel se quedó un buen rato hablando con él. Luego asintió con la cabeza, le estrechó nuevamente la mano y se dirigió hacia el sol deslumbrante del exterior. Los guardias no parecían tener ninguna prisa por llevársela de allí. Cuando la puerta se cerró detrás del Padre, tapando parte de la luz, Maria identificó la silueta. Se trataba del doctor Carter. Era evidente que iba a verla a ella y se sintió extrañamente molesta. Habría preferido verlo cuando saliera de allí y le hiciese pagar por todo lo que había hecho. En aquel momento aún no estaba lista, aunque una parte de su ser gozaba con la idea de provocarlo una vez más.

Maria esperó a que se le acercase, pero él permaneció allí, a quince metros, toqueteando un trozo doblado de papel que llevaba en la mano izquierda. Parecía haber cambiado radicalmente, era una persona distinta del hombre que la había visitado sólo once días antes. Iba vestido de manera informal, con unos vaqueros desteñidos y un polo de color azul, aunque el cambio no se debía solamente a su ropa. De pronto volvió la cabeza hacia ella y sonrió, y Maria supo de inmediato por qué le parecía diferente. Su sonrisa no era especialmente arrogante, sino que denotaba una gran seguridad. Carter parecía más joven, incluso más guapo. La diferencia era que estaba contento. Maria quedó totalmente desconcertada, pues no se había esperado aquello.

Lo vio regresar a la puerta y pedir al guardia que la abriese. Un nuevo torrente de luz inundó el interior de la prisión, y cuando la puerta volvió a cerrarse, Maria divisó a otra figura de pie junto al doctor Carter, más bajita incluso que el padre Ezequiel. Era una niña con una gorra de béisbol de color rojo, e iba cogida de la mano del científico. Maria no la reconoció hasta que la pequeña la saludó con la mano como en la fotografía. Era la hija de Carter, Holly, la que padecía una enfermedad terminal.

Maria no comprendía nada. La niña debía de estar a punto de morir, muerta incluso. Y sin embargo, aparte de la falta de pelo, parecía sana, rebosante de salud.

¿En qué consistía el truco? ¿Qué había sucedido? Antes de que Maria pudiese sacar algo en claro, la puerta volvió a abrirse dejando entrar la luz cegadora, y la niña desapareció. Entonces el doctor Carter echó a andar hacia ella. Como si lo hubiesen sabido de antemano, los guardias la condujeron de nuevo hacia la sala de visitas y le

esposaron las manos a la mesa.

Tom Carter no experimentaba el menor sentimiento de odio cuando entró en la habitación y se sentó delante de Maria Benariac. Ella estaba sentenciada a muerte, mientras que Holly se había salvado. Aquello era más que suficiente. Quien le inspiraba más lástima era el viejo Ezequiel de la Croix, y el ver su cuerpo encorvado unos minutos antes le había hecho sentir todavía más compasión hacia él. Imaginó lo que debía de ser pasarse la vida buscando a alguien para luego encontrarlo en el pasillo de la muerte, a punto de desaparecer para siempre.

Tom había decidido visitar a Maria porque no soportaba la idea de que ella muriese pensando que había triunfado. Necesitaba decirle que a fin de cuentas su fanatismo homicida y su despecho vengativo habían resultado inútiles. También quería hablarle de los genes, de los maravillosos genes que habían salvado a su hija.

Pensó en la última vez que se había sentado en aquella silla. Aún recordaba el miedo y la ira que se habían apoderado de él. Esta vez, en cambio, no tenía nada que temer de Maria Benariac. Se reclinó en el asiento y, mientras esperaba, se puso a toquetear el papel que tenía en la mano.

—¿Qué le pasó a su hija? —preguntó Maria unos minutos más tarde.

—Murió —respondió Tom. —Pero la he visto... Tom asintió. —Sí. Ha visto a Holly. —Pero no lo entiendo. Ha dicho que estaba muerta. —Lo estaba, pero ya no lo está. —¿Cómo? —exclamó Maria perpleja. —Utilicé los genes. —¿Que utilizó los genes? ¿Mis genes? —No; usé los originales, los de Jesucristo. Pero podría haber usado los suyos.

Maria Benariac pareció presa de una extraña mezcla de emociones. Por un lado sentía rabia e indignación por el hecho de que Caná hubiese funcionado, pero Tom percibió algo más en sus ojos: cierta emoción.

—¿Y cómo los utilizó? Tom desplegó el papel que llevaba en la mano. La letra era muy clara.

—Bueno, hay algo en la forma en que funcionan los genes que tal vez le resulte interesante.

Tom se inclinó hacia delante y Maria automáticamente tendió las manos hacia él como si mendigase. Al darle el trozo de papel, Tom vio una cicatriz en forma de cruz en la pálida piel del antebrazo derecho. Era evidente que la tenía desde hacía tiempo, y su ojo de cirujano le indicó que el corte, profundo e irregular, no había sido realizado con un instrumento de alta precisión, sino con un gran cuchillo o puñal. Dada su curiosidad innata, sintió el impulso de preguntarle por ella, pero se lo pensó dos veces al considerar su violento pasado.

Esperó a que Maria terminase de leer el papel. —Me temo que no lo he escrito con sangre, pero he pensado que la Predicadora agradecería una pequeña cita de la Biblia. ¿Sabe de dónde es?

—Por supuesto —se mofó sin la menor vacilación—. Hechos de los Apóstoles, capítulo veinte, versículo treinta y cinco.

Tom sonrió para sus adentros. —Sí, imaginé que lo sabría. Es una de las enseñanzas cristianas que más admiro.

Maria se encogió de hombros. —Pero sigo sin comprenderlo. ¿Qué tiene esto que ver con la forma en que funcionan los genes?

Con total tranquilidad, Tom se retrepó en la silla mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas. Y en ese instante advirtió el profundo odio que reflejaban los ojos de Maria.

—Cree que ha ganado, ¿verdad? —preguntó ella, que al parecer era de la opinión contraria. Incluso a esas alturas estaba intentando fingir que escondía una última carta.

Tom sacudió la cabeza con tristeza al recordar a Olivia, a Bob Cooke, a Nora Lutz y todos los demás que habían muerto.

—No me siento como si hubiese ganado. En cualquier caso, no como si le hubiese ganado a usted, ya que nunca luchamos realmente el uno contra el otro. Puede que su guerra fuese contra mí y los míos, pero yo estaba enfrentándome a otros asesinos, mucho más despiadados que usted.

Maria apretó las mandíbulas con tanta fuerza que se le marcaron los músculos a ambos lados de la cara.

—Dígame qué tiene que ver la cita con los genes —insistió señalando el trozo de papel—. Dígame qué tiene que ver con mis genes.

—Muy bien. Se lo diré. —Y tras aclararse la garganta, eso fue exactamente lo que hizo.

Cuando terminó, le sorprendió la reacción de Maria. Lejos de mostrarse enfadada, como había esperado, se mostró estupefacta. Toda su arrogancia pareció desvanecerse de pronto, por un instante, Tom creyó detectar temor en su rostro. Cuando fue a pulsar el timbre, ella ni siquiera levantó la mirada. Los guardias que fueron a buscarla tuvieron que levantarla de la silla mientras mantenía la mirada fija en la cita que le había dejado Carter: «Mayor felicidad hay en dar que en recibir».

Entonces comprendió el significado de aquellas palabras, aunque Tom seguía sin entender por qué la habían afectado tanto. ¿De qué modo podría cambiar las cosas lo que acababa de decirle? Maria iba a ser ejecutada al cabo de unas horas. Sin duda era consciente de que era su último día de vida.

CÁMARA DE EJECUCIONES
CENTRO PENITENCIARIO DEL ESTADO DE MASSACHUSETTS

A medida que se acercaba la medianoche, Maria Benariac se repetía una y otra vez las palabras del doctor Carter. Carter debía de estar mintiendo, se dijo mientras el médico de la prisión le inyectaba un antihistamínico. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no reparó en la ironía de que un médico se preocupase por la reacción adversa que pudiese tener al veneno que él mismo ayudaría a inyectarle más tarde.

«Pero he visto a Holly viva —pensó—, y es imposible que él esté al corriente de nuestro plan, de modo que tiene que ser verdad». Cuando supo que la niña había sido devuelta a la vida, se sintió tan emocionada como confusa, ya que ello demostraba que su plan funcionaría. Sin embargo, después de lo que el científico le había dicho, su entusiasmo se desvaneció. Cuanto más reflexionaba sobre sus palabras, más le preocupaba que su plan pudiera fracasar. Mientras las guardias le hacían ponerse unos pañales para cuando evacuase en el momento de morir, intentó pensar en otras posibilidades. El doctor Carter había admitido que no sabía exactamente cómo funcionaban los genes, y por lo tanto podía estar equivocado. Ello significaba que su plan no se vería necesariamente afectado. Habría deseado que el Padre se encontrase allí para aconsejarla.

Sí, pero ¿cómo podría ayudarla? Si el científico estaba en lo cierto, era demasiado tarde para idear otro plan. Debía enfrentarse a los hechos. La suerte estaba echada y lo único que podía hacer era esperar que el doctor Carter estuviese equivocado.

Mientras los guardias la conducían hacia la cámara de ejecuciones por el pasillo blanco, su mente seguía rumiando todo aquello. Sin embargo, cuando la puerta se abrió y vio la habitación en que moriría, quedó totalmente obnubilada. En la cámara blanca, de no más de tres metros por cuatro, había una especie de camilla tapizada de color negro y en forma de cruz. Tanto los brazos como el cuerpo de la mesa estaban provistos de unas gruesas correas de cuero para sujetar al condenado. Junto a cada brazo se veía un tubo intravenoso conectado a una caja de cromo del tamaño de un televisor grande. Encima de las cajas había una serie de jeringas que servían para administrar el anestésico, así como dos venenos diferentes insertados en los brazos del prisionero a través de los tubos. Por si se daba el caso, poco probable, de que uno de los venenos fallase, se empleaban dos gota a gota.

Le habían dicho que le inyectarían los venenos desde detrás de un plexiglás que separaba a los testigos del condenado. En esa zona había dos teléfonos. Uno de ellos estaba conectado directamente con el despacho del gobernador del Estado y a través de él se podía recibir cualquier posible indulto hasta el último minuto. Era una

tradicción que el director de la prisión permaneciese al lado de ese teléfono y esperase tres minutos pasada la medianoche, que era la hora asignada para la ejecución, antes de dar la orden. Sin embargo, con la iniciativa Crimen 2000 del presidente de Estados Unidos, esto se había convertido en poco más que un ritual sin sentido. Desde el 8 de febrero del año 2000, ningún prisionero del pasillo de la muerte había sido indultado en el último momento en todo Estados Unidos.

Maria observó a los testigos que se hallaban de pie detrás de la barrera de plexiglás y sus ojos se iluminaron al ver la figura bajita y apegaminada del padre Ezequiel. Vestía un sobrio traje negro que le quedaba holgado y resultaba totalmente anticuado. Maria jamás se había fijado en lo viejo que estaba, pero aquella noche el rostro arrugado de Ezequiel reflejaba sus noventa y seis años. Sin embargo, para ella seguía sin tener edad alguna. Era sencillamente el Padre, el hombre que le había ofrecido su apoyo y había orientado su vida cuando el mundo le dio la espalda. Deseaba hablar con él en aquellos momentos, compartir sus dudas y sus temores. Estaba convencida de que él podría tranquilizarla.

Desgraciadamente, le era imposible hablar con el Padre. Debía tener fe y enfrentarse sola a su Gólgota.

Mientras, los guardias la conducían hacia la camilla. Intentó captar la mirada de Ezequiel, en un intento desesperado por avisarle de que algo podría salir mal. Él le dedicó una sonrisa de aliento y complicidad, y a punto estuvo de guiñarle un ojo.

«No, no me entiende —habría querido gritarle—. Quizá no funcione». Maria comenzó a debatirse cuando los guardias colocaron la camilla en posición vertical e intentaron atarla a ella.

—Algo falla —gritó. Intentó empujar a uno de los guardias y echar a correr hacia el cristal—. Deténgalos. Todavía no estoy lista.

Una expresión de inquietud nubló los ojos de Ezequiel, quien no comprendía qué estaba sucediendo. En cambio el director y los demás testigos siguieron observando impasibles cómo los cuatro guardias experimentados la ataban a la camilla por la fuerza. Cada uno de ellos se encargaba de una extremidad en particular. Primero le ataron la pierna derecha, luego la izquierda, y a continuación los brazos. Después el torso y la cabeza, hasta que todo su cuerpo quedó bien sujeto a la camilla. Acto seguido volvieron a colocar ésta en posición horizontal y el médico de la prisión le introdujo los gota a gota en las venas de los brazos y le aplicó en el pecho un dispositivo de control de la actividad cardíaca que indicaría el momento en que estuviese clínicamente muerta.

Cuando vio que eran las 11.58 en el sencillo reloj blanco situado encima de la lámina de plexiglás, las palabras del doctor Carter comenzaron a surtir efecto. Ya no había más tiempo para el autoengaño. Si la teoría de Carter era cierta, no sólo estaba perdida para siempre, sino que su existencia había sido en vano. No había conseguido detener a Carter y a la vez había desperdiciado su poder de curación, al dedicar la vida a matar en nombre de Dios en lugar de salvar.

Sólo le quedaba una certeza: la lección de misericordia y redención que diera el primer Mesías, el que había muerto para que todos se arrepintieran de sus pecados y accediesen a la vida eterna.

Mientras yacía allí, en su propia cruz, esperando a que los venenos fluyeran por sus venas, respiró hondo y pronunció una oración en silencio: «Perdóneme, Padre, pues he pecado».

A pesar de que Ezequiel de la Croix hizo un esfuerzo por no manosear su sortija de rubí, sus dedos rebeldes parecían tener vida propia. Maria le había dicho que tuviese fe, pero aun así estaba nervioso. Había quedado muy asombrado al advertir la consternación de Maria en el momento en que los guardias la hicieron entrar en la cámara de ejecuciones. Por la mañana había demostrado una gran seguridad, e incluso había insistido en que no existían motivos de preocupación. Sin embargo en aquel momento parecía asustada y llena de dudas. Ezequiel interpretó la lucha que parecía estar librándose en su interior como el temor del alma al enfrentarse a la muerte. ¿Acaso el mismo Jesucristo no había experimentado un momento de desesperación en la cruz cuando pensó que había sido abandonado?

Ezequiel miró a Maria, el nuevo Mesías, tendida en la camilla cruciforme y luego la hora en el reloj de la pared. Eran las 11.59. Ya no había tiempo para flaquezas. Muy pronto la duda y el temor se desvanecerían y nacería una era totalmente nueva.

El médico y los otros testigos observaban al director de la prisión.

Los minutos siguientes parecieron durar una eternidad, pero a las 00.03 exactamente, el director se alejó de los teléfonos y, mirando al médico, asintió con la cabeza.

Sin la menor vacilación el médico apretó el botón, iniciando así el proceso que pondría fin a la vida de Maria. Primero le administraron sodio de tiopental, un anestésico. A continuación añadieron una fuerte dosis de Pavulon, un relajante muscular que detenía el funcionamiento de los pulmones. Por último le suministraron una dosis equivalente de cloruro de potasio, que provocaba un paro cardíaco y causaba la muerte en diez segundos.

Ezequiel examinó el cuerpo de Maria detenidamente en busca de algún indicio del efecto de los venenos, pero tan sólo la vio cerrar los ojos y, a los pocos segundos, exhalar un profundo y último suspiro.

A las 00.04, el médico comprobó los monitores y la declaró muerta.

Maria Benariac había fallecido. Ezequiel bajó la cabeza y pronunció una breve pero sentida oración por el alma de Maria y por su regreso sana y salva. Las horas siguientes serían críticas. La Hermandad estaba comprometida y no podía permitirse cometer un solo error. Ezequiel estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no vio entrar al fotógrafo oficial, encargado de dejar constancia de los testigos que habían asistido a la ejecución. Se volvió bruscamente para abandonar la sala y levantó la mano justo a tiempo para evitar ser deslumbrado por el flash. El fotógrafo

se disculpó y Ezequiel se dirigió apresuradamente hacia la salida. Debía darse prisa. Tenía mucho que hacer.

No todas las células de las distintas partes del cuerpo mueren al mismo tiempo. Se han dado casos de cadáveres, muertos desde hacía horas o incluso días, en que el pelo o las uñas han seguido creciendo. Como aquellos fanáticos soldados japoneses que permanecieron en islas aisladas del Pacífico tras la Segunda Guerra Mundial, los genes de estas células no siempre se dan cuenta de que han perdido la batalla y deberían rendirse. Así, continúan luchando durante el máximo de tiempo posible, hasta que evidentemente acaban muriendo también.

DEPÓSITO DE CADÁVERES DE LA PRISIÓN

En el depósito de cadáveres de la prisión, situado en el sótano, el más joven de los dos asistentes médicos se frotaba las manos sudorosas en la pechera del mono mientras esperaba a que llegara el ascensor con el cadáver del último preso ejecutado. A pesar de que Lenny Blaggs llevaba casi un mes trabajando allí, los muertos seguían dándole escalofríos. Trabajar con cadáveres no le suponía ningún problema, incluso por la noche. Era algo que ya había hecho anteriormente, en el hospital. Sin embargo, los asesinos y violadores muertos eran otra cosa bien distinta. Se trataba de una experiencia irreal, como sacada de una novela de Stephen King.

De repente se oyó el ruido de los engranajes. El ascensor descendía con su carga.

Su jefe, Calvin Jetson, dio una calada a su cigarrillo y anunció:

—Aquí llega, amigo. El expreso de la muerte. —Como sigas fumando así tú también lo cogerás un día de éstos —dijo Lenny apartando el humo con la mano, aunque en realidad prefería el olor a Marlboro al olor a muerte y formaldehído, a pesar de que para algunos eran exactamente lo mismo.

—No me importa morir —replicó Calvin esbozando una amplia sonrisa que arrugó su rostro blanquecino—. La muerte y yo somos viejos amigos.

Se oyó un sonido metálico, las luces del ascensor se encendieron y la puerta se abrió.

Calvin le guiñó un ojo. —Esta noche es un gran honor para nosotros, mi joven protegido, ya que tenemos a una criminal sumamente conocida. Nada menos que la Predicadora.

—Sí, genial —repuso Lenny mientras lo ayudaba a conducir la camilla hasta la sección delantera del depósito, junto a la puerta. Si los asesinos le producían escalofríos, la reina de los asesinos le producía el rey de los escalofríos.

—¿Sabes qué les hacía a sus víctimas después de matarlas? —preguntó Calvin con el cigarrillo pegado al labio inferior como por arte de magia—. Tenía una pluma con una plumilla extralarga y se la clavaba en...

—Prefiero no saberlo. Déjalo ya, ¿de acuerdo? Calvin se echó a reír. —Tranquilo, Lenny. No hace falta que te pongas tan tenso. ¿Puedes ir a buscar el material a la habitación de al lado? Para que no pases tanto miedo limpiaremos el cuerpo aquí, a la luz.

—No tengo miedo —protestó Lenny mientras se dirigía hacia la parte trasera del depósito donde se encontraban los trapos y productos químicos, así como el cubo para los pañales sucios.

—Ya lo sé, Lenny —oyó decir a Calvin Jetson a su espalda—. Ya lo sé.

Lenny cogió un carrito y lo acercó al armario donde estaba guardado el material. Mientras sacaba los trapos, que empezaban a escasear, notó una suave corriente de aire y un cambio en la temperatura de la habitación, como si hubiesen abierto una puerta. Pensó que eran imaginaciones suyas y siguió colocando los productos químicos y el resto del material en el carro. Entonces se dirigió hacia la arcada que daba a la parte delantera del depósito. Como de costumbre, esperaba oír una de las bromitas de Calvin, pero por una vez su jefe permaneció en silencio.

—Tenemos que pedir más trapos —dijo mientras cruzaba la arcada—. Ya me encargaré...

Se detuvo en seco al ver a Calvin. Su jefe se encontraba de pie frente a él, con la mirada en blanco y el rostro incluso más pálido que de costumbre. Movía la boca pero sin emitir sonido alguno. Tenía los ojos desorbitados y una colilla apagada colgaba de su labio inferior. Era una interpretación bastante buena, incluso para alguien tan bromista como Calvin Jetson. Parecía absolutamente aterrorizado.

—¿Calvin? ¿Qué demonios está pasando, Calvin? Calvin cambió de expresión y volvió la mirada hacia él. —Ah, has sido tú, ¿verdad? —Calvin pareció tranquilizarse un poco, aunque le temblaba tanto la voz que logró asustar a Lenny—. Ése sí que ha sido un buen truco. Mierda, ¿cómo lo has hecho, tío? Sólo me he girado un segundo, dos como mucho.

—¿Y bien? Dime, ¿qué ha pasado? Con dedos temblorosos, Calvin encendió otro Marlboro y dio una profunda calada.

—Deja ya de tomarme el pelo y dime cómo lo has hecho. Sólo ha sido un segundo, un segundo de nada.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —contestó Lenny, y notó que los huevos se le encogían de miedo.

Entonces Calvin se hizo a un lado y Lenny comprendió al instante a qué venía todo aquello. El cuerpo de Maria Benariac había desaparecido. No había ni rastro de la Predicadora.

BEACON HILL
BOSTON

CUANDO a la mañana siguiente de la ejecución Tom Carter despertó de un sueño profundo y apacible, Maria Benariac no podría haber estado más lejos de su mente. No dormía tan bien desde antes del incidente de Estocolmo. Con los ojos cerrados, tendió la mano hacia el otro lado de la cama y, en el momento en que se disponía a retirarla («¿Es que no aprenderás nunca? —se dijo— Olivia ya no está»), tocó su hombro. Entreabrió el ojo izquierdo y sonrió a la pequeña figura acurrucada a su lado con una holgada camiseta roja. Era Holly. La alegría que sintió al recordar que la noche anterior su hija se había metido en su cama compensaba en parte el dolor que sentía a diario por la ausencia de Olivia. Holly se encontraba allí con él, y estaba bien.

Permaneció un rato tendido en la cama y se puso a contemplarla a la leve luz del sol que se filtraba por las cortinas. Holly tenía los ojos cerrados y los labios ligeramente separados, y respiraba plácidamente.

El pelo aún no le había crecido del todo, pero estaba haciéndolo más deprisa de lo que Tom había esperado. Incluso la nítida cicatriz de la cabeza estaba desapareciendo a una velocidad que dejó a Karl Lambert perplejo.

Tom le acarició la frente. Dos días antes le habían practicado un escáner que no mostraba el menor rastro del tumor. El genoma aparecía normal y todos los defectos se habían corregido milagrosamente.

Tom se levantó de un salto y descorrió las cortinas de las grandes ventanas que daban al jardín. El sol de junio inundó el dormitorio a través del cristal con parteluces, cubriendo su pijama de cuadraditos de luz. El calor sobre el algodón resultaba muy agradable y le hacía olvidar la fría pesadilla de los últimos meses.

Aspiró profundamente el aire que entraba por la parte superior de la ventana y estiró los brazos como un gato que se desperezara delante de una chimenea. El jardín estaba precioso: el color esmeralda del césped, el rojo de las rosas, el amarillo de las caléndulas. Todos los colores parecían más brillantes que nunca.

—Papá, ¿qué hora es? Holly estaba incorporada en la cama, bostezando y restregándose los ojos.

—Casi las ocho. Acuérdate de que Jazz viene a desayunar a las nueve.

—¿Larry también? —No. Todavía está en Los Ángeles haciendo la película. ¿A qué hora vendrán Jennifer y Megan?

Holly salió de debajo de las sábanas, se sentó en el borde de la cama y comenzó a rascarse la cicatriz. —Me dijeron que a las diez y media. —¿Tenéis algo planeado? —No, sólo vienen a pasar el rato.

Él se echó a reír y sacudió la cabeza. En esos momentos Holly debería haber estado muerta, de modo que sus últimos cinco días ya eran un suplemento. Tom nunca había visto una mañana como aquélla; las dos mejores amigas de su hija se disponían a hacerle una visita, y lo único que ésta quería era simplemente «pasar el rato». Y luego decían que había que vivir la vida al máximo.

—¿Qué pasó, papá? —preguntó Holly, repentinamente seria. Tom se sentó a su lado. —¿A qué te refieres? —Durante la operación. Era la primera vez, en los últimos cinco días, que Holly mencionaba la operación. Tom había optado por no hablar del tema y esperar a que ella lo sacara a su debido tiempo.

—Te curamos —se limitó a responder. —Mamá me dijo que tú me curaste. —¿Mamá? ¿Cuándo? Holly apoyó la cabeza en su hombro y se puso cómoda. —En mi sueño. Cuando estaba dormida mientras me operabais. Fue muy extraño. Era tan real que me daba la impresión de estar despierta. Nos encontrábamos en un andén y tú me subías a un tren. Y mientras el tren se alejaba, tú y los demás os despedíais de mí con la mano. Estaban Alex, Jazz, Jack, Jennifer, Megan... todo el mundo.

—¿Adónde iba el tren, Holly? —A ver a mamá. Tú me decías que te reunirías con nosotras más adelante.

—¿De verdad? ¿Y qué sucedió? —Bueno, me daba pena despedirme de ti, pero a la vez me alegraba saber que me encontraría con mamá. Entonces de repente ella estaba en el tren, a mi lado. Me explicó que quería asegurarse de que yo llegaba al lugar adonde iba. Era genial volver a verla; estaba exactamente igual que siempre; la forma de sonreír y de reír..., todo. Me preguntó por ti, y si te sentías muy preocupado por nosotras. Le dije que estabas bien y que pronto vendrías, y justo en el momento en que el tren aminoraba la marcha, se puso a sonreír y a llorar al mismo tiempo.

»Me dijo que no me bajaría con ella, que tú me curarías y que me quedaría contigo. No me puse demasiado triste porque sabía que volvería a verla algún día, y quería regresar a tu lado. De repente me desperté mirando a Jazz y muerta de sed.

—Menudo sueño —dijo Tom. Holly lo miró fijamente y preguntó en voz baja: —Bueno, ¿y cómo me curaste? Tom suspiró. Aquello no iba a ser fácil de explicar. Aún no sabía con certeza cómo había ocurrido.

—Te curé con una medicina especial. —¿Qué clase de medicina? —Una medicina tan especial que no funciona en la persona que está enferma. Para poder curarte tuve que tomarla en tu lugar.

—¿Que tuviste que tomarte una medicina para curarme? Tom asintió. Recordó la revelación que había tenido durante la operación, la conexión que había hecho en el momento crítico: por qué los ratones inyectados con el suero y encerrados en parejas o de a tres se habían curado, y por qué los que estaban solos no. Aquello le dio la idea de inyectarse él mismo los genes Nazaret, pues todo indicaba que los ratones se habían curado mutuamente, que los genes no actuaban sobre el huésped, sino a través del huésped.

—Verás, Holly; esa medicina sólo actúa dándole a una persona el poder de ayudar

a otra. No sirve para curarse uno mismo, sólo a los demás.

Holly reflexionó por un instante y luego asintió con la cabeza como si nada.

—Ya lo entiendo —dijo levantándose de la cama, al parecer nada sorprendida por lo que Tom acababa de explicar.

—¿Ah, sí? Ella se encogió de hombros como si estuviese hablando de una película.

—Sí, supongo que es como un programa informático que no afecta al ordenador en el que está instalado, pero puede hacer cosas increíbles a otros a los que está conectado.

Tom asintió. —Sí, es más o menos eso. —Parece muy sencillo —le dijo Holly antes de abandonar el dormitorio de su padre para meterse en su cuarto de baño. Justo antes de salir se volvió y preguntó con toda naturalidad—: Entonces ¿por qué no usaste antes esa medicina?

Tom gruñó y le arrojó la almohada. —Porque no era tan fácil, niña lista. Fuera, los dos policías que vigilaban la casa estaban repantigados en su coche patrulla. Había sido otra noche larga y aburrida, y ambos estaban mirando sus respectivos relojes. El relevo llegaría en media hora. Llevaban seis meses vigilando la casa de manera intermitente, desde el funeral de la señora Carter celebrado en diciembre. En todo ese tiempo no había sucedido nada en absoluto, y aunque ninguno de ellos lo mencionase nunca, ambos pensaban que su presencia allí servía más para tranquilizar al doctor Carter que para protegerlo. Bill, el más alto, estaba frotándose los ojos mientras intentaba convencer a su compañero.

—Está clarísimo, Lou, Ali era el mejor. De largo. Lou se encogió de hombros y dio otro bocado a su bocadillo de pastrami con pan de centeno.

—El mejor conversador, sin duda. Pero de mejor boxeador, nada. Tyson en su mejor momento le habría dado una buena paliza.

Bill soltó una risotada. —¿Tyson? Tyson ni se le habría acercado. Ali se habría puesto a bailar alrededor de él.

Los dos policías no prestaron atención a la figura de espaldas anchas tocada con una gorra de béisbol de los Boston Red Sox que se dirigía hacia la casa de los Carter.

No era inusual que Ted comenzase a cuidar del jardín tan temprano un sábado.

—No estamos hablando de baile —se mofó Lou—, sino de boxeo. Puede que Ali fuese el mejor haciendo piruetas, pero en una pelea Tyson lo habría matado.

Los dos policías estaban tan enzarzados en la conversación que si alguno de ellos advirtió que Ted era más alto y caminaba más erguido que de costumbre, no lo mencionó.

Jasmine Washington se encontraba con Tom en el invernadero. Dejó su taza de café sobre la mesa con los restos del desayuno y frunció el entrecejo.

—¿Así que los genes desprenden unas sustancias químicas que pueden transmitirse mediante el tacto y en cambio no actúan sobre el huésped?

—Parece ser que sí —le respondió Tom encogiéndose de hombros.

Jasmine sacudió la cabeza. Holly se excusó antes de abandonar la mesa y, al pasar delante de su madrina, levantó la mano derecha y ambas chocaron las palmas.

—Hasta luego, Holly. —¿Estás seguro de que se ha repuesto del todo? —volvió a preguntar Jasmine cuando la niña se hubo marchado.

—Sí. Según las pruebas, está mejor que nunca. —Y todo gracias a los genes Nazaret —dijo. «Sólo porque la tocaste», pensó.

Tom sirvió más café para ambos. Jasmine se fijó en sus manos, las manos que habían devuelto a Holly a la vida, y se le puso la carne de gallina. Le había costado mucho aceptar que la asesina, Maria, hubiese nacido con los genes curativos de Cristo, y le resultaba igualmente desconcertante que Tom también los tuviese. Era evidente, sin embargo, que aquellos genes no definían ni determinaban quién era el Mesías, ni tampoco si la persona que los poseía era buena o no. Los genes Nazaret eran sencillamente un don excepcional otorgado por Dios que llevaba el dogma cristiano del libre albedrío hasta sus últimas consecuencias. El hecho de que alguien hubiese recibido el poder de hacer un bien increíble no significaba que tuviese que utilizarlo. Al igual que Maria Benariac, podía optar por matar en lugar de salvar vidas. Jasmine sonrió al pensar en la ironía de que Tom Carter, un ateo, hubiese descifrado el poder benigno de los genes y utilizado la ciencia para hacer trampas en la lotería de la naturaleza y poseer los genes.

—¿Qué crees que hace el misterioso tercer gen? —preguntó tras beber un sorbo de café.

—No estoy seguro —respondió Tom. Reflexionó por unos segundos y añadió—: Pero si pensamos en los primeros descubrimientos de DAN, el naz 3 es un gen de control que activa y modifica los otros dos genes Nazaret. Y según los datos, es evidente que también interactúa con muchos otros genes. Al parecer desempeña tres funciones clave. —Dejó la jarra de café sobre la mesa y se puso a contar con los dedos—. La primera es una función de desencadenante, tal vez relacionada con genes que controlan las emociones y el pensamiento, de manera que el huésped puede decidir cuándo los genes Nazaret deben actuar o no. La segunda función es la de control, al activar y adaptar los genes naz 1 y naz 2, que reparan y regulan el ADN, respectivamente, para beneficiar al máximo las células dañadas del receptor. La tercera función es la de vehículo, al comunicar la instrucción genética optimizada del huésped al receptor y luego extender ese beneficio por todo el cuerpo. Yo creo que es un agente del tipo de las feromonas segregado a través de la piel que transmite el programa curativo mediante el tacto.

—Pero ¿sabes exactamente cómo funcionan? —No. Y lo más seguro es que no lo sepamos en años. Lo que sí sé es que el huésped debe querer que suceda y creer que puede suceder en un nivel consciente o emocional.

Jasmine sonrió y bebió un poco de café. —A mí me suena como la fe de toda la vida. Un verdadero don de Dios.

Tom se encogió de hombros. —Quizá tengas razón. Y en lo que a dones se refiere, es el don por excelencia. Es el único que conozco que debe ser dado a otra persona para poder disfrutar de él.

Jasmine alzó la taza como si fuese a brindar. —Bueno, mayor facilidad hay en dar que en recibir. Tom se echó a reír. —Habría sido incapaz de formularlo mejor. Holly volvió a entrar en la habitación con un ejemplar del *Boston Globe*.

—Ha llegado el periódico —anunció. Lo dejó sobre la mesa y se dirigió a la puerta del jardín.

—¿Todavía no han llegado tus amigas? —le preguntó Tom mientras cogía el diario. Echó un vistazo a la primera página, leyendo por encima las noticias.

—Llegarán dentro de una media hora —respondió la niña mientras abría la puerta—. Voy a esperarlas fuera. —Se asomó al jardín y se encogió de hombros—. No sabía que Ted iba a venir este fin de semana. Creía que se iba a Martha's Vineyard con Marcy.

—Muy bien, Hol —dijo Tom cuando su hija salió al jardín. Pero Jasmine se dio cuenta de que él apenas estaba escuchando. Seguía mirando el periódico con el entrecejo fruncido. De repente, palideció.

—¡Mierda! —¿Qué ocurre, Tom? A medida que leía la página, Tom Carter sentía que se le iba formando un nudo en el estómago. El artículo principal era sobre la visita en misión comercial del presidente a China, y debajo, en «Últimas noticias», aparecía el titular «Se busca a la Predicadora» con dos fotografías. Una de ellas mostraba a Maria Benariac de perfil poco después de ser sentenciada a muerte, y la otra era la foto oficial de los testigos de la ejecución. En ella se distinguía apenas a Ezequiel de la Croix, aunque no fue eso lo que sorprendió a Tom y le infundió pavor.

El artículo decía que a pesar de que Maria había sido ejecutada y declarada muerta, su cuerpo había desaparecido del depósito de cadáveres. Y cuando Tom leyó cuál había sido el método de ejecución (inyección letal), su inquietud aumentó.

¿Qué era lo que le había contado la madre Clemenza en Córcega? Que Maria había neutralizado el veneno de las picaduras de abeja. ¿Acaso no era eso lo que le había dicho? Maria había neutralizado el veneno.

Recordó lo asombrada que se había mostrado cuando le explicó cómo actuaban los genes.

«Mierda —pensó—. Maria tenía planeado resucitar». —¿Qué ocurre, Tom? —volvió a preguntarle Jasmine. Tom le pasó el periódico. —Al parecer la bruja se ha subido a su escoba y ha salido volando.

Jasmine leyó el artículo boquiabierta. —¿Qué significa esto? —¿Es que no lo comprendes? Planeó ser ejecutada con una inyección letal y utilizar sus poderes genéticos para neutralizar el veneno inoculado y resucitar. Sabía perfectamente que era capaz de neutralizar el veneno porque ya lo había hecho una vez a fin de curar a otra persona.

—No puedo creerlo —respondió Jasmine—. Aunque de todos modos no

funcionaría en su propia persona, ¿no? ¿Y quién esperaba que la ayudase a salir de allí?

—No lo sé —dijo Tom volviéndose hacia el jardín. Holly estaba inclinada sobre el rosal, oliendo las flores. También vio a Ted cruzar el césped en dirección al cobertizo que había al fondo del jardín. Llevaba puesta su gorra de los Boston Red Sox, pero había algo extraño en su forma de caminar. No andaba encorvado, como de costumbre, y parecía más alto. Tom Carter lo vio abrir la puerta del cobertizo y entrar en él.

¿Qué era lo que le había dicho Holly? «No sabía que Ted iba a venir este fin de semana. Creía que se iba a Martha's Vineyard con Marcy».

De repente Tom sintió que un escalofrío recorría su cuerpo, producto más de la ira que del miedo. Cogió a Jasmine del brazo, y ella levantó la vista del periódico, sorprendida.

—No hagas preguntas, Jazz —le advirtió—. Sal por la puerta principal y trae a los policías que vigilan la casa. Diles que Holly y yo estamos en peligro. ¡Ahora mismo!

—¿Por qué? ¿Qué...? —Ése no es Ted. ¡Vamos, corre! Holly se encontraba a unos diez metros de la casa y se dirigía hacia el cobertizo. Había una pala apoyada junto a la puerta.

Tom no se atrevió a llamarla por si alertaba a quienquiera que hubiese dentro. Salió precipitadamente del invernadero y echó a correr en dirección a la niña, que se acercaba cada vez más al cobertizo.

Tom corrió todo lo rápido que le permitía su pierna herida. La puerta del cobertizo comenzó a abrirse. Se encontraba a tres metros de distancia y a dos de Holly. Una mano con una pistola asomó por la puerta.

—¡Holly! —chilló—. ¡Apártate! Holly se volvió, aterrorizada. «Bien —pensó Tom—. Si está asustada correrá más deprisa».

—¡Vuelve a casa! —le ordenó—. ¡Corre, corre! Cuando Holly pasó por delante de él, Tom se arrojó contra la puerta del cobertizo. Oyó un crujido de huesos y vio que el intruso soltaba la pistola. Cogió frenéticamente la pala apoyada contra la pared y lo golpeó con todas sus fuerzas. El intruso cayó al suelo e intentó recuperar el arma, pero Tom la emprendió a golpes con él, obligándolo a protegerse el cuerpo con los brazos. Tom siguió golpeándolo, hasta que el otro quedó inerte en el suelo. Cuando se hubo tranquilizado un poco, Tom reconoció al hombre del aeropuerto de Tel Aviv y del viaje en helicóptero a la cueva de la Hermandad. ¿Qué estaba haciendo allí Gomorra?

Tembloroso, Tom tiró la pala al suelo y cogió la pistola. ¿Qué hacía allí con una pistola el hombre que trabajaba para la Hermandad de Ezequiel de la Croix?

Entonces vio la cicatriz en su antebrazo. La misma cicatriz en forma de cruz que había visto en el antebrazo de Maria Benariac. Por fin lo comprendió todo. La ira volvió a apoderarse de él cuando recordó las palabras de Karen Tanner: «Puede que

nunca sepamos quién estaba detrás de la Predicadora».

Maria había sido un miembro de la Hermandad desde el principio. La Hermandad de Ezequiel era responsable de la muerte de Olivia y había intentado detener el Proyecto Caná después de obtener lo que buscaba. Comprendió que mientras aquella organización siguiera existiendo Holly y él jamás estarían a salvo.

—Tom, ¿te encuentras bien? —gritó Jasmine mientras se acercaba corriendo acompañada de dos policías.

Él, demasiado furioso para responder, asintió bruscamente con la cabeza y salió disparado hacia la casa. Recordó el transmisor que Jack le había hecho tragar antes de su primera visita a la cueva de la Hermandad. Ya sabía quién se había llevado el cuerpo de Maria de la cárcel y adónde la habían conducido.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jasmine. Tom se volvió y contestó: —A acabar con esto.

**CAVERNA DE LA LUZ SAGRADA
SUR DE JORDANIA**

EL tercer día, los miembros del Círculo Interno, ataviados con sus túnicas ceremoniales, se arrodillaron ante la Llama Sagrada, que ardía más blanca que nunca. Ezequiel de la Croix miró la puerta abierta que conducía a la Cripta de la Remembranza. Sobre el altar yacía el cuerpo del nuevo Mesías. El cadáver de Maria Benariac estaba envuelto en un sudario blanco y sólo asomaba su pálido rostro. El fuerte olor de los aceites, hierbas y especias con que la habían ungido se mezclaba con el aroma a incienso y a cera quemada de la caverna. Ezequiel se sentía agotado pero exultante. Para entonces Gomorra ya habría despachado a Carter y a Washington, de modo que podía concentrarse en Maria. No había dormido más de unos minutos desde la muerte de ella, y apenas podía mantener los ojos abiertos. Aunque necesitaba urgentemente descansar, no quería correr el riesgo de perderse el momento en que ella despertase. Cuando ello sucediera y Maria pasase la mano por la llama, Ezequiel habría cumplido con su papel en la profecía y podría descansar por toda la eternidad.

El plan había salido mejor de lo que esperaba. El hermano Bernard había conseguido sobornar a los guardias con relativa facilidad. Después de todo, ¿qué mal había en guardar silencio y hacer la vista gorda cuando un preso muerto era robado de la cárcel? Habría sido distinto que Maria hubiese escapado. El cuerpo había desaparecido con tanta rapidez que en la prisión ya corrían rumores de que Maria Benariac había resucitado y se había marchado. «Si supieran...», pensó Ezequiel con una sonrisa cansada.

Los acólitos del hermano Olazábal residentes en el Nuevo Mundo habían mandado una ambulancia a la cárcel y transportado el cuerpo por avión desde el hangar privado hasta el aeropuerto de Logan. El hermano Haddad y sus acólitos de Tierra Santa se habían ocupado de los trámites necesarios para que al «hijo fallecido» de uno de los hermanos fuese enterrado en territorio jordano.

A su llegada a Ammán, el cuerpo fue transportado a *Asbaa El Lab* en el helicóptero de la Hermandad. Una vez que hubieron escondido a Maria en la Caverna de la Luz Sagrada, el hermano Helix preparó los aceites, las hierbas y las especias con que ungieron su cuerpo. Por último, casi un día después de la ejecución, Bernard y Luciano cogieron el sudario ritual de la Cripta de la Remembranza y envolvieron al nuevo Mesías de los pies a la cabeza, dejando al descubierto únicamente el rostro.

No quedaba nada más que hacer, salvo rezar y aguardar. Ya llevaban tres días esperando. Ezequiel, arrodillado sobre la alfombra ritual, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y reprimió un gemido al sentir un profundo dolor en los

músculos entumecidos. Observó a los demás que velaban en silencio junto a él, buscando muestras de fatiga en sus rostros e intentando evaluar su grado de entrega; todos permanecían arrodillados, inmóviles, con la cabeza gacha, concentrados en sus oraciones. Todos salvo el hermano Bernard. Desde que Ezequiel les había explicado cómo había curado Maria su úlcera, incluso Bernard, siempre escéptico, parecía creer en ella. Sin embargo, por las miradas furtivas que el corpulento hermano lanzaba al cuerpo inerte, Ezequiel se dio cuenta de que las dudas habían vuelto a asaltarlo. De repente Bernard se volvió y siseó, quebrando el silencio de la caverna:

—Líder De La Croix, ¿cuánto tiempo debemos esperar? —No me lo especificó. Sólo dijo que fuésemos pacientes y tuviéramos fe.

—Ya han pasado casi tres días. —La otra vez tardó el mismo tiempo —reprendió Helix, situado a la derecha de Ezequiel.

Todos los hermanos alzaron la mirada. —Pero... —comenzó Bernard rascándose la barba de chivo—. ¿Y si no...?

Ezequiel lo atajó, consciente del temor que se disponía a expresar.

—Despertará. ¡Debemos tener fe! Procuró restar importancia a las dudas que comenzaban a amenazarlo. Ni siquiera contaba con la posibilidad de que Maria no regresase. Había presenciado con los brazos cruzados la muerte del nuevo Mesías, había permitido que la ejecutaran sin hacer nada por evitarlo.

Maria debía volver. Le había prometido que lo haría. A aquellas alturas era inconcebible otro desenlace.

—Lo único que estoy diciendo, mi líder —insistió Bernard—, es que tal vez deberíamos considerar una retirada...

Ezequiel miró fijamente el rostro redondo del hermano, con expresión ceñuda.

—¡Tenga fe, hermano Bernard! ¡Regresará! —Según las coordenadas estamos aquí —gritó Karen Tanner por encima del ruido de los rotores del helicóptero señalando el mapa que sostenía en el regazo.

Tom Carter sintió una especie de exaltación nerviosa al divisar los cinco pilares rocosos aislados en medio del desierto. En la arena, cerca de la roca más alta, había un helicóptero y dos vehículos. A su derecha, en el aire, se hallaban los tres helicópteros cargados con un destacamento de las fuerzas especiales Delta, el FBI y el Ejército Real jordano.

—¿No sabrán que estamos aquí? —preguntó Tom. Karen Tanner se ajustó las gafas de sol y esbozó una sonrisa severa.

—No tardarán en enterarse, pero no les dará tiempo a reaccionar.

Tom le creyó. Le impresionaba lo rápido que Karen Tanner había actuado cuando le contó lo de Gomorra y lo de la Hermandad. El FBI había localizado la cueva con facilidad después de que el amigo anónimo de Jack Nichols les diera las coordenadas del transmisor de la primera visita de Tom. A continuación, tras unas cuantas llamadas telefónicas del director del FBI y del Departamento de Estado de Estados Unidos a las autoridades jordanas, un destacamento especial se puso en camino en

cuestión de horas. Karen insistió en que Tom se quedase en Boston, pero él por nada del mundo se habría perdido el final de todo aquello. Además, como él mismo le dijo, era la única persona ajena a la Hermandad que había estado en aquel lugar.

—Dave, ¿qué tienen? —preguntó Karen Tanner al hombre sentado a su derecha. Dave, con gafas de sol y un uniforme del desierto, estaba examinando una serie de datos en su ordenador portátil. Al igual que los demás componentes del equipo de las fuerzas especiales Delta, no había dado su apellido, y Tom ni siquiera estaba seguro de que Dave fuese su verdadero nombre.

—Los sensores detectan a tres hombres en la superficie, pero es imposible saber cuántas personas hay bajo tierra. Según los datos y lo que Tom nos ha contado de la última vez que estuvo aquí, creo que para protegerse cuentan más con la clandestinidad que con la fuerza.

—Bueno, pues acaban de perder su protección. —Karen cogió su walkie-talkie y dio una palmadita en el hombro al piloto—. Chuck, desciende lo más cerca posible de la roca más alta. Rápido y bajo, ¿de acuerdo?

Karen gritó unas órdenes por el walkie-talkie y de inmediato los cuatro helicópteros comenzaron a descender sobre su objetivo. Tom notó que se le contraía el estómago al ver dos siluetas minúsculas correr entre los vehículos y la cueva. Su nerviosismo debió de reflejarse en su cara, ya que Karen le dedicó una tensa sonrisa y dijo:

—¿No quería aventura? Pues bien, aquí la tiene. El hermano Bernard acababa apenas de formular sus dudas cuando Ezequiel de la Croix oyó el sonido de pasos presurosos por las escaleras. Al principio, más que preocuparle, le irritó. Había insistido a los tres hombres de arriba y al que montaba guardia fuera de la caverna que no se les molestase. El ruido era cada vez más fuerte y empezaron a oírse gritos. Luego, dos estampidos. ¿Disparos? ¿Qué estaba sucediendo? Los otros miembros del Círculo Interno intercambiaron miradas de inquietud.

El hermano Bernard se levantó. —Será mejor que vaya a investigar. De repente las puertas se abrieron de golpe y un grupo de hombres uniformados irrumpió en la cámara.

«Es imposible que esté ocurriendo esto —pensó Ezequiel—. Aquí. Precisamente ahora».

Sorprendido de su propia agilidad, el Padre se puso de pie de un salto, corrió detrás del altar y se colocó entre Maria y la puerta abierta de la Cripta de la Remembranza. Deslizó la mano bajo la tela del altar, cogió la daga ceremonial y se la metió bajo el cinturón de cuerda de la túnica. Los demás aún no se habían movido; eran incapaces de hacerlo. Sólo el hermano Bernard se hallaba de pie.

—¡Todos quietos! —ordenó la mujer de cabello rojizo con las letras FBI impresas en la espalda de su chaqueta azul. Estaba flanqueada por al menos ocho hombres uniformados—. Mi nombre es agente especial Karen Tanner, del Buró Federal de Investigación de Estados Unidos. Y en colaboración con las autoridades jordanas,

quedan arrestados por secuestro, homicidio múltiple y conspiración para asesinar.

Detrás de los americanos, Ezequiel vio una brigada que parecía una tropa del Ejército Real jordano. Miró a los miembros del Círculo Interno: Bernard, de pie, inmóvil, con la mirada fija en la pistola de uno de los hombres del FBI; Helix, sacudiendo lentamente la cabeza, con expresión de incredulidad; Luciano con los brazos en alto como un forajido de una película de John Wayne; Haddad y Olazábal petrificados, como conejos con los ojos clavados en los faros de un camión que se acercase a toda velocidad.

A Ezequiel le latían las sienes. Aquello era una pesadilla. No podía terminar así. ¿Cómo habían logrado encontrar aquel lugar?

Oculto detrás del altar, comenzó a tirar del cadáver de Maria hasta que éste cayó a sus pies con un ruido sordo. Ya solamente le quedaba un objetivo: proteger el cuerpo. Nada más tenía importancia.

—¡No se mueva, señor! —gritó un soldado alto y rubio apuntándole con una pistola.

En ese instante Tom salió de entre las sombras. Ezequiel, al verlo, sintió más odio que nunca. El ateo debía de haberlos traicionado después de su última visita. Había logrado escapar de Gomorra y luego había conducido a aquella gente hasta allí. Lo había estropeado todo.

Ezequiel advirtió que Carter indicaba al soldado que se retirase y echaba a andar hacia él. «No pierdas tiempo con el blasfemo —pensó—. Concéntrate en mantener a salvo al nuevo Mesías». Comprobó rápidamente a qué distancia se hallaba de la puerta de la Cripta de la Remembranza. Menos de un metro. Y junto a la puerta vio la cuerda que colgaba de la pesada estaca de madera que sobresalía de la pared de piedra a la altura de la cintura. La cuerda que jamás había sido utilizada desde que fuera instalada en los primeros años; la drástica medida de precaución reservada para momentos de extrema urgencia. Aquél sin duda lo era.

Se esforzó en recordar las instrucciones que le habían dado el día de su toma de posesión como líder de la Hermandad.

Lanzó una mirada furiosa al doctor Carter, que seguía acercándose, desarmado, y vio su propia furia ante la traición del científico reflejada en los ojos azules de éste.

—¡Ten cuidado, Tom! —oyó gritar a Tanner cuando el blasfemo se encontraba a menos de un metro del altar.

El científico se hallaba justo entre Ezequiel y los hombres armados, casi a la altura de la llama blanca, que momentáneamente lo protegía de las armas.

Era el momento ideal para emprender la huida. Cuando Tom vio a Ezequiel de la Croix de pie detrás del cadáver cuidadosamente amortajado de Maria Benariac, un sinfín de emociones se revolvieron en su interior. Y pensar que había comido con aquel hombre, que habían hecho un trato, e incluso que había sentido compasión por él, un ser que sólo esperaba el momento propicio para terminar lo que su cruel Hermandad había comenzado en Estocolmo. Aquel enano apergaminado de ojos

negros era tan responsable de la muerte de su esposa como Maria. En muchos sentidos era incluso peor que Maria, pues mientras ésta era el soldado de a pie que recibía las órdenes, Ezequiel era el general que las daba.

Si bien Tom imaginaba por qué lo querían muerto, deseaba oírsele decir a él. Necesitaba comprender qué retorcido razonamiento había impulsado a la Hermandad a matar a un hombre sencillamente porque se dedicaba a salvar vidas. Sin duda tenía algo que ver con todas aquellas chorradas fanáticas que Maria le había soltado en el laboratorio de Genius: el entrometerse en la obra de Dios, socavar el orden divino o alguna estupidez por el estilo. Sin embargo, necesitaba saber por qué toda una organización comprometida a encontrar y proteger a un Mesías que según ellos salvaría a la humanidad, también consideraba lícito matar gente, matarlo a él, por ejemplo. Necesitaba saberlo para comprender el asesinato de Olivia.

Se acercó más a Ezequiel y, aunque no los veía, le dio la sensación de que los agentes apuntaban con sus armas al líder de la Hermandad. Le había impresionado la rapidez con que habían despachado a los guardias de la entrada. Los dos que estaban fuera intentaron defenderse con pistolas mientras el tercero cerraba la puerta oculta de la Gran Escalera. Pero la feroz ofensiva se había producido demasiado deprisa. Los helicópteros ni siquiera habían aterrizado cuando los agentes saltaron al suelo y corrieron hacia la cueva. Los tres hombres fueron abatidos en cuestión de segundos. El guardia de la caverna les había llevado más tiempo, ya que el equipo de Karen no sabía que estaba solo. Pero como el hombre ni siquiera fue consciente del ataque, lo dominaron enseguida. Aunque Carter se había limitado a actuar de espectador, no pudo evitar sentirse excitado cuando siguió a los demás hasta el interior de la guarida de la Hermandad.

En ese momento se encontraba cara a cara con el hombre que había cambiado su vida de manera irrevocable.

—De modo que cree que Maria va a volver, ¿no es así? —le preguntó cuando pasaba por delante de la llama sagrada, a pocos centímetros del altar.

Ezequiel no respondió. Permaneció agazapado detrás del altar como una rata acorralada y le lanzó una mirada de odio.

—Todo esto fue idea de ella, ¿verdad? —insistió Tom—. Pensó que como había salvado a una niña que era alérgica a las picaduras de abeja podría salvarse a sí misma, ¿no es así?

Observó que el anciano cerraba los ojos y supo que tenía razón. —¡No te acerques demasiado! —dijo Karen a sus espaldas. —No pasa nada. Sólo quiero hacerle algunas preguntas. —¡Eso puede esperar! Tendrás todo el tiempo del mundo para preguntarle lo que quieras.

Pero en ese preciso instante Ezequiel reaccionó y Tom comprendió que ya no habría más tiempo. Con una rapidez del todo inesperada, el anciano retrocedió de un

salto, agarró la palanca por la que Tom había preguntado durante su primera visita y comenzó a hacerla girar en el sentido de las agujas del reloj.

«Es lo que podría denominarse una última medida de precaución». ¿No era así cómo Ezequiel la había llamado? «¿Qué clase de precaución será?», se preguntó Tom mientras se encaramaba al altar, sin darse cuenta de que estaba obstruyendo la línea de fuego. Lo único que sabía era que debía detener a Ezequiel.

En los escasos segundos que le llevó subirse al altar, apenas fue consciente del alboroto que se produjo detrás de él. Karen le gritó que se apartase mientras Ezequiel arrancaba la estaca de la pared, la arrojaba al suelo con ademán de desafío, cogía el cadáver de Maria por las axilas y lo arrastraba por la abertura que daba a la Cripta de la Remembranza.

Tom fue tras él, pero de repente se oyó un terrible rechinar de ruedas y palancas, así como el crujido de unas rocas pesadas que se desplazaban en lo alto.

Aprovechando la distracción creada por el repentino movimiento de Ezequiel, el hermano Bernard arrebató la pistola a un agente del FBI y acudió en ayuda de su líder. Sin embargo, Tom sólo tenía ojos para Ezequiel. Debía detener al anciano antes de que franquease la puerta de piedra y la cerrara. Se acordó de la vieja escalerilla de cuerda que había en la antigua cueva. No iba a permitir que huyera de aquel modo.

A pesar del estruendo ensordecedor de la roca, justo en el instante en que Tom se arrojaba sobre Ezequiel, Karen Tanner exclamó:

—¡Cuidado, Tom! ¡Detrás de ti! Ezequiel levantó la vista del cuerpo de Maria y gritó: —¡Mátelo, hermano Bernard! ¡Dispare! Acto seguido se oyeron dos disparos y Tom notó un impacto en la espalda que lo hizo caer encima de Ezequiel. Entonces él, el líder de la Hermandad y quienquiera que se hubiese arrojado sobre su espalda cruzaron rodando el umbral de la puerta de piedra con el cadáver de Maria, en un revoltijo de cuerpos y miembros en movimiento. El pánico se apoderó de Tom. Se debatió violentamente con los brazos y las piernas, desesperado por huir de los ojos diminutos y los labios apretados que se hallaban a pocos centímetros de su rostro. Tardó varios segundos en advertir que tenía las manos cubiertas de sangre y que estaba forcejeando con un hombre muerto. El hermano Bernard tenía un agujero de bala en la espalda.

Tom se quitó de encima aquel pesado cadáver y cayó sobre el cuerpo frío y rígido de Maria. De inmediato percibió un hedor empalagoso a muerte, aceites y hierbas. Retrocedió, asqueado, y se puso en cuclillas. Mientras intentaba recuperar el aliento, vio que se encontraba en la pequeña estancia situada entre la Caverna Sagrada y la Cripta de la Remembranza. Ezequiel estaba a unos metros de distancia, junto a la palanca que abría la puerta de la cripta. Sostenía una daga en la mano derecha y le sangraba el antebrazo, donde lo había alcanzado la segunda bala. Tom consideró arrojarse sobre él, pero le faltaba el resuello para hablar, y mucho más para luchar. De modo que se mantuvo a distancia mientras recuperaba el aliento. Ambos se miraron fijamente por unos instantes. El cuerpo inerte de Maria, que yacía entre ellos, era

como una especie de tierra de nadie.

Tom se preguntó dónde estarían Karen y los demás agentes y por qué no habían acudido en su ayuda. Entonces percibió la vibración producida por un canto rodado al estrellarse contra el suelo de la caverna fuera de la antecámara. Se acercó con cautela a la puerta y miró en dirección al altar. Los hombres del FBI, las tropas jordanas y los restantes miembros del Círculo Interno alzaron la vista al notar que temblaban los pilares mientras retrocedían hacia la puerta del fondo que conducía a la Gran Escalera. Karen fue la única que permaneció inmóvil, aunque también ella miraba fijamente la roca. La miríada de velas y antorchas que iluminaban la cueva caían de las paredes como estrellas fugaces, convirtiendo el resplandor dorado en una penumbra tenebrosa que hacía que el fuego blanco de la llama sagrada pareciera aún más intenso. Al tirar de la estaca de la pared, Ezequiel debía de haber desprendido montones de rocas sueltas que se hallaban encerradas en el granito del techo y que seguramente habían sido colocadas allí por los primeros ingenieros de la Hermandad con el fin de asegurarse de que los secretos de su cueva tuviesen la máxima protección: la destrucción total.

—¡Karen! —gritó a través del espacio a oscuras, agitando los brazos frenéticamente—. Sal de aquí antes de que este maldito lugar se desplome. ¡Date prisa!

—¿Y tú qué? —replicó Karen a voz en cuello. Tom no sabía qué hacer. Ezequiel ya había abierto la puerta de la cripta y en aquel momento arrastraba el cuerpo inerte de Maria hacia el interior. Pensó que la cueva, con todos los valiosos tesoros que encerraba, habría sido diseñada de manera de quedar a salvo de su intencionado Armagedón, aunque no estaba seguro de ello. La posibilidad de que Ezequiel escapase lo enfurecía.

—¡Vamos, Tom! —vociferó Karen al tiempo que se dirigía hacia la Gran Escalera.

Tom le indicó con un ademán que saliera de allí y gritó con todo el aire que le quedaba en los pulmones:

—¡No te preocupes! Ahora voy. En ese momento el primer pilar se derrumbó frente a él y se estrelló contra el altar. Karen y los demás desaparecieron de su vista, perdidos entre el polvo y las esquirlas de roca que volaban en todas direcciones. Tom permaneció inmóvil por un instante. Fue un milagro que la rocalla no lo alcanzara, pero la única ruta que le daba acceso a Karen y a la Gran Escalera había quedado bloqueada. Entonces advirtió que una sección de la columna se deslizaba por el altar hecho añicos y rodaba hasta el otro lado. La roca tapó el agujero de donde brotaba la Llama Sagrada, obstruyendo la salida del gas subterráneo y ocultando el fuego.

Tom se retiró a la antecámara, donde se hallaba relativamente a salvo, pasó por encima del cuerpo inerte del hermano Bernard y se dirigió hacia Ezequiel justo en el momento en que éste desaparecía en la oscuridad de la cripta con Maria. Entonces la puerta comenzó a cerrarse.

A pesar de que le dolían las costillas, Tom echó a correr y logró franquear el umbral antes de que la puerta se cerrara del todo. La cueva estaba sumida en una oscuridad total. Tom intentó recordar dónde se encontraba el interruptor de la luz. La única manera de orientarse era seguir el ruido del cuerpo de Maria al ser arrastrado por el suelo de piedra.

Aguzó el oído, pero los únicos sonidos perceptibles eran su propia respiración entrecortada y la infernal destrucción que se estaba produciendo al otro lado de los gruesos muros, en la Caverna Sagrada. Palpó a derecha e izquierda procurando localizar los objetos que recordaba de su última visita. Creía recordar que el nicho oculto con las reliquias de Cristo se hallaba al otro lado de la cripta, justo enfrente, y la enorme espada que le había causado tanta admiración debía de estar a su izquierda. Si lograba encontrarla, a pesar de lo pesada que era, al menos dispondría de un arma. Aferrándose a los estantes de la izquierda, avanzó por la cripta con el mayor sigilo posible, mientras sus manos palpaban a ciegas pergaminos, cajas y objetos metálicos. Cuando llegó al final de la estantería, tendió el brazo hacia la pared donde supuestamente estaba apoyada la espada. Pero sus dedos tocaron con la piedra seca y áspera. ¡Mierda! ¿Dónde estaba?

En ese preciso instante notó el primer temblor bajo sus pies. No se trataba de una vibración similar a la de antes, sino que era más bien como el rumor de algo que intentase escapar de debajo del pavimento de roca. La rocalla empezó a caer alrededor de él y los objetos de los estantes comenzaron a castañetear como si fueran dientes. Tom cayó de bruces contra la pared y se golpeó la rodilla contra algo de acero. Era la espada.

Justo en el momento en que tocaba la empuñadura, el segundo temblor sacudió todo su cuerpo. Pensó que debía de ser el gas que alimentaba la Llama Sagrada y que, al haber perdido su válvula de escape, buscaba una nueva abertura, alguna grieta en la roca por donde dar salida a la creciente presión. Con toda la roca que estaba cayendo al otro lado de la puerta, en la caverna, Tom estaba convencido de que el gas encontraría pronto alguna fisura. Sin embargo, se preguntó si a la hora de resguardar su valiosa Cripta de la Remembranza los antiguos ingenieros de la Hermandad habrían contado con la posibilidad de que el gas ejerciera semejante presión.

Levantó la espada del suelo y se colocó de espaldas a la pared, intentando hacer el menor ruido posible al respirar. Ya disponía de un arma, de manera que, suponiendo que los ingenieros hubieran sabido lo que estaban haciendo, se encontraba relativamente a salvo en aquella cueva a oscuras.

De repente sintió una mano en el hombro y un aliento repugnante en la cara. Por un instante aterrador e irracional, pensó que era Maria, que había resucitado.

Se volvió, con la enorme hoja de la espada a la altura de la cintura y notó cómo chocaba con algo. Oyó un gemido de dolor. Se recostó contra la pared para aguantar mejor el peso de la espada y la mantuvo apoyada contra quienquiera que le hubiese puesto la mano en el hombro.

De pronto volvió a percibir el aliento rancio en el rostro, sólo que esta vez notó también el frío tacto de un puñal en el cuello. Ladeó la espada y arremetió contra su agresor invisible justo en el momento en que se producía un tercer temblor, seguido de un cuarto y un quinto, que sacudieron los cimientos de la cripta.

—Creo que hemos llegado a un punto muerto —espetó Ezequiel en la oscuridad, con el rostro a sólo unos centímetros del de Tom—. Me pregunto si sus amigos habrán logrado salir, aunque lo dudo.

—Si lo han conseguido, volverán, así que ya puede ir despidiéndose de su Hermandad secreta. ¿Y qué me dice de su querido Círculo Interno? ¿Y si también los ha matado a ellos?

El anciano soltó una breve carcajada y contestó:

—Son prescindibles. Todos lo somos. Y en cuanto a la Hermandad, una vez que Maria haya despertado, su propósito se habrá cumplido. Se producirá el Juicio Final y todo terminará. Los Hermanos se salvarán, porque encontramos al nuevo Mesías a tiempo.

—Pero Maria está muerta —le recordó Tom—. Ha vuelto a perder el tren. —Notó que la daga se le hincaba en la carne, la cálida sangre corría por su cuello.

—Resucitará —declaró Ezequiel con tono de odio—. Tiene el poder de hacerlo.

—No, no lo tiene. Los genes no funcionan así. Ezequiel soltó una risotada despectiva. —Embustero. De pequeña era capaz de hacer milagros. Me curó la úlcera. Tiene poderes.

—No sobre sí misma. Se lo dije el día en que la ejecutaron. Y por su reacción, creo que me creyó.

La daga se hundió todavía más en su carne. Tom era incapaz de defenderse. Intentó apartar al anciano con la espada, pero ésta era demasiado pesada. Por lo tanto, decidió distraerlo. Dejando que la propia presión del cuerpo de Ezequiel aguantase el peso del arma, retiró la mano derecha de la empuñadura y la tendió hacia el brazo herido de aquél, donde lo había alcanzado la segunda bala.

—Sé cómo funcionan los genes —murmuró Tom—, porque los utilicé para salvar a mi hija. —Colocó la mano sobre el brazo de Ezequiel, en busca de la herida—. Me inyecté los genes de Cristo, así que ahora también los poseo.

Ezequiel intentó apartar el brazo, pero Tom lo tenía agarrado con todas sus fuerzas. Los músculos le dolían como si se los estirasen en un potro de tormento y casi se le doblaron las piernas. Sin embargo, notó que a Ezequiel le temblaba la mano con la que sostenía la daga. Sabía que era capaz de percibir el poder sanador que estaba transmitiéndole.

Cuando hubo terminado, Tom se desplomó contra la pared y soltó el brazo del anciano, quien se apartó de inmediato. Tom dejó caer la pesada espada, cuya punta chispeó al golpear el suelo de piedra. Al cabo de unos segundos oyó el sonido de un interruptor y la cueva se llenó de una luz deslumbrante. Tom se volvió con los ojos entornados y vio a Ezequiel de pie junto a la puerta de la cripta, con las piernas

separadas sobre el cuerpo de Maria. Su anciano rostro estaba pálido y sus ojos oscuros reflejaban temor además de odio.

—Maria tenía razón —dijo Ezequiel—. Es malvado y jamás debería haber negociado con usted. Debería haberle permitido que lo matara.

Tom estaba harto de todo aquello. —Intentó matarme. ¿Lo recuerda? Por dos veces. Pero no soy yo el malvado. Lo único que he hecho en mi vida ha sido intentar salvar vidas.

—Yendo en contra del orden natural —replicó Ezequiel—. ¡Desafiando a Dios!

—No hay un Dios. No hay un orden natural. Si lo hubiera, estos genes no serían tan escasos.

Ezequiel soltó una risotada maníaca desprovista de humor. —Todavía no lo comprende, ¿verdad? —le gritó—. Todavía no sabe por qué necesitábamos matarlo incluso más que a los divulgadores del mal que eliminamos: traficantes de armas, traficantes de drogas y comerciantes del porno. Ellos eran débiles y sólo envenenaban el mundo en que vivimos, mientras que su perversa genética amenaza con cambiarlo por completo. Incluso ahora que ha utilizado su diabólica tecnología para hacerse con los genes de Dios, sigue sin comprender lo peligroso que es.

Un nuevo temblor, más violento incluso que los demás, sacudió el suelo, y se oyó que la piedra se agrietaba bajo tierra. Ezequiel, sin embargo, continuó hablando.

—Posee muchos conocimientos, doctor Carter, algunos dicen que es un genio. Pero para ser Dios se necesita algo más que conocimientos. Se necesita sabiduría. Antes ha dicho que si Dios existiera estos genes no serían tan escasos, pero eso no es cierto. Imagínese un mundo en el que todos los tuvieran, un mundo en el que todos pudieran curarse mutuamente y nadie muriese por enfermedad.

»Imagínese un mundo en el que nuestras acciones no tuviesen consecuencias, un mundo con una población tan enorme que en lugar de un cielo en la tierra creásemos un infierno viviente. Sin espacio, sin comida, sin el menor respeto por la vida, por la muerte, y sobre todo, por Dios. Un desierto atestado de almas perdidas con una sola certeza: una larga vida de sufrimiento.

Sin soltar la daga, Ezequiel se dejó caer sobre el pavimento de piedra junto al cuerpo de Maria y se lo puso en el regazo.

Permanecía indiferente al retumbo, ahora incesante, que se oía bajo tierra. Tom miró a su izquierda y vio la escalerilla de cuerda y madera que colgaba de la fisura del techo de roca. Comenzó a desplazarse hacia ella.

—Dígame, doctor Carter —prosiguió el anciano—, ¿cree que el querer salvar a su hija (un ser humano insignificante en el mar de la humanidad) le otorga el derecho de desempeñar el papel de Dios? ¿Le da el derecho de arriesgarse a crear un infierno en la tierra? Estaba destinada a morir y debería haber muerto. Usted no tenía derecho a utilizar su inteligencia y sus recursos para cambiar su destino. Y ello incluye también a las demás personas que salvó con su genética antes del Proyecto Caná.

Ezequiel hizo una pausa, como si estuviese agotado. Tom no se molestó en

contestar. No había tiempo. Dejó caer la pesada espada, asió la escalerilla y comenzó a ascender. Su ira se había desvanecido. Cuando volvió a mirar la figura encorvada de Ezequiel meciendo el cadáver que sostenía en el regazo en una parodia grotesca de la *Pieta*, no sintió más que cierta compasión por un viejo descaminado y deshecho.

Cuando se hallaba en el quinto peldaño, a mitad de camino en el interior de la fisura, oyó que el gas partía finalmente el suelo de roca. Alzó la mirada, pero en lo alto no se veía más que oscuridad. No disponía de mucho tiempo, de modo que apretó los dientes y siguió subiendo por la escalerilla. Le dolía la mano que Maria le había agujereado, así como la pierna que había resultado herida en Estocolmo. A medida que ascendía, se iba golpeando los codos contra la escabrosa superficie de la fisura, que le magullaba y le desgarraba la carne. No obstante, lo que más le dolía eran los músculos y las articulaciones a causa del esfuerzo físico que estaba realizando.

En lugar de disminuir, el estruendo que se oía debajo se iba intensificando a medida que Tom ascendía.

Por fin, un vislumbre de luz en lo alto. Tenía que seguir subiendo. La explosión fue tan repentina como ensordecedora. Unos segundos más tarde, llegó una ráfaga de aire caliente con tal fuerza que lo arrancó de la escalerilla y lo lanzó hacia arriba, haciendo que se golpeará la cabeza contra la superficie de roca. Sintió un dolor atroz en todo el cuerpo y como si cada nervio le ardiese.

Entonces, afortunadamente, el dolor desapareció y cualquier otra sensación.

Unos minutos antes, Ezequiel de la Croix observaba al doctor Carter desaparecer por la escalerilla. A pesar de que la roca estaba agrietándose bajo tierra, mantuvo una gran serenidad. Tal vez el científico lograra escapar, pero cuando Maria, el nuevo Mesías, despertara, toda aquella pesadilla ya no tendría la menor importancia. Cuando Maria pasase las manos por la Llama Sagrada, llegaría el día del Juicio Final y todos los impíos, no sólo el doctor Carter, serían castigados. Él, en cambio, como líder de los justos, se salvaría.

Trató de poner su cuerpo exhausto y dolorido lo más cómodo posible y contempló el rostro blanquecino y sereno de Maria, con la esperanza de que abriera los ojos. Mientras le acariciaba la frente fría, recordó la primera vez que la vio. Maria era entonces una muchacha vulnerable y maltratada por la vida que desconocía la grandeza de su destino.

Ezequiel se examinó el brazo herido y observó, asombrado, que la herida desaparecía. El doctor Carter había logrado robar los genes de Cristo de forma antinatural, pero había mentido acerca de Maria. Maria había nacido con los genes; le pertenecían por derecho natural. A pesar de lo que había dicho el ateo, Maria despertaría. Ezequiel estaba convencido de ello.

Volvió la cabeza, atemorizado, cuando la roca se agrietó a su izquierda, y a continuación oyó un silbido estrepitoso. El suelo se abrió ante sus ojos. La fisura comenzó junto a la pared donde se hallaban el diente y el clavo de Cristo, y se desplazó hacia él por el pavimento de piedra, como si siguiese una ruta predestinada

hacia él.

—¡Todavía no! —exclamó mientras observaba que la fisura se alargaba como la sombra de un gigantesco dedo acusatorio. Sacudió el cuerpo de Maria y gritó—: ¡Despierta! ¡Despierta! —La arrojó al suelo y se puso de pie tambaleándose—. No puedo morir todavía —vociferó, aterrorizado—. No estoy preparado, no estamos preparados.

Justo en el momento en que la punta del dedo tenebroso llegaba hasta sus pies, oyó una explosión procedente de las entrañas de la tierra. Al instante, de la fisura, brotó una lámina blanca y ardiente que parecía querer alcanzar el cielo. Pese a la agonía y el terror que se apoderaron de él, Ezequiel pensó que la llama blanca que estaba consumiéndolo era lo más bonito que había visto en su vida.

GENIUS
BOSTON

Cuatro semanas más tarde, el Mercedes rojo entró en el aparcamiento subterráneo de Genius y, en el momento en que se disponía a ocupar el primer espacio, frenó repentinamente cuando su conductor, sorprendido, vio en él un BMW descapotable de color verde metalizado.

Tom Carter se miró la cara en el retrovisor. Las quemaduras superficiales ya se le habían pelado y la delicada piel había perdido gran parte de su tonalidad rosácea. «Las empresas de cosmética cobrarían una fortuna por un resultado así», había bromeado Jasmine el último día de la estancia de Tom en el hospital, tres semanas antes. Tom sabía que había tenido muchísima suerte. Según los expertos que trabajaban con Karen, si el hueco donde se hallaba la escalerilla hubiese estado ligeramente más inclinado, la fuerza de la explosión lo habría aplastado contra la pared. En cambio, había salido disparado hacia arriba junto al más pequeño de los cinco peñascos y aterrizado inconsciente, pero ileso, sobre un montículo de arena. La breve llamarada blanca que lo acompañó contribuyó incluso a alertar al equipo de Karen, que a su vez acababa de ponerse a salvo. Por puro milagro, sólo un agente del FBI y dos soldados jordanos resultaron heridos durante la huida. Aparte de Ezequiel y Bernard, el único que perdió la vida fue el hermano Helix, que quedó sepultado bajo las rocas.

Como era de esperar, los otros miembros de la Hermandad no habían contado nada al FBI, pero al menos Gomorra había sido detenido y Tom había transmitido a Karen lo que le confesara Ezequiel. Aunque no estaba claro qué pruebas podían presentarse en contra de los miembros supervivientes del Círculo Interno, en opinión de Karen ya no suponían una amenaza para Tom. En cuanto al resto de la Hermandad, era imposible saber cuáles eran sus bienes financieros e identificar a sus miembros, por no hablar de localizarlos. No obstante, al parecer ninguno estaba al corriente de los asesinatos. En cuanto a Tom Carter, le traía sin cuidado lo que pudiera suceder al resto de la Hermandad siempre y cuando lo dejasen tranquilo.

Se apeó del coche y cerró la puerta con llave. En las últimas tres semanas, después de tener ocasión de reflexionar durante su estancia en el hospital, debía de haber dado la vuelta al mundo al menos cuatro veces. Pero había valido la pena. Casi todas las personas con quienes había hablado habían acabado por aceptar su proyecto, lo cual acabó por convencerlo de que había tomado la decisión acertada. Aun así, después de la reunión de aquella noche se tomaría unas vacaciones. Sólo Holly, él y un poco de sol.

Cruzó el atrio y saludó a los dos nuevos guardias de seguridad. Aunque apenas

había salido el sol, se deleitó contemplando el espacio y la luz de la pirámide. Allí se sentía libre, como si no hubiese fronteras o muros que lo retuviesen. Cruzó el holograma del ADN que se erigía en medio del atrio y se encaminó hacia la sala del hospital, donde esperaba encontrar la confirmación de la elección que había hecho.

Entró sigilosamente en la sala silenciosa y saludó con la mano a la enfermera de servicio, que le dirigió una sonrisa. Una pequeña bombilla era la única iluminación de la estancia en penumbra. Sólo se distinguían los bultos de los pacientes en las siete camas ocupadas.

Tom se desplazó de cama en cama como un fantasma y observó sus rostros dormidos, plenos de humanidad. Sabía que la terapia experimental de Genius salvaría como mucho a tres de ellos y tal vez alargaría considerablemente la vida a uno más. Sin embargo, aun cuando se diesen las mejores condiciones, tres morirían casi con toda seguridad.

A menos que él los curase. Se miró las manos en la penumbra y las palabras de Ezequiel volvieron a atormentarlo: «Imagínese un mundo en el que todos pudieran curarse mutuamente y nadie muriese por enfermedad. Un mundo en el que nuestras acciones no tuviesen consecuencias. Un mundo con una población tan enorme que en lugar de un cielo en la tierra creásemos un infierno viviente. Sin espacio, sin comida, sin el menor respeto por la vida, la muerte y, sobre todo, por Dios. Un desierto atestado de almas perdidas con una sola certeza: una larga vida de sufrimiento».

Tal vez el viejo tuviese razón, pensó. Quizá tres de aquellas desafortunadas personas debieran morir. ¿Quién era él para entrometerse? No podía desempeñar el papel de Dios y decidir quién debía vivir y quién morir. Sin embargo, ya que tenía el poder de salvar a sus pacientes, debía hacerlo. Así de sencillo.

Por un instante imaginó que todos aquellos bultos dormidos eran Holly y que él era su padre, su marido o su hijo. Entonces supo que no tenía opción con aquellos siete pacientes. Pero cuando volvió a pasar por delante de ellos y les tocó la mano o la frente notando cómo le arrebataban la energía del cuerpo, sintió cierta inquietud. Era comprensible. Pensó en la reunión que se celebraría aquella misma noche y esperó haber respondido correctamente a la gran pregunta, haber tomado la decisión adecuada.

Se despidió de la enfermera y se preguntó cuál sería su reacción al cabo de unas horas cuando los pacientes que tenía a su cargo se despertasen sanos y rebosantes de energía.

Tomó el ascensor y se dirigió directamente hacia el piso. Cruzó la Sala Mendel y abrió la puerta del laboratorio Crick. Jasmine estaba sentada con una Coca-Cola *light* en la mano, examinando una pila de documentos.

Al verlo, levantó la mirada y se le iluminó la cara. —Hola, forastero. ¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido tu misterioso viaje?

—Muy bien. ¿Qué haces aquí tan temprano? Jasmine sonrió y dio una palmadita a los papeles que tenía sobre la mesa.

—Bueno, desde que curaste a Holly, Jack y yo hemos estado rellenando el borrador de las solicitudes de patentes para el suero. Además de esto, claro. —Cogió una hoja mecanografiada y la agitó como si fuese un trofeo—. La solicitud que debemos presentar a la Administración de Alimentos y Medicamentos para iniciar las pruebas. Jack ya la ha firmado. Sólo necesitamos tu visto bueno y tu firma.

El entusiasmo de Jasmine le resultó algo inquietante. Se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero que había junto a la puerta. A continuación se dirigió a la vitrina refrigerada situada al fondo del laboratorio y contó las ampollas que quedaban en la bandeja «Suero de la Trinidad. Genes Nazaret». Bien, pensó, al parecer en el mes que había estado fuera nadie las había tocado. Después de las pruebas con los ratones había trece, tras utilizar una consigo mismo quedaban doce, las únicas doce que existían.

—¿Qué le ha ocurrido a tu sano escepticismo, Jazz? —le preguntó mientras se acercaba al cajón donde guardaban las etiquetas. Lo abrió y comprobó si había suficientes—. Y ¿qué hay de tus inquietudes religiosas? Ahora que Holly se ha curado, pensé que te alegrarías de dejar atrás el Proyecto Caná y volver a cosas más convencionales.

Tras un breve silencio, Jasmine respondió:

—He reflexionado mucho y creo que esos genes no son lo que convirtió a Cristo en el Hijo de Dios. Lo que lo hizo divino fue el modo en que los utilizó, lo que nos enseñó y el hecho de que muriese por nosotros. Estos genes Nazaret son el mayor descubrimiento en la historia de la medicina, un verdadero regalo de Dios, y como tal deberíamos utilizarlos. Piensa en todo el bien que podríamos hacer en cuanto obtengamos la autorización de la Administración para Alimentos y Medicamentos y comercialicemos los genes. Cuando los fabriquemos en serie...

—Caramba, Jazz. Ni siquiera hemos decidido si deberíamos o no desarrollar los genes Nazaret para su comercialización y ya estás dando por sentado que sería algo positivo.

—Claro que sería algo positivo. ¿Cómo no iba a serlo? Tom se acercó al armario donde guardaban las jeringas de reserva. Las contó rápidamente e hizo un gesto de aprobación con la cabeza al ver que alcanzaban. Podría recogerlo todo con discreción, sin quejas ni impedimento alguno.

—Lo único que estoy diciendo, Jazz, es que debemos pensárnoslo muy bien.

Jasmine no podía creerlo. Tom siempre había dicho que la única limitación a lo que uno hiciese debía ser lo que uno pudiera hacer. Ni más ni menos. Él fue quien la incitó a ayudarlo a inventar un increíble superordenador capaz de leer el ADN con la misma eficacia con que el escáner de una caja registradora leía el código de barras de una lata de alubias. Y también la había convencido de que confiase en él y dejara a un lado sus temores religiosos para buscar y explotar los genes de Jesucristo y emplearlos para salvar a su ahijada. Y de repente, tras haber superado sus sueños más descabellados, parecía nervioso ante la idea de llevar las cosas demasiado lejos.

—¿Qué ocurre, Tom? —le preguntó al tiempo que se cruzaba de brazos—. Tienes un poder impresionante en tus manos, literalmente, pero sólo disponemos de doce ampollas miserables. Tenemos que fabricar más, clonar los genes y dárselos a otras personas. Debemos propagar la capacidad de sanar. Me parece que es lo mínimo que podemos hacer.

—Pero ¿a quién se los damos? —preguntó Tom en voz baja—. O, como diría Jack, ¿a quién se los vendemos? ¿Sólo a los que puedan permitírselo?

—No es cuestión de dinero —replicó Jasmine, horrorizada—. Estoy de acuerdo. No debería serlo. Pero aunque pasemos por alto el factor de la codicia, debemos tener en cuenta las consecuencias económicas. Para empezar, si todo el mundo tuviese acceso al suero, las principales empresas farmacéuticas del mundo quebrarían, y ello podría arruinar industrias enteras, incluso economías enteras. Pero suponiendo que lográsemos controlar las repercusiones financieras, ¿a quién le darías los genes?

—A la larga a todo el mundo, espero. —¿A todo el mundo? ¿Para que los seres humanos se curen mutuamente y nadie muera por enfermedad?

Jasmine frunció el entrecejo. No estaba segura de adónde pretendía llegar Tom.

—Sí, ¿por qué no? —¿Para que el mundo acabe por estar tan superpoblado que en lugar de convertirse en un cielo en la tierra se convierta en un infierno viviente? ¿Sin espacio, sin comida, sin el menor respeto por la vida... o la muerte?

El ceño de Jasmine se fue acentuando a medida que lo escuchaba. Tom tenía la mirada perdida, como si recitase versos que hubiese leído u oído en alguna parte.

—Bueno, quizá no deberíamos dárselos a todo el mundo —concedió al tomar conciencia de algunos de los peligros más evidentes—. Sólo a algunas personas.

—¿A quién? —No lo sé. —Jasmine ni siquiera había considerado las consecuencias negativas de todo aquello—. A la gente que pudiese ayudar más, supongo. Como en los países del tercer mundo.

—¿Por qué? ¿Porque allí podrían salvar más vidas, a miles, tal vez millones de personas?

—Supongo que sí. —¿Las mismas personas que ahora mismo no tienen suficiente comida para alimentar a la población? ¿Sabías que los accidentes, los asesinatos y los suicidios sólo representan el cinco por ciento de todas las muertes? Este suero podría erradicar todas las demás causas, incluido el envejecimiento. ¿Sabes cuál sería entonces la esperanza de vida media de los seres humanos?

—Así de repente, no. —Pues bien, te lo diré. Dada la población actual, la edad media en que tendríamos un accidente, seríamos asesinados o nos suicidaríamos sería de unos seiscientos años. A algunos podría atropellados un autobús el mismo día de su nacimiento, pero otros podrían vivir eternamente. Imagínatelo. Una esperanza de vida de seiscientos años.

Jasmine sacudió la cabeza en señal de frustración mientras intentaba imaginar tan increíbles implicaciones. Naturalmente, Tom tenía razón. Las cosas no eran tan simples como ella pensaba. Miró las solicitudes para patentes y la que debían dirigir a

la Administración para Alimentos y Medicamentos, las solicitudes que desvelarían aquel don secreto y poderoso a un público que no se lo esperaba en absoluto. En dos ocasiones creyó tener una respuesta, pero cuando se disponía a expresarla, pensó en alguna objeción y permaneció callada.

Por fin se volvió con aire de abatimiento y miró a Tom, que seguía de pie junto a la vitrina contemplando las ampollas de suero. Era evidente que él ya había estado cavilando sobre todas aquellas cuestiones y había hallado alguna clase de respuesta; una respuesta que posiblemente explicaba por qué tres semanas atrás, cuando aún no estaba del todo recuperado, había abandonado el hospital, tomado un avión rumbo a Dios sabe dónde y regresado hacía un par de días. En ocasiones el genio de Tom lograba desconcertarla por completo. Y ésta era una de ellas.

—¿Y bien? —dijo al fin—. Supongo que crees que deberías hacer algo respecto a los genes, ¿no es así?

—Evidentemente. —Tom asintió con gran serenidad. —Pero ¿no crees que deberíamos llenar el mundo de ellos? Tom hizo un gesto de negación con la cabeza. —No hasta que no estemos seguros de las consecuencias. A la larga podría hacer más daño que bien.

—Nunca te ha preocupado el alterar el orden natural de las cosas.

—A lo mejor estaba equivocado —dijo Tom, encogiéndose de hombros—. Puede que el mundo no esté tan loco como parece.

Jasmine no podía creer que aquél fuese Tom Carter. —¿Te refieres a Dios? Tom soltó una risa sofocada. —Nada de eso, pero tal vez la vieja Madre Naturaleza no sea tan arbitraria como yo pensaba.

Jasmine tamborileó con los dedos sobre la mesa. —¿Y bien, maestro, qué diablos hacemos con los genes? ¿Destruirlos? ¿Fingir que ni siquiera los descubrimos?

Tom volvió a encogerse de hombros. —Es una opción. —Lo decía en broma. ¿No pensarás en serio que no deberíamos utilizar los genes, verdad?

Él sonrió, y Jasmine detectó un brillo de picardía en sus ojos azules.

—¿En serio quieres saber qué deberíamos hacer con ellos? —Sí. —Pues ven aquí a medianoche y te lo enseñaré. Cuando Jasmine detuvo el coche frente a la verja cerrada de Genius a las 11.56 de la noche, todo el recinto estaba a oscuras. Miró dentro de la caseta en penumbra pero estaba vacía. Se disponía a apearse del vehículo para abrir la cancilla utilizando el sensor de ADN cuando de repente ésta se abrió sola.

Arrancó el BMW y se dirigió hacia la pirámide iluminada por la luna llena. Estacionó frente a la puerta principal y sintió un escalofrío a pesar del aire cálido de la noche.

La pirámide se hallaba a oscuras, a excepción del leve resplandor del atrio y una luz en el primer piso, donde estaban el laboratorio Crick y la Sala de Juntas.

—Todo esto es muy extraño —susurró para sí como si alguien pudiese oírla.

Había salido pronto del trabajo, en cuanto comprendió que no había forma de

sonsacarle nada más a Tom. Para llenar el tiempo, había estado haciendo gestiones pendientes aunque no lograba dejar de pensar en los genes y en la respuesta de Tom cuando le propuso, en broma, que destruyesen los genes: «Es una opción».

¿Qué diablos pretendía mostrarle? Lo único que se le ocurría era que Tom tuviese intención de destruir las doce ampollas que quedaban en el autoclave esterilizador. Sólo de pensar en ello se ponía furiosa. Llevaba todo el día devanándose los sesos intentando averiguar cuál sería la mejor forma de utilizar los genes sin hacer un mal uso de ellos. Pero estaba costándole más que cualquier reto al que se hubiese enfrentado en sus andanzas por el ciberespacio, y por el momento no había obtenido nada en absoluto.

Se apeó y se dirigió hacia la entrada principal por el camino de grava. La puerta estaba abierta, de modo que entró directamente en el atrio desierto. El holograma del ADN se retorció en la penumbra como serpientes fantasmagóricas. Las puertas de la sala de hospital también se hallaban abiertas, y sólo se oía el taconeo de sus zapatos sobre el mármol. La luz de la sala de espera estaba apagada.

Jasmine la encendió dándole al interruptor situado junto a la puerta. La sala también se encontraba a oscuras. No se veía ni la luz de la enfermera de servicio. Nada de nada.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, buscó los bultos de los pacientes en sus lechos, pero no había ninguno. Todas las camas estaban vacías. Encima de cada colchón había dos almohadas y unas mantas cuidadosamente dobladas. A Jasmine le latía más deprisa el corazón cuando dio media vuelta y regresó al atrio. Al marcharse del hospital aquella misma tarde, había notado la consternación que reinaba en la sala, pero no le había dado la menor importancia. Con todo, sabía que al menos siete de aquellas camas estaban ocupadas por enfermos terminales. Cuando llegó al atrio estaba tan tensa que se sobresaltó al oír el leve sonido de las puertas del ascensor a metro y medio de distancia.

Y cuando vio salir a Tom, se sintió tan aliviada que tuvo que contenerse para no abrazarlo.

—Gracias por venir —le dijo él con tono afectuoso, como si fuese el anfitrión de una simple barbacoa.

—¿Qué ocurre, Tom? ¿Dónde están los guardias de seguridad?

—Quería que esto quedase estrictamente entre nosotros. —¿Y los pacientes? Tom sonrió y la condujo al ascensor. Pulsó el botón para dirigirse hacia la Sala Mendel y dijo: —La versión oficial es que todos respondieron sumamente bien a los tratamientos. Y yo por lo menos no pienso negarlo. Dos ya se han ido a casa, y los demás están ahora bajo observación en el Hospital General de Massachusetts, donde también van a hacerles algunas pruebas. Pero estoy seguro de que muy pronto los darán de alta.

—¿Tú los has curado? Tom sonrió y asintió. —Pero nunca lo admitiré. Es esencial que nadie sepa que poseo ese don. Esta mañana me he dejado llevar un poco,

pero a partir de ahora procuraré ser menos dramático.

—¿Es eso lo que querías enseñarme? El ascensor se detuvo y la puerta se abrió.
—No. Ésa es sólo la forma en que podía ocuparme personalmente de los genes: ocultar las curas bajo tratamientos convencionales.

—¿Y qué hay de los genes en general? ¿Y las otras ampollas? Tom salió del ascensor y se encaminó hacia la puerta de la Sala Mendel.

—Ven conmigo. —Puso la mano en el escáner de ADN y comenzó a hablar de los genes—: Piensa en cómo funciona el suero. El vector viral está destinado a introducir los genes Nazaret en las células madre de un individuo. Eso significa que esa persona tendrá, durante toda su vida, la capacidad de curar a otros, pero no podrá transmitirles el don. Y como los genes no están insertados en sus células embrionarias, no puede pasárselos a sus hijos. Por tanto el don muere con él.

Nada más franquear la puerta, Jasmine parpadeó cuando los sensores encendieron las bombillas de tungsteno, que iluminaron el enorme depósito de criopreservación situado a la izquierda, así como el blanco y reluciente laboratorio de vidrio.

Jasmine frunció el entrecejo y dijo:

—Pero el don no moriría con ellos si tuvieran la tecnología para clonar los genes Nazaret, o si otra persona con los conocimientos adecuados clonara sus genes, con o sin su permiso.

Tom asintió. Era evidente que él también había pensado en eso.

—Sí, tienes razón. Para controlar la propagación de la combinación milagrosa, deberíamos asegurarnos de que todos los que tuvieran los genes de Cristo fuesen personas de confianza y que su don se mantuviese en secreto.

Mientras seguía a Tom por el laboratorio desierto, Jasmine intentó adivinar adónde quería ir a parar; no sólo a qué lugar, sino también qué pretendía con sus palabras.

—Los portadores de los genes también deberían ser extremadamente responsables —observó ella—, o de lo contrario se correría el riesgo de que abusaran de su poder. Sólo deberían utilizar su don cuando fuese absolutamente necesario, y no deberían contárselo a nadie.

—Ni cobrar por sus servicios —añadió Tom—. Ése sería el peor abuso de todos.

—Que se lo digan a Jack. Tom soltó una risita. —Ah, no hay ningún problema con Jack. Él lo entendería. Franquearon la primera puerta de seguridad y entraron en el laboratorio Crick. La luz estaba encendida y la bandeja de la vitrina refrigerada que contenía las doce ampollas de suero había desaparecido. «Dios mío —pensó Jasmine—, ya las ha destruido».

Cuando se acercaban a la pared de vidrio de la Sala de Juntas, a Jasmine le pareció oír voces. Se volvió hacia Tom dispuesta a preguntarle qué estaba ocurriendo, pero él se limitó a sonreír y a llevarse un dedo a los labios.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Pronto lo entenderás todo.

Las voces ya se oían con mayor claridad; aunque el tono era muy bajo, parecía

haber un deje de emoción en ellas. La mayoría hablaba en inglés, pero con distintos acentos, desde indio a australiano, ruso, africano, japonés y francés. ¿Qué diablos se traía Tom entre manos?

Entonces los vio a través del cristal ahumado de la sala. Había más de diez hombres y mujeres caminando de un lado a otro en torno a la gran mesa. Se estaban sirviendo café y bocadillos de un carrito situado al fondo de la habitación, junto al genescopio.

—¿Quiénes son? —preguntó Jasmine. —Mira —dijo Tom señalando a través del cristal—, seguro que reconoces a algunos de ellos. —Empezó por un hombre bajito de cabello oscuro y mirada huidiza que conversaba enérgicamente con una india alta vestida con un sari—. Ése es Jean Luc Petit, el médico que me inspiró la idea de Canadá. Es un buen hombre, sumamente responsable, para utilizar tu expresión. La mujer con quien habla es la doctora Mitra Mukerjee, de Calcuta. La conociste el año pasado en el seminario sobre cáncer que hicimos aquí. ¿La recuerdas? Te cayó muy bien. Dijiste que tenía integridad.

Jasmine asintió con un lento movimiento de la cabeza. Aún no comprendía muy bien qué estaba sucediendo, aunque era cierto que reconocía a casi todas aquellas personas. De hecho, muchas de ellas eran famosas: el doctor Joshua Matwatwe, de Nairobi, pionero en la investigación del sida; el doctor Frank Hollins, de Sydney, especialista en enfermedades cardiovasculares; y el profesor Sergei Pasternak, virólogo ruso. Los demás eran sencillamente buenos médicos y enfermeras de quienes Tom tenía un alto concepto, tanto por su generosidad y dedicación como por sus aptitudes.

Jasmine se disponía a preguntar a Tom qué hacían allí todas aquellas personas cuando de pronto reparó en las trece sillas en torno a la mesa. En el lugar reservado a la cabeza de ésta sólo había un bloc de notas y un bolígrafo, mientras que los demás contaban con un bloc, un bolígrafo y dos objetos más que hicieron que Jasmine comprendiese finalmente cuál era el plan de Tom. Quedó perpleja y aturdida cuando vio las jeringas y las ampollas de suero colocadas con esmero frente a cada una de las sillas. Los frascos portaban unas etiquetas escritas a mano con lo que parecían los nombres de los distintos receptores del suero.

—De modo que esto es lo que has estado haciendo en las últimas tres semanas —dijo por fin, procurando mantener la voz firme, sin saber muy bien cómo se sentía—. Has recorrido el mundo en busca de tus doce apóstoles, ¿verdad?

Tom sonrió. —Prefiero considerarlos un jurado, más que apóstoles. Un jurado que nos ayudará a decidir qué hacer con esta llamada combinación milagrosa. Los doce están desperdigados por el mundo. La mayoría son médicos o enfermeras, pero no todos. Lo único que tienen en común es que cada uno de ellos y sus motivaciones me merecen respeto y confianza. —Hizo una pausa, cogió a Jasmine del brazo y la condujo hacia la puerta—. Creo que los doce deberían reunirse periódicamente para estar al corriente del bien, o del mal, que estemos haciendo. Y entonces, si es

conveniente, fabricaremos más suero y buscaremos a más miembros con las mismas características, o bien limitaremos el número a doce y sustituiremos a los miembros cuando mueran. Y, por supuesto, si todo resulta un desastre, abandonaremos el proyecto. De esta forma estaremos en condiciones de controlar el posible efecto de los genes. Hacer el bien sin tentar al mal, por así decirlo.

Ya habían llegado al umbral de la puerta y Jasmine se sentía aturdida. No sabía muy bien qué estaba haciendo allí. Cuando entraron en la sala, todos se volvieron hacia ellos y sonrieron, y acto seguido se colocaron frente a las ampollas con sus respectivos nombres.

Jasmine tiró de la manga a Tom y susurró:

—Tom, ya me has enseñado en qué consiste tu plan. No hace falta que me quede.

Él la miró sorprendido y luego esbozó una sonrisa de incredulidad.

—Pensaba que había quedado claro —dijo—. Los genes Nazaret te pertenecen tanto o más que a nadie. —Le indicó el único lugar que quedaba libre, a su derecha.

Jasmine vio una pequeña ampolla junto a la jeringa. En la etiqueta figuraba un nombre escrito con la mala letra de Tom. Era su nombre: doctora Jasmine Washington.

Pero antes de que Jasmine pudiese asimilar las implicaciones de poseer los genes, Tom se dirigió a los demás, que seguían de pie junto a sus respectivas sillas.

—Bienvenidos —dijo—, y gracias por estar aquí. Antes de continuar, quisiera preguntarles algo bastante importante...

EPÍLOGO

TRES MESES MÁS TARDE

EL hombre alto desmontó del caballo sin la menor agilidad. No era un gran jinete, pero un caballo resultaba muy útil para llegar a aquel lugar remoto. Podría haber viajado en helicóptero, ya que tenía acceso a unos fondos prácticamente ilimitados, como le habían mostrado las cuentas numeradas de los bancos de Ginebra. Sin embargo, necesitaba registrar la zona con discreción y un caballo le proporcionaba la libertad y el anonimato requeridos. Comprobó el antiguo mapa, que también había encontrado en la caja fuerte del banco, como le había indicado su líder, y examinó los cinco peñascos escarpados que se erigían en el desierto arenoso bajo un sol implacable. No había ni un alma al margen de los cuatro hombres que perforaban con sus piquetas la dura superficie de la roca central. Llevaban dos horas trabajando allí, bajo sus órdenes, pero por el momento no habían encontrado nada.

Había estudiado el mapa detenidamente desde todos los ángulos posibles y examinado las rocas, a fin de comparar su configuración real con la que aparecía en el pergamino. El símbolo del mapa se hallaba en el lugar exacto donde los hombres estaban picando la piedra. Tenía que ser allí. A pesar de que llevaba más de mil años en desuso, lo que buscaba debía de haberse mantenido en buenas condiciones según las estimaciones de los antiguos ingenieros.

Se levantó el panamá de ala ancha y se enjugó el sudor de la calva. Parpadeó tras las gafas redondas de gruesos cristales y se encaminó hacia los hombres.

De pronto uno de ellos se enderezó y gritó algo que no alcanzó a oír. El hombre, con el torso desnudo, comenzó a hacerle señas alzando la piqueta. Echó a correr por la arena ardiente.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó. El hombre robusto que lo había llamado señaló con el dedo el agujero que habían excavado y dijo: —¡Padre Helix, mire! Cuando Helix miró en el interior del boquete, se le aceleró el corazón. La forma cuadrada del dintel de piedra era inconfundible. Había una pequeña entrada. Cogió una de las piquetas, se adentró en el agujero y comenzó a picar la roca que cubría el dintel. Pero no era roca sino arcilla, destinada a ocultar la abertura. Tras unos cuantos golpes enérgicos, apareció la entrada al túnel de metro veinte de alto.

—¡Una linterna! ¡Rápido! —pidió. Junto a un camello malhumorado cargado de material se encontraba un hermano con una barba negra y rizada cubierta de polvo. Sacó tres grandes linternas Magilites de uno de los cestos y le entregó una a Helix, quien se adentró en la abertura sin esperar a ver si alguien decidía seguirlo.

A la luz de la linterna, Helix vio una rampa empinada que descendía en un ángulo de cuarenta y cinco grados con unos enormes salientes de roca en forma de dientes

tallados en el suelo a modo de escalones. No había pasamanos de dónde agarrarse, pero cada diez metros había una curva cerrada, de manera que si tropezaba la pared detendría la caída, aunque no tenía la menor intención de caer sobre la roca escarpada.

—¡Vayan con cuidado! —advirtió a los dos hombres que lo seguían—. No quiero que ninguno de ustedes se caiga encima de mí.

Aunque el aire estaba viciado y le dolían las piernas a causa de la fuerte pendiente, Helix estaba tan concentrado en el descenso que hizo caso omiso de las molestias.

Diez peldaños. Curva. Diez peldaños. Curva. Intentó contar el número de recodos a fin de dominar su creciente excitación, pero perdió la cuenta después de los cuarenta. Cuando ya empezaba a desesperar, vislumbró algo al pie de la escalera. Notó una tensión enorme y apagó la linterna. El destello era visible a pesar de que se hallaban a gran profundidad. La luz que a través de la grieta de la pared centelleaba como un faro en la oscuridad era inconfundible, y su resplandor blanco le indicó que no había llegado demasiado tarde.

Notó que sus músculos fatigados recuperaban la energía, encendió la linterna y se apresuró a descender por el último tramo de diez escalones hasta que llegó a un pequeño espacio de metro y medio por metro y medio. Enfrente había una puerta de piedra, y junto a ella una pesada palanca de madera. Ésta era innecesaria, ya que la puerta se había hendido de arriba abajo, dejando una abertura lo bastante grande para franquearla. A través del boquete se veía la llama blanca que ardía con mayor intensidad que nunca.

Helix se detuvo a esperar a los dos hombres, que llegaron jadeando, agotados.

—¡Esperen aquí! —les dijo—. Cuando haya comprobado lo que hay dentro, les avisaré.

Y entonces, a pesar de la decepción que acusaron sus rostros, Helix cruzó la abertura. Cuando entró en la Cripta de la Remembranza, estuvo a punto de meter el pie en una grieta de quince centímetros de ancho que recorría el suelo entero. La llama sagrada brotaba del otro lado de la fisura e iluminaba unos restos carbonizados apilados en la entrada de la antecámara del fondo. Helix sabía que al otro lado de ésta yacían los escombros de la Caverna Sagrada, donde la llama había ardido en sus orígenes. Volvió a dar gracias a Dios al recordar cómo había logrado escapar en el momento en que fue destruida la cueva.

A su derecha se hallaba el nicho que contenía el tabernáculo dorado y las reliquias de Cristo. La última vez que había estado en la cripta, la puerta secreta por la que acababa de entrar no se distinguía de la pared. ¿Sólo habían pasado cuatro meses desde que había ido a recoger allí los aceites y las hierbas con que ungir el cuerpo de María?

Miró alrededor. La escalerilla de cuerda había desaparecido y en su lugar sólo quedaba una tira chamuscada. No obstante, aparte del techo ennegrecido y de los

restos amontonados bajo el arco de la puerta del fondo, la cueva había sufrido pocos desperfectos. Ninguno de los objetos situados a los lados de la fisura había sido dañado. Sólo la enorme espada parecía haber sido afectada. Por alguna razón, yacía en el suelo, en medio de la cueva, y su hoja estaba partida justo en el punto en que atravesaba la fisura.

Con paso vacilante, caminó hasta los restos calcinados que había junto a la puerta del fondo. Advirtió enseguida que se trataba de un hombre, y cuando vio la sortija de rubí en uno de sus dedos chamuscados, supo de inmediato de quién se trataba.

Con una mueca en el rostro, le quitó el anillo de liderazgo y lo frotó contra su camisa. Una vez que hubo limpiado gran parte del hollín, contempló maravillado la gema de color rojo sangre, cuyo fuego interior despedía un brillo semejante al de las ascuas. La superficie del engaste de oro blanco en forma de cruz estaba ennegrecida, pero por lo demás había permanecido intacta. Con manos temblorosas, se puso la sortija en el dedo y comprobó con satisfacción que le encajaba perfectamente. De repente se sintió embargado por la emoción.

En el momento de convertirse en adalid del Primer Imperativo, había recibido instrucciones acerca de cómo suceder a Ezequiel de la Croix. Le habían enseñado todos los mecanismos del puesto de liderazgo, las cuentas numeradas de la Hermandad, las cajas fuertes que contenían los mapas antiguos, la lista de miembros de la organización y la documentación original sobre las reglas y los objetivos de la Hermandad.

Sin embargo, con todo el caos producido cuatro meses antes, tenía la sensación de que su sucesión no había sido realmente legitimada hasta aquel simple gesto de colocarse el anillo de rubí en el dedo. Esta especie de coronación dactilar simbolizaba el traspaso del manto del liderazgo y hacía que tomase conciencia del verdadero impacto del deber y el honor que recaían sobre su persona. Se quitó las gruesas gafas y se frotó los ojos con la manga polvorienta de su túnica de algodón. Se dio cuenta de que estaban arrasados en lágrimas.

Se puso de pie y procuró recobrar la serenidad antes de hacer entrar a los otros dos hermanos que aguardaban pacientemente al otro lado de la puerta quebrada. Fue entonces cuando reparó en el montoncito de cenizas que había junto al cuerpo carbonizado de Ezequiel, así como en un trozo cuadrado de tela blanca de unos tres centímetros de lado.

Se le reseco la boca de inmediato. Estaba tan absorto en la sortija y en su nuevo liderazgo de la Hermandad del Segundo Advenimiento que había olvidado momentáneamente el propósito de cargo tan elevado. Se arrodilló en el suelo de piedra y examinó el montón de cenizas. Estaba compuesto de puntadas y contornos negros que parecían los pliegues deshilachados de una tela chamuscada. Nada más tocarlo, el montón se desintegró, convirtiéndose en polvo. Helix cogió el retazo de tela blanca con una esquina de color marrón a consecuencia de las llamas, y, con una serenidad exagerada, se lo acercó lentamente a la nariz. Aunque la tela olía sobre

todo a humo, Helix reconoció al instante otro olor: el aroma empalagoso de las hierbas y los aceites rituales.

Aquel trozo de género era lo único que quedaba de la mortaja que él mismo había ayudado a preparar cuatro meses antes.

En cuanto al cuerpo que habían envuelto en ella, no había ni rastro de él.

NOTA DEL AUTOR

AUNQUE esta novela está ambientada en un futuro cercano, gran parte de la tecnología que aparece en él ya es posible en nuestros días. Hace años que existe la terapia génica, así como el Proyecto de Genoma Humano, que debería estar terminado en los próximos cinco años y es capaz de describir cada uno de los genes que designan a un ser humano.

El genescopio de Tom Carter es producto de mi imaginación, pero el 25 de agosto de 1996, en el *Sunday Times* de Londres, apareció un artículo sobre la creación de una «máquina de genes capaz de predecir la esperanza de vida de un individuo así como su predisposición a contraer enfermedades graves». Este ingenio, creado en Estados Unidos con fines de investigación farmacéutica, se llama «Genechip». Aunque todavía no es capaz de leer el genoma entero de un ser humano, se trata prácticamente de una primera versión del genescopio.

En cuanto al programa informático Gene Genie de Jasmine Washington es una extensión de lo que ya están desarrollando en Estados Unidos las agencias federales de investigación: la representación física de individuos a partir de su ADN.

La ciencia avanza tan deprisa que a lo largo de mis investigaciones he comprobado que las cuestiones que resultaban más increíbles rara vez estaban relacionadas con el futuro, sino con el pasado.

Hay dos preguntas en concreto que sigo haciéndome: ¿podría encontrarse hoy en día una reliquia biológica auténtica de Cristo? Y de ser así, ¿qué revelaría?

MICHAEL CORDY
Londres, diciembre de 1996.



MICHAEL CORDY (Accra, Ghana). Novelista británico, nacido en Accra, la capital de Ghana, que pasó buena parte de su infancia entre África, India y Chipre. Tras trabajar durante diez años en el campo de la publicidad abandonó una carrera prometedora para dedicarse a la escritura.

Su primera novela, *The miracle strain* (El gen) [titulada en su reedición en 2006 *The Messiah code* (El código mesiánico)] se publicó en 1997. Disney compró los derechos cinematográficos por \$1.6 millones y la novela llegó al 5.º puesto en la lista de best-seller del *The Sunday Times*. Un éxito internacional, que ha sido publicado en más de veinticinco idiomas y más de cuarenta países. Dan Brown, publicó *El código Da Vinci* en 2003, y su éxito puede haber influido en el cambio de nombre de las primeras tres novelas de Michael. A pesar de haberla publicado seis años antes, se le ha criticado, injustamente, de imitar a Dan Brown.

Es autor también de *The crime code* (El código del crimen, 1999), *The Lucifer code* (El código Lucifer, 2001), *The Venus conspiracy* (La conspiración de Venus, 2004), *The source* (El origen, 2009), *The colour of death* (El color de la muerte, 2011).

Vive en Londres con Jenny, su esposa, y su hija, Phoebe. Actualmente, está trabajando bajo contrato en su primer guión, *Crime Zero*, y recientemente vendió la opción de derechos de la película a una subsidiaria de Warner Bros, New Line Cinema.